ÍNDICE ARTÍCULOS DE PRENSA

PEDAGOGÍA

El problema de la enseñanza

¿Qué se entiende por racionalismo?

Cuestiones de enseñanza

El verbalismo en la enseñanza

VIDA ESPAÑOLA

Las dos Españas

Por la cultura

Para la burguesía española. Consejo de adversario

MONIGRAFIAS NACIONALES

Andalucía

Cataluña

El Norte y el Noroeste

HOMBRES REPRESENTATIVOS

La muerte de Pí y Margall

Costa

Anselmo Lorenzo

Una vida ejemplar

TRABAJOS POLÉMICOS

Una opinión y… otra opinión

Dos conferencias. Maeztu y Alomar

Hambre y lascivia

Ficciones y realidades

LECTURAS

ARTÍCULOS NO CONTENIDOS EN “IDEARIO”

CRÍTICA SOCIAL

LA FÓRMULA 606

No se tema que profanemos el santuario de la ciencia. Estamos ayunos de los conocimientos que son indispensables para penetrar en el templo.

Pero desde la puerta o tan lejos como se quiera, permítasenos decir unas pocas palabras.

El mundo se ha alborozado ante el prodigioso descubrimiento que da en tierra con una de las causas más poderosas de podredumbre social. Y no es para menos. Estamos llenos de cacas, de pestilencias, de lepras. Somos un organismo putrefacto, cubierto de úlceras, saturado de purulencias repugnantes. Sífilis, tuberculosis, cáncer, endemias y epidemias, trabajan nuestros misérrimos huesos y nuestras flácidas carnes. Nos encorvamos tristemente hacia la tierra que ha de recibir nuestros míseros restos.

¡Lucha titánica la de aquellos hombres sabios que disputan a la muerte sus despojos!

Es un éxito, un triunfo colosal, la fórmula 606 que acaba con los estragos de la sífilis. Será otro éxito, otro colosal triunfo el de cualquier otra combinación que ponga coto a la tuberculosis, al cáncer, a la lepra. La ciencia triunfa, triunfará siempre de la corrupción humana.

Pero doloroso es declararlo. Los sabios se esfuerzan en vano. Héroes de lo desconocido, laboran por lo imposible.

Curarán la sífilis, pero los sifilíticos se multiplicarán mañana; como hoy y como ayer. Curarán la tuberculosis y los tísicos retornarán en el campo y en la ciudad, siempre igual. Ellos no suprimen ni el mal ni sus causas, y el mal resurgirá siempre porque sus causas persisten. Un remedio cura, pero no previene la dolencia. Aun con las vacunas inmunizantes, la viruela y otras enfermedades análogas continúan haciendo estragos. Todo lo que se ha conseguido es disminuir el número de víctimas, que no es ciertamente poco.

Para que los esfuerzos de los sabios fueran del todo eficaces, sería necesario que paralelamente a su obra humanitaria se cumpliera otra obra de liberación de justicia, de igualdad. Porque mientras haya hambrientos, habrá tísicos: mientras haya prostitutas y sátiros monos, habrá sifilíticos. Acaso la famosa fórmula tenga por fruto próximo la pérdida de cierta prudencia que escuda a la juventud y la defiende. Y los que viven de la explotación de la mujer y se mantienen del lupanar y se agazapan en la clandestinidad para acumular riquezas, no dejarán ni ahora ni luego de laborar por la persistencia de males que son su negocio y su vida.

La organización social con todos sus vicios, con todas sus irritantes desigualdades, con sus tremendas injusticias, es la que invalida la obra magna de las ciencias médicas. En vano que heroicamente se luche contra las pestilencias de la civilización, porque la civilización continúa engendrándolas, multiplicándolas y acaso inventándolas. Las causas de la destrucción son tan indispensables al privilegio como las de conservación.

Y como todas las vacunas y todas las fórmulas posibles serán incapaces de renovar la humanidad civilizada, porque ella continuará reproduciéndose tal cual es, los nobles esfuerzos de la ciencia, que podrían ser vida nueva, no serán sino estremecimiento de la vieja vida, remendada y recosida.

Nosotros saludamos gozosos a esos hombres que combaten contra el dolor, que luchan por suprimirlo. Pero el dolor de los dolores, el hambre y la miseria, la esclavitud y la ignorancia, que en su proceso de depauperación llevan a la humanidad a una próxima ruina, requiere otros hombres heroicos y otros heroicos esfuerzos: aquellos que sean capaces de renovar el mundo de abajo arriba para que en plena justicia, en plena libertad y en completa igualdad de condiciones, recobremos la salud perdida, la salud que nos haga fuertes y poderosos frente a las adversidades de la naturaleza.

Entretanto, ¡bien haya el magnánimo empeño de los sabios, porque él nos alienta a otros empeños que un día u otro harán fructíferos los grandes éxitos de la ciencia actual!

(“ACCIÓN LIBERTARIA”, núm. 5. Gijón, 16 de diciembre 1910.)

LITERATURAS BÉLICAS

Los espíritus superiores han dado en la flor de ponderar las excelencias de la guerra. El valor, la audacia, la temeridad, son las virtudes primordiales. La guerra hace los hombres fuertes y heroicos. Las razas se mejoran, progresan, se civilizan por las artes de guerrear sin tregua. De la lucha entre hermanos, a cañonazo limpio, sale la humanidad purificada y ennoblecida.

Eso es el anverso. El reverso va enderezado contra el pacifismo. En la dulcedumbre de la vida tranquila, ordenada, amorosa, se agostan las masculinas energías, las razas degeneran y se extinguen. La paz es un narcótico. El mundo se convierte en montón de cobardes y enclenques. De la paz entre los humanos, en la vida muelle y regalada de las necesidades satisfechas, sólo puede surgir la humanidad extenuada.

El dilema final se comprende claramente.

La literatura actual está impregnada de estos barbarismos guerreros. Como si obedecieran a una consigna, los escritores de los más diversos matices entonan himnos entusiásticos al bélico ardor de los combatientes.

Es un flujo y reflujo de la espada a la pluma y de la pluma a la espada.

Despierto y en acción el apetito conquistador de las naciones, fluye naturalmente de la literatura el canto épico de las batallas. De los campos sembrados de cadáveres vuelven los cuervos con los picos ensangrentados y con sangre escriben. También cuando vuelven de las charcas escriben con cieno. El literato es lacayo de todos los éxitos.

Y allá, en la lejanía, donde la muchedumbre en manada rinde la vida sin saber a qué ni por qué, repercute el rasguear de las plumas belicosas que empuercan de sangre y cieno el papel en que escriben. La sugestión convierte los borregos en lobos.

Si la serena, irrefutable filosofía de un Spencer muestra que la humanidad evoluciona rápidamente del estado guerrero al estado industrial; si la voz poderosa de cien genios clama por el término definitivo de las matanzas inútiles; si el griterío multitudinario atruena el espacio en demanda de paz y sosiego, ¡qué importa eso a los serviles y lacayunos emborronadores de cuartillas!

Hay una fuerza todopoderosa a quien servir, y la retórica se arrastra humilde a sus pies. Si esa fuerza se llama Estado, la retórica se engalla enderezando el discurso por los senderos trillados de las grandezas y de las heroicidades nacionales. Si se llama Capital, la retórica Se torna financiera y apologética de los grandiosos adelantos de la industria moderna. Si se llama Iglesia, la retórica trueca la pluma por el hisopo, viste el sayón de inquisidor y se postra humilde ante los vetustos muros de las tétricas catedrales. La fuerza triunfante es Dios, trino y uno, en cuyo altar se hace el sacrificio de todo lo que debiera ser más caro al hombre.

Pero si la fuerza se llama proletariado en rebeldía, exaltación utópica, pensamiento emancipado, entonces la retórica se alza iracunda, y, sobre la turba soez de los desarrapados fulmina los rayos de su cólera. ¡Miserable ramera que brinda la piltrafa del sexo averiado al ansia loca de todas las decrepitudes!

La guerra no engendra el valor y la audacia y la temeridad. La temeridad, la audacia y el valor se prueban descendiendo a la mina centenares de metros bajo la superficie bañada por el sol; se prueban sosteniéndose en lo más alto de un edificio sobre cimbreante tabla suspendida de una deshilachada cuerda: se prueban con el trabajo impasible en el Infierno de las fundiciones y de las forjas; se prueban en las máquinas y los topes de los barcos, en los tenders de las locomotoras, en las bregas con la tempestad, en las rudas luchas con la naturaleza. El hombre se templa en la conquista del planeta que habita, de la atmósfera que le rodea, del espacio sin límites poblado de bellos e innumerables mundos.

En la guerra sólo hay un momento de locura tras un supremo esfuerzo del espíritu de conservación. Antes nada, después nada, como no sea cobardía, miedo de perder la vida, horror de la sangre, del bruñido acero, de la bala mortífera. La manada en montón, cobra ánimos apretujándose contra los repetidos asaltos del temor. Y luego, la procesión de inválidos, los detritus de las batallas, las caravanas de vagos, desmoralizados, corrompidos, traen a las ciudades y a los campos el estímulo a la holganza, a la depravación, al desorden, al desenfreno. La guerra tiene por secuela el envilecimiento.

La literatura épica es el cebo con que el poder sugestiona a las masas, el espejuelo para atraer incautos a las mallas de la red, hábilmente tendida.

Hacen falta borregos, dóciles instrumentos de matanza, gentes propicias al sacrificio, y la literatura belicosa lanza sus estrofas heroicas a la heroicidad de las naciones. ¡Miserable ramera que brinda la piltrafa del sexo averiado al ansia loca de todas las decrepitudes!

(“EL LIBERTARIO”, Núm.1 Gijón 10 de agosto 1912.)

PROCESO SUMARÍSIMO

Un joven picapedrero purga en la cárcel no sé qué tremendo delito. En la cárcel adquiere una grave dolencia. Está vencido, agotado, arruinado. De la cárcel pasa al hospital y allí muere.

El anciano padre no resiste tan gran quebranto, y enferma también. Moribundo, le llevan al hospital y allí expira.

En pocos días, dos victimas.

La pobre, la dolorosa madre se rinde al terrible sufrimiento.
Cae a su vez enferma. Está en inminente trance de muerte. Morirá. ¿En el hospital? O en el arroyo. Todo es igual y lo mismo.

Nada de sensiblerías. Es de mal tono. Nada de apocalípticas condenaciones. Están pasadas de moda.

Sin lágrimas y sin gritos, digamos fríamente que eso es una horrible monstruosidad y que esa horrible monstruosidad hace el proceso sumarísimo de esta maravillosa organización social en que vivimos.

Dos mujeres han aventado en *El País* la triste, la aterradora historia. De los hombres no se sabe que hayan salido voces de indignación; siquiera de reproche. Tan bajo han caído.

Cantemos con el poeta galaico:
Si este e o mundo qu'eu fixen,
Qu'o demo me leve.

(“EL LIBERTARIO”. núm. 2. Gijón, 17 de agosto 1912,)

CIENCIA OFICIAL DE CRIMINOLOGÍA

Se ha creado en Francia una oficina de criminología, adjunta al Ministerio de Justicia, con la pretensión de descubrir las leyes sociales de la génesis del delito. Mediante el presupuesto modestísimo de 17.000 francos, se trata de organizar y metodizar el estudio individual de los delincuentes desde el punto de vista fisiológico, del psicológico y del de las influencias sociales. Un grano de anís.

Parece que la sociedad francesa se ha alarmado por el creciente aumento de la criminalidad en los jóvenes. Casi todos los apaches son muchachos de pocos años, algunos adolescentes. Los «jóvenes bárbaros» son legión. Poco más o menos, así se expresa un sesudo periodista de la corte.

Este sesudo periodista se entrega a muy atinadas y muy ordenadas consideraciones sobre el particular. Ante todo, estima que la escuela laica (oficial en Francia) es uno de los factores de la criminalidad aun cuando «per se» dicha escuela no sea ni amoral ni inmoral, pero que no es, como debiera ser, órgano adecuado de formación moral. De otra parte observa el citado periodista que existe una gran laguna entre el final de la edad escolar y el comienzo del desenvolvimiento del carácter y de la personalidad. En este periodo desaparece la acción tutelar del Estado y disminuye considerablemente la de la familia. El joven de familia obrera entra en el taller o en la fábrica sin preparación y a merced de los perniciosos ejemplos. El joven de la clase media se lanza al comercio, invade la oficina pública o privada e, indefenso, queda sometido a las más perniciosas influencias. No recuerdo si el periodista sesudo dedica también algunas palabras a los jóvenes ricos, aristócratas de la sangre o aristócratas de la banca.

Nuestro hombre quiere la tutela del Estado más allá de la Escuela. Está encantado con un programa de preservación moral de la adolescencia acordado por el gobierno prusiano al encomendar al Ministerio de Cultos la tutela postescolar. Y a mayor abundamiento, preconiza la empleomanía científica en las prisiones para estudiar paso a paso al individuo delincuente. Otro u otros granos de anís.

El propósito del Gobierno francés, la previsión del prusiano y la perspicacia del periodista significan una sola y misma cosa: el deseo de echar al odre roñoso de la criminología histórica unos remiendos llamativos de ciencia nueva. Así remozada, la sapiencia gubernamental podrá continuar apretando los tornillos de la represión y ejerciendo la «vendetta» social a su entera satisfacción. Extender la tutela del Estado,

pretender que el Estado nos acompañe desde la cuna a la tumba como la sombra al cuerpo, es, en todos los órdenes de la vida pública, la obsesión predominante. Frente a la rebeldía de los jóvenes y aun de los viejos bárbaros, delincuentes o no, no queda a las clases directoras otro recurso. Es su lógica.

¿Qué podrá decirnos la ciencia oficial que no esté ya dicho en todos los tonos? Podrá mentir estadísticas, catalogar prejuicios, inventar estigmas, justificar horrores; pero no descubrir y, sobre todo, proclamar una sola verdad, mucho menos si puede resultar en su daño.

¿Qué podrá lograr una mayor extensión de la tutela del Estado cuyos daños no hayan sido puestos ya de manifiesto? Podrá estrujar la personalidad un poco más, disminuirnos, modelarnos, guiarnos a su antojo: pero no habrá de darnos ni un solo adarme de moralidad, mucho menos de salud, de bienestar, de alegría, que serían unos magníficos factores de moralización pública y privada.

La escuela laica, oficial en Francia, ¿qué es sino la traducción al lenguaje político de la escuela religiosa? ¡«La formación moral de los jóvenes»! Esto, en palabras recias, quiere decir la castración de los hombres.

El *boum* del aumento de la criminalidad es un tópico del que se echa mano cuando conviene para justificar mayores atropellos, más grandes atrocidades. Es la hidra revolucionaria traducida al idioma de los leguleyos. ¡Ay de los hombres de bien que tiemblan ante estos augurios! La nota de delincuencia caerá sobre ellos y la prisión los engullirá vorazmente. El Estado quiere eunucos, quiere siervos, quiere parias. Está famélico.

Si la criminalidad aumenta es porque disminuye atrozmente el bienestar de unos mientras crece, fuera de toda ponderación, el de otros; es porque la alegría se recluye en un puñado de afortunados y se niega a la muchedumbre sin amparo; es porque la salud anda quebrantada en todas partes. Después de los tormentos de la miseria la brutal exhibición del lujo y del hartazgo; después de los dolores y de las lágrimas de la multitud, las bacanales indecentes de los poderosos, alegres con la alegría del mono. Y sobre todo esto, que es bastante, la neurosis, la sífilis, la tisis, el alcoholismo corroyendo las entrañas de la humanidad.

¡Son un grano de anís estas causas fisiológicas, psicológicas y sociológicas de la criminalidad!

¿Qué ridículo remedio se pondrá con esa ridícula ciencia oficial a 17.000 francos anuales? ¿Qué ridículo remedio se pondrá con esa ridícula tutela postescolar, con esos empleados científicos en las prisiones? ¿Qué ridículo remedio proporcionaría la vuelta a la escuela

religiosa, ni peor ni mejor que la escuela cívica, tan cara a los republicanos?

El pan, el pan, señores hartos; el pan para el cuerpo y el pan para el alma; el bienestar, la alegría, la salud para todos: ese es el remedio, señores imbéciles de la ciencia oficial, del periodismo profesional, del hampa política que sólo os proponéis continuar el estruje de vuestros rebeldes subordinados.

Bienestar, alegría, y salud, ¿cómo podríais darlas? Emplastos de ciencia, cataplasmas de educación no bastarán a contener el avance humano por la conquista de cuanto tenéis detenido y detentado y por tenerlo lanza al crimen a la multitud desheredada

Los bárbaros llaman a vuestras puertas de granito. Abridlas o serán derrumbadas.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 3. Gijón, 24 de agosto 1912.)

LOS QUE IMPERAN

A medida, que adquiere el burguesismo su pleno desenvolvimiento, se acrecienta el imperio de los mediocres.

En todos los órdenes de cosas triunfan las medias tintas, lo indefinido, lo anodino. En el de las ideas, las mayores probabilidades de éxito corresponden a los que carecen de ellas. En el de los negocios y el trabajo a los que, ignorándolo todo, parecen saber todo. El fenómeno es fácilmente explicable.

La burguesía se ha dado buenas trazas para que todas las actividades y capacidades sociales concurran a la caza de la peseta. Ha sentado como axioma que para ser buen comerciante es un estorbo la abundancia de conocimientos. Ha reducido a máquinas de trabajo a los productores. Ha convertido en sirvientes a los artistas y a los hombres de ciencia. Ha suprimido al hombre sustituyéndolo por el muñeco automático. El resultado ha sido fatalmente la multiplicación de las nulidades con dinero. Dentro de poco gobernarán los imbéciles. El triunfo es totalmente

suyo.

La fatuidad de estos horrendos burgueses que llenan la vía pública con su prosopopeya y su abultado vientre; la soberbia de estos burdos mercachifles que apestan a grasas y flatulencias; el ridículo orgullo de estos sapos repugnantes que graznan con tono enfático, son las tres firmes columnas de la mediocridad vencedora.

Por donde quiera, el hombre inteligente, el artista, el estudioso, el sabio, el inventor, el laborioso, tropiezan indefectiblemente en esas moles de carne de cerdo con ata vio de personas. Son la valla que cierra el paso a toda labor creadora, a toda empresa de progreso, a todo intento de innovación.

Para la burguesía es pecaminoso pensar alto, sentir hondo y hablar recio. No hay derecho a ser persona.

Serviles de nacimiento, no transigen con quien no se someta a su servidumbre. Poco a poco van poniendo a todo el mundo bajo el rasero de su mísera mentalidad. Y así dirigen la industria gentes ineptas; gobiernan el trabajo hombres inhábiles; está en manos de los más incapaces la función distributiva de las riquezas; de los más torpes, la administración de los intereses. Sobre todo esto se levanta la categoría privilegiada de los holgazanes avisados que maneja el cotarro público.

Si algún hombre de verdadero valor alcanza la cumbre, allá arriba se degrada; se envilece y claudica. Prontamente va a engrosar el numeroso ejército de la mediocridad triunfante.

No se pregunte a nadie cuánto sabe y para qué sirve, sino cuánto tiene en dinero o en flexibilidad de espinazo. Poseer o doblarse bastante para poseer: he ahí todo.

Con semejante moral los resultados son, en absoluto, contrarios al desarrollo de la inteligencia y de la actividad .Por debajo de la aparatosa fachada del progreso y de la civilización, bulle la ignorancia osada, dueña y señora de los destinos del mundo. Con semejante moral se convierten en estridencias de pésimo gusto las más sencillas verdades proclamadas en alta voz. Cualesquiera idealismos, aspiraciones o generosas demandas, son traducidas por la turba adinerada como delirios insanos cuando no como criminales intentos. La locura y la delincuencia empiezan donde acaba la vulgaridad y la ramplonería del burgués endiosado.

El imperio de los mediocres acabará con el vencimiento de la burguesía. Entre tanto será inútil disputarse el dominio del mundo.

(«EL LIBERTARIO», núm. 20, Gijón, 21 Diciembre 1912.)

LA LIMOSNA DE UN DIA

Madrid, la ciudad de la muerte, se ha estremecido ante el doloroso calvario de la tuberculosis. La visión de la vida que se extingue lánguida y tristemente en la flor de la juventud, ha llenado de pavor los corazones, de reprobación los cerebros, de miedo insuperable las almas.

Y la rutina se puso en camino de organizar la caridad, cubriendo de aromas y de flores las inconfesadas culpas que depauperan y aniquilan la raza.

Se ha conseguido ahuyentar el pavor, la reprobación y el miedo. Se ha logrado que la conciencia calle y que al gesto del dolor humano que borra las castas y extingue los antagonismos, suceda la loca alegría que alboroza en calles y plazuelas, inconsciente de su responsabilidad e ignorante de su castigo.

Las jóvenes burguesas y los jóvenes artistas que divierten al público a tanto por hora, han hecho derroche de gracia, de belleza, de abnegación por arrancar unas pesetas al sexo arrogante de la fuerza que claudica ante la sutileza de unas faldas que crujen suavemente.

Ellos las han lanzado a la calle organizando la limosna de un día; ellas han obedecido los impulsos de su sensibilidad exquisita, capaz de amparar todas las angustias y de mitigar todos los dolores. Ellos han preparado una farsa, ellas han hecho un alarde de amor al prójimo.

Tan burguesas como se quiera, esas jóvenes valen mil veces por sus vetustos inspiradores. Allí está la inconsciencia de toda culpa; aquí la certeza de una responsabilidad exigible, de un delito consumado a toda hora, de un crimen social impune.

Se ha organizado la limosna de un día; ¿y qué será la limosna de un día ante la miseria y la extenuación de cada instante que agota tantos millares de existencias juveniles, empobrecida la sangre, corroídos los pulmones, deshecho el organismo entero? ¿Qué será una y todas las limosnas posibles ante la pertinacia de la explotación del trabajo, del hambre organizada, de la pobreza envilecida? ¿Qué será de esos sentimientos caritativos ante la formidable realidad irreductible que emerge de la desigualdad social y económica?

Satisfacción a la hipocresía ambiente, de un lado, satisfacción a la sensualidad femenil, de otro. Y nada más.

Unas cuantas almas generosas habrán demostrado que hay algo que no es ruin egoísmo y sórdida avaricia en la especie humana; otras cuantas almas decrépitas habrán creído probar que no son insensibles a

los dolores del prójimo y que al prójimo han rendido tributo de solidaridad y de amor. Pero la tuberculosis continuará triunfante su camino de muerte; los campos, las minas y las fábricas seguirán arrojando pulmones rotos, estómagos exhaustos, organismos arruinados; y la multitud explotada proseguirá famélica su sendero de espantosos sacrificios a pesar de todas las limosnas.

Un sanatorio en cada ciudad, en cada villa y en cada aldea, y todos las posibles millones de la piedad embustera y del amor bien sentido, no serían bastante para curar un mal que arranca de la raíz misma de nuestra organización económica. El capitalismo y el industrialismo; el monopolio en la ciudad y el latifundio en el campo; la explotación por doquier, crean las riquezas inmensas de unos; labran la miseria insondable de otros. El hambre es consustancial de la civilización; la tuberculosis es su resultado fatal.

Lo saben bien los mismos que organizan estas limosnas en busca de gratitudes humillantes; lo saben bien cuantos tienen en sus manos el pandero de la gobernación y de la explotación públicas; lo saben bien, los predicadores de caridad, los mantenedores pretendidos del derecho, los que presumen de distribuidores de justicias. Lo saben bien y no ignoran la importancia de su mentida piedad; pero la gaveta tiene una lógica inflexible, la explotación un rigor matemático y sería inútil pedir peras al olmo. La caridad nada remediará, mas dejará tranquilo al burgués.

EL modelo físico - digamos con Le Dantec - de todas las caridades se encuentra admirablemente ilustrado en este cuadro de un cuentista italiano: «Un patricio sumergido en las delicias de Capua, y que suda viendo a un esclavo partir leña.»

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 1, Madrid 23 de mayo de 1913)

LA ESPUMA

Un crimen horrendo ha sido descubierto en la capital de España. EL éxito, tardíamente obtenido, se lo disputan todos: periodistas, agentes de policía y policías de afición. El beneficio, contante y sonante, del descubrimiento del delito, va a las cajas de la prensa de gran circulación, que estos días ha hecho absoluto abandono de los asuntos públicos.

Sus nutridas columnas son insuficientes para relatar, de todas las maneras posibles, las cosas más espantables. Sin duda, no es ahora oportuno velar con los pudores de la moral corriente las suciedades más repugnantes y las infamias más horribles. Prensa y público, pasado el primer momento de asombro, parecen gozosos de refocilarse con las más repugnantes escenas de bestialidad.

Que sepamos, nadie se ha parado a considerar cómo durante tan largo tiempo se han podido cometer monstruosidades tales entre gentes que vivían en la ponderada esfera de las personas decentes, cultas, bien educadas. Porque es lo cierto que, de los largos relatos de la misma prensa, resulta que el estupro, el asesinato, el juego y la prostitución figuran en el haber de ciertas categorías sociales de una manera tan considerable, que invita a dudar si el hampa verdadera se cobija en cuevas y sótanos o en edificios pulcros y bien amueblados; que sugiere la idea disolvente de que las clases que se dicen superiores están absolutamente degradadas.

En el desmedido afán de información, se nos ha hecho ver que no se trata de un crimen personal aislado. Se está haciendo Un terrible proceso del mundo social en que vivimos. La espuma arroja ahora a la superficie todas las inmundicias. Danzan a un mismo tiempo los garlitos y los círculos aristocráticos, las grandes cocotas y las miserables callejeras, los aficionados y los profesionales del vicio, del delito, del crimen. Hay una porción de cosas que se desmoronan. No es menester señalarlas.

¡Cuántas ignominias todavía ocultas, ignoradas por siempre y para siempre! El feroz descuartizamiento de un hombre plantea brutalmente el problema de la degeneración humana y de la impotencia jurídica para curar o reprimir el crimen.

No falta quien hable de regresión a la barbarie. Pero ¿hay algo semejante en el hombre prehistórico? Nada nos permite afirmar de nuestros antepasados análogas abominaciones. En la lucha por la vida, como quieren algunos que haya sido durante las primeras edades, habrán podido llegar los hombres al canibalismo por necesidad, por hambre no saciable de otra forma. Lo de ahora es cosa muy distinta: es el fruto, es la espuma de la civilización; es también el corolario de aquellas teorías que, con nombres nuevos y sonoros, quieren justificar todos los desmanes, todos los horrores del canibalismo dorado y bien vestido. Van desfilando por las columnas de los diarios depravaciones, vilezas, estafas, porquerías, robos, asesinatos. A

mayor abundamiento, se recuerdan terribles delitos impunes cuya génesis quedará para siempre olvidada. ¿No es ésta la revelación de un estado social de envilecimiento, de decadencia? El mismo hecho de que al presunto delincuente se le trate a cuerpo de rey, puesto que la prensa le lleva la cuenta de los filetes que come y sus preferencias por los buenos manjares, ¿no pone bien de relieve cómo hasta en esto de la delincuencia bestial hay categorías, y cómo es posible aún que la multitud halle atenuaciones para la infamia decente mientras es capaz de ensañarse con un demente, con un fanático o con un pobre enfermo de irremediable epilepsis?

Si nosotros tuviéramos poder bastante, habríamos hecho de modo, por respeto a la dignidad humana, que ninguna de las abominaciones de estos días trascendieran al público. Una humanidad que se juzga capaz de esos horrores está decapitada moralmente. Ni los gritos de indignación, ni las airadas protestas, ni la exaltación de la ética en uso, la limpia de las excrecencias que la espuma va arrojando con motivo de una abominación inconcebible.

Tratárase de seres egoístas, solitarios de la vida, desesperados de la existencia, hampones de lupanar y de garito, sin amores a su rededor, sin ternuras y sin caricias que no sean mercenarias, y aún tuviera explicación la horrible tragedia. Pero hay de por medio hermanos, hijos, niños inocentes, la familia amorosa, presa de ansias y de cuidados, y no existe, para nosotros, explicación posible fuera de la decadencia bestial a que nos conduce la civilización con todas sus aberraciones políticas, sociales y religiosas. Sin duda, por el fruto se conoce al árbol. Y si en el mundo todas las cosas obedecen a un determinismo en que concurren herencias del pasado y adquisiciones del presente, dígasenos si la actualidad aterradora de estos días no hace el proceso y dicta la sentencia contra un orden social, en que, a poco que se haga, habrá que buscar un hombre honrado con la linterna de Diógenes.

La espuma, la fétida espuma, pone a borbotones, sobre la superficie todas las impurezas de una sociedad moribunda.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 2. Madrid, 30 de mayo 1913.)

REGIMENTACIÓN Y NATURALEZA

LA OBRA DE LA CIVILIZACIÓN

La vida civilizada consiste principalmente en suplantar a la Naturaleza con todo género de artificios. A la espontaneidad de los movimientos, de los impulsos y de las acciones sustituye la reglamentación y la disciplina educativa, que viene a ser una verdadera domesticación sistemática. Así, civilizar es lo mismo que ahogar en germen toda libertad, toda inclinación; todo impulso natural. El hombre civilizado piensa y obra cronométricamente y a la medida impuesta por los educadores en la niñez. La diafanidad del pensamiento, la sencilla pureza de los afectos, la franca pureza de los actos, son cosas vitandas. Hasta respecto de las energías orgánicas se ha hecho del hombre un muñeco. ¿Para qué necesitamos de la fuerza física? Abundan los bonitos juguetes que matan. Gracias a ellos se ha podido formular una grave sentencia: el revólver ha igualado a todos los ciudadanos.

De acuerdo con el ideal civilizador, lo esencial es hacer hombres poderosos por su inteligencia y poderosos por su disciplina; poderosos por sus medios defensivos y ofensivos. La Naturaleza nos los entrega torpes e indisciplinados y, además, del todo indefensos e inofensivos. La civilización los transforma. Su obra es maravillosa.

Mas hétenos aquí que los civilizadores se sienten un poco avergonzados de su talla y de su fuerza. La igualdad ante el revólver no les place. Siempre hay un arma más fuerte en manos de un hombre más decidido. El atletismo se hace moda. Y hasta la frase *hacer un buen bruto* tórnase elegante. No hay temor, sin embargo, de una vuelta a la Naturaleza. El contrasentido de la civilización no se confiesa. Se insiste en el artificio. Gimnasia de salón, gimnasia sueca, gimnasia de circo; ejércitos de exploradores, regimientos de pequeños soldados, bandadas de fornidos jugadores; todos los deportes de la fuerza se ponen a contribución a fin de obtener buenos y poderosos puños. Por supuesto, todo muy reglamentado, absolutamente rítmico, estrechamente disciplinado. Nada de movimientos fuera de tiempo y de compás. Nada de ejercitar la energía sin cuentagotas. Nada de libertad y de espontaneidad en la acción. ¿Qué sería de la educación física sin la batuta del director de orquesta?

Hace días publicaba cierta ilustración francesa un hermoso grabado en el que Se veía a un grupo de señoritas alemanas en las ridículas posturas gimnásticas. Todas a una verificaban los más extraños movimientos. Planchas, piruetas, cabriolas, de todo se hacía acompasadamente y a la voz de mando.

Pensamos en seguida que aquellas señoritas se harían mucho más vigorosas y sanas y serían también más felices corriendo libremente por la pradera, persiguiéndose en la grave frondosidad del bosque, brincando por peñas y riscos o bañándose en el sol sobre la cálida arena de la playa.

Pensamos en seguida que los pulcros jayanes que pierden su tiempo en los salones de esgrima, en los juegos de pelota, en las carreras de caballos, en los deportes náuticos, estarían mucho mejor correteando por playas, bosques y praderas tras las lindas mozas de rosados colores que

invitan a besos; estarían mejor trepando a los árboles para alcanzar a sus adoradas los ricos frutos de la pródiga Naturaleza; estarían mucho mejor en plena libertad de acción y pasión. El muñeco mecánico no es de ningún modo preferible al hombre natural.

No es, sin embargo, éste el peor aspecto del contrasentido en que incurre la civilización. Allá se las hayan los pudientes con su mal gusto por los artificios gimnásticos.

El lado peor, irritante e insoportable de tal contrasentido es que se entregue la juventud dorada al ejercicio físico improductivo, mientras se obliga a la masa proletaria a un exceso de trabajo agotador para que la holganza privilegiada pueda continuar sus estériles y enervantes devaneos. Trabajar unos hasta extenuarse, y que otros, para divertirse, se pongan ridículamente a mover brazos y piernas y tronco sin finalidad ni provecho, es el colmo del absurdo civilizado. ¿Se quiere al hombre vigoroso y sano? El trabajo libre, compartido por hombres libres e iguales, sería el más bello de los deportes y el más sano de los ejercicios. No hay agilidad comparable a la que se adquiere en plena Naturaleza. No hay vigor más firme que el que se obtiene en el ejercicio de una obra cualquiera, espontáneamente adoptado a su objeto. No hay salud más duradera que la que se gana en el desarrollo armónico de una vida que a sí misma se ordena, trabajando o gozando, según place en cada momento. La libertad y la espontaneidad en el desenvolvimiento de las aptitudes del hombre, constituyen la sólida base de su salud y de su dicha.

La civilización podrá conseguir que los alfeñiques de la aristocracia y de la burguesía lleguen a ser capaces de tirar de un carro mejor que cualquier bestia, pero no logrará hacer de ellos hombres sanos y dichosos. La salud será en esas gentes una cosa sobrepuesta; la dicha, una mueca de hastío.

Y, entretanto, los poderosos músculos del campesino y del obrero, pese a la bárbara carga del trabajo esclavo, seguirán desarrollándose y seleccionándose al par que se educan por la inteligencia y por el creciente dominio de la técnica, hasta que, por una inevitable reacción de la Naturaleza, el hombre que trabaja voltee de un soberano revés al hombre que se complace en la caricatura del trabajo.

Los contrasentidos de la civilización durarán lo que dure la inconsecuencia de las multitudes. Parécenos que los tiempos actuales, no obstante la recrudescencia de todas las barbaries históricas, están gritando que la inconsciencia acaba.

Por pequeña que sea la minoría de los capacitados para la revolución, es una minoría temible.

(«ACCION LIBERTARIA», núm.11, Madrid 1 de agosto 1913)

EDUCACION LIBERTARIA

POR LOS BÁRBAROS

Maravíllame el aturdido despertar de una porción de inteligencias jóvenes a las ideas nuevas. Y digo nuevas, sometido un tanto a los serviles modismos de una pobre literatura que se hincha con palabras y se nutre de vaciedades. Nuevas no lo son. Cualquier postura que se tome se acomoda bien a ésta o aquella filosofía del tiempo viejo. Quitad las formas y las influencias de la época, y lo hallaréis todo, mejor o peor definido, en la sabiduría vulgar y en la sabiduría de casta. Cuestiones de método, injerto de ciencia desenvuelta en raquíticos arbustos de especulación naciente, refinamientos de la nerviosidad contemporánea, es cuanto de novedad puede ofrecerse al incauto lector que busca en el libro orientaciones sanas para su cerebro. Lo mismo en el período sociológico, que el político y el teológico, se debate un asunto primordial, un problema único, pero amplísimo, que abarca la existencia individual y la existencia de la humanidad entera: el derecho al desenvolvimiento integral. En cada tiempo, los términos del problema afectan una forma diferente; pero la incógnita permanece irreductiblemente lo mismo. Y es que, procediendo los hombres por tanteos, a la hora actual todavía no se sabe si hemos dado con la ecuación que, ligando por sus verdaderas relaciones los términos verdaderos de la cuestión, nos ha de facilitar el hallazgo inmediato del valor real de la incógnita.

La anulación del individuo se llama un día fe, después ciudadanía; el trabajo se organiza un tiempo en la esclavitud, en la servidumbre luego, en el asalariado finalmente. Y el nacer de las teorías redentoras implica siempre las mismas pretensiones; ya se llame libre examen, ya igualdad ante la ley o bien emancipación del esclavo y supresión de la servidumbre, para venir a parar, como último término, en la libertad total de manifestación y de acción y en la igualdad económica y social. En suma: grados diferentes de una misma aspiración que se resume en lo que hemos llamado el derecho de desenvolvimiento Integral de la personalidad como productor y como hombre.

En nuestros días, cuando el pensamiento ha formulado los mayores atrevimientos, hallada, según creemos, la ecuación definitiva del problema, las inteligencias se han lanzado resueltamente por el sendero de las sorpresas intelectuales. Empiezan las singularidades, las posturas airosas, los gestos bellos, y en la infecundidad de un diletantismo personalísimo, se consuma la obra extraordinaria del levantamiento de una Babel a la mayor gloria de los egoísmos individuales. En el despertar de la juventud sólo hay por el momento una cosa buena, noble, pura: la bondad del propósito. Pero a

partir de esta bondad, cada uno mira para sí mismo y con mayor intensidad hacia el exterior de oropeles y plumajes que hacia dentro, donde radica el entero y positivo valor de la personalidad. La multitud queda sacrificada cuando no sumida en el desprecio olímpico de los escogidos: puesta en cruz antes, puesta en cruz ahora, puesta en cruz siempre.

Así como tuvo Proudhón y tuvo Marx sus satélites, así como los astros brillantes de la escuela filosófica alemana hicieron su obra de proselitismo y dividieron las inteligencias en tantas cuantas legiones requerían sus distingos sutiles; así tambIén nuestra juventud, nuestros apóstoles, nuestros novísimos precursores se han dividido hasta lo infinito, sumidos en la beatitud contemplativa de unas cuantas tesis hermosas, chocantes a veces, a veces crueles y antihumanas. Marx y Bakunin, Stirner y Nietzsche, Spencer y Guyau, todos los que han¡ puesto en la labor especulativa un poco de arte o un poco de ciencia, todos los que han dado una nota vibrante, tienen a su devoción entusiastas partidarios cuya visualidad es apta solamente a través de un cristal único de coloración invariable.

Y allá van los preconizadores, jóvenes y viejos, atropelladamente tras un mundo nuevo, una sociedad libre, mientras su mentalidad se extravía en el angosto cauce del dogma y de la secta, mientras su neurótica afectividad se diluye en una egoística moralidad infecunda, muerta. No hay liberación allí donde el exclusivismo de una tesis seca las fuentes de la verdad amplia, grande y generosa. No hay liberación allí donde sólo repercute armoniosamente un ritmo único. No hay liberación ni mental ni moral. Hay reproducción, bajo nuevas formas, de las viejas preocupaciones y de las viejas inmoralidades.

La propaganda marcha así envuelta en todo género de errores y particularismos. Quien sólo para mientes en las necesidades materiales; quien canta monótonamente las excelencias de una vida que hasta ahora no merece la pena de ser vivida; quien se enajena en la contemplación arrobadora de la belleza harto lejana en medio de las miserias y de los horrores del momento; quien se encarama a las alturas de la superhombría y mira con desdén olímpico la pequeñez de los microbios, que trabajan como lobos y sudan sangre para que todo esto que vivimos no se derrumbe; quien, en fin, después de recorrer toda la escala del humanismo sentimental, va a encenagarse en la charca del más bestial egoísmo elevado a la categoría de suprema ley de los hombres.

Entretanto, los supervivientes de la esclavitud y la servidumbre, los mismos jornaleros del surco, del taller y de la fábrica, la masa ignorante y grosera que dicen algunos, allá se debate y revuelve rabiosa contra todas las fatalidades ambientes que la aniquilan. Sojuzgados, sometidos, materialmente anulados como hombres por falta de lo que gozan hasta las bestias, ¿qué gran obra no es la de los obreros que sin sutilezas filosóficas o artísticas está transformando el mundo en el fragor de las luchas contemporáneas?

La chispa, la luz, estará allí en la mentalidad de los precursores; la acción está aquí en el impulso irresistible de los bárbaros.

¿Hay dualismo? Si existe búsquese su origen en la sequedad y el particularismo de los intelectuales, palabreja inventada en mal hora para acusar la existencia de una casta más, cuando es preciso que no quede sobre toda la tierra ni un solo muro, ni un solo valladar, ni una divisoria, ni un amojonamiento.

Preconizamos una sociedad nueva a nombre de ideales amplísimos de emancipación integral. ¿Nos hemos emancipado nosotros mismos moral e intelectualmente? Mostramos a cada paso nuestros exclusivismos hasta el punto de que mientras abajo -permítaseme este lenguaje clásico de los tiempos heroicos de la sensiblería democrática y socialista- que mientras abajo, digo, se bate el cobre todos los días, arriba, entre los que alardean, quedamente o en alta voz, de una superioridad harto dudosa, se bate... la tontuna teorizante, se hace alarde de fatuidades intelectuales necias y se libra la batalla de los mezquinos personalismos y de los rencorcillos mal encubiertos.

Se me dirá que entre la multitud grosera e ignorante, que así entre los campesinos extenuados por un trabajo aplastante, como entre los obreros industriales embrutecidos por la fábrica, cuando no por la taberna, también la pasión hace estragos y el raquitismo de miras y la envidia y el encono esterilizan la fuerza necesaria a la emancipación personal y a la emancipación colectiva. Mas cuando esa fuerza es sacudida por cualquier circunstancia, la legión de esclavos se sobrepone a todas las minucias; y entonces es menester entonar himnos a la bravura, al espíritu grande de solidaridad, a los arrestos heroicos de los bárbaros. Hablad de aquel mágico erguirse del proletariado barcelonés, hablad del obrero de La Coruña, de Badajoz, de La Línea, de Sevilla y de tantas ciudades que hicieron en pocas horas por el advenimiento de la revolución más que las innumerables y largas tiradas de artículos y de discursos de los intelectuales. Salid de España: Holanda, Italia, Norte América, la República Argentina, ¿no han presentado en línea de batalla enormes masas conscientes de trabajadores solidarios en la más amplia y generosa labor humana?

Es menester aniquilar el prurito teorizante, dar garrote vil a todos los exclusivismos: al dogma, al espíritu sectario. ¿Autoliberación se ha dicho? Pues es preciso desembarazarse de los prejuicios de escuela, de los errores de método, de los vicios de estudio. Todo es verdad fuera de cualquier particularismo doctrinal. Exáltese cuanto se quiera la personalidad, que contra el encogimiento cobarde del individuo sometido a todas las brutalidades de la fuerza que le anula, grande, formidable es necesario que sea la reacción provocada. Cántese con fuerte y vigorosa voz la vida, la vida digna de ser vivida, que contra el moribundo aliento de una humanidad sojuzgada, famélica y enferma, enérgica, decisiva ha de ser la pócima que le retorne a las esplendideces de la existencia sana, alegre y satisfecha.

Ríndase a la belleza, el arte, el tributo de los más puros entusiasmos, que contra la fealdad espantosa de una sociedad que se arrastra en todas las pestilencias y suciedades de la bestialidad, ha de ser necesariamente poderoso el reactivo. Llevemos tan allá como quepa en los espacios de nuestra mentalidad la supremacía del hombre, su propio yo como eje de toda la existencia; que habituados a la vida servil, somos incapaces de comprender que todo se deriva de nosotros mismos y que el más hermoso ideal de todos los ideales es aquel que formulamos al afirmar que la labor de los siglos y de las generaciones no es para el hombre más que uno: el de superarse a sí mismo. Vayamos tras el hombre nuevo, trepemos animosos por los abruptos riscos; que la fe, sin embargo, no nos ciegue hasta el punto de olvidar que no hay un término para el desenvolvimiento humano; que el ideal se aleja tanto más cuanto más a él nos aproximamos; que la cima, en fin, es inaccesible. Pero abramos de par en par las puertas de nuestro entendimiento, reuniendo en una amplia síntesis el contenido de la aspiración suprema, de la cual no son más que elementos componentes todas esas parciales doctrinas que parecen dividir a las falanges que preconizan una sociedad libre. El desarrollo integral de la personalidad, el anarquismo sin prejuicios, sin particularismos, tal es la expresión genérica, universal, positiva de tantas y tantas al parecer divergentes tesis de nuestros jóvenes, de nuestros precursores y de nuestros propagandistas.

Cuando esto se haya hecho habrá comenzado la autoliberación, cuya necesidad viene impuesta por el desarrollo de las ideas y las exigencias de la lucha. Pero no habrá hecho más que comenzar. Faltará todavía que nadie se encierre en su torre de marfil, que nadie pretenda quedarse en las cumbres del saber, engreído que se desvanece con los zahumerios de su propia soberbia. Antes que seres pensantes, antes que artistas, somos animales de carne y hueso que necesitamos nutrirnos, llenar el estómago, cumplir todas las funciones fisiológicas, acallar la bestia para que el hombre surja. Es menester mirar a las multitudes que mal comen y mal visten, que lo ignoran todo porque de todo carecen, que arrastran una existencia más miserable que la de los brutos; y mirarlas, no por caridad ni por humanidad sino porque tienen el mismísimo derecho, a su total desenvolvimiento que el más pulcro, el más sabio, el más esteta de los intelectuales, de los escogidos; porque la emancipación, para ser real y efectiva, ha de ser universal, que en medio de un rebaño de hombres nadie podría gloriarse de gozar libertad, bienestar y paz.

Si no hubiere íntima comprensión entre todos los que de un modo o de otro sufren las consecuencias de los anacronismos sociales; si se hiciere de los ideales modernos regalo exquisito de los entendimientos superiores y se dejara a la masa ignorante - que no lo es más que en los términos de una petulancia sabia inaguantable -; si se dejara a los *bárbaros* abandonados a su estultez y a su miseria, ni la emancipación llegaría jamás para los humanos, ni sería, en último término, para los que la fían a su propio esfuerzo

y a su propio valer, más que un espejismo que al cabo, les llevaría a la negación y a la degradación de sí mismos.

Por los bárbaros ha de ser el lema de los preconizadores de una sociedad nueva. Pan, mucho pan para los estómagos vacíos; abrigo confortable y abundante para los ateridos de frío, para los desnudos; vivienda amplia, bien oreada, con mucha luz y alegría para los que se acurrucan en sombríos tugurios; y venga luego, o mejor al propio tiempo, ciencia, mucha ciencia; arte, mucho arte; venga la vida gozada intensamente en todas sus modalidades; venga la obra personalísima de trepar por los abruptos riscos; venga el caminar sin tregua tras el más allá jamás logrado. Cada uno de nosotros no vale más que su vecino por mísero que sea. No vale una buena pluma, una bella palabra más que un golpe de martillo que forja el hierro, que labra la piedra, que abre la mina; no vale más que la cuerda por donde el pocero se descuelga para limpiar las basuras comunes. No debería ser menester que tal se dijera a las alturas sociológicas a que hemos llegado y de que muchos se envanecen; pero lo es, sin duda ninguna, porque todavía estamos en las mantillas de una liberación muy voceada, pero incumplida.

Es necesaria esta liberación para todos los preconizadores de una sociedad libre. No hagamos, por ello, capillas; no levantemos muros divisorios. La anarquía es la aspiración a la integralidad de todos los desenvolvimientos. Trabajemos, pues, en bloque por la emancipación de todos los hombres, emancipación económica, emancipación intelectual, emancipación artística y moral.

La pobre presunción de un puñado de hombres que haya podido concebir con alguna amplitud este porvenir hermoso y grande, humanamente justo, vale bien poco. Son los bárbaros los que empujan vigorosamente, los que van derechos al mañana entrevisto, los que con su acción decidida, muy grosera, pero muy eficaz, despiertan las soñolientas imaginaciones de nuestros jóvenes y de nuestros precursores. Son los bárbaros que golpean furiosamente nuestra mentalidad y nuestra efectividad, sumergida todavía en los atavismos filosóficos y dogmáticos; que golpean con igual furia a las puertas de la fortaleza capitalista y autoritaria.

¿Odios? ¿Palabras gruesas? ¿Adjetivos duros prodigados en demasía? ¿Para qué?

Lo que hace falta son ideas, ideas e ideas; acción, acción y acción. Y después, que los superhombres, los escogidos, los talentosos, tengan todavía el arranque, que pudiera juzgarse sacrificio, de repetir conmigo: Todo por los bárbaros.

(“LA REVISTA BLANCA”, núm. 124. Madrid 15 agosto 1903)

IDEALISMOS CULPABLES

Es digno de estudio el espíritu popular durante los grandes trastornos políticos y sociales. Ya sea por infantiles atavismos, ya derivado de predicaciones demasiado idealistas, las rebeldías del pueblo suelen ir acompañadas de actos que, si ponen de manifiesto la inagotable bondad del corazón humano, muestran también cuanta parte tiene, en la ineficacia de las revoluciones la candidez general.

Por harto conocido, holgaría citar el hecho singular de que las insurrecciones democráticas alzasen el famoso «pena de muerte al ladrón», mientras consentían que los grandes ladrones esperasen agazapados en sus palacios a que la tormenta revolucionaria amainase. Pero no se considerará así si se tiene en cuenta que el espíritu neto de tal conducta vive todavía en el pueblo y además se ha reafirmado, un tanto modificado, en el terreno de las contiendas sociales.

En todos los sucesos contemporáneos de alguna resonancia se ha visto como el buen pueblo continuaba aferrado al castigo del hambriento ladrón de un panecillo y al respeto a la propiedad sacrosanta del ladrón legal, enriquecido con el trabajo ajeno; se ha visto como el buen Juan se detiene siempre ante las grandes mentiras en que descansa el caserón vetusto del privilegio social. La voz de la reacción es poderosa todavía. Ella grita al pueblo moderación, respeto, templanza; condena todos los radicalismos y pide resignación y prudencia para ir elaborando lentamente un porvenir muy poco mejor que el presente detestable. Los maestros de la charlatanería política y social conocen y manejan bien los resortes de la sencillez popular. Hablan elocuentemente a los atavismos heroicos que hacen del pobre el perro guardián del rico; despiertan los convencionalismos rancios de la honradez servil, de la lealtad humillante, y cuando la rebeldía popular estalla, la historia magnánima consigna la santa virtud revolucionaria que guarda los bancos, las grandes propiedades, los personajes del rebaño y fusila al miserable que cree llegada la hora de comer y abrigarse. ¡Y qué cosa tan sencilla escapa a la penetración popular! En mil formas se ha dicho y nunca será bastante repetirlo; aquel famoso letrero de las barricadas republicanas estaría muy en su lugar si los revolucionarios empezaran por colgar de un farol, como suele decirse, a todos los detentadores del trabajo ajeno, políticos, propietarios, etc.

El resultado de la educación recibida por el pueblo no puede ser si no el que queda indicado. Los idealismos quijotescos de la democracia conducen forzosamente al afianzamiento de todos los anacronismos. Son idealismos culpables que tornan ineficaz la acción revolucionaria.

En nuestros tiempos de huelgas y alborotos obreros, ¿qué otra cosa se ve? Los trabajadores saben salir a la calle, poner su pecho indefenso a las balas; lo mismo que antes, son héroes de barricada con todos los debidos respetos a la santa propiedad, a la autoridad y a las personas. Los mismos idealismos culpables siguen inspirando la conducta de las masas.

¿Y por qué los obreros que luchan por una mejora o un ideal económico se entretienen en reñir absurdas batallas con la fuerza armada? Allá están el burgués admirado que los explota, el político que los engaña y explota, el cura que los envenena, engaña y explota; allá están el opulento palacio que insulta la miseria de sus pocilgas, la fortaleza-fábrica donde dejaron gota a gota su sangre; allá está el usurero que les *alivió* una hora de trabajo doméstico, por la última camisa o por la última blusa.

A veces van los obreros a la puerta de la fábrica; ¿a qué? A vengar la traición de otros compañeros de hambre. El burgués tan tranquilo en su confortable vivienda. ¡Pena de muerte al esquirol! Y paz y respeto y consideración para el detentador del trabajo común, para el que explota, para el que envenena, para el que engaña, para el que roba.

El fenómeno social no hizo más que cambiar de forma: los idealismos culpables continúan haciendo del buen Juan héroe legendario de la tonta honradez, de la necia lealtad que le convierte en perro guardián del amo que le azota, que le esquilma, que le mata.

Un hecho singular sobre el que es menester fijar bien la atención, es aquel que nos revela como todos los levantamientos populares dejan en paz al feroz usurero que trafica, en el último escalón de la miseria, con los últimos restos de la pobreza. ¿Es acaso el recuerdo del hambre mitigada momentáneamente que convierte al repugnante prestamista en alma magnánima y generosa y paraliza la acción revolucionaria del pueblo?

No, seguramente; es que el pueblo, ahora como antes, todavía no sabe más que pelear, sacrificar su vida, poner su pecho a las balas, sin que se dé bien cuenta de por qué ni para qué. Su acción es aún instintiva y va impulsada por los atavismos de barricada y de motín, por la influencia de los idealismos culpables que le convierten en héroe inconsciente de ignoradas causas. Su acción reflexiva apunta apenas en las contiendas contemporáneas. El espíritu popular empieza ahora a transformarse.

¡Difícil empresa operar el cambio sin menoscabo de la bondad tradicional y con la pérdida de la candidez idealística y quijotesca!

Porque es preciso que la violencia actual y el furor creciente del combate por el porvenir no nos lleve a la crueldad y a la ferocidad. Vamos hacia un mundo de justicia y de amor. ¿Llegaremos allá por la venganza y el odio? Fuerza es luchar con los hombres y no con fantasmas, no con las cosas que ellos representan. Pero en este combate por lo mejor, la muerte no puede ser un objetivo, ni siquiera un medio, sino un accidente fatal, fruto de circunstancias momentáneas. Comprendemos el odio, la venganza, el rencor, la injusticia y la violencia como estados pasajeros inevitables traídos por las concomitancias de la contienda; no los comprendemos como predicación que cifra en tan deleznables fundamentos el éxito de una aspiración levantada.

La acción reflexiva, privada de los elementos atávicos idealísticos, será aquella que teniendo por mira una aspiración de justicia, comience por

aplicarla, antes que a las pequeñas, a las grandes causas de la desigualdad social. La conducta mejor será la que nos conduzca más directamente y con menos sacrificio de la existencia humana a la realización del porvenir.

Claro que nunca podrá ser la acción revolucionaria un problema de cálculo frío y sin entrañas. La pasión entrará siempre como factor poderoso en la conducta de los hombres. Y lucha sin apasionamientos, sin vehemencias, no se comprende. Pero la pasión toma los carriles trazados de antemano por la educación, por el hábito, por la propaganda, etc. Y así, cuando la masa popular haya roto con los convencionalismos motinescos y ridículamente heroicos, tomará el camino de la acción reflexiva que le conduzca al porvenir según la línea de menor resistencia, es decir, con menos sacrificio de vida humana y más provecho para todos los hombres.

La ineficacia de las revoluciones que tanta sangre y existencias han costado al pueblo, es buen ejemplo de la culpabilidad de ciertos idealismos.

Sacudamos la herencia funesta y haremos más y mejor por el porvenir ambicionado.

(“NATURA”, núm. 20. Barcelona, 15 de julio 1904.)

REVOLUCIONARIOS, SÍ; VOCEROS DE LA REVOLUCIÓN, NO

En tiempos, no muy lejanos, era uso y costumbre entre los militantes del socialismo, del anarquismo y del sindicalismo apelar a la Revolución Social para todos los menesteres de la propaganda, de la oratoria y hasta de la correspondencia privada. El abuso llegó a tal extremo, que la locución pasó a mejor vida completamente desgastada y sin provocar la más ligera protesta.

Este cambio en las costumbres no fue meramente de fórmula, como pudieran imaginarse los poco versados en el movimiento social contemporáneo.

Más o menos, todos creíamos, a puño cerrado, que la Social estaba a la vuelta de cualquier esquina y que el día menos pensado íbamos a encontrarnos en pleno reinado de la anhelada igualdad. Andando el tiempo, la imaginación hizo plaza a la reflexión, el corazón cedió la preeminencia al entendimiento y fuímonos dando cuenta de que por delante de nosotros había un largo camino que recorrer, camino de cultura y de experimentación, camino de lucha y de resistencia, camino indispensable de preparación para

el porvenir. Y todos nos pusimos a estudiar y todos, estudiando, aprendimos a luchar, a propagar, hasta a hablar con maneras nuevas que correspondían a maduras reflexiones. El cambio en el uso de las locuciones que parecían insustituibles, respondió al cambio de las ideas y los sentimientos que, al precisarse, se hicieron más exactas y más conformes a la realidad.

Tal novedad, no lo es si se tiene en cuenta la exhuberancia de la vida en los primeros años. No hay juventud sin bellos ensueños, sin arrebatos de pasión, sin irreprimibles entusiasmos.

Es claro que, no por esto, los que hemos sido revolucionarios hemos dejado de serlo. Más que en los hechos en las palabras, la táctica revolucionaria persiste y gana aún a los que andan reacios en poner de acuerdo la conducta con las ideas. Nadie cree que la revolución sea cosa de inmediata factura, pero se labora cada vez más conscientemente por acelerar todo lo posible el advenimiento de la sociedad nueva. Y en este derrotero, las palabras son lo de menos; a veces son un estorbo, o una necedad, o una preocupación.

Hacer conciencias; dar luz, mucha luz a los cerebros; poner a compás hechos y principios; realizar, cuanto más mejor, aquella parte esencial de las ideas que nos distingue de los acaparadores de la vida; combatir sin tregua y firmemente todas las fuerzas retardatrices del progreso humano, es tráfago revolucionario de los tiempos modernos, bien saturados de ideales y de aspiraciones novísimos.

En nuestros días, las multitudes proletarias actúan precisamente en este sentido. Aun cuando no estén unánimemente penetradas del ideal, como el ideal está en el ambiente y el espíritu revolucionario las ha penetrado por completo, ellas obran conscientes de su misión renovadora y van en derechura a emanciparse de todos los ataderos que las sujetan a inicua servidumbre.

¿Qué importa que la palabra revolución no esté en sus labios, si la revolución está en sus pensamientos y en sus hechos?

La certidumbre del revolucionarismo proletario, bien nos compensa de aquel extinguido uso de palabras altisonantes que no dejaban tras sí rastro de provecho.

Mas como en achaques sociales se dan las mismas leyes que en toda suerte de mudanzas humanas, no se extinguió la ingenuidad revolucionaria de los primeros tiempos sin dejar, como recuerdo, la mueca de la juventud pasada. Nos quedan los voceros de la revolución, los anacrónicos gritadores de oficio, los que se entusiasman y embelesan con lo grotesco, con lo vulgar y necio de las palabras y están ayunos del contenido ideal de las expresiones. Es fruto natural de la incultura sociológica o del incompleto conocimiento de los principios revolucionarios. Con el mejor deseo, con la mayor naturalidad, sanos de corazón y de pensamiento, algunos, no sabemos si pocos o muchos, no tienen de la revolución y del futuro otra idea

que la violencia, las palabras fuertes, los gritos selváticos, los gestos brutales. Antójaseles que el resto es cosa de burgueses, de afeminados, o cuando más de revolucionarios tibios, prontos a pasarse al enemigo. Para merecer el título de revolucionario es menester gritar mucho, bullir mucho, manotear y gesticular como poseídos. No discutáis un hecho por bestial que sea, por cruel, por antihumano que os parezca. Al punto os tacharán de reaccionario.

Hay en las filas revolucionarias, con distintas etiquetas, bastantes cultivadores de la barbarie. No se es revolucionario si no se es bárbaro. Todavía hay muchos que piensan que el problema de la emancipación se resuelve muy sencillamente con la poda y corta de las ramas podridas del árbol social.

No decimos nosotros que no sea necesaria; la fuerza, que no sea fatalmente necesario podar y cortar y sajar; no decimos nosotros que el revolucionarismo consista en abrir las ostras por la persuasión; pero de esto a resumir en una feroz expresión de la brutalidad humana la lucha por un ideal de justicia para todos, de libertad y de igualdad para todos, hay un abismo en el que no queremos caer.

No voceros de la revolución sino conscientes de la obra revolucionaria, tan larga o corta como haya de ser, necesita la humana empresa de emancipación total en que andamos metidos los militantes por los ideales del porvenir.

Sin importarnos un ardite de los gritadores profesionales, apesadumbrados con los inconscientes gritadores que lealmente, sinceramente, creen servir a la revolución a voces y a manotazos, nosotros afirmamos en nuestras convicciones de siempre, diciendo a todos:

«Revolucionarios, sí; voceros de la revolución, no.»

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 14. Gijón, 17 de marzo 1911)

LA GRAN MENTIRA

Es viejo cuento. Con el señuelo de la revolución, con el higuí de la libertad, se ha embobado siempre a las gentes. La enhiesta cucaña se ha hecho sólo para los hábiles trepadores. Abajo quedan boquiabiertos los papanatas que fiaron en cantos de sirena.

El hecho no es únicamente imputable a los encasillados aquí o allá. Las formas de engaño son tan varias como varios los programas y las promesas. Arriba, en medio y abajo se dan igualmente cucos que saben encaramarse sobre los lomos de la simplicidad popular.

La promesa democrática, la promesa social, todo sirve para mantener

en pie la torre blindada de la explotación de las multitudes. Y sirve naturalmente para acaudillar masas, para gobernar rebaños y esquilmarlos libremente. Aun cuando se intenta redimirnos del espíritu gregario, aun cuando se procura que cada cual se haga su propia personalidad y se redima por sí mismo, nos estrellamos contra los hábitos adquiridos, contra los sedimentos poderosos de la educación y contra la ignorancia forzosa de los más. Los mismos propagandistas de la real independencia del individuo, si no son bastante fuertes para sacudir todo homenaje y toda sumisión, suelen verse alzados sobre las espaldas de los que no comprenden la vida sin cucañas y sin premios. Que quieran que no, han de trepar; y a poco que les ciegue la vanidad o la ambición, se verán como por ensalmo llevados a las más altas cumbres de la superioridad negada. Es fenómeno harto humano para que por nadie pueda ser puesto en duda.

La gran mentira alienta y sostiene este miserable estado de cosas. La gran mentira alienta y apuntala fuertemente este ruin e infame andamiaje social que constituye el gobierno y la explotación, el gobierno y la explotación organizados, y también aquella explotación y aquel gobierno que se ejercen en la vida ordinaria por todo género de entidades sociales, económicas y políticas.

Y la gran mentira es una promesa de libertad repetida en todos los tonos y cantada por todos los revolucionarios; libertad reglada, tasada, medida, ancha o estrechamente, según las anchas o estrechas miras de sus panegiristas. Es la mentira universal sostenida y fomentada por la fe de los ingenuos, por la creencia de los sencillos, por la bondad de los nobles y sinceros tanto como por la incredulidad y la cuquería de los que dirigen, de los que capitanean, de los que esquilman el rebaño humano.

En esa gran mentira entramos todos y sálvese el que pueda. Las cosas derivan siempre en el sentido de la corriente. Vamos todos por ella más o menos arrastrados, porque la mentira es cosa sustancial en nuestro propio organismo: la hemos mamado, la hemos engordado, la hemos acariciado desde la cuna y la acariciaremos hasta la tumba. Revolverse contra la herencia es posible, y más que posible, necesario e indispensable. Sacudirse la pesadumbre del andamiaje que nos estruja, no es fácil, pero tampoco imposible. La evolución, el progreso humano, se cumplen en virtud de estas rebeldías de la conciencia, del entendimiento y de la voluntad.

Mas es menester que no nos hagamos la ilusión de la rebeldía, que no disfracemos la mentira con otra mentira. Somos a millares los que nos imaginamos libres y no hacemos sino obedecer una buena consigna. Cuando el mandato no viene de fuera, viene de dentro. Un prejuicio, una fe, una preferencia nos somete al escritor estimado, al periódico querido, al libro que más nos agrada. Obedecemos sin que se quiera nuestra obediencia y, a poco andar, conseguiremos que nos mande quien ni soñado había en ello. ¡Qué no será cuando el propagandista, el escritor, el orador lleven allá dentro de su alma un poco de ambición y un poco de domadores de multitudes! La

mentira, grande ya, se acrece y lo allana todo. No hay espacio libre para la verdad pura y simple, sencilla, diáfana de la propia independencia por la conciencia y por la ciencia propias.

Llamarnos demócratas, socialistas, anarquistas, lo que sea, y ser interiormente esclavos, es cosa corriente y moliente en que pocos ponen reparos. Para casi todo el mundo lo principal es una palabra vibrante, una idea bien perfilada, un programa bien adobado. Y la mentira sigue y sigue laborando sin tregua. El engaño es común, es hasta impersonal, como si fuera de él no pudiéramos coexistir.

Revolverse, pues, contra la gran mentira, sacudirse el enorme peso de la herencia de embustes que nos seducen con el señuelo de la revolución y de la libertad, valdrá tanto como autoemanciparse interiormente por el conocimiento y por la experiencia, comenzando a marchar sin andaderas. Cada uno ha de hacer su propia obra, ha de acometer su propia redención.

Utopía, se gritará. Bueno; lo que se quiera; pero a condición de reconocer entonces que la vida es imposible sin amos tangibles o intangibles, seres vivientes o entidades metafísicas; que la existencia no tendría realidad fuera de la gran mentira de todos los tiempos.

Contra los hábitos de la subordinación nada podrán en tal caso las más ardientes predicaciones. Triunfantes, habrán destruido las formas externas, no la esencia de la esclavitud. Y la historia se repetirá hasta la consumación de los siglos.

La utopía no quiere más rebaños. Frente a la servidumbre voluntaria no hay otro ariete que la extrema exaltación de la personalidad.

Seamos con todo y con todos respetuosos - el mutuo respeto es condición esencial de la libertad -, pero seamos nosotros mismos. Antes bien hay que ser realmente libres que proclamárselo. Soñamos en superarnos y aún no hemos sabido libertarnos. Es también una secuela de la gran mentira.

(“ACCION LIBERTARIA”. núm. 25. Gijón 30 de junio 1911.)

CENTRALISMO AVASALLADOR

En vano se alzan voces poderosas contra la creciente centralización en vida pública. Inútilmente se declama contra la absorción de las energías y de las actividades en los centros de mayor intensificación vital. Poco o nada importa que el espíritu federalista aliente vigoroso tanto en los partidos más avanzados como en los más retrógrados. El centralismo prosigue su obra avasalladora.

Madrid, el Madrid oficial, lo es todo. En política, en literatura, en artes, en ciencias, no hay más que Madrid. La vida entera de España se refunde, se concentra allí, y no hay modo, al parecer, de evitarlo. Todos los esfuerzos de las capitalidades subalternas por sustraerse a la dominación, al influjo todopoderoso de la capital de la Monarquía, sus políticos, sus literatos, sus periodistas, sus pintores, sus poetas, a Madrid han de someterse si quieren salvar las fronteras del provincialismo.

La centralización es la médula de la superestructura social moderna. La gran industria, el gran comercio, el acaparamiento de la riqueza, la organización toda de la vida política, jurídica y económica, tiene por condición el centralismo de las funciones. Sin ese monstruo pletórico de la savia de todos sus órganos esenciales, la superestructura se vendría al suelo con estrépito, y adiós orden público, mecanismo legislativo, disciplina social, feudalismo capitalista, jerarquía militar, jurídica y teocrática, todo lo que es artificio impuesto a la Naturaleza, en que parece no vivimos hace ya largo tiempo.

Todo principio ha de desenvolverse hasta sus últimas consecuencias. Podrá vacilar en teoría; una vez llevado a la práctica, va hasta el fin, quiérase o no.

La centralización tomará todos los nombres posibles: absoluta, parlamentaria, constitucional, monárquica, republicana, socialista. Esta es su última etapa. Por de pronto el socialismo se parapeta tras la palabra intervención; a poco tardar se hará francamente socialismo de Estado, socialismo centralista, socialismo de capitalidad.

Los mismos partidos que protestan de la centralización, por la centralización laboran. Ellos hacen la misma cosa que el Estado. Son pequeños estados de estructura semejantes a la estructura política. Toda la vida del partido fluye a la cabeza, jefatura, consejo, lo que fuere. De arriba procede todo, aunque parezca y aunque debiera ser lo contrario. La taumaturgia centralista tiene el poder de nutrirse de la savia de los componentes y devolver a éstos, como cosa propia, lo que de ellos ha recibido. El gran creador está allí en lo alto; en lo alto el gran dispensador. Y cuanto devuelve, lo devuelve falsificado, con la ponzoña de todo lo que se acumula y se estanca y se descompone. Se le manda sangre rica, roja, pura, y devuelve postemas repletas de pus. El tamiz de la centralización sólo deja pasar detritus.

En el mismo movimiento proletario, los tentáculos del centralismo deprimen la vida de los centros subalternos. Los grandes focos de industria ejercen la capitalidad y la hegemonía. El periódico central, la junta central, el grupo central, lo son todo. Los modestos periódicos de provincias, los comités, las agrupaciones de pueblo apenas sirven para otra cosa que para reflejar y obedecer los mandatos de arriba. Hacia el centro van las cuotas, los votos, los donativos. Y si algo vuelve, ¡qué mermado!

Pocas son las fuerzas realmente opuestas a tan funesta tendencia. Y

son pocas porque la rutina, el hábito adquirido, la herencia de siglos de subordinación, son más poderosas que las predicaciones y las rebeldías. Aun queriendo descentralizar, se va ciegamente, inconscientemente hacia el centralismo avasallador. Brilla arriba con destellos deslumbradores un trozo de cristal; fulgura abajo con luz mortecina el más esplendoroso diamante. La distancia acrece las cosas y el charlatán es tenido por oráculo, el bravucón por héroe, el vivo por sabio, el farsante por mártir. La transmutación de todos los valores es el eje sobre el que gira el centralismo.

No importa que nos digamos resueltamente rebeldes a la absorción del grupo o del individuo. La pesadumbre de nuestros prejuicios nos lleva a la inconsciente sumisión. ¡Somos tan perezosos para el ejercicio de la libertad!

La lucha es dura y es larga. Luchemos. Es menester que vivamos de nosotros mismos, que cada uno encuentre en sí mismo la razón de su vida, de su fuerza, de su acción. Las ideas iluminan; los hechos emancipan. Reconozcámonos en plena servidumbre real e intelectual y comenzaremos a saber cómo nos haremos libres intelectual y realmente. Cada uno sabiendo y queriendo su propio yo. Otra vez: las ideas iluminan; los hechos emancipan. Con todas las ideas del mundo, si no sabemos actuarlas, seremos siervos, esclavos, cosas a merced del listo, del vivo, del charlatán, del farsante.

Hacerse autónomo, gobernarse a sí mismo, de hecho valdrá más que las mejores predicaciones y propagandas. Es así cómo el centralismo será barrido de entre nosotros.

Allá en los dominios de la política, del industrialismo, del comercio, de la vida corriente y moliente, no se puede entender esto más que a medias a lo sumo. Allá se puede ser autonomista sin querer las condiciones indispensables de la autonomía. Nosotros, no. El proletariado mira a la emancipación real y sabe que la centralización, aunque sea socialista y obrera, es régimen de servidumbre, de superestructura, de cosa sobrepuesta a la naturaleza. Y porque lo sabe es radicalmente anarquista, píenselo o no. Pero es necesario pensarlo y serlo, tener conciencia del ideal y ciencia (conocimiento) para practicarlo. En la inconsciencia de las cosas, más fácil es ser dirigido que dirigirse; más fácilmente gobernado que gobernarse. Que cada uno delibere y obre en consecuencia. Sin deliberación se es autómata. Ni aun la fe en el ideal es suficiente. La ceguera intelectual no puede servir de guía a nadie. Quien voluntariamente cierra los ojos, voluntariamente se declara irredento. Abramos bien los ojos y seamos nosotros mismos. La vida verdadera no está en el conjunto; está en los componentes.

Cuando cada uno sepa ser su dios, su rey, su todo, será el momento de la conciliación humana. La solidaridad será una resultante, al contrario de la centralización, que es forzamiento.

Laboremos por la anarquía consciente, que es al mismo tiempo libertad y solidaridad.

(“ACCIÓN LIBERTARIA”, núm. 26. Gijón, 7 de junio 1911.)

RESABIOS AUTORITARIOS

Pugna con la idea de libre análisis y de libre acuerdo toda fórmula a priori, ya se trate de procesos de lógica, ya de procedimientos de organización.

Cuando adjetivamos nuestra aspiración libertaria queda establecido de antemano lo que queríamos, no sólo hacer, sino también que hiciese todo el mundo al día siguiente de la revolución. Por defectos naturales de educación social, propendemos a encerrarnos en fórmulas simples y concisas que bien pronto se truecan en dogmas. Las enseñanzas actuales y nuestro organismo, saturado por la herencia autoritaria de siglos, quieren que seamos previamente blancos o negros, azules o rojos.

Es frecuente que la primera exposición de nuestras doctrinas deje atónitos a los oyentes. Choca de tal modo la idea anarquista con las costumbres, las opiniones y los sentimientos corrientes que no es extraño que el común de las gentes nos tenga por locos. La cordura está en razón directa de la generalidad, por no decir de la vulgaridad, de ideas.

Mas como la fuerza de lógica de la afirmación libertaria es realmente incontrastable, no es menos frecuente que el atónito espectador, pasada la estupefacción del momento, acoja la idea con cariño y al fin la proclame. En su cerebro se opera entonces profundo cambio, y presto se lanza a los mayores atrevimientos del pensamiento. Júzgase transformado, libre de prejuicios, pero apenas intenta concretar sus ideas nuevas, los añejos errores, los inveterados dogmatismos reviven. Naturalmente, el catecúmeno no se da cuenta de ello y se cree el mejor y más puro de los libertarios. No pongáis en duda sus opiniones: al punto surgirá la polémica y el encastillamiento. Los que se sentían unidos por un ideal común, resultarán separados por abismos dogmáticos.

Los resabios autoritarios no se alimentan por ensalmo. La herencia y la educación actúan constantemente sobre cada uno de nosotros y de ellas somos prisioneros.

Aún entre los militantes bien conscientes del ideal, los resabios autoritarios perduran. Somos blancos o negros, azules o rojos, olvidados de que nos decíamos anarquistas.

¿Cómo conciliar con la afirmación libertaria un adjetivo cualquiera?

Se dice: «Es necesario saber qué ha de hacerse al día siguiente de la gran revuelta; cómo organizaremos el trabajo, la distribución y el consumo. Será indispensable actuar de algún modo.»

Razonamos como si hubiéramos de disponer de algún órgano de

gobierno. Es exigible a los partidos autoritarios la confesión previa de lo que se proponen realizar. Aspiran al poder y es preciso que digan cómo van a gobernar. Los anarquistas no. Sería contradictorio que pretendiéramos nosotros establecer de antemano los jalones de la organización futura. Daríamos un programa, un dogma, y no tendríamos medios de realizarlo; y si los tuviéramos y los usáramos, no seríamos ya libertarios.

Sin llegar al mañana, ahora mismo cuestionaríamos Por las más insignificantes cosas, exactamente igual que hacen los autoritarios. Lo somos realmente cuando nos obcecamos en que prevalezca nuestro coto cerrado, nuestro credo, nuestro castillo en el aire.

Se nos dirá: "¿Cómo, pues, explicaremos a las gentes nuestra concepción de una sociedad nueva?"

Delinead una fórmula más o menos comunista, más o menos individualista, y el ideal libertario se esfumará inmediatamente. De un modo fatal, explicaréis comunismo, y seréis comunista; explicaréis individualismo, y seréis individualistas; cualquier cosa más que anarquistas.

Hay un principio común no sólo a los anarquistas sino también a los socialistas y hasta a muchos hombres que no son ni lo uno ni lo otro; es en nuestros días universalmente reconocido- Nadie duda ya de que todos y cada uno tenemos derecho al usufructo de los bienes naturales y de los belenes sociales. Lo que se llama capital ha de estar a la libre disposición de todo el mundo; cada uno dispondrá así de los medios necesarios para subsistir y desenvolverse.

Más allá de este principio comienzan las escuelas, los dogmas. Para nosotros debe empezar solamente la actuación libertarla. ¿No es la anarquía la posibilidad para todos, absolutamente para todos, de proceder como mejor parezca a cada uno, la posibilidad de actuar libremente, concordándose como quiera con los demás o no concordándose de ninguna manera?

Pues comenzad por ahí la lección. La anarquía no será entonces la realización voluntaria o forzada de ningún plan previo. Será el instrumento necesario para obtener, como resultado, una organización libre, o una serle de organizaciones libres según el estado moral e intelectual y según la voluntad de los hombres en cada momento.

Discurriendo en esta dirección se barren los resabios autoritarios que nos inducen a conducirnos como lo contrario de lo que somos y también nos capacitamos para transmitir, lo más exactamente posible, la esencia misma del ideal.

Es indiscutible que la revolución venidera tendrá por principal objeto socializar la riqueza, poner a disposición de todo el mundo los medios necesarios para vivir y desenvolverse. Como haya de procederse luego, lo proclama el socialismo a la manera autoritaria prometiéndose organizar desde arriba y en común la producción, el cambio y el consumo.

Nosotros los anarquistas deberemos enseñar a los trabajadores que se organicen por sí mismos, sin esperar las órdenes de nadie; que, por medio de

acuerdos libres, se asocien para los diversos fines de la resistencia.
Esto bastará. Todo lo demás que decirles pudiéramos, o lo saben mejor que nosotros, porque es materia de su particular competencia, o tendría por objeto sugerirles sistemas que, aun pareciéndonos los mejores, pueden ser grandemente erróneos.

Lo esencial para el anarquismo es desbrozar el camino de resabios autoritarios, perseguir sañudamente hasta los últimos resabios del autoritarismo, no cejar, jamás en la tenaz labor de emancipar consciencias que mil prejuicios funestos tienen encarrilados en la servidumbre voluntaria.

La posibilidad, por medio de la igualdad de condiciones, de todas las experiencias, es la afirmación netamente anarquista. El resto o pertenece a la hipótesis o es fruto del autoritarismo.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 5. Gijón., 7 septiembre 1912.)

LA SINRAZON DE UN JUICIO

Porque expresa una opinión mal fundada de muchas gentes, quiero hacerme cargo en público de unas palabras dichas en privado por un compañero a quien estimo.

Alentándonos en la empresa de propaganda periodística que hemos acometido con «El Libertario», nos dice ese buen amigo, poco más o menos: “Sobre todo a la masa estulta hay que *enrostrarla* duro y sin disimulos”.

La cosa dicha así, en seco, parece una enormidad. Pero si se tiene en cuenta que quien de ese modo habla y quien de esta manera contesta de la masa somos, será necesario dar a tales palabras otro valor del que aparentan.

En efecto: La multitud esclavizada y embrutecida por la educación y por el hábito, y sometida por la necesidad de vivir, no se conmueve ni se agita si no es a impulsos de rudos embates de la razón que le muestran toda la cobardía y toda la vileza de su conducta. Es permitido, metafóricamente, el latido que restalla de rabia, la sacudida violenta que enciende los colores del rubor, hasta la injuria que provoca la ira. En este sentido los más activos revulsivos están justificados. La multitud recobra por sí misma y abre su entendimiento a la luz de ideas y de sentimientos ausentes o dormidos antes. Enrostrar duramente las cosas mismas, salvando al hombre, es, no obstante, el único camino del juicio y de la reflexión.

Cuando rebasamos el respeto al hombre, ya no laboramos por su elevación; lo deprimimos, insultándolo y vejándolo. Y he ahí precisamente lo que suele hacerse traduciendo malamente la necesidad de sacudir duro y sin disimulos a la masa estulta.

Es un juicio irracional muy corriente. Parece como si con injurias, con fuertes agravios, con violentos apóstrofes se llevara a la razón vecina el menor destello de luz. En esta labor revulsiva, las reflexiones, los razonamientos huelgan. Las palabras gruesas lo son todo. ¡Funesta equivocación que pone abismos entre nosotros!

Porque, en fin de cuentas, el ignorante, el sometido, no es el culpable, puesto que por voluntad propia ni permanece ignorante ni está sometido. Es la dura existencia, es el bagaje hereditario, es la falta de educación y de enseñanza desde los primeros pasos de la vida lo que le tiene reducido. Es el poder capitalista y el poder autoritario, gravitando pesadamente sobre él, lo que le tiene en la cobardía. Incitarle al análisis, empujarle a la rebeldía, no es lo mismo que insultarle, insultándonos.

¿Quién de los que más griten estará sin mácula? Nos juzgamos rebeldes y en cada minuto de la existencia nos negamos tres veces. No se vive sin someterse. Es demasiado poco un hombre solo ante la enorme

pesadumbre del mundo en que vivimos. Y para recorrer el áspero sendero de la redención humana, es preciso sentirse apoyados hasta en nuestra propia debilidad.
No podemos hacernos la ilusión de emancipados. No podemos pensarnos realmente rebeldes, rebeldes de hecho, en medio de todas las sumisiones a cuyo solo precio se puede vivir hoy. ¿Tenemos la percepción de la rebeldía, de la libertad, del gran ideal de justicia? Pues llevémosla por la razón, hasta por la pasión, a nuestros hermanos. Que la rabia de la impotencia no nos arrastre al menosprecio y a la injuria. Y si de tanto en tanto se hace necesario el aldabonazo que despierta a los dormidos, el recio apóstrofe que obliga a erguirse a los sumisos, pongamos inmediatamente la razón de nuestros llamamientos, de nuestras duras palabras. Mover un brazo en actitud amenazante es mucho más fácil que dar la razón de la amenaza.

Maltratar a los que no están a nuestro lado equivale a maltratarnos nosotros mismos. Pensemos siempre que éramos como ellos mismos en la víspera del día en que hablamos, del día en que fuimos convencidos por lecturas, por conversaciones o por meditaciones propias.

¡Enrostrar la multitud estulta! Hay muchas cosas dignas de ser enrostradas. Nosotros mismos no podríamos alzar el grito muy alto sin que tal vez la multitud pudiera devolvernos golpe por golpe.

¿Hay muchas cosas dignas de ser enrostradas fuera y dentro de nosotros? Pues duro con ellas. Pero que la razón vaya detrás presurosa, solícita, con amor intenso, inundando de luz las cavernas tenebrosas donde han echado profundas raíces todas las servidumbres históricas.

La sinrazón de los que maltratan sólo tiene una disculpa: que ellos mismos carecen de mejores argumentos.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 8. Gijón, 28 septiembre 1912.)

ALREDEDOR DE UNA ANTINOMIA

Se reproduce en las contiendas sociales de nuestros días el antagonismo histórico de las luchas políticas y filosóficas. El genio de Proudhón, el más grande dialéctico revolucionario, señaló de modo concluyente la antinomia en que se revuelve la vida humana. Todo, hechos,

sucesos, sentimientos, ideas, aparece como si tuviera dos caras, dos términos opuestos e irreductibles. Pudiera decirse que el principio de contradicción es la esencia de la vida misma.

Son las luchas contemporáneas, así en lo ideal como en lo real, distintas por la orientación y por el contenido, iguales por sus términos originarios a las de todas las épocas. En medio de las aspiraciones de renovación social, la tendencia asociacionista y la tendencia autonómica libran desigual combate. Los ideales van desde la afirmación de la individualidad independiente hasta la consagración de la masa, de la colectividad toda poderosa. Las prácticas sociales reflejan a cada instante el encono del individuo en rebeldía y la prepotencia de la multitud avasalladora. La antinomia, la contradicción es flagrante entre sojuzgado y sojuzgador. Hay una fuerza disolvente y dispersa que se llama individualismo, una fuerza conglomerada y conservadora que se llama socialismo o societarismo. En el fondo, sean cualesquiera los nombres, oposición manifiesta entre la unidad y la totalidad.

Es verdad que el principio asociacionista, común a todas las escuelas sociales, difiere esencialmente de la afirmación cerrada de la soberanía colectiva. Pero en la práctica se confunden y compenetran debido a la preponderancia del espíritu gregario y a la educación de rebaño. El asociacionismo consciente, que se deriva de la voluntad libre del individuo autónomo, es aún lejana realidad, tópico para futuras edades. Las gentes marchan, mecánicamente agrupadas, ahora como antes, sean las que quieran sus aspiraciones ideales.

A causa del bagaje hereditario, tanto como por la influencia del medio, de ningún modo renovado en este punto, la antinomia entre la individualidad y la agrupación continúa en pie a favor de la soberanía indiscutible y aplastante de la multitud. En general, los individuos parecen gozosos de sumergirse y desaparecer en el abigarrado e indefinido conjunto de la masa, de la muchedumbre, de un ejército, de un partido o de una asociación cualquiera. Pocos son los celosos de su personalidad. Pocos y tenidos comúnmente por locos y estrafalarios.

Y no obstante, muchos se dicen autonomistas, proclaman grandes e incontestables verdades de liberación humana, quieren dignificar y ennoblecer al individuo; pero al punto mismo de las realidades se rinden a los hábitos de la rutina y se suman, olvidados de sí mismos, a la turba que arrolla, como impetuosa corriente, todos los obstáculos.

Suele ponerse por delante la pantalla de la solidaridad y de la asociación. Pero la solidaridad, cuando no es fruto de deliberaciones personales y de determinaciones de la voluntad consciente, no difiere de la caridad y del pietismo cristiano. La asociación, cuando no es resultado de un contrato libre

entre iguales, en nada se diferencia de la subordinación automática y ciega a la voluntad de otros. Luego, la solidaridad y la asociación no necesitan del sacrificio individual, no ciegan la independencia. Esta necesidad y esta negación tienen su raíz en los resabios de sumisión voluntaria y de acatamiento a la autoridad impuesta.

La antinomia existe de todos modos. Porque sin la independencia personal se anula el individuo y sin la asociación de individuos la vida es imposible.

Salir de este callejón sometiéndose al grupo o negándole, es cortar el nudo. Y lo que se necesita es desatarlo.

Desatarlo es permanecer autónomo y voluntariamente cooperar, concurrir, solidarizarse para una obra común. Asociacionismo es igual que decir acto deliberado de la voluntad libre. Cualquier otra cosa es subordinación, regimentación, esclavitud, en fin; de ningún modo asociación.

No se asocia el que no es libre; se somete. No es libre el que está sometido y no puede, por tanto, contratar, deliberar, determinar sus actos. Todo pacto implica la libertad y la igualdad previa de las partes contratantes. El pacto entre seres iguales y libres resuelve la antinomia consagrando la independencia y realizando la solidaridad.

Tal es, en el fondo, el principio anarquista.

El socialismo que se ampara del Estado, de la sociedad o de cualquier otro modo de agrupación, podrá hablar de libertad, pero esta libertad estará de tal modo condicionada que valdría la pena de hablar francamente de subordinación forzosa a la soberanía de la colectividad. Y en este punto, quien estime su libertad personal habrá de inclinarse necesariamente al anarquismo.

Fuera de él, toda promesa de verdadera liberación, es falaz y embustera.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 10. Gijón, 12 octubre 1912.)

LAS VIEJAS RUTINAS

Es pasmoso como arraigan, en el espíritu humano los conceptos hechos, las ideas fijas, los prejuicios tradicionalistas. Dijérase, que después de adquirida una noción cualquiera, el hombre la sigue mecánicamente, la

obedece por instinto, sin intervención alguna del raciocinio. Quien nos examinara desde un ambiente distinto del humano, no nos distinguiría del perro que ladra sistemáticamente al que pasa y se humilla ante el que le pega. En la sumisión a la costumbre nada nos diferencia de los que reputamos irracionales por la sola razón de que no los entendemos.

Si es verdad que cualquier especie animal permanece invariablemente la misma a pesar de las repetidas y continuas experiencias hereditarias, no lo es menos que al animal-hombre casi no le ha servido de nada su larga experiencia histórica, ni este mismo privilegio de registrar espiritualmente sus experiencias. Educado en la práctica autoritaria, no acierta con ningún remedio que no sea calcado en el ejercicio de la autoridad y en la obediencia a la autoridad. Instruido en el trabajo servil, no se le ocurre ningún expediente que le permita trabajar en libertad para subvenir lo mejor que pueda y sepa a sus necesidades. Perro fiel a su amo, acata al cura, sirve al propietario, obedece al jefe. Si lo sustraéis a este dominio, a buen seguro que no sabrá qué hacer de su persona. Se encontrará como desorientado en la inmensidad de un desierto o en el enredijo de indescifrable laberinto. Las viejas rutinas son el alma del hombre y, sin ellas, el rey de la creación quedaría por debajo de la más ruin alimaña. La soberbia humana va de tumbo en tumbo en cuanto pierde los andadores.

Nuestras mismas ponderadas filosofías, nuestras pomposas ciencias, no son sino modulaciones sobre el eterno tema de la vida rutinaria, del pensamiento encasillado, de la acción metodizada, prisionera, sometida. La razón y sus sutilezas sólo han servido para variar hasta lo infinito las formas de la subordinación y de la servidumbre.

Por grados, los sistemas filosóficos, las concepciones ideales, siempre renovadas, han parecido ascender en dirección progresiva. Pero si se nos examina despacio, se ve pronto que todos parten de las mismas viejas rutinas, pasan por los mismos prejuicios y arriban a los mismos errores: autoridad, propiedad, casta, privilegio.

Se toma al hombre como a un animal domesticable. Consecuencia obligada: unos domestican, otros son domesticados; unos mandan, otros obedecen; aquéllos poseen, éstos trabajan. Hay gobernantes y gobernados, propietarios y proletarios; en suma: amos y esclavos. La experiencia fisiológica y la experiencia histórica no han dado más de sí.

¡Qué ímprobo trabajo el de llevar a las inteligencias la necesidad y la justicia de la vida libre! Aun en los más clarividentes, las viejas rutinas se atropellan con inusitado estrépito para oponerse a la utopía. En vano será que apeléis al poder de la lógica, de cuyo dominio tanto se ufana el hombre; en vano que mostréis cómo por naturaleza las fuerzas universales llevan en sí mismas la razón de sus convergencias y de sus divergencias; en vano que

acumuléis hechos, relaciones, analogías para demostrar que en la ecuación de las actividades humanas, la legislación y la propiedad son en cantidades extrañas. Sistemática, mecánica y obstinadamente, las viejas rutinas repetirán la misma cantinela.

Y aun cuando el espíritu humano se muestra propicio a la razón y se lanza a formular términos de progreso, de mejoramiento, de emancipación, no es raro ver como de nuevo cae en los mismos prejuicios y reproduce las mismas rutinas. Bajo la promesa de libertad, hay siempre la sugestión de una nueva servidumbre; bajo el anuncio de la igualdad, hay siempre el fermento de nuevos privilegios. La tradición manda. El doméstico acata. Las viejas rutinas prevalecen.

Tantas cuantas veces el credo social se ha renovado, otras tantas ha caído en el autoritarismo y en la desigualdad. Lentamente los factores hereditarios recobran su influjo y al fin se imponen.

El socialismo actual es un ejemplo patente de estas reviviscencias. Le evolución regresiva iniciada el mismo día de su nacimiento, lo conducirá a su total negación. Cuanto más poderoso se hace, más autoritario se torna. Es un proceso de identificación con la rutina ambiente. Se le acepta tanto más, cuanto más se le acomoda a la tradición autoritaria, fuertemente arraigada en las gentes de todas las calañas.

El perro continúa ladrando al que pasa y lamiendo la mano al que pega.

¿Evolución progresiva? Sin duda. Mas en el correr de los tiempos la ímproba labor emancipadora apenas se advierte; ¡tan aferrados estamos a la sinrazón de nuestra razón y al oropel de nuestra ciencia! Es difícil ser nuevo con todo el bagaje tradicional a cuestas, arriesgado ponerse delante de la corriente de los siglos, temerario lanzarse al ignoto futuro. Más fácil y más cómodo y más tranquilo es dejarse conducir y bailar al son que nos tocan. Tenemos demasiado de rebaño. Y los hay que tienen mucho de danzantes. No faltan tampoco los malos cómicos ni los cínicos explotadores de la ignorancia y de la simpleza popular.

¿Vida libre? ¿Igualdad de condiciones? ¿Solidaridad humana? ¡Bah! Desvaríos de manicomio. Las viejas rutinas; eso es lógica, sabiduría y ciencia.

Mañana corno hoy y hoy como ayer, quieren los imbéciles que el perro ladre al que pasa y lama la mano al que le pega.

Aunque el perro se llame hombre.

(“ACCIÓN LIBERTARIA”, núm. 1. Madrid 23 mayo 1913.)

COMO SE AFIRMA UN MÉTODO

Ricos somos en ideas, pobres en hechos. Hasta la razón llegan con bastante facilidad los teoremas de la lógica ideal; mas el rigorismo de la práctica encuentra difícilmente anchos caminos donde espaciarse. Los que dejamos vagar la imaginación por el edén del porvenir soñado, ¡con cuánta frecuencia en la brutal realidad damos de bruces sin percatarnos de la irreductible contradicción de nuestra conducta!

Propagadores de ideales nuevos, ponemos casi siempre manos a la obra sin que acertemos a diferenciarnos, en los detalles mil de la realidad, de aquellos otros que, fieles a la rutina, piensan y sienten y ejecutan al unísono como modelados e inspirados por la más íntima concordancia entre la idea y el hecho. Cristalizan éstos en el pasado; se están formando aquéllos con los yugos del presente y las brisas del porvenir. Somos el hoy que sueña en el mañana. ¡Qué mucho que la contradicción sea flagrante!

Mas en el imperio de la razón, la consecuencia obliga. Hay necesidad de que al idealismo declamatorio, al continuo proclamar las excelencias de un principio, al reiterado pregón de las aspiraciones nuevas, respondan los hechos afirmando con su lógica cerrada aquellos o aquel método según que la vida futura ha de desenvolverse a la medida de nuestras concepciones.

De todas las *cracias* y de todos los *ismos* que determinan nuestra mentalidad o nuestro ideal, son los más eficaces aquellos que encuentran mantenedores decididos en el terreno de la práctica. Una democracia que gana en jerarquías a los mismos poderes caducos; un socialismo que en materia de disciplina no tiene nada que envidiar al ejército mejor organizado; un anarquismo que, pasándose de listo, establece oligarquías disimuladas, podrán vivir saturados de grandes, muy grandes ideas, pero no acertarán jamás a afirmar su grandeza en el ambiente de la vida, no lograrán jamás traducirse en hechos, sugestionando y arrastrando tras si a la gran masa que carece de tiempo para entregarse a estudios filosóficos.

Hay un libro inmenso, más elocuente que ninguno: el libro de todos, de la experiencia de todos. Que vayan unos cuantos a buscar entre las páginas del pobre saber humano la esencia misma de todas las razones: siempre la incontable muchedumbre se quedará a oscuras si esas razones no se las escribe en el libro universal de la realidad ambiente, de la práctica cotidiana.

Caen, pues, las democracias porque el ideal no tiene traducción eficaz en la experiencia, porque la realidad no corresponde a lo soñado, aun cuando aquélla sea fiel trasunto de un principio filosófico bien preciso. Fracasa el socialismo cuando las gentes se percatan de que los adeptos de la buena

nueva social no son sino tristes plagiarios de las cosas de antaño y de las cosas de hogaño. Fracasa igualmente el anarquismo cuando, a poco que se hurgue, se encuentra en sus mantenedores, próximo a la corteza libertaria, el material leñoso y el corazón del autoritarismo.

Confiados todos en que el milagro de la transformación se verifique como por encanto, damos riendas sueltas a las palabras bellas, a las declaraciones tribunicias, a las ardorosas afirmaciones de la eterna aspiración, sin que en la realidad se produzca ni un solo conato de experiencia del método, de práctica del principio. Y aun para engañarnos, buscamos fáciles explicaciones a nuestra falta de correlación y creemos haberlo hecho todo cuando nos lavamos de toda culpa en el Jordán del medio ambiente.

En realidad de verdad, no se afirma así el porvenir. Buenas son las razones que sensibilizan el entendimiento; mejores los hechos que en él se graban para no borrarse jamás. No es suficiente para afirmar la aspiración anarquista aducir razones sobre razones y amontonar las pruebas dialécticas. En este terreno permanecería mucho tiempo como diletantismo de un puñado de innovadores. Es necesario, además, que los adeptos de aquel ideal lleven a la vida ordinaria, sobre todo a la vida societaria, las prácticas, todas las prácticas posibles del método preconizado. Es necesario que vean las gentes y cien grupos, una asociación grande o chica y una o más federaciones de grupos, de colectividades, cualquiera que sea su naturaleza y cualesquiera que sean sus fines. Es necesario que vean las gentes como sin previos reglamentos y sin imposiciones del número los hombres pueden coordinar sus fuerzas y realizar una labor común. Es necesario que vean las gentes cómo la solidaridad puede ser un hecho, con las limitaciones naturales del Estado social presente, sin esas monstruosas ordenanzas que van señalando paso a paso y minuto a minuto el modo y la forma de que el individuo traduzca aquello mismo que lleva en su constitución y en su sangre y, por añadidura, en su entendimiento. El anarquismo, como cualquiera otra doctrina, ha de llegar a la universalidad de las gentes por la mediación de la experiencia. Es indispensable que se le lea en este gran libro, ya que, por otra parte, no todos pueden ir a buscarlo en los tratados de filosofía o de ciencia.

Larga, muy larga, será quizá esta obra. Tan larga como se quiera, demanda toda nuestra paciencia, y toda nuestra perseverancia. Es así como se afirma un método y es así como quisiéramos ver a cada momento traducido el ideal.

Bajo ningún pretexto es disculpable que llevemos en los labios la palabra libertad sin que los hechos respondan de que son sinceras. No hay motivo de táctica, ni excusa de gastada habilidad que impida a un anarquista,

cuando realiza una obra de asociación, de propaganda o de lo que fuere, realizarla conforme al método que ensalza y encomia.

Somos ricos en palabras y en ideas. Seamos ricos en hechos, que es así como mejor se afirma el ideal.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 20. Madrid 3 octubre 1913.)

TÁCTICA

LABOR FECUNDA

Aunque en los últimos tiempos háse iniciado entre los anarquistas una corriente de opinión favorable a las organizaciones corporativas, discútese todavía con cierto calor sobre la conveniencia de esta nueva táctica, y algunos dudan de la consecuencia entre nuestros principios y la intervención en las luchas obreras, propiamente dichas.

Muchos de los convencidos por la necesidad de intervenir en las organizaciones gremiales, llevados tal vez por un exceso de puritanismo, no se pronuncian por la intervención sino con grandes reservas.

Parécenos que en el estado actual de cosas tales vacilaciones son perjudiciales a la propaganda.

De todas las actitudes, la de la vacilación es la más funesta. Las ideas requieren acción resuelta y constante. No basta decir que es necesario que nosotros vayamos a los trabajadores ya que ellos no vienen a nosotros, y agregar que es conveniente ayudarlos en sus luchas con el capitalismo, para poner luego mil reparos a la acción libre de cada uno de nosotros. Ninguno ignora que las sociedades corporativas son colectividades cuya finalidad se reduce a obtener mejoras de momento y reformas pronto o tarde estériles. Puede descartarse este aspecto de la cuestión, puesto que si tales razones tuvieran valimento para renunciar a nuestra intervención en dichas sociedades, habría que reconocer igualmente la necesidad de renunciar también a otros medios de propaganda y de lucha, como la prensa y las reuniones públicas, que nos obligan a transigir de momento, pero continuamente, con las imposiciones de la legalidad y del medio ambiente.

Nuestras ideas lo son de emancipación general; lo son inmediatamente de emancipación obrera. Aun sin hacer política de clase, si se permite la

expresión, nuestros ideales, nuestra conducta, refluyen en primer término sobre la clase trabajadora hasta el punto de que se puede afirmar de la anarquía, como del socialismo, que es un ideal obrero, siquiera todos los hombres de buena voluntad puedan sumarse en la defensa de nuestras comunes aspiraciones.

¿Dónde hallaremos, pues, ambiente adecuado para nuestra propaganda?

Dícese que el propósito de mejorar las condiciones del trabajador y de obtener pequeñas reformas es contrario a nuestras ideas. Sin duda ninguna. Mas por esto mismo es al seno de los gremios a donde debemos llevar nuestras razones favorables a una acción más amplia de emancipación total; es en el seno de las agrupaciones obreras donde deberemos actuar nuestros principios todo lo posible; es en el seno de las sociedades corporativas donde la influencia de nuestra lógica ha de dejarse sentir si queremos que el pueblo llegue a conocer nuestras ideas y nuestra táctica.

Y aun sin desconocer las dificultades de esta intervención, dado nuestras opiniones contrarias a las ideas predominantes en la mayoría de las asociaciones obreras, diremos que las mismas luchas de carácter económico, las huelgas por el aumento de jornal o disminución de horas de trabajo, tienen con relación al anarquismo un significado de la mayor importancia. Ellas ponen al obrero frente a frente del capitalista, y la tradicional sumisión se trueca en rebeldía, inconsciente primero, mas a la larga consciente y duradera. Ellas dan carácter de enemiga irreconciliable a las contiendas, ya habituales, entre ambas clases, explotada y explotadora. Ellas han convertido a dos categorías sociales de hombres en dos ejércitos beligerantes que no abandonarán el campo de batalla si no es con el vencimiento definitivo de una de ellas.

No cabe negar que la conducta actual del proletariado difiere grandemente de la de hace algunos años. Hoy se lanzan, los trabajadores con el menor motivo a huelgas formidables que ponen en grave aprieto al capitalismo, no por lo que afecta a los intereses, sino precisamente por el estado moral que revela en los obreros, por las exigencias de éstos que exasperan a aquéllos, acostumbrados como estaban a la sumisión del pueblo. De hecho el proletariado Se halla en una actitud de constante rebeldía. Pues este estado de cosas se debe, tanto más que a la propaganda socialista, al espíritu de asociación y de lucha despierto siempre en las sociedades de oficio; se debe al movimiento corporativo, que nace sin finalidad a veces, se desarrolla satisfecho con las migajas que conquista, pero al cabo, por la fuerza de los sucesos, se encuentra revolucionario y en condiciones de prescindir de las pequeñas reformas y de las aparentes mejoras.

¿Y no significa nada para los anarquistas esta derivación de las luchas

económicas?

Supónese que el ingreso en una sociedad de oficio implica la aceptación de sus limitadas aspiraciones, y se sostiene también que los anarquistas olvidan dentro de estas sociedades su aspiración final por las cosas fútiles y de momento. Y sin embargo, si una huelga surge, ¿qué hará el obrero anarquista? Pues luchar con sus compañeros, si no quiere hacer la causa del capitalismo. Antes que cruzarse de brazos, deberá impulsar la lucha procurando que tome aspectos revolucionarios. Porque entre nuestra pasividad y la diligencia de los políticos y de los jefes del socialismo, es lo cierto que el movimiento obrero se convierte en monopolio provechoso de los ambiciosos y de los reaccionarios.

¿No tenemos un trabajo educador a realizar en medio de las masas obreras? Labor fecunda sería para los ideales del porvenir, para la emancipación integral de la humanidad, la transformación de esas sociedades reglamentadas y gobernadas por los superhombres de la política profesional, socialista inclusive, en sociedades de luchadores conscientes. Labor fecunda sería acomodar lentamente, por la persuasión, por el ejemplo y por la experiencia, a los hábitos de la libertad, los millares de obreros que, sintiéndose rebeldes, no aciertan a sacudirse la tutela de los reglamentos y de los comités. Labor fecunda sería llevar al seno de las sociedades corporativas un creciente espíritu de rebeldía, de independencia, de emancipación. ¿Y se ha hecho esto?

Creemos que no. Creemos que todo lo que se ha intentado es convertir en anarquistas a esas sociedades, de golpe y porrazo, o se ha trabajado por disolverlas, extremos igualmente viciosos, porque ni aquello es posible ni esto tiene otras ventajas que las que el capitalismo ofrece al obrero en el desamparo del aislamiento.

No pretendemos, con esta táctica que preconizamos, convertir a nuestro ideal al proletariado en su localidad, ni buscamos millones de adhesiones. Lo que juzgamos indispensable es vivir el ambiente obrero, propagar en medio de los obreros educar y educarnos para la libertad entre la multitud de aquellos nuestros hermanos que luchan como pueden y saben. Y en este sentido, cualquiera que sea la disconformidad del anarquismo con las aspiraciones de las sociedades corporativas, nuestro campo de acción está en estas sociedades, en sus luchas, en sus huelgas, en sus revueltas cada vez más enérgicas contra el capitalismo imperante.

Lo está tanto más cuanto que estas organizaciones son el embrión del porvenir. No tiene valor alguno el argumento de que teniendo por objeto dichas sociedades la defensa del salario, de nada servirán una vez destruido el salariado. Y no lo tiene, porque casi ninguna de esas sociedades vive por la defensa del salario, sino por el espíritu de insubordinación al capitalismo,

por el espíritu, consciente o no, de emancipación y de mejoramiento. Todavía no se ha visto un gremio que se conforme con las mejoras obtenidas, por grandes que fueren. Se quiere siempre más, y lo que la burguesía llama exigencias no tiene límite en las agrupaciones de oficio.

Además, cualquiera que sea el objeto inmediato de dichas asociaciones, es indudable que subsisten, más que por sus propósitos, por los lazos de cooperación y compañerismo profesional, por espíritu de clase, pudiéramos decir. Hay la tendencia a combinarse por afinidad de oficio; como la hay a combinarse por comunidad de ideas o de necesidades. En este concepto, son todo el porvenir. El mundo que preconizamos no será probablemente más que esto: una gran asociación o grandes asociaciones de sociedades libremente federadas.

Aun cuando se pretenda que el individuo será una especie de enciclopedia, cosa cada día más imposible dados los crecientes dominios de las artes, de las industrias y de las ciencias; aun cuando se pretenda que cada ciudadano o campesino podrá cambiar de profesión como de camisa, lo que estará por mucho tiempo fuera de toda realidad para la gran mayoría de los hombres, es lo cierto que las necesidades de la vida común constreñirán a cada uno y a todos a la formación de asociaciones de producción, de cambio o distribución y de consumo. Serán todo lo variables, todo lo inestables que se quiera estas agrupaciones del porvenir a causa de la menor especialización de las funciones; pero serán indispensables para la vida de la solidaridad. Y ellas no significarán más que un mejoramiento del pasado societario en expectativa de un perfeccionamiento futuro, que en el enlace de la evolución humana cada eslabón supone al que le precede y anuncia al que le sigue.

Por todo lo dicho, entendemos que para los anarquistas hay una labor fecunda que realizar en el seno de las corporaciones gremiales, sin que ello excluya, se entiende, la propaganda constante y directa en todas las manifestaciones de la vida, ya sea individualmente, ya sea en grupo o colectividad.

Y si en esta labor hubiéramos de perder algunos de los nuestros, que se pierdan en buena hora, que nuestras aspiraciones no pueden reducirse a una especie de mercantilismo que tiene muy en cuenta las pérdidas y las ganancias.

(Almanaque de «LA QUESTIONE SOCIALE», para 1901, Buenos Aires.)

VOTA, PERO ESCUCHA

Tuve, en vísperas de las pasadas elecciones, la humorada de asomarme al paraíso de cierto teatro donde se celebraba un mitin electoral. Era para mí un espectáculo nuevo en el que tomaban parte antiguos amigos de amplias ideas con gentes nuevas de limitadísimas orientaciones.

Salí de allí con la cabeza caliente y los pies fríos. Tuve que soportar una regular jaqueca de providencialismo político y, naturalmente, sufrí las consecuencias.

Estoy maravillado. No pasan días por las gentes. No hay experiencia bastante fuerte para abrirles los ojos. No hay razón que los aparte de la rutina.

Como los creyentes que todo lo fían a la providencia, así los radicales, aunque se llamen socialistas, continúan poniendo sus esperanzas en loe concejales y diputados y ministros del respectivo partido. “Nuestros concejales harán esto y lo otro y lo de más allá.” “Nuestros diputados conquistarán tanto y cuanto y tanto más.” “Nuestros ministros decretarán, crearán, transformarán cuanto haya que decretar, crear y transformar.” Tal es la enseñanza de ayer, de hoy y de mañana. Y así el pueblo, a quien se apela a toda hora, sigue aprendiendo que no tiene otra cosa que hacer sino votar y esperar pacientemente a que todo se le dé hecho. Y va y vota y espera.

Tentado estuve de pedir la palabra y arremeter de frente contra la falaz rutina que así adormece a las gentes. Tentado estuve de gritar al obrero allí presente y en gran mayoría:

”Vota, sí, vota; pero escucha. Tu primer deber es salir de aquí y seguidamente actuar por cuenta propia. Ve y en cada barrio abre una escuela laica, funda un periódico, una biblioteca; organiza un centro de cultura, un sindicato, un círculo obrero, una cooperación, algo de lo mucho que te queda par hacer. Y verás, cuando esto hayas hecho, como los concejales, los diputados y los ministros, aunque no sean tus representantes, los representantes de tus ideas, siguen esta corriente de acción y, por seguirla, promulgan leyes que ni les pides ni necesitas; administran conforme a estas tendencias, aunque tu nada les exijas; gobiernan, en fin, según el ambiente por ti creado directamente, aunque a ti maldito lo que te importe lo que ellos hagan. Mientras que ahora, como te cruzas de brazos y duermes sobre los laureles del voto-providencia, concejales, diputados y ministros, por muy radicales y socialistas que sean, continuarán la rutina de los discursos vacíos, de las leyes necias y de la administración cominera. Y suspirarás por la instrucción popular, y continuarás tan burro como antes, clamarás por la libertad y tan amarrado como antes a la argolla del salario seguirás, demandarás equidad, justicia, solidaridad, y te darán fárragos y más fárragos

de decretos, de leyes, reglamentos, pero ni una pizca de aquello a que tienes derecho y no gozas porque ni sabes ni quieres tomártelo por tu mano.

"¿Quieres cultura, libertad, igualdad, justicia? Pues ve y conquístalas, no quieras que otros vengan a dártelas. La fuerza que tú no tengas, siéndolo todo, no la tendrán unos cuantos, pequeña parte de ti mismo. Ese milagro de la política no se ha realizado nunca, no se realizará jamás. Tu emancipación será tu obra misma, o no te emanciparás en todos los siglos de los siglos.

"Y ahora ve y vota y remacha tu cadena."

("SOLIDARIDAD OBRERA", núm. 4. Gijón 25 diciembre 1909.)

CUESTIONES DE TÁCTICA

La persistencia en las mismas ideas o en los mismos hechos lleva derechamente a la rutina. Automáticamente repetimos lo de todos los días por hábito adquirido. Nada ni nadie escapa a esta fatal derivación de las cosas.

La táctica societaria y la socialista Se hallan a la hora presente en un momento de crisis que anuncia la ruptura de los viejos moldes, porque la repetición constante de unos mismos modos de acción ha llegado a rendirlas ineficaces.

Las asociaciones obreras no han acertado a salir o de la parsimonia de la lucha bien calculada con la caja repleta o de la contienda fortuita, al azar, y sin más elementos que el entusiasmo y los arrestos indudables de los luchadores. Se habla de la acción directa y de la acción a base múltiple. Pero en rigor de verdad ni lo uno ni lo otro ha servido para sugerir nuevos y más eficaces medios de combate. Con distintos nombres, se repiten los mismos hechos. Porque en el fondo, el sindicalismo a base múltiple permanece, como siempre inactivo, pudiéramos decir a base nula, y el sindicalismo de la acción directa se reduce a la repetición candorosa de las prácticas ya viejas de la internacional y de las diversas federaciones de resistencia que en España han sido. Con haber cambiado un poco los nombres de los organismos y adjetivar general a toda huelga algo importante ha podido creer el proletariado que hacía algo mejor y de mayor acierto que lo pasado.

Todo ello revela que los trabajadores se dan cuenta de que es preciso renovar la táctica, porque ni los tiempos son los mismos ni el adversario está tan desprevenido que no pueda defenderse bien de prácticas sobrado

conocidas por lo añejas. Se dan cuenta repetimos, pero no aciertan por el momento, a renovarla.

De modo análogo la táctica socialista insiste en las antiguas rutinas. De un lado, todo para el eleccionismo; de otro, todo para la violencia a *outrance*. Sin interrupción y sin enmienda, el socialismo político labora por la participación legislativa y gubernamental, y de ahí no sale. Sin enmienda y sin interrupción, el socialismo revolucionario opera sobre la hipótesis de una permanente revuelta, y de eso no se zafa. Pero del socialismo político han surgido los reformistas y también Se han disgregado elementos valiosos que propenden a una táctica de clase, por así decirlo, puramente obrerista. Y del socialismo revolucionario, más o menos anarquista, se han destacado distintas tendencias, desde la no resistencia hasta la brutalmente, cruelmente violenta. Ello revela también que se presiente la necesidad de un cambio de postura.

Como los dos movimientos, societario y socialista, Son simultáneos y son hermanos y ofrecen los mismos aspectos y las mismas circunstancias, pasan por los mismos fenómenos y tienen idénticas inclinaciones.

Por eso ahora la crisis de la acción afecta a las dos fuerzas, que, en rigor, son una misma.

Del cambio ineficaz de las palabras, habrá que pasar al de las cosas. La huelga a la vieja usanza no sirve o no basta ya. La intervención, política va siempre a la zaga de la acción social y es del todo infructuosa cuando no es nociva.

La no resistencia al mal se ha quedado en los límites de una mística inaplicable a las candentes luchas de nuestros días. Y la violencia, ciega y bárbara por la violencia misma, se ha extinguido en la vesania de un puñado de desequilibrados. Consignamos hechos que sólo el apasionamiento puede desconocer. Y no formulamos juicios, de momento, porque ellos serán la derivación necesaria de lo que vamos diciendo y de lo que digamos.

En suma: queda el proletariado insistiendo más que nunca en la asociación y queda actuando rutinariamente pero con ansias manifiestas de nuevas orientaciones; quedan el socialismo político y el socialismo revolucionario ganando prosélitos y difundiéndose más allá de las fronteras de clases, pero gastándose en el automatismo cansino de la táctica vieja y en trance de caer en la impotencia si no modifican y acomodan su acción a tiempos y situaciones nuevas.

Naturalmente, el punto de partida será el mismo siempre. La tradición revolucionaria del proletariado tiene su arraigo en principios de equidad y de justicia indestructibles y, por tanto, será a partir de lo esencial que se modificará lo que es accidental, lo que es transitorio en el amplio desenvolvimiento del fenómeno social obrero.

En el terreno de la lucha económica, de la lucha de clases, dibújase una tendencia francamente social. Quieran que no los partidistas, Se da mayor importancia, que a la teórica, a la experiencia. Un sano practicismo fundado en la previa selección de los idealismos difundidos por doquier, inspira al proletariado militante. Se quiere actuar directamente, pero no uniformemente. Acción directa difusa, tal como requiere la complicada vida actual: esa es la tendencia. La multiplicidad de los medios excluye cada vez más las previsiones reglamentarias. No lo decimos por reverterlo todo a nuestra tesis particular, sino por observación de los hechos. Nulas resultan las cortapisas y las trabas impuestas por los retardatarios del obrerismo; nulas las intemperancias de los impulsivos que se figuran que las cosas pueden marchar de cualquier modo. Se impone la confederación estrecha de las fuerzas, pero se impone fuera de rutinas y ataderos que pertenecen ya al tiempo pasado. La acción ha de ser múltiple y acomodada a las circunstancias y los medios en cada momento. Imposible la uniformidad en la conducta. Imposible la unificación en la marcha, en el compás, en el tono. De la concurrencia libre de todos los elementos, resultará, mucho más eficazmente que de cualquier plan previo, la unidad poderosa del proletariado. Y es precisamente de esta concurrencia libre que ha de resultar asimismo la orientación común y definitiva. Frente al enemigo apercibido y pertrechado en forma, la acción directa ha de extenderse a todos los órdenes de la vida. Habrá de salirse de los moldes huelguísticos chapados a la antigua. Habrá que acudir al sabotaje, al boicot, a todos los medios de resistencia y de acción, propiamente dicha. Habrá que romper el círculo de clase y solicitar y obtener el concurso del público a medio de la huelga de inquilinos, de la moralización de ciertos trabajos socialmente dañosos y de la exaltación de la vida general a los términos de solidaridad humana quebrantada y rota por los privilegios y los poderíos en auge. Será acaso necesario llegar hasta la *proletocracia* directa, esto es, hasta la dirección de la vida total por el proletariado. Todo ello socialmente, realmente, fuera de la ficción política. Y si aún se quisiera que tal lucha fuese política, sería a la manera que los internacionalistas y los viejos luchadores de la extinguida Federación Regional Española la actuaban bajo la denominación de *política demoledora,* convencidos como entonces, como ahora lo están muchos que no son sospechosos de anarquismo, de que «cultivando nuestro jardín», trabajando por ensanchar y multiplicar los organismos de resistencia, se hace obra, no sólo de mejoramiento positivo inmediato, «sino una faena esencial y profundamente política» ya que, «ocurra lo que ocurra en el campo de la política, cada sociedad que nace, cada federación que crece, hasta cada conciencia que despierta y se suma a este movimiento de redención, son nuevos sillares añadidos a la granítica muralla que cierra para siempre el

paso a la reacción y también al quietismo».

En la iniciación de esta labor nueva, incomparablemente superior al personalismo político; al ñoño deporte de las elecciones y de los discursos parlamentarios y también al desatinado bullir en tonto de los inquietos, está el comienzo de la gran obra que ha de realizar el proletariado mundial. Y lo está tanto más cuanto que, en marcha hacia el futuro, irá así elaborando la ética nueva del mundo nuevo, fundada en sus propias aspiraciones de libertad y de igualdad para todos, de ennoblecimiento de la vida general, que ahora mismo le coloca por encima de estas enfáticas clases directoras que sólo son podredumbre y corrupción, ignorancia barnizada de sabiduría, bestialidad vestida de mundana etiqueta.

En el ancho campo de la acción revolucionaria, acción que es forzosamente directora y hermana mayor de aquella otra que acabamos de examinar, se han borrado linderos, se han roto programas, se han entremezclado tendencias e ideas, y los militantes de un lado y de otro buscan afanosos, linterna en mano, el camino verdadero, la forma de arribar prontamente al puerto de emancipación. Se engañará quien no vea vacilaciones por todas partes. Fracasado el parlamentarismo, fracasado el terror, mortecina la propaganda, agotado el sociologismo, ¿qué hacer? Todo el mundo se hace la misma pregunta. Todo el mundo trata de hallarse respuesta.

Nosotros no hallamos sino una análoga a la que hemos dado para las luchas de clase. Adviértese en las filas del socialismo, en general, parecida tendencia a la del obrerismo. Es una tendencia de expansión, y de generalización tanto más poderosa cuanto que los partidos no están atados por el espíritu y por los intereses de clase. Descuidados del Ideal, los militantes persiguen sañudamente nuevos o mejores métodos de propaganda o de acción. Volverán al ideal tan pronto cualquier eficaz orientación se imponga por la experiencia; y entonces varase concurrir espontáneamente a un fin común las dos acciones, la acción societaria y la revolucionaria.

Para nosotros el problema consiste en hallar los mejores medios de una verdadera acción social anarquista.

Y como no hay que engañarse ni permitir que ciertos equívocos perduren, habremos de empezar reconociendo que, en rigor, no hay dos acciones distintas y dos diferentes idealidades, sino una sola idealidad. De un lado los socialistas parlamentarios y sus asociaciones obreras, que son una misma y sola cosa. De otro los socialistas anarquistas y el sindicalismo revolucionario o de la acción directa, que son asimismo un solo cuerpo. Campos bien delimitados, toda confusión es imposible.

Y si en cada uno de esos campos hay dos organismos distintos porque los intereses engendran uno y la idealidad engendra otro, no engañemos ni

nos engañemos, al menos mintiendo neutralidades falaces. Digamos francamente: allí el reformismo, la política activa de auxilio y socorro a la legislación y al Estado; aquí el revolucionarismo y la *política demoledora*, la acción social directa, la obra permanente del cultivo de nuestro propio jardín. Allí los socialistas; los anarquistas aquí.

Y la solución para el problema nuestro es preciosa: ensanchar el campo de acción del sindicalismo, actuando nosotros como idealistas lo que el proletariado como clase no puede actuar. Habrá que quebrar los cachivaches de antaño. Habrá que salirse de la rutina que argumenta al amparo de una supuesta superioridad, ahorrándose razonar. Habremos de ser menos rectilíneos, menos unilaterales e invadir con nuestra critica y nuestra propaganda todos los cotos cerrados del intelectualismo, del arte, de la ciencia. Habremos, sobre todo, de eliminar cualquier fanatismo, matar todo espíritu de secta, mostrándonos anarquistas a la altura de una serenidad de juicio y de una rectitud de sentimientos y de conducta que, de hecho, sojuzgue y haga enmudecer a nuestros adversarios. No imaginativos, no jacobinos trasplantados a nuestro campo, sino hombres de reflexión y de estudio que vayan directamente y firmemente a su camino, serán menester para esta labor de renovación. Ni obcecados ni timoratos por la acción, cualquiera que sea su forma; ni soñadores ni empedernidos pesimistas incapaces de vivir la verdadera vida.

Más directa, más fructífera que la diaria y pequeña labor de propaganda personal por la palabra y por la conducta, no lo es ni la del periódico ni la del libro. Los hechos, sobre todo los hechos, son los que el proletariado cotiza actualmente, impregnado del espíritu de la época. ¿Y qué mejor para nosotros que las llamadas lecciones de cosas?

Cooperemos a la acción revolucionaria del proletariado; saturémosla de nuestras ideas. Seamos perseverantes sembradores de verdades, y cuando la ocasión sea llegada, que los trabajadores y también nuestros adversarios vean que no se vuelve la cara, que con las palabras marcha al unísono nuestra conducta. Y en esta dirección cada uno hallará medios sobrados de aportar su grano de arena a la acción social anarquista.

¿Líneas generales? ¿Planes previos? Del todo inútil. Circunstancia de lugar y de tiempo, diferentes aspectos de la lucha requieren modos de actuar. En la inmensa variedad de caracteres de las luchas de nuestros días, cada momento es único. La persistencia en las mismas ideas o en los mismos hechos nos llevaría derechamente a la rutina.

Renovémonos de continuo, modificando todo lo que sea accidental y transitorio sin quebrantar lo esencial que es la idea anarquista.

(“ACCION LIBERTARIA”), núm. 12 y 13. Gijón. 3/10 marzo 1911.)

TÁCTICA LIBERTARIA

Teóricamente se han expuesto algunas ideas; prácticamente se han hecho unos cuantos ensayos sobre esta materia. En general, la táctica libertaria se ha reducido a la propaganda oral y escrita o, empujada por circunstancias excepcionales, se ha lanzado a vías de hecho. Esto último ha pasado ya a la historia y no es probable se repita en idéntica forma; la propaganda parece sufrir crisis de cansancio y agotamiento.

Unos cuantos intentos de intervencionismo directo en las luchas obreras, no han logrado reavivar la acción anarquista. No obstante, se insiste en orientarse de algún modo nuevo y mejor para hacer eficaz la propaganda.

Acaso la dificultad consiste en que siempre razonamos en vista del fin absoluto del ideal y no acertamos a dar sino soluciones definitivas con posible realidad a larga distancia. Las soluciones transitorias se nos escapan por temor al oportunismo y al reformismo. Y sin embargo, son necesarias. La meta no es lo mismo que el camino a recorrer. Puede ponerse la vista tan lejos como se quiera, pero no sin mirar, al propio tiempo, donde se sienta el pie si no se quiere estar siempre en riesgo de dar con el cuerpo en tierra. Así el anarquismo viene obligado, hasta por idealismo, a suministrar soluciones prácticas que sean como los indicadores del largo camino que es menester recorrer.

La exposición doctrinal no basta. Es preciso además impregnar la acción social del espíritu libertario. ¿Y cómo hacerlo?

En el hecho de la lucha de clases, que, aunque quisiéramos, no podríamos esquivar, el intervencionismo no es discutible. Es una realidad por encima de todos los distingos. Y puesto que existe, la solución al problema es sencilla: ensanchar el campo de lucha; excitar la dignidad personal, el ejercicio de la autonomía, y hacerse fuertes contra todos los particularismos que tienen embrutecida a la masa. El espíritu libertario penetrando, poco a poco, entre los trabajadores, los hará conscientes de su misión, los irá haciendo libres y solidarios. Es preciso darse cuenta de que de golpe y porrazo no vamos a encontrarnos, un día cualquiera, con hombres hechos a la medida del porvenir, aptos para realizar el contenido de los ideales nuevos. Y es preciso también rendirse a la evidencia de que sin el ejercicio continuo y creciente de las facultades individuales, sin el hábito de la autonomía, todo lo amplio posible, no se harán hombres libres o por lo menos en condiciones de serlo tan luego el hecho social cambie de faz de las cosas. La revolución

externa y la revolución interna se presuponen y han de ser simultáneas para ser fructíferas.

Hay para los anarquistas, en el intervencionismo, el peligro de ser arrollados por la lucha de clases. Ahora mismo, el afán sindicalista tiene sorbido el seso a muchos de los nuestros, hasta el punto de que no sea el ideal la fuerza directriz, sino la rutina asociacionista y de clase. No es esto, sin embargo, suficiente para que abandonemos un campo tan bien dispuesto para recibir la semilla de los ideales nuevos. La cultura superficial Iibertaria de algunos y la impulsividad desorientada de otros, darán fatalmente aquellos frutos, pero también a la larga la obra de saturación del espíritu libertario se hará patente en el seno de las multitudes obreras organizadas y a la hora precisa el método anarquista contará por millares los que actúen aunque sólo cuente por docenas los adeptos.

Fuera de las agrupaciones de oficio, la táctica libertaria tiene asimismo ancha esfera de acción. No solamente poniendo ideas repetidas en mil periódicos, folletos y libros, sino también dando soluciones y hechos adecuados a cada materia y a cada circunstancia, lo que en la vida real vale el método anarquista. Favorecer e impulsar con hechos tanto como con la palabra las fuertes tendencias autonomistas de nuestros tiempos y fomentar a la vez todo modo de acción directa en lo político, en lo económico y en lo religioso, sería obra tan eficazmente libertarla que ninguna propaganda podría igualarla. Para realizarla es necesario que los grupos anarquistas no se reduzcan a una finalidad negativa, como sucede casi siempre, sino que se decidan por soluciones positivas de intervención en todas las formas de la lucha social. Y para este cambio de frente es preciso asimismo que previamente, los grupos se ejerciten por el estudio, por la discusión, por la enseñanza recíproca, por una constante labor de cultura, en la traducción clara y precisa y en la práctica sincera del método libertario. Porque no basta ni bastará nunca la demostración dialéctica, sino que es indispensable hacer ver cómo las cosas pueden hacerse experimentalmente según el método de la libertad personal, según el procedimiento de la cooperación voluntaria, del libre acuerdo entre los hombres. Tan distanciados estamos de la rutina ambiente, que hay que meter en las cabezas a fuerza de maza la posibilidad y las ventajas de la verdad anarquista.

Naturalmente, todo esto excluye el acostumbrado vocerío de los deslenguados sin pizca de cacumen y la baratería de los majaderos que resuelven las mayores dificultades milagrosamente. El jacobismo y la algazara motinesca no son tampoco ni medios de acción revolucionaria ni instrumentos de enseñanza y propaganda adecuados al método libertario. Quiérase o no, la acción anarquista ha de ser tan pedagógica, por así decirlo, como de combate. Los espíritus prácticos, que tanto abundan en el seno del

proletariado, darán a la propaganda y a la experimentación anarquista, en el sentido que dejamos indicado, soluciones que no son de posible ni deseable adivinación para un solo individuo. Lo principal es ponerse sobre una ruta; una vez en ella, las facilidades de seguirla aumentarán rápidamente con la inventiva y las iniciativas de todos.

Por nuestra parte, creemos que un periodo de ensayos en el sentido dicho produciría más pronto o más tarde una orientación segura a las mil diversas actividades actualmente malgastadas en inútiles griteríos y en dañosas sutilezas. Y puesto que el mal es indiscutible y la propaganda decae visiblemente, necesario será que intentemos algo que reanime, que vigorice la acción netamente anarquista sin olvidar que no consiste tanto en hacer prosélitos como en conseguir que actúen anárquicamente el mayor número posible de individuos.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 14. Gijón 17 marzo 1911.)

COMO SE LUCHA

En el afanoso tráfago de la vida moderna, la lucha social ha llegado a lo trágico y a lo épico. Concitados los ánimos por la clarividencia de antagonismos irreductibles, se vive en continuo choque, en permanente conflicto, sin que se vislumbre el término de la fatal contienda. Allá vamos todos, privilegiados y desposeídos, hacia lo desconocido, anhelando represalias o justicias, queriendo unos domeñar, subvertir otros, oprimir aquéllos, libertar éstos. Amparados de distintas banderas, laborando con diversas plataformas, la multitud adinerada y la multitud empobrecida combaten sin tregua marcando en el campo de la batalla un surco profundo que pone de un lado todo lo decrépito, todo lo anacrónico, y de otro lado lo nuevo y sano y pujante.

El proletariado, despierto a la conciencia de su derecho y de su fuerza tiene en la lucha los ímpetus de la juventud, el ardor del apostolado, la serenidad del saber. Su actividad se multiplica hasta el prodigio. Sus recursos, sus resortes, sus fuerzas superan toda previsión y todo cálculo. Diríase que obra el milagro de sacar de la nada, todo.

Y por si ello no fuera bastante, todavía un vivo espíritu de constante renovación le anima y le enaltece.

Lucha en lo económico, sin rendirse a las derrotas ni confiarse a los

éxitos, por el mejoramiento o transformación continua de las condiciones del trabajo. Lucha en lo social por la liberación completa de los individuos y de los grupos. Y en lo religioso y en lo moral camina a la absoluta emancipación de la conciencia. Nada hay del mundo viejo a que su acción no llegue.

Su influencia en la vida común abarca desde las relaciones de la coexistencia social hasta las conquistas del arte y de la inteligencia. Es brazo y es cerebro, es pasión y es reflexión. La idea y el hecho son sus dos palancas y con ellas removerá el mundo.

El espanto del mundo viejo de ahí arranca. Ve que estas fuerzas diseminadas que se le antojan caóticas, que estas multitudes dispersas, solicitadas por mil distintas ideas y tendencias, le atajan por todas partes, con la huelga unas, con la rebeldía otras, con la instrucción éstas, con la propaganda aquéllas, y el pánico de tal asedio le hace apelar a todas las violencias para detener el torrente.

En vano es que lo procure. El torrente avanza. No hay compuertas que lo apresen. ¡Y ay de todos si la locura de dominarlo se interpone en su curso!

La fuerza real del proletariado es la diversidad de su acción; inútil discutir la eficacia de la huelga o de la propaganda, de la instrucción o de la rebeldía. La eficacia está en el conjunto y para lo futuro, no para lo presente.

De momento, todo ello es de escasa consistencia. No resolverá la huelga el problema social, ni aun siquiera mejorará real y positivamente las condiciones del trabajo; no ganará la propaganda de tal modo los corazones y los cerebros que imponga a todos el imperio de la razón y de la justicia, no llevará la instrucción tal luz a los entendimientos que la certidumbre se haga visible al punto de suprimir las barreras que separan a los hombres: no hará la rebeldía el milagro de cambiar de la noche a la mañana todas las cosas que son en todas los cosas que deben ser; pero éstos y otros instrumentos de lucha, conjuntamente, educan, preparan, impulsan y allá en el porvenir, próximo o remoto, darán el resultado que por tan diversos caminos se busca; la emancipación integral de los humanos.

Hacia ello vamos. Cada uno dentro de sus previsiones, de sus juicios, de sus medios. Cada uno con su fuerza y con su saber. Cualesquiera que sean nuestras divergencias, también hay para todos un denominador común: la conquista del pan, la conquista de la libertad, la conquista del saber y del sentir y del gozar.

Y así es como se lucha, proletarios. La inteligencia es fuerza; la fuerza es inteligencia. Esgrimiendo vuestras armas económicas, habéis aprendido que hay algo más allá del horario. Ejercitándoos en la cultura del entendimiento, habéis aprendido que el ideal es una fuerza poderosa, que hay también algo más allá del trabajo igualitario y libre, que no basta poder trabajar cómodamente y comer lo preciso, porque las necesidades del

hombre no son únicamente la naturaleza fisiológica, sino también de orden moral e intelectual.

Hacéis, pues, bien los que contendéis por la remoción continua de la vida práctica y también hacéis bien los que lucháis por el continuo cambio de la vida moral e intelectual. Así es como se lucha, no dejando una vereda ni un mato al adversario, cercándole por todas partes. Si sois guerrillas, ya seréis ejército. Vuestro será el triunfo.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 18. Gijón, 14 abril 1911.)

EVOLUCION y REVOLUCION

EVOLUCÓN Y REVOLUCIÓN

EVOLUCIÓN POLÍTICA Y EVOLUCIÓN SOCIAL

I

Suele entenderse la evolución como un desenvolvimiento constante, constantemente dirigido hacia un mismo fin. Nada más lejos de la realidad.

La evolución es un desenvolvimiento discontinuo con sus paradas, sus retrocesos y sus saltos, según acusan los hechos. La finalidad no es sino una, resultando difícilmente determinable a priori. Sólo a largos intervalos de espacio y de tiempo se advierte el progreso.

El atento examen de cualquier género de sucesos pondrá de manifiesto la exactitud de aquella afirmación. Ni en lo político, ni en lo social, ni en lo económico, el mejoramiento se verifica de modo continuo, seguido, uniforme.

Hay siempre reacciones, somnolencias y también aceleraciones, fruto todo ello de las resistencias opuestas a la dirección ideal del movimiento. La evolución se cumple precisamente venciendo esas resistencias, lo que quiere decir que es en zig-zag como se avanza y no rectilíneamente.

Por ello, la necesidad y la fatalidad del progreso humano no son cosa de cada momento, sino materia de tendencia, de fin, de idealidad que realizar. Y así es como la evolución, si bien tiene realidad unitaria en tiempo y

espacio indeterminados, varía en cada instante y en cada lugar determinados.

Cualquier otro modo de entender el desenvolvimiento de las cosas humanas podrá ser un artificio intelectual todo lo grande y profundo que se quiera, pero estará en abierta contradicción con los hechos, de los que hemos de servirnos necesariamente para fundamentar bien nuestras opiniones y conocimientos, ya que ellos son la raíz de toda ciencia.

II

Comúnmente se considera la evolución política como resumen o compendio de la evolución general de las naciones. Se estudia el desenvolvimiento de las instituciones, de las leyes y de las prácticas políticas dejando en casi total olvido el resto de la vida social. Aparte el prejuicio general, débese aquel resultado a la circunstancia de los que cultivan tales estudios, viven, por lo común, la vida política y de ella toman, como realidades objetivas, verdaderos prejuicios subjetivos.

No resume la acción política toda la vida de un país cualquiera. Es más, puede afirmarse que aquélla tiene parte insignificante en ésta, que por añadidura, son frecuentemente antitéticas. No hay más que observar cómo el comerciante, el industrial, el hombre de negocios, el obrero, el empleado, cuando dan treguas al tráfago de sus habituales ocupaciones, preguntan: «¿Qué hay de política?», como si se tratara de una cosa extraña, ajena a la vida ordinaria. La neutralidad y la realidad desenvuélvense aparte, del todo extranjeras a los sucesos políticos; y de ahí se deriva esa frecuente pregunta que las gentes se hacen para entretener sus ocios con el espectáculo de cosas que, si despiertan y excitan la curiosidad, no agitan los sentimientos ni conmueven el alma.

La evolución política, reducida al mecanismo electoral y legislativo financiero, ocupa únicamente a un puñado de profesionales y aficionados. El resto de las gentes, pese a las apariencias, permanece ajeno e indiferente a la acción política. Si se descuenta el ruido de la prensa mercenaria, el griterío de los diputados y la verborrea de los aspirantes, se verá que la vida de un pueblo cualquiera es trajín de fábrica, bullir de mercaderes, labranza de campos, agitación de trabajo en lo material; intercambio y lucha de afectos, de cariños, de amores, debate de pasiones en lo moral; es en lo social y económico batalla enconada de intereses y de idealidades en conjunción incomprensible para aquéllos que se fabrican una realidad para su uso exclusivo.

La evolución política no es siquiera científica, esto es, no se rige por leyes de necesidad, sino que se modela y vacía en artificios y cábalas producidos arbitrariamente a voluntad de los que juegan esta partida de asaltos de la ambición y de la vanidad. Encrucijadas de partido, zancadillas de camarilla, artilugios de bribones, fuerzan y dirigen los acontecimientos haciendo de la vida política un mundo superpuesto al mundo real que todos vivimos.

La evolución social, por el contrario, comprende todas las manifestaciones de la existencia, incluso el mismo artificio político. En el avance general de los pueblos puede registrarse el rastro de todos los hechos culminantes así en la investigación como en la realización de las ideas. Filosofía y ciencia marchan paralelamente como impulsoras de idealidad y de acción. Las aplicaciones mecánicas se desenvuelven prodigiosamente y hubieran realizado el bienestar humano si la evolución económica no estuviera en el círculo de conservación del privilegio y amparada por el mecanismo político. Las artes, el trabajo, el comercio con su inmensa red de cambio, son factores de la evolución harto más importante que el factor político.

La vida, la verdadera vida, brota naturalmente de todo eso que es estudio, que es trabajo, que es arte, que es ciencia, que es cambio, que es reciprocidad, que es acción; de ningún modo de aquella ficción en cuya virtud los legisladores suplantan la realidad y falsifican la historia.

El desprecio que se siente por la política está, pues, bien justificado. Solamente que a los fines del desenvolvimiento social no basta el desprecio que deja en pie la divergencia evolutiva, sino que es necesaria la acción para destruir el obstáculo.

III

Cuando se quiere convencer a las gentes de que la evolución política es la síntesis de la vida social, se generaliza de tal modo que podría creerse que en el mundo no hay más que ministros y diputados capaces de crearlo todo.

Lo contrario sería más exacto. Porque, en fin de cuentas, el individualismo, en el curso de su desarrollo, no ha hecho más que servirse del instrumento político, cuya traducción es el gobierno y su cortejo de tribunales, polizontes, fuerza armada, etc., para desentenderse de los negocios públicos y holgarse en una segura libertad de acción. La propiedad, dentro y fuera, antes y después de la ley, y no habrá quien pretenda que el resultado verdaderamente asombroso de su evolución sea debido a las artes políticas o a la acción gubernamental. Al contrario, no pocas veces propietarios, industriales y comerciantes han tenido que refrenar las

pretensiones de los políticos, quienes, constituidos en verdadera casta de profesionales olvidaban su condición servil. La sumisión de los políticos a los intereses reales de los poseedores es un hecho constantemente repetido en la historia.

En la realidad, la casta es despreciada por todo el mundo.

Los de arriba la tienen en condición de inferioridad y los de abajo la juzgan, no sin razón, causa de los males que sufren porque ven que, además de la explotación directa de los poseedores, han de soportar las gabelas e impuestos necesarios al mantenimiento de la holganza oficial.

En vano se esfuerzan algunos en demostrar que en lo político culmina la vida toda de los pueblos. Se engañan a sí mismos dando al concepto una extensión tal que comprende, en prodigiosa síntesis, ciencia, arte, trabajo, filosofía, moral, negocios, vida de relación y vida íntima. ¿Dónde, cómo y cuándo puede expresar esa ruin mecánica que entretiene los ocios de los charlatanes titulados, la vida entera, social? Los afanes de las gentes pobres y los de las gentes ricas, fuera de la política y muchas veces ignorantes de la política, se libran en lucha abierta con las resistencias del poder y con las resistencias del ambiente. Sólo que los primeros están en situación subordinada y los segundos en situación preponderante. De donde resulta que sobre las pobres gentes carga el peso de los unos y de los otros y también la explotación indispensable al sostenimiento de políticos y poseedores.

Bien poco significa el prurito de hinchar el concepto político para deducir inmediatamente que andan equivocados u obedecen a intereses de exclusión o a ideas reaccionarias cuantos detestan la política. Para todo el mundo la política es la gran mentira de partidos y comités; mentira electoral y legislativa; mentira gubernamental y financiera. Si en ella se revela algo levantado es siempre como reflejo de acciones y reacciones exteriores, e influencias predominantes de trabajo, de cambio, de negocios, de intelectualidad, de ética general, como reflejo, en fin, de la acción plenamente social.

Es, por otra parte, incuestionable que la gobernación de todos los países llamados civilizados está sometida a los Intereses y a los fines de las grandes entidades financieras, grandes empresas dueñas absolutas de las riquezas públicas y privadas. En sus manos son los políticos ridículos peleles con los que juegan al pim, pam, pum.

En oposición a todo eso no hay más que una fuerza real que concurre a la determinación del desarrollo social, y esta fuerza es el proletariado militante, ya el agrupado por intereses de clase, ya el organizado para la lucha por ideales sociales. Y es de notar cómo el carácter a la vez materialista e idealista de esta fuerza imprime a la evolución un rumbo determinado, una orientación francamente opuesta a los privilegios políticos y

económicos, cosa de la que la ñoñería de los intelectuales y de los gobernantes tienen un completo desconocimiento.

En medio del elemento de conservación que utiliza el instrumento político para garantizar por la fuerza, su posición ventajosa y del elemento de renovación que sólo tiene a su alcance para el combate la asociación y la rebeldía, queda una gran masa capaz de inclinar la balanza actuando por viles ambiciones a favor del primero o por generosos ideales a favor del segundo. Es la clase media, compuesta de pobres decentes, de proletarios de levita, que no tienen blanca y presumen de potentados, que quieren y no pueden, que se pasan la vida persiguiendo la fortuna y mueren al servicio del enriquecimiento ajeno. La evolución social se determinará decididamente en el sentido del futuro el día que la asociación y la rebeldía de las falanges proletarias sean bastante poderosas para arrollar, para arrastrar, para dirigir esa multitud vacilante que tiene hipotecada el alma al demonio de la riqueza.

Un hecho que anuncia la proximidad de los grandes cambios sociales es la manera cómo el proletariado va adquiriendo capacidad de cooperación y de dirección fuera precisamente de la acción política. En las asociaciones obreras, sobre todo en aquéllas que no rigen las prácticas políticas, los trabajadores van adquiriendo poder de iniciativa, prácticas de administración, hábitos de libertad y de intervención directa en los asuntos comunes, facilidad de expresión y soltura mental, cosas todas cuyo desarrollo es nulo en las entidades políticas que tienen por base la delegación de poderes y, por tanto, la subordinación y la disciplina, la obediencia a los elegidos. En las asociaciones de tipo social las iniciativas proceden de abajo y de abajo proceden las ideas, la fuerza y la acción. Así se hacen los hombres libres, así se sueltan a andar. En las agrupaciones de tipo político, todo viene impuesto de arriba, pese a la ficción democrática. Son los gobiernos, son los jefes, las juntas, los comités, los que dan la orden, tienen el poder, la iniciativa, la idea, la acción. Al que se rebela, al que se siente persona, se le arroja, se le expulsa, se le anatematiza. Así se esclaviza a los hombres, así se perpetúa la servidumbre. El eterno hombre de las piernas ligadas jamás echará a andar por sí mismo.

Si un estrecho espíritu de bandería no cegara a muchos hombres de verdadera inteligencia, reconocerían que, al presente, la evolución social entera está intervenida de tal modo por el asociacionismo obrero y por la tendencia socialista, sin distinción de escuelas, que el verdadero nudo del porvenir está en esta intervención que lo llena todo. Las luchas políticas sometidas a esta influencia están con sus pujos de actuar socialismo; y hasta las relaciones internacionales, la enfática diplomacia, están, sometidas asimismo a la palabra que el proletariado lance en el momento oportuno de una ruptura o de una alianza.

La acción ha de estar regida por la realidad ambiente y ha de

acomodarse a la finalidad indiscutible de una gran renovación social. No en el terreno político, sino en el de los ideales sociales está el verdadero campo de acción de nuestros días. Empeñarse en continuar la rutina es laborar por el quietismo, es añoranza de pretendidas ruinas, es poner diques a la impetuosa corriente que va hacia el porvenir.

La acción social es la fuerza incontrastable del presente y será la realidad viviente del futuro.

(ACCION LIBERTARIA". núm. 9 y 10. Gijón. 13-20 enero 1911.)

LOS GRANDES RESORTES

Sin la sugestión de las ideas y el impulso de los sentimientos, no se producirían las hondas sacudidas pasionales que hacen caminar al mundo.

Las mínimas agitaciones de partido apenas alteran la lisa superficie de la vida. Encasilladas las gentes en articulados diversos, actúan mecánicamente y apenas su obra alcanza a desbrozar el camino y limpiarlo de malezas. No son estériles, pero si impotentes tales medios para mover las pasiones y encarrilarlas hacia ideales superiores. Su punto de mira es generalmente inmediato y muy limitado. Las revoluciones ni se hacen con programas, ni a plazo fijo, ni con límites preconcebidos. Motines y revueltas, sí; acaso son los preliminares obligados de las grandes transformaciones del mundo. Pero no todos, ni siempre. En la complicada trama de la vida moderna no es fácil distinguir los movimientos debidos a altas idealidades de aquellos otros que se derivan de mezquinos intereses de bandería política o de materiales monopolios. Dos órdenes de hechos producen dos corrientes distintas. De un lado todo es artificio, falseamiento de la Naturaleza; de otro, todo realidad e ideación hacia perfeccionamientos que de la Naturaleza arrancan. A veces se entremezclan hechos y direcciones; en tal caso el discernimiento es poco menos que imposible.

Por otra parte no puede echarse en olvido el móvil económico. Históricamente el materialismo parece inspirar y dirigir los movimientos sociales. No obstante, a primera vista se advierte que si el punto de partida, el curso de la evolución y el punto de llegada tienen un fondo común de materialismo, un substractum económico, los resortes, los grandes resortes del progreso son idealísticos y pasionales.

Parecerá a algunos contradictoria esta afirmación con el movimiento proletario actual. Las masas jornaleras luchan a brazo partido por mejoras económicas, con fines económicos se organizan y frecuentemente se niegan

a toda idealidad. Mas esto es puro formalismo. De hecho, remontándose un poco sobre los detalles y abarcando de un golpe de vista el conjunto de la lucha social, es indudable que el proletariado sigue una dirección totalmente ideológica: la emancipación humana. Todavía más, sus combates parciales no adquieren notoria importancia sino cuando a los fines inmediatos de mejoramiento económico se sobreponen los fines esencialmente morales de solidaridad, de dignidad, de altruismo. Todos los grandes movimientos modernos en que ha sido agente principal la clase trabajadora, todas las hondas sacudidas que pasarán a la historia, han tenido inspiración y finalidad ideales. Como que las grandes pasiones no estallan sino aguijoneadas por las grandes ideas. No serán las numerosas luchas por el aumento de jornal o por la modificación del horario los puntos salientes que señalen en el curso del tiempo los avances del movimiento y aún, si se quiere a la representación del conjunto. Pero los enormes saltos en lo desconocido, los avances heroicos, reservados están a la idealidad.

En las luchas cotidianas de finalidad inmediata perdura el egoísmo de los intereses, flotan las pasiones mezquinas, los celos, las envidias, las ruindades. Es posible la derrota porque el hermano traiciona al hermano, el listo burla al simple, el egoísta explota al bonachón, el vanidoso se pone a horcajadas de la sencilla multitud de los modestos y el ambicioso emerge triunfante de entre la enredada malla de todas las concupiscencias. Las pequeñas cosas tienen sus defectos pequeños y sus pequeñas virtudes. La vida, sin embargo, se compone de todas estas pequeñeces.

Si queremos sobrepujarlas, entrar en los dominios de lo grande, de lo noble y de lo bello, habremos de entregarnos en cuerpo y alma a la idealidad. Las grandes revoluciones humanas han sido, en días de grandes y heroicas virtudes, sugeridas por altas aspiraciones y gloriosos movimientos pasionales. Las multitudes se ennoblecían, los delitos menguaban; todo lo pequeño quedaba ahogado. En su lugar brotaban vivos anhelos de mejoramiento universal, de exaltación de los más hermosos sentimientos. Se estaba siempre pronto al sacrificio, pronto al combate, pronto al heroísmo. Ruindades, celos, envidias, vanidades, traiciones, si surgían eran rápidamente castigadas. Las grandes cosas tienen sus grandes virtudes y también sus grandes defectos. La multitud puede verse arrastrada a tremendas injusticias. Por lo menos tendrá la justificación de un móvil elevado, noble, generosamente humano. La ruin no tiene ninguna justificación.

Así se explica y no de otro modo cómo en un momento dado quedan sofocadas todas las pequeñas pasiones y muertos los egoístas intereses por la subversión de las obedientes multitudes. En día de revolución, como por encanto, las gentes se sienten transportadas a un mundo de no soñadas magnanimidades. El luchador no es el ser raquítico de la víspera, conocido

por el odio, por la envidia, por la avaricia, por la ambición, por la lujuria. El partidario se olvida de sus idolatrías. La idealidad ha transformado a la bestia en hombre. He ahí todo.

Pues estos resortes son los que hay que poner en juego. Aunque el combate haya de librarse a golpes de maza, es preciso que inculquemos en las gentes y en nosotros mismos la altura de mira ideal, que hagamos de forma que las pasiones, en lugar de perderse en las encrucijadas de la bajeza moral, se encarrilen a las cumbres de lo bello, de los justo y de lo bueno, según la frase consagrada. Propendemos demasiado a lo deleznable; convienen en nosotros, por herencia y por hábito, las más despreciables inclinaciones, y si un aliento de sublimación de la vida, de exaltación de nosotros mismos, no nos anima, caeremos irremediablemente en el abismo de la bestialidad de que procedemos.

El progreso es una ascensión, de ningún modo una regresión. Es la escalera sin fin a que es preciso trepar puesta la mirada en lo alto y sin reparar en los peldaños próximos. Volver la vista atrás, detenerse en la contemplación de lo actual, encastillarse en el mañana inmediato, podrá ser necesario, pero no es suficiente. ¡Arriba el pensamiento y el corazón!

La realidad hará de todos modos su obra. Serán así mejor vencidas las contingencias del presente, porque cuando se tiene ambición de lo pequeño, la satisfacción se obtiene con lo mezquino.

No hará el ideal milagro; no está en el pensamiento y la pasión todo el contenido del progreso humano. Requiérese la acción, la labor incesante de todas las potencias; preciso es que en la conflagración de los intereses, así lo pequeño como lo grande agite, conmueva, sacuda; pero sin estos grandes resortes de la idealidad y de la pasionalidad exaltados, el avance del mundo sería nulo.

Trabajemos, cualquiera que sea nuestra etiqueta, por el ennoblecimiento de la vida.

(“ACCION LIiBERTARIA”, núm. 26. Gijón, 7 julio 1911.)

LAS REVOLUCIONES

Los espíritus superficiales suelen juzgar de las cosas, más que por sus circunstancias de esencia, por aquellas que son de mero accidente. La continuidad y la .persistencia de un fenómeno escapan a su penetración y sólo los signos exteriores y fugaces se fijan en su retina mental.

Así, las revoluciones tienen para los tales una significación simplista reducida al acto de fuerza; y fuera del rudo batallar, de la lucha cruenta en que la bestia interior triunfa soberana, no hay motivo de emoción ni causa de estudio. La vista de estos miopes no alcanza más allá del estruendo homicida y del rencor inhumano.

Y, sin embargo, acaso el acto de fuerza es lo de menos en cualquier transformación profunda así de la vida individual como de la existencia colectiva; acaso no es más que un signo; tal vez se contrae al papel de simple instrumento que obra ciegamente en la inconsciencia del por qué y para qué de su actuación. Las revoluciones, en este sentido restringido de actos de fuerza, son siempre movimientos instintivos en que la humanidad aparece sojuzgada por la animalidad. Las muchedumbres arrastradas por el furor revolucionario, obran ciegas por no importa qué causa. Una vez puestas en el carril de la violencia, caminan automáticas sin saber dónde. Para cada hombre consciente de su labor, mil ignoran por qué matan y mueren. Para cada hombre que sabe que la revolución no es precisamente la exaltación de la fuerza, sino la consecuencia de estados de opinión y de alma y de necesidades físicas y morales, son a millares los que no trasponen los umbrales de la fiera que hiere por herir y mata por matar. Por esto mismo, mientras el hombre consciente sucumbe antes que someterse, la manada depone fácil sus furias y se rinde a nuevos amos y a nuevos señores. Por eso mismo en toda la historia de la humanidad se ve a las multitudes sublevarse y someterse alternativamente, casi sin fruto. Mientras lucha la bestia, parece guiada por un anhelo de justicia y libertad; mas prontamente cede a la astucia y se deja domar mansa por los mitos que revisten formas seductoras y simulan promesas de futura dicha. Oscilamos entre el animal fiero y el animal doméstico.

La palabra mágica se convierte a su vez en un mito y por la revolución vamos en pos de inútiles violencias. Adoptamos el culto de la fuerza por la fuerza. Sustituimos el accidente a la esencia; lo circunstancial y pasajero a lo fundamental y permanente. Cedemos al instinto todas nuestras prerrogativas de seres pensantes. Ya no somos hombres.

Pero las revoluciones no son simples sediciones. El acto de fuerza no es la revolución misma. Las revoluciones se cumplen en varios periodos de honda transformación. Los actos de fuerza no son más que signos, revelaciones, burbujas de la fermentación interior. La resultante a distancia es lo único que nos permite reconocer nuestra obra cumplida.

Ahora mismo, en el mundo sedicente civilizado se está operando la más honda, la más grande de las revoluciones. Pasan los sucesos a nuestra vista casi imperceptibles. Escapan a nuestra penetración los cambios acaecidos. Sentimos que algo se transforma, en la inestabilidad del momento actual, pero no podríamos precisar resultados y consecuencias. Más tarde podremos reconocer el camino andado. Ahora no. Ahora nos exaltamos en la contemplación de los signos exteriores, chispazos que se escapan del rescoldo profundo, vapores de hervor oculto, revelaciones de que algo muy hondo gesta un porvenir que pensamos venturoso. Y nada más.

Los hombres conscientes de su obra transformadora no pueden engañarse; no se pueden abandonar a la seducción de la violencia, ni al espejuelo de los cambios milagrosos. El tiempo de los prodigios ha pasado. Y si alguien se hiciera la ilusión de un retorno, laboraría por nuevos y estériles sacrificios en provecho de nuevos señores y de nuevos mitos.

Es larga y lenta la obra revolucionaria. Nadie podría situar su acabamiento más acá o más allá. Donde quiera que haya de concluir, conviene actuar siempre sacudiendo en las muchedumbres el sentido de la responsabilidad, la conciencia que escinde el animal del hombre, la razón que sojuzga al instinto y lo vence. Las multitudes que actúan ciegas sin saber por qué y para qué, no culminarán jamás en una obra de libertad. Renovarán fatalmente a la esclavitud. Satisfecha la bestia, el hombre doméstico doblará de nuevo la cerviz.

Por atavismo, por educación, somos propensos a la violencia. Por error o por cortedad de vista atribuimos a la violencia las más excelsas virtudes revolucionarias. Acabamos de sustituir los medios al fin. Y naturalmente, la fuerza acaba en ídolo, olvidados de que por la violencia se han afirmado y constituido todos los poderes y todas las tiranías.

La violencia en sí misma es odiosa. Y si es verdad que fatalmente hemos de confiar a la fuerza la solución definitiva de las contiendas humanas, no lo es menos, que las revoluciones son algo más profundo y más humano y más grande que las bárbaras matanzas que en el curso de los siglas no han hecho más que afirmar la bestia y someter al hombre.

La revolución que ahora se está cumpliendo es algo más que los chispazos de rebeldía, que el estruendo del batallar sin tregua que distingue a nuestra época de todas las precedentes.

Atentos a lo esencial, no daremos a lo que es mero accidente más importancia de la que realmente tiene. Y habremos de proseguir, en la medida de nuestras posibilidades, la obra de hacer conciencias, despertar el sentido de la personalidad libre, exaltar la razón sobre el instintivo, aniquilar la animalidad para que el hombre surja soberano de sí mismo.

La bestia interior gobierna todavía al mundo. La revolución acabará con ella.

(“EL LIBERTAR1O”, núm. 20. Gijón, 21 diciembre 1912.)

VIOLENCIA

SEMBRANDO LA MUERTE

A medida que la civilización de los grandes acorazados y de los enormes ejércitos va ganando al mundo, y a medida también que las luchas sociales se enconan por la exacerbación del antagonismo, cada vez mayor, de los intereses, parece como si camináramos más deprisa a una barbarie no igualada en tiempo alguno. La violencia se enseñorea de todos los pueblos. Una violencia de crueldades inauditas, de bestiales atrocidades que jamás ha registrado la historia, caracteriza eso que pomposamente llamamos civilización.

Los mismos hombres que en sus desahogos literarios o políticos abominan de la barbarie primitiva, que pintan con negros colores el salvajismo y la crueldad de nuestros antepasados, son los que en su calidad de conductores de pueblos estatuyen la violencia y encarrilan al mundo hacia la más despiadada destrucción del hombre por el hombre. Todo lo que es organización política y financiera todo lo que es preparación patriótica, exaltación de la nacionalidad o del poder público, parece hecho en vista de fines de bandidaje más que con el propósito de armonizar los intereses contrapuestos de la comunidad. La subordinación primero, la destrucción después; no hay otra finalidad. Es una fuerza ciega actuando ciegamente por el aniquilamiento total.

Los más recalcitrantes conservadores extreman brutalmente las represiones. Los más dulzainos liberales acuden a la zancadilla y echan el lazo suavemente para que caigan los incautos y se enreden los avisados. Y

aún hay gentes Que se dicen al servicio de la revolución y del porvenir que aguzan también el ingenio para ir dispersando y extinguiendo esa gran fuerza que representan las clases trabajadoras, hoy en pie de guerra contra todas las barbaries gubernamentales frente a todas las sevicias del capitalismo triunfante.

Los Estados del mundo civilizado van dejando tras sí un reguero de sangre. Se persigue, se acorrala, se encarcela, se mata sin compasión, sin dolor. Se siembra la muerte fríamente, por cálculo. La palabra humanidad en los labios, en el corazón odio feroz al hombre. A la mayor gloria de un puñado de afortunados, es preciso aplastar a la multitud que se encrespa y se rebela Y a esto se encamina sin miramientos, sin debilidades humanistas, sin jerigonzas de moralidad. La salvación del privilegio por encima de todo.

No bastaban las atrocidades de Rusia autócrata, las cafradas republicanas de la Argentina, las tropelías de la casi socialista Francia... Un pueblo recién ganado para los mamotretos de acero y para los rebaños de hombres que se dejan matar por una futileza patriotera, nos ha tomado también como espejo en lo político y ha segado las cabezas de unos cuantos compañeros, luchadores por un ideal de justicia y de dicha para todos. El Japón se ha colocado de un golpe a la cabeza de los pueblos más civilizados entre los civilizados.

Y así se lucha y así se vence. Una locura de matanza innecesaria recorre el mundo. Es la filosofía del aniquilamiento entronizado con el poder y con la riqueza. Es el delirio del miedo arrastrándose a lo desconocido.

Se dirá que se conspira, que se trama en la sombra la destrucción, que vivimos sobre un volcán a punto de estallar; se dirá eso y más; pero todo ello no será sino el motivo legal, el pretexto justificativo de tragedias escritas en los centros policíacos, de tramas urdidas en la altura para desembarazarse de enemigos que laboran al descubierto, demasiado al descubierto cuando tan fácilmente caen en la red. Pero aun cuando se conspirara, aun cuando hay quien labore en la sombra, ¿a dónde vamos con esta matanza continua, con este desmoche de hombres que oscurece toda noción de humanidad y nos torna turba insolidaria de cafres enfurecidos?

La rebeldía no será aniquilada por ello; la ola revolucionaria no por ello será detenida; la avalancha proletaria es demasiado pujante para ponerla diques, aunque estos diques sean de desolación y de muerte.

Perseguidos y acorralados andan por el mundo millares de obreros; encarcelados y bien encarcelados están millares de trabajadores; muertos y bien muertos por la vindicta pública hay para todo un martirologio. Y no obstante, es cada vez mayor, incontrastable la fuerza y el empuje de las ideas nuevas. Labor inútil la obra de la crueldad y del ciego interés. Ha puesto en el camino del proletariado un calvario y el proletariado no dejará que se le crucifique. Rebasará la montaña y realizará su sueño fecundo de

fecunda y nueva vida.
A los sembradores de la muerte, a los que aniquilan por cálculo y por egoísmo acaso los envuelva la ola de su vesania,

A los sembradores de la muerte, a los que aniquilan por cálculo y por egoísmo acaso los envuelva la ola de su vesania, de su barbarie, Maestros de maestros en el arte de destruir, están empujando a las multitudes hacia una terrible hecatombe. Ellos lanzan el mundo hacia lo desconocido, Hagamos nosotros, superándonos como hombres, que la vida nueva borre cuanto antes este rastro de sangre que la civilización, para su vilipendio y execración está dejando en la historia de la humanidad.

Y como ayer, como hoy y como siempre, luchemos cuando los nuestros caen a derecha e izquierda; luchemos con la serenidad y con el valor que dan la justicia de una noble y grande aspiración.

(“ACCIÓN LIBERTARIA”, núm. 12. Gijón, 3 febrero 1911.)

VOCES EN EL DESIERTO

Si nosotros, libertarios, tuviéramos la desdichada ocurrencia de hacer un llamamiento al buen sentido, es seguro que hasta nuestros propios amigos tendrían pronta la despectiva sonrisa que así implica burlas como menosprecio.

Estamos todos calcados en las rutinas que imponen moldes mentales y verbalismos consagrados. Apenas es permitido pensar y hablar fuera de los carriles que fija el programa político, la escuela filosófica, el idealismo social, a veces la vulgaridad disparatada que forja modas intelectuales y dicta el discurso, previamente preparado y adobado.

¿Salirse de lo corriente? Gran delito para los tartufos reaccionarios; gran dislate para los energúmenos radicales. Hay formas inmutables que es preciso acatar en público, pero a reserva de todas las burlas privadas.

Cada hombre es por fuera una cosa, por dentro otra. Pocos, muy pocos, osan mostrarse tal como son.

Suelen alardear de honestidad, de decencia, de honra, muchos andan enfangados en la vileza y en el crimen. Suelen ponderar arrestos patibularios muchos que son incapaces de matar a una mosca. Y hay también quienes a pesar de los dictados de la razón, prisioneros de uno o de otro convencionalismo, ahogan la voz de la rectitud y déjanse llevar por el cauce pestilente del mentidero humano. Puede costar muy caro romper lanzas

contra la general tartufería.

Tal es la razón por qué en circunstancias dadas las gentes parecen desposeídas de todo juicio y desprovistas de aquel buen sentido que manda, en primer término, hacerse cargo de las cosas. Temerario seria entonces ponerse delante de la ola. La humanidad semeja un torrente impetuoso de locuras y muéstrase indigna de si misma. El hombre más sereno, más valeroso, haría estérilmente el sacrificio de su vida si intentara oponérsele. Bastante hará si acierta a callar y a compadecer.

Más hay un momento en que el silencio sería cobardía y es aquél en que la nerviosidad cede y la razón recobra sus fueros. Puede y debe hablarse de justicia, menospreciando injurias, infamias, calumnias, viles condenaciones.

Quien se considere suficientemente alto, hará bien en despreciar lo que, sin fundamento, desdora; hará mejor en proclamar reciamente, lo que en razón estima justo. No hay poder alguno capaz de tapar la boca del hombre que proclama la verdad según la entiende.

No es la justicia atributo exclusivo ni del individuo ni de la sociedad. Suele en manos del individuo, ser arbitraria; en manos de la sociedad, abusiva. La justicia que fine en el cadalso o en el puñal, no es justicia; es matanza, pura y simplemente. ¿Y quién osaría, reaccionario o radical, sostener la legitimidad de la matanza? Si la sociedad quisiera exterminar por este medio el mal, no habría en la tierra verdugos bastantes para cercenar cabezas. Si el individuo pretendiera la función de justiciero, cada uno de nosotros tendría que salir por campos y ciudades, en guisa de victimario, sacrificando vidas. Siempre habría, para la sociedad o para el individuo, motivo fundado o motivo especioso para el asesinato. La vida sería materialmente imposible.

¿Es éste el caso para ningún partido o escuela? Si lo es para alguno, será para aquél o aquéllos que afirman la vindicta social, la legitimidad de la pena, la necesidad de la horca. Para los que aspiramos a una vida mejor, a una vida de amor, de justicia, de fraternal consorcio humano, aun estando equivocados en lo ideológico, el caso es absolutamente inaplicable. Podrá la pasión, justamente excitada, proferir duras palabras; podrá la incultura abrigar errores funestos; podrá el fanatismo provocar impulsos delictivos; pero todo ello ¿es sólo imputable a un orden de ideas? No. Es imputable a todas las ideas y a todos los hombres. En donde quiera hay fieras, hay locos, hay enfermos. Y sobre haber fieras, locos y enfermos, hay un estado de violencia permanente que engendra otros estados de violencia y conduce a las sociedades a las más feroces luchas, a las más bárbaras matanzas.

No es la provocación revolucionaria; no es la ideología social; no es la sugestión de las propagandas libertarias lo que provoca la violencia. La violencia es un hecho de la vida general; es toda la vida misma estallando de

mil bárbaras maneras. ¿Seremos nosotros culpables únicos de la insolidaridad entre los hombres, de todas las crueldades que rocían con sangre el camino áspero de la existencia? Los hechos son superiores a todos nosotros, blancos o rojos, altos o bajos, y de los hechos somos todos factores, directos o indirectos, con o contra nuestra voluntad. ¿Cómo querríamos gritar, lo mismo al que desde arriba usa y abusa del poder que al que desde abajo usa y abusa de la rebeldía, «crucificadle!», si nadie está limpio de culpas y de violencias?

Y si se tratare, como es seguro, de un accidente, de un suceso común y vulgar, ¿a qué la exaltación de las pasiones clamando iracundas venganzas?

Lamentos, protestas, ¿para qué? Faltarían tiempo y espacio para las innúmeras lamentaciones y las incontables protestas a que la brutal realidad nos conduciría.

Serán, las nuestras, voces en desierto. La humanidad presente no quiere saber de amores, de fraternidades, de justicias. Unos nos dirán falsarios; otros cobardes. Tal vez de entre los propios amigos haya quien nos señale con el dedo.

Bien está: despreciamos todo esto y decimos la verdad tal como la entendemos; decimos nuestra verdad. La matanza es indefendible, así sea la sociedad, así sea el individuo el ejecutor.

¿Fatalidades de la lucha? La razón está por encima de las fatalidades y no debe renunciar a sus fueros.

Tanto cuanto perdure la violencia, tanto más lejos estaremos de la vida libre y feliz que anhelamos. Demasiado durará sin que la invoquemos.

Dejemos, a los que no la quieren, que levanten horcas en que colgamos. Así darán cuenta de la insinceridad de sus protestas y probarán que son los honrados descendientes de los matachines que han escrito con sangre de incontables víctimas la historia de la humanidad.

No por ello el progreso dejará de cumplirse ni de advenir, en espléndida realidad, la aspiración universal al bienestar *y* a la justicia.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 17. Gijón, 30 noviembre 1912.)

JUSTICIAS Y JUSTICIABLES:
EL CASO DE SANCHO ALEGRE

Cuando todo está ya dicho por acusación y defensa, magistrados y peritos, y la sentencia de muerte contra Sancho Alegre es cosa firme, pido hospitalidad

en las columnas de “Acción Libertaria” para decir, con entera independencia, unas cuantas palabras que acaso no sean expresión precisa del pensamiento de aquéllos que habitualmente redactan el simpático semanario anarquista, pero que de seguro coincidirán en gran parte con el sereno criterio que lo distingue de otras publicaciones similares.

Hemos llegado a un punto en que sistemáticamente se cierran los ojos a la razón por una y otra parte. Pocos son, amigos o adversarios, los que atemperan sus juicios a la reflexión reposada; y, en general, se habla a tontas y a locas con el único objeto de molestar y herir al contrincante. Sin pasión, se desbarra. No hay siquiera la excusa de exaltaciones momentáneas. Sin razón, se aplaude o se condena. Se tiene por innecesario todo alegato de motivos. Lo único que parece indispensable es devolver golpe por golpe.

La ley del Talión está en los juicios y está en los hechos. Ahora, como siempre, prepondera. Quien ha intentado dar muerte, morirá. Excusamos inútiles jeremiadas. Para sentir compasión no hay tiempo suficiente en la vida ni resistencia bastante en los nervios. ¡Tantos y tan grandes son los dolores humanos!

En fin de cuentas, acaso la vida que se corta no quisiera ser prolongada. Acaso es inconsciente de sí misma o ignorante de su necesidad. Tal vez fuera inhumano conservarla. ¿Quién lo sabe? No éste ni aquel caso. Es cualquiera, todos y ninguno.

De un lado parecen justificadas todas las represalias, de otro, todas las vendettas. En el pensamiento rectilíneo de la dogmática reaccionaria o revolucionaria, no hay espacio más que para soluciones absolutas. Morir o matar. Lo absurdo de la conclusión niega toda solidaridad y convivencia humanas.

Para sofocar todas las rebeldías tendría el Estado que mantener una horca y un ejecutor en cada esquina. Para acabar con todas las injusticias tendría el pueblo que poner un victimario en cada calle. Faltarán encrucijadas para verdugos y víctimas. Y aún así, la rebeldía y la injusticia perdurarían, agravadas por el ambiente de común crueldad porque la matanza ni redime ni humaniza, enloquece.

Hay en la historia horas de suprema locura. Las multitudes, agigantadas por el ideal, exaltadas por la pasión triunfadora, han dado enormes saltos en el abismo de lo desconocido. La humanidad ha progresado entre arroyos de sangre y torbellinos de muerte. Perdido o amortiguado el instinto de conservación, se da o se quita la vida indiferentemente. Se hace el sacrificio cantando o rezando según que el ambiente esté saturado de humanismo o de misticismo. El hombre normal ha desaparecido.

Estos locos no están catalogados en ninguna ciencia. Pero ¿qué duda cabe de que los héroes y los mártires y también los delincuentes no son hombres bien equilibrados, fiel trasunto del tipo medio a que solemos llamar

hombre normal?

El más pacífico campesino suele resultar una fiera cuando en el campo de batalla llega a perder el instinto de conservación y con él el miedo hereditario. Hay un momento corto o largo, en que no es el mismo hombre, el hombre más que mediocre de su tranquila aldea. ¿Está loco? ¡Cuán difícil y ardua la tarea de discernir responsablemente, aun en la hipótesis falaz del libre albedrío!

No abogamos por la conservación de una vida que tal vez a la hora que escribimos haya sido liquidada. Generalizamos el caso para asentar conclusiones que la serena razón dicta y la experiencia abona.

Bien y bravamente se ha discutido el caso de Sancho Alegre. Su innegable epilepsia no ha bastado, sin embargo, para declararlo irresponsable y recluirle en un manicomio, que hubiera sido la peor de las muertes si el sujeto justiciable sintiera intensamente la emoción de la vida. Nada de él sabemos que nos lo revele interiormente. Exteriormente nada nos induce a considerarle de la manera de los héroes o de los mártires. Parece más bien un pobre hombre desordenado, por no decir perturbado, ya que la locura caracterizada no existe, por lo visto, fuera de los manicomios. Nos recuerda el caso de Artal, ignorado de todos; de victimario convertido en víctima, tanto por la saña autoritaria como por la exaltación anarquista. Hay sin duda, alguna diferencia. Artal no era libertario ni obrerista. Sancho Alegre militó en el campo obrero y en el campo acrático. Su mentalidad, no obstante, nos revela de considerarle bastante consciente de tales ideas.

También Pardiñas militó en el campo anarquista. Allá en América, sus camaradas íntimos le consideraban incapaz del atentado. Le conocieron hastiado de la propaganda, aburrido de la vida, perdida la fe en todo y en todos. Su desconcierto mental, su desorden psicológico, tal vez su perturbación física, le llevó a buscar en el espiritismo satisfacción a sus anhelos, a sus inquietudes. No puede darse más contrasentido. Y Pardiñas vaga por el mundo y un día cualquiera mata y se mata. ¿Por qué? ¿Para qué? Nadie podrá satisfactoriamente responder.

¿Son esos los hombres normales, de indudable responsabilidad, que las justicias estiman justiciables?

No entremos en el análisis médico, de posibles, si no seguras, anomalías. Ya lo hemos dicho: el héroe mismo, el mártir y también el delincuente, no pueden ser contados, sobre todo en el momento que actúan, en el número de los individuos bien equilibrados. Permanente o transitoriamente son anormales. Pregúntese todo el mundo a sí mismo en cuales condiciones seria capaz del sacrificio de la vida propia, de la heroicidad, del martirio o del crimen, y la respuesta nos dará el argumento hecho.

La pasión religiosa, la pasión política, filosófica o social, conduce, sin

duda, a grandes acciones y a grandes desórdenes. Unas matanzas parecen sublimes; otras infames. Esencialmente todas son iguales. La guillotina fue la gran locura de fines del siglo XVIII. Sobre los millares de cabezas que rodaron al cesto se asientan los poderes actuales. La burguesía surgió de aquel inmenso mar de sangre plebeya y aristocrática.

Y los individuos son como las multitudes. La vesania de un Napoleón lleva por el mundo entero los principios de la Revolución.

Mas el hombre normal, el hombre mediocre, que diría el doctor Ingenieros, no quiere entender de filosofías. Aplica la ley del Talión sin distingos.

Se explica, no obstante, que se siegue la cabeza de Angiolillo. Angiolillo es un vengador, consciente de un propósito que estima justiciero; ideólogo temible, hasta el punto de que va caballerosamente por el mundo en busca de su víctima, y cuando la tiene delante, a poco si la envía a ponerse en guardia. Es un beligerante que hay que exterminar. Dos vidas acaban. Es terrible, pero esa es la lucha; no por inducción de propagandas, no por voluntad deliberada de los combatientes, sino por consecuencia fatal de los términos en que la lucha por la existencia se libra.

Pero estos otros casos no son lo mismo. Sería difícil probar clara conciencia de la acción. Imposible establecer concomitancias entre unas y otras mentalidades, entre unos y otros hechos. Todo lo que se ha dicho y se sabe de Sancho Alegre está gritando a voces inconsciencia, inopia, perturbación.

Sin el prejuicio de que el anarquismo es matanza y terror, no habría problema ni habría discusión. Tan graves como se quiera, ante la ley, estos atentados, habría para los forzados de la miseria social y de la miseria fisiológica una medida prudente que pusiera tino en inútiles represalias y en bárbaras venganzas. La ley del Talión, aplicada sin distingos, no hará más que perpetuar el reinado de la violencia.

Y decimos sin distingos, porque los luchadores conscientes que se erigen y que puedan erigirse en justicieros saben bien, de antemano, que ponen una vida en la balanza de otra vida, y ellos mismos no hacen más que aplicar a sus adversarios el Talión maldito.

En este batallar sin tregua de nuestros días, los himnos a la fuerza triunfadora nos salen de abajo como de arriba. Nosotros no quisiéramos que salieran de ningún lado. Justicias y justiciables tendríamos que reprimir los instintos de la bestia que resurge a cada paso. La reivindicación de una vida no es lo esencial, lo esencial es reivindicar el derecho de todo el mundo a vivir para rendirse al deber de respetar todas las vidas.

Y el anarquismo no quiere más ni quiere menos que eso.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 9. Madrid, 18 julio 1913)

IDEAS Y REALIDADES

Los amigos de «Acción Libertaria» me perdonarán si les pido de nuevo hospitalidad. Un número de «Cultura Obrera» que llega a mis manos y la lectura de un artículo que, por mitad, se me dedica, me inducen a emborronar cuartillas.

Para conocimiento de Lirio Rojo, autor del articulo en cuestión, advierto que no se trata aquí de un militante del anarquismo (1), de un hombre de partido, necesitado, como todos los que lo son, de impulsar las realidades político-sociales en dirección de su programa de aspiraciones. La posición adoptada en el artículo «Justicia y justiciables», es, a mi entender, lo que conviene a una ecuanimidad de juicio la más completa posible, y es la misma que seguiré en estas cuartillas.

Si la distinción entre la violencia y la resistencia, establecida por Lirio Rojo, fuera algo más que un artificio tras el que apunta una falta de valor o de sinceridad para afirmar la justicia de las represalias, valor y sinceridad de que antes hacían alarde algunos anarquistas partidarios de la mal llamada propaganda por el hecho, hubiera creído que, realmente, Lirio Rojo refutaba mi artículo «Justicias y justiciables». No es así, puesto que condena la violencia y la declara antianarquista, extremo a que yo no llegué.

La resistencia al mal, ¿quién puede negarla? Sólo un teólogo, un místico, puede afirmar y predicar la no resistencia. Está tan en la naturaleza resistir lo que daña, que el cristianismo ha sido estéril durante veinte siglos y el tolstoísmo lo será por todo el curso de los tiempos.

Pero hay tantas formas de resistir, hay tantas y tales consideraciones de solidaridad humana de por medio, que sólo un pensamiento rectilíneo y absolutista es capaz de arribar a la afirmación rotunda a que llega Lirio Rojo cuando afirma que si cada anarquista fuera un resistente (¿por qué no un vengador, un justiciero o un victimario?) del temple de Angiolillo, Pardiñas, Caserío, Bresci, etc., el número de los violentadores estilo Cánovas, Canalejas, Carnot, se hubiera reducido mucho y se nos violentaría menos.

Olvídase que Rusia, con atrocidades casi inconcebibles, sus matanzas atroces de arriba y de abajo, pone sordina a esas importantes palabras que denuncian al enamorado de la fuerza por encima del hombre de convicciones filosóficas. Repitamos: «Para sofocar todas las rebeldías tendría el Estado que mantener una horca y un ejecutor en cada esquina. Para acabar con todas las injusticias tendría el pueblo que poner un victimario en cada calle. Faltarían encrucijadas para victimarios y víctimas». Y agreguemos: no tiene

sentido humano la pretensión de que salgamos por esos mundos a matarnos unos a otros sin compasión para dirimir la contienda social en que todos andamos metidos de tan diversa manera.

A pesar de todos los vengadores y de todos los resistentes, mientras en la mentalidad humana y en la evolución social no hayan abierto brecha profunda el espíritu de justicia, que es recíproco respeto, y el sentimiento vivo de libertad, y la clara percepción de solidaridad humana que es igualdad y amor, no será posible el salto revolucionario en el desconocido porvenir. Esa es la razón de todas las propagandas, sin excluir la anarquista; la razón de todos los esfuerzos por llevar a las inteligencias un rayo de luz, a las voluntades un motivo de acción, al sentimiento un acicate de expansionamiento.

No es una desgracia que el instinto de conservación domine las cualidades combativas del hombre. Felizmente somos cada día menos fieros, cada vez menos bestias, aun en medio de la bárbara lucha a que fatalmente estamos entregados, o es una mentira enorme el progreso moral y el influjo de las ideas humanitarias.

La absoluta inadaptación al medio es una quimera. Cierto que los inadaptados o semi-inadaptados impulsan, pero no hay absolutamente nadie capaz, no puede haberlo, de vivir en total rebeldía con el mundo ambiente. No es tampoco necesario. No es deseable.

En el semi-acomodamiento forzoso al medio actual, puede el revolucionario, lo mismo que el hombre de ciencia y el artista ir preparando el porvenir, sembrando ideas de justicia, sentimientos de humanidad, de respeto, de amor al prójimo. Esta es la obra del idealismo y ésta es la que quisiéramos fuese la de la realidad. Pero la realidad está impregnada de barbarismo y es superior a nuestras ideas, ¿quién lo duda?

Pues porque está impregnada de barbarismos impone la violencia, o la fuerza, o la matanza allí donde se quiere amor y paz y justicia. ¿Elevaremos a teoría, a principio de conducta las fatalidades ambientes? Eso parecen querer los que, como Lirio Rojo, padecen de obsesión de los remedios heroicos.

Hay antinomia indudable. No están en error los que piensan a un mismo tiempo que toda violencia, es antianarquista y que a la anarquía sólo por la violencia se puede llegar. Quiero entender que anarquía, es negación de toda violencia o forzamiento, puesto que afirma la completa libertad de acción. Violentar es, pues, un acto antianarquista. ¿Nos cruzaremos de brazos? Más que como anarquistas, como hombres se está obligado a resistir el mal y aniquilarlo en la medida de lo posible. Sojuzgados, vencidos, explotados, tiranizados, habremos de reaccionar contra todos los obstáculos que se oponen a nuestro libre desenvolvimiento. ¿Cómo? La no violencia, está en las ideas y en los sentimientos; la violencia es la realidad. No podremos, aun

queriendo, excusarnos de la llamada suprema apelación a la fuerza. El cómo de la conducta es el gran problema para los militantes de todas las ideas revolucionarias. Inútil pretender la revolución a todo pasto. Peligroso convertir en filosofía, la barbarie ambiente. Suicida dejarse llevar a una sensiblería que nos condenaría a la esclavitud voluntaria. Hay en todos los momentos un punto de vacilación porque nada determina claramente las fronteras de lo justo y de lo injusto, del respeto y del abuso, de la libertad y de la imposición.

Yo digo que no es ni anarquista ni humana la justificación de la violencia. Digo más: digo que no es racional ni conveniente para sí mismos que un partido o doctrina de amor, de equidad, de justicia, se convierta en propulsor de la matanza. La obra actual de todos los idealismos humanitarios es corregir la brutal realidad en que vivimos, porque de ella brotan con terrible empuje todas las bestialidades de la carne, todas las iniquidades de los hombres, todas las infamias, todas las villanías y todas las torturas que queremos suprimir.

Si condeno en bloque todas las violencias, no puedo condenar sino condicionadamente las de abajo mientras subsistan las de arriba. La realidad es más fuerte que la filosofía, pero no puedo ni quiero acatar la realidad que me repugna, que me asquea y que me arrolla como ser pensante y como ciudadano libre. La necesidad de la revolución se me impone. Soy, pues, revolucionario porque a la libertad y a la justicia sólo se puede llegar salvando el abismo revolucionariamente. Dadme la posibilidad de una transformación social sin apelaciones a la fuerza y dejaré de ser revolucionario. De otra suerte, tan enemigo de la violencia como se quiera, vendré obligado a reconocer que la violencia es una fatalidad de las condiciones de convivencia actuales, y en mi labor modesta de ciudadano que lucha por el bienestar general, no podré hacer más que poner la mayor dulzura posible, el humanismo más vivo, en los términos de la contienda. A esto vengo obligado como hombre, obligados deben sentirse también aun los que ensalzan sin tasa los gestos heroicos y las actitudes trágicas.

Creo que en este sentido hay bastante que corregir en las predicaciones de algunos anarquistas, sin duda más impulsivos que hombres de serena reflexión. Tras algunas palabras muy fervorosas de libertad y de humanismo, se ve al Torquemada rojo. Se disfraza, pero se afirma el lema jesuítico, «el fin justifica los medios». Se llama filosofía a lo que es teologismo puro, ciencia a un cierto misticismo jacobinista. Andamos saturados de viejas influencias, de revolucionarismos arcaicos, todavía nos encanta la magia de la acción secreta, del carbonario a la moderna que se atribuye la representación y la *vendetta* popular, del comité de Salud Pública que decreta en la sombra la huelga general o la revolución. Y todo esto no es nada anarquista ni concuerda con las ideas actuales de evolución social y de redención humana.

Contra ese sedimento del pasado hay que pronunciarse abiertamente, curándose de dañosos prejuicios y de entusiasmos malsanos. Los pequeños episodios sociales que convierten en delincuentes a hombres unas veces heroicos, ridículos otras, no han de ocuparnos tanto que nos hagan perder de vista, la gran trascendencia de la transformación social a que aspiramos.

(«ACCIÓN LIBERTARIA», núm. 21. Madrid, 10 octubre 1913.)

Estas palabras

___

(1) Estas palabras necesitan una explicación: Mella firmó este articulo y el anterior, «Justicias y justiciables», con el seudónimo Dr. Alain, que nunca había empleado, por creer que así podía dar al lector una impresión de opiniones acerca de la violencia con «entera independencia de juicio», sin consideración a «los convencionalismos que obligan al hombre de partido a no decir todo lo que piensa en momentos determinados». Creía además que ocultando por de pronto su nombre, esos artículos despertarían más inquietud y comentario entre los anarquistas y hasta provocarían una seria polémica, en cuyo caso contaba volver de nuevo sobre el tema, pero firmando ya como de costumbre. *(Nota de los editores).*

SALVAJISMO Y FEROCIDAD

A fuerza de repetirlo la mayor parte de los sociólogos; a fuerza de insistir en ello los más renombrados biólogos, han llegado a constituir dogma científico el salvajismo y la ferocidad originarias del hombre.

Bajo la influencia del postulado evolutivo, forzados a explicarse por un desarrollo presupuesto todo el contenido del progreso humano, se afirma, sin pruebas, la maldad, la bestialidad y la ferocidad del hombre primitivo, reservando para el hombre civilizado una bondad y un humanismo que, si corona triunfalmente la teoría, no por ello está de acuerdo con la realidad.

Y no es lo peor que simples hipótesis se conviertan en dogmas de sabios; lo peor es que las gentes aficionadas al estudio o a la lectura solamente tomen como articulo de fe los artículos de lógica científica, sin duda necesarios, pero indudablemente discutibles.

Es más que probable la animalidad originaria del hombre; es un hecho de experiencia, casi presente, su humanización progresiva. Nuestra razón no podría darse cuenta del desenvolvimiento de la especie y del mundo sin esas dos concepciones, o si se quiere realidades.

Pero ¿por qué la animalidad ha de suponer salvajismo y ferocidad necesariamente?

Hay muchos indicios de hombres primitivos todo bondad y mansedumbre. Ahora mismo hay pueblos en estado salvaje que viven apaciblemente, sin odios ni rencores, sin luchas, sin bárbaras crueldades. El sociólogo Tarde, entre otros, afirma la bondad originaria del hombre.

Por otra parte, animalidad no quiere decir fatalmente ferocidad. Hay animales fieros y hay animales dulcemente pacíficos. No está demostrado que el hombre sea una fiera en evolución o en domesticación humanizadora, aun cuando "la biología pruebe que somos el resumen biopsicológico por el que ha pasado la especie humana hasta la aparición del individuo".

Todo lo que se quiera respecto a las fases por que pasó el embrión del hombre, siempre quedará en pie la dificultad insuperable de unificar todas las especies en una común característica, sea de fiereza, sea de bondad.

Puestos a documentar nuestra tesis, no bastaría un libro para reunir todos los datos de pueblos, no sólo primitivos sino actuales también, que, no obstante su estado de absoluta incultura, de estancamiento histórico, viven casi vida idílica, alejados de toda civilización.

Los pueblos más feroces son los que han pasado por una civilización o los que viven en la vecindad de una civilización. Es ésta una verdad de hechos que no necesita pruebas.

Ahora mismo, en plena Europa civilizada, se está dando el más espantoso ejemplo de crueldad, de ferocidad, de bestialidad, que registra la Historia. No recordamos nada semejante al vandalismo búlgaro, que abre el vientre a las mujeres encintas, extrae el feto y lo ensarta en la punta de una bayoneta. Sería una atroz injusticia imputar nada igual a las gentes primitivas, salvajes, bárbaras.

El refinamiento de la crueldad es un producto semicivilizado o civilizado del todo. Los horrendos crímenes de que están llenos los anales de las naciones civilizadas, apenas explicables aun para el más ferviente determinista, no tienen antecedentes históricos en la existencia de los pueblos primitivos. El mismo canibalismo tiene mayores y más sólidos fundamentos que el ensañamiento, sin adjetivo adecuado, de ciertos monstruos humanos que emborronan horriblemente la ascensión progresiva de que tanto nos ufanamos.

Nada iguala a los tremendos y continuados crímenes de las grandes religiones. Y ni el cristianismo, ni el islamismo son religiones de los pueblos primitivos. Nada semejante a las cruentas, inacabables luchas a que nos conduce el mercantilismo moderno. La, rapacidad organizada es la médula de la civilización. No somos ladrones y asesinos tanto por atavismo como por progresismo. No hablemos de la banca, de la burocracia, del militarismo. De ningún modo podría sostenerse que el hombre civilizado es el resumen en

que están contenidas todas las supuestas maldades originarias.

Estamos en presencia de una desviación. Estas vituperables atrocidades modernas no pueden ser cargadas a la cuenta de aquellos pobres desdichados progenitores nuestros que vivían en plena naturaleza, del todo indefensos y del todo exhaustos. La palabra atavismo, abulismo, es frecuentemente un comodín de la pereza mental.

El animal-hombre, sin duda, ha sido empeorado por la civilización, porque el progreso humano es un perenne desequilibrio entre todos los adelantos imaginables y todas las miserias patentes. Jamás la esclavitud se ha adornado con tan vivos colores. La desigualdad social es el abismo del que brotan las más horribles bestialidades.

No es el ayer lejano. Es el ayer próximo y el hoy.

Hay quien vuelve la vista al pasado y añora la paz perdida. Hay quien nos acusa de anhelar también retornos imposibles. Hay, en fin, quien se ampara en una novísima dogmática de la ciencia para hacer revolución.

Infundada es la añoranza; ridícula la acusación; endeble el amparo.

Nada se nos ha perdido en el tiempo pasado; nada mejor podría darnos- Nada tampoco puede esperarse de teologías al revés que llevan el germen de futuros y posibles despotismos.

La humanidad ha progresado éticamente. Pocos o muchos, hay quien abomina de todas las bestialidades, ama la paz; anhela el bien del semejante. Hay quien estudia, trabaja, lucha por un mundo mejor. Es algo, bastante. Pero materialmente, económicamente, el progreso y la civilización son una enorme mentira para la mayor parte de los hombres. No hay tortura más grande que la de haber entrevisto todas las bellezas de la vida y estar condenado a sufrir todas las vilezas. Y éste es el abismo que la civilización ha abierto ante la humanidad y que no se cegará con los paños calientes de la dogmática, aunque se diga científica.

El salvajismo y la ferocidad no están detrás de nosotros, sino entre nosotros. A la obra revolucionaria de sus víctimas toca continuar la evolución progresiva de la humanidad.

(«ACCIÓN LIBERTARIA», núm. 13. Madrid, 15 agosto 1913.)

LIBERTAD Y AUTORIDAD

INUTILIDAD DE LAS LEYES

Quien dice ley, dice limitación; quien dice limitación, dice falta de libertad. Esto es axiomático.

Los que fían a la reforma de las leyes el mejoramiento de la vida y pretenden por ese medio un aumento de libertad, carecen de lógica o mienten lo que no creen.

Porque una ley nueva destruye otra ley veja. Destruye, pues, unos límites viejos, pero crea otros límites nuevos. Y así, las leyes son siempre traba al libre desenvolvimiento de las actividades, de las ideas y de los sentimientos humanos. Es, por tanto, un error, tan generalizado como se quiera, pero error al fin, la creencia de que la ley es la garantía de la libertad. No, es y será siempre su limitación, que es como decir su negación.

(«ACCION LIBERTARIA», núm. 5. Gijón, octubre 1910.)

* * *

«Puede ser -se nos dice - que la ley no pueda dar facultad a quien no posee ninguna; es posible también que obstaculice en lugar de facilitar las relaciones humanas; será, si se quiere, una limitación de la libertad individual y colectiva; pero es innegable que sólo mediante buenas leyes se llega a impedir que los malvados ofendan y pisoteen a los buenos y que los fuertes abusen de los débiles. La libertad, sin leyes que la regulen, degenera en libertinaje. La ley es la garantía de la libertad.»

Con este común razonamiento nos responden todos aquellos que en la ley confían la solución del problema del bien y del mal, sin fijarse en que, con semejante modo de razonar, en lugar de justificar las leyes dan, al contrario, mayor fuerza a nuestras opiniones antilegalistas.

¿Acaso es posible que los débiles impongan la ley a los fuertes? Y si no son los débiles, sino los fuertes, los que están en condiciones de imponer la ley, ¿no se da en tal caso un arma más a los fuertes contra los débiles? Se habla de buenos y malos; pero por ventura, ¿hay dos especies de hombres sobre la tierra? ¿Hay alguno en el mundo que no haya cometido nunca una mala acción o alguno que no haya hecho una acción buena? ¿Quién estará entonces en condiciones de poder afirmar: éstos son los buenos; aquéllos los malos? ¿Otros hombres? ¿Quién nos garantizará la bondad de esos hombres que están en tales condiciones? ¿Daremos la preferencia a los inteligentes sobre los ignorantes? ¿Acaso la maldad no está generalmente en proporción con la inteligencia? Y de este modo, ¿no abusarán los inteligentes doblemente de los ignorantes? Y si acordamos la confección de las leyes a

los ignorantes, ¿qué especie de leyes no saldrán de sus manos? Encargad que las leyes las hagan los ingenuos y serán burladas por los astutos; estableced que las hagan los astutos y entonces serán mal intencionadas y en perjuicio de los justos. El problema es siempre el mismo. ¿Son malos los hombres? ¿Sí? Entonces no pueden hacer las leyes. ¿Son buenos? Entonces ninguna necesidad tienen de ellas.

(«ACCION LIBERTARIA», núm. 11. Madrid, 1 agosto 1913.)

PSICOLOGIA DE LA AUTORIDAD

Podría hacerse en dos plumazos.

Ayer mismo dos guardias presenciaron impasibles, en una plaza de Madrid, cómo se ahogaba un niño en una jofaina de agua. Luego dos agentes de policía, en la misma capital, separaban cruelmente a una pobre madre de sus dos hijos enfermos de difteria, para conducirlos a la Comisaría por pleito de unas ropas que valdrían tres o cuatro pesetas. La reclamación era de los *honrados* papás de una criatura a quien había criado la buena mujer. El inspector de guardia, *compadecido*, la envió al Juzgado. Eran las dos de la madrugada. Por fin hubo un hombre, el juez, que la dejó en libertad y la socorrió.

Nadie habrá olvidado el cruel suplicio de aquel hombre moribundo a quien pasearon por Madrid durante una noche entera, sin que las puertas de un hospital o de un asilo se abrieran para él.

Podríamos multiplicar estos hechos hasta el infinito. No son un accidente o una excepción. Son la regla general y constante, como se derivan de la naturaleza misma de la autoridad. No son tampoco cosa exclusiva de España. Son de todas las latitudes. En estos últimos días, el ministro de Justicia, de Inglaterra, Mr. Churchill, ha decretado la libertad de un individuo condenado a trece años de presidio por robo de dos pesetas y media. «El total de su pena se eleva a *cincuenta y un años de prisión* por sucesos pequeños y robos insignificantes. Su conducta en la cárcel ha sido irreprochable, y el infeliz tiene ahora 68 años.

“Al recobrar la libertad, en la que ya no creía, empezó a llorar y dijo que tantas veces como había delinquido lo hizo por necesidad y no por malos instintos.»

Todo eso no lo decimos nosotros; lo dice la prensa rotativa y burguesa. Y nótese que lo excepcional en las dos relaciones es la conducta del juez y el

acuerdo del ministro de Justicia. Como ejemplo, lo citan algunos periódicos. Luego lo firme, lo sustancial, es la iniquidad autoritaria, la fría indiferencia y la despiadada crueldad. El hombre, en cuanto a &autoridad, ya no es hombre, queda por debajo del hombre. Su ética no tiene entrañas; es ética de bestias. Su oficio es un oficio de verdugos. El dolor ajeno no roza su dura epidermis. Su placer es el mal.

La función hace al órgano. Y así la función autoritaria ha creado el órgano autoridad, cuya psicología carece de rasgos humanos y se confunde con la de las alimañas.

Hombres ayer bondadosos, rectos en su conducta, abnegados con sus semejantes, se tornan hoy, ya investidos de autoridad, inhumanos, crueles, duros de corazón, más duros aún de intelecto. Una ordenanza, una disciplina, una, legislación cualquiera ahoga en ellos prontamente toda nobleza de sentimientos y de pensamientos. El frío cálculo invade sus sentidos. La noción del castigo, de la represión, de la pena, domina de absoluto su alma plena de instintos malvados. Para la autoridad, todo hombre es un delincuente, mientras no demuestre lo contrario. Y así se hace soez, grosera, brutal. Ya no es la función autoritaria elemento regulador de la vida común, balanza justiciera que a cada cual da lo suyo, servidora sumisa de los intereses generales. Es la fuerza prepotente, dueña de todo, superior a todo, por encima de todo.

Se la quiere imparcial, y su imparcialidad la pone fuera de toda humanidad. ¿Cómo podría serlo si tuviera alma humana, corazón y cabeza de hombre? Se la quiere recta, y su rectitud la coloca fuera de toda sensibilidad. Indiferente al dolor, suspicaz con el placer, va a su fin arrollando toda supervivencia piadosa, de amor, de compasión. Se la quiere justiciera, su justicia condena a presidio por toda una vida al que hurtó por hambre o cuelga de un palo al que mató por arrebato, por malvada educación social, por locura ingénita.

La psicología de la autoridad está precisamente en eso, en ser imparcial a costa de la humanidad, en ser recta a costa de todo sentimiento, en ser justa a costa de la libertad y de la vida de los hombres. No podría ser de otro modo.

La piedra berroqueña, el acero, el diamante, no son más duros que su dura alma. Su cerebro es un puro mecanismo de cálculo. La lógica de los hombres no reza con ella. Está fuera de la razón y de la humanidad. Está fuera del concierto universal de la vida. Está fuera de la Naturaleza.

La autoridad es un abismo que excede los límites de la inteligencia humana. Su psiquis no es la psiquis del hombre aunque el hombre la engendró. Acaso no tiene alma, y si la tiene es alma contrahecha y monstruosa que surgió de lo ignorado y se ejercita en el mal y por el mal dura y perdura. Por el bien de la humanidad, será menester aplastar al monstruo.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 16. Gijón, marzo 1911.)

LIBERTARIOS Y AUTORITARIOS

Bajo estas dos denominaciones puede realmente compendiarse toda la gama política y social.

Cualesquiera que sean los distingos de escuela, imposible de quedar fuera de esos dos modos de opinión. Donde no se dan como programa o como fe, se dan como tendencia.

De tendencia libertaria son todas las escuelas y partidos que afirman en más o en menos la autonomía, o si se quiere la independencia personal. Son realmente libertarios cuantos proclaman en redondo que fuera de la libertad total del pensamiento y de hecho no hay más que privilegio y opresión.

De tendencia autoritaria son todas las escuelas y partidos que en más o en menos proclaman la subordinación del individuo a la sociedad o al Estado. Son realmente autoritarios cuantos en firme sostienen que fuera de la prepotencia del Estado o de la sociedad no hay más que libertinaje y desorden.

No entra en el razonamiento de los unos la concepción del todo sobreponiéndose a las partes; no entra en el de los otros el concepto de las partes actuando con independencia del todo. Para los primeros es el grupo, la sociedad, el Estado, la única realidad viviente; para los segundos lo es el individuo.

¿Es la sociedad algo preexistente o es sólo un resultado? Los autoritarios estarán por el primero de estos términos; los libertarios por el segundo.

Adóbese como se quiera la teoría, es lo cierto que desde el absolutista a rajatabla hasta el socialista que confía a la sociedad el gobierno del trabajo y de la distribución, no hay más que una escala, de modalidades autoritarias. El individuo, en estos dos sistemas extremos y en los intermedios, queda desconocido subordinado, anulado. En un simple engranaje o un cero a la izquierda. Tanto monta.

Todo se reduce a una transferencia de dominio. Se es súbdito del rey, ciudadano de la república, subordinado de la santa igualdad social. Liberados de la voluntad del soberano único, pasamos al soberano gobierno de las mayorías: la democracia es la ficción moderna de la libertad. Liberados de la soberanía del número, caeremos tal vez bajo la soberanía del Estado productor, regido y gobernado por los grupos regimentados del trabajo: el socialismo es la ficción próxima que promete todas las liberaciones. De todos

modos, la falange humana es ejército, es rebaño, mesnada, de esclavos, turba de votantes, recua de trabajadores. Es el patrimonio hereditario afirmado y reafirmado por los hábitos y por las enseñanzas actuales.

Cualquier concepción ideal que se sirva de estos materiales puede abrirse paso inmediatamente, tanto en la muchedumbre de gentes cultas como entre la muchedumbre de imbéciles que forman las sociedades civilizadas. Al achicamiento individual y voluntario, corresponde la creciente exaltación del Estado, o de la. sociedad o del grupo, cualquiera que sea. De rodillas ante estas grandes y magníficas entidades, nos consideramos felices.

¡Ay del que osa levantar la voz, empinándose para destacar su raquítica individualidad!

Toda tendencia libertaria es pecaminosa, es desatinada, es vesánica. Levantar sobre la concepción del individuo autónomo el edificio de una idealidad cualquiera, es como erigirlo sobre movediza arena. Contra todo y contra todos chocará la pretensión de que el hombre se valga a sí mismo. No vale que os quedéis en la afirmación de un cobarde federalismo; no sirve que pongáis sordina a vuestras demandas de independencia. Tanto importa que resueltamente lancéis el reto del individuo libre en la sociedad de los iguales. Por anarquistas y como anarquistas seréis acorralados, escarnecidos, vilipendiados. La taifa necia de cretinos que dirige el mundo y la necia taifa de eunucos que obedece humilde, os lanzarán por igual y a borbotones los espumarajos de su rabia y de su cólera.

Están los unos bien, mandando; están los otros bien obedeciendo. ¿A qué título querréis redimirlos o que se rediman?

Diríase que el autoritarismo ha cristalizado en el entendimiento humano, porque tan difícil es llevar a sus dominios un rayo de luz, de dignidad y de independencia, de valor personal.

Y sin embargo, es el individuo la raíz de todo: trabajo, cambio, consumo; arte, filosofía, ciencia. Del individuo brota, como de manantial inagotable, toda la vida social. Del individuo se deriva, como de una fuerza inicial, y única, cuanto de maravilloso registra la historia humana, cuanto de sabio y de prudente encierran las instituciones sociales, cuanto de bello y noble y grande constituye el orgullo de los hombres. Borrad el individuo y no quedará nada.

Como la roca de los siglos, el autoritarismo desafía todos los rigores. La. roca se horada, se desmenuza, se hace polvo. Unos cuantos minutos, y la roca de los siglos llena el espacio de innumerables fragmentos.

El disolvente del autoritarismo es la rebeldía individual. De la rebeldía individual surge la subversión colectiva. La roca de los siglos lanza al espacio sus incontables fragmentos.

Perdura el autoritarismo. Pugna la libertad por abrirse paso a través de todas las resistencias. Sin igualdad de condiciones, la libertad es un mito.

Sólo entre iguales es posible la justicia. El libertario quiere la libertad total, la igualdad total, la justicia total. El autoritarismo, pese a los siglos, perecerá.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 2. Gijón, 17 agosto 1912.)

LA ESENCIA DEL PODER

LAS DICTADURAS

Son consecuencia indeclinable de toda autoridad.

No se generan sólo en la altura. De abajo suelen brotar también prepotentes. Dondequiera que se inicia un proceso, una tendencia, un impulso de dominación, la dictadura germina en campo ricamente abonado. Unas veces toma nombres aborrecibles, otras, nombres seductores. Nada envanece al pavo real que decimos hombre como verse dueño y director de los destinos de sus iguales. La dictadura es el galardón más estimado del animal que razona.

En la historia hay ejemplos para todos los gustos. Desde Nerón a Robespierre, la gama dictatorial es maravillosamente varia. De las dictaduras sin instrumento visible son buen ejemplo las revoluciones populares que, inspiradas en un vivo anhelo de libertad se tornan fácilmente liberticidas. Se está en el brocal o en el fondo del pozo. Es la alternativa de las contiendas políticas.

Viniendo a nuestros días, acaso ni mejores ni peores que otros, nada hay más elocuente que las rápidas mutaciones revolucionarias. Contra una dictadura se alza un pueblo y engendra otra dictadura. Joao Franco cae vencido por las bombas republicanas. Y Alfonso Costa se levanta soberbio contra anarquistas y sindicalistas. En la lucha por la dictadura revolucionaria, triunfa, por más despótico, el más decidido. El pueblo hace coro, aclama al vencedor, aplaude la dictadura. No sabría vivir sin amo, sin látigo, sin ergástula. Menos mal que no levanta una horca en cada esquina. Es más cómodo perseguir, encarcelar, deportar; nos hemos humanizado.

El hecho enseña sencillamente cómo ciertas colaboraciones son demasiado incondicionales y demasiado simplistas. Si en nuestro país diera una revolución el triunfo a los republicanos, con el auxilio desinteresado de

las fuerzas sociales, la dictadura republicana se levantaría a las veinticuatro horas para aplastar a las ideas socialista y anarquista. ¿Quién puede dudarlo?

Las dictaduras están en la esencia misma de todo poder y ningún fruto distinto puede darse de un mismo árbol. Las mismas masas populares, cuando se adueñan de una nación, se entregan frenéticas a la dictadura. No hay más que una razón rectilínea y un imperativo omnipotente: su voluntad soberana. Obligar, forzar, imponer es toda la savia de la autoridad, ejérzala quien la ejerza: pueblo, individuo o grupo de individuos.

Por encima de los más bellos propósitos, el determinismo de todas las cosas conduce a la exaltación del triunfador. A un muera sucede un viva, pero se cambia de amo y nada más. Cuando una revolución ha estallado está fecundando otra revolución próxima. Es la consecuencia forzosa de ejercicio de la autoridad, del error político, que consiste en creer de toda necesidad la institución de un poder público. El poder, de arriba o de abajo, es fatalmente dictadura, es despotismo, es tiranía. La sola duda es rebeldía y la rebeldía se convierte en acicate de todo abuso autoritario. El aplauso se obtiene nada más que hasta la víspera del triunfo. Al día siguiente el rebelde es un sujeto presidiable.

La manada de autómatas que grita y patalea: ¡Viva el rey! ¡Viva la república! o ¡Viva la Pepa!, se queda tan fresca sirviendo al nuevo señor que brilla en lo alto. La dictadura será el único fruto visible de las revoluciones mientras el pueblo no pierda los resabios autoritarios y el prejuicio del poder.

Antes que cooperar a falaces redenciones, habrá que consagrarse a difundir espíritu de independencia, llevando a las inteligencias la idea real de la libertad, escamoteada con el subterfugio revolucionario por todos los políticos.

No se acabará con las dictaduras ayudando a nuevos amos, aunque se llamen republicanos y radicales.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 9. Madrid, 18 julio 1913.)

ENSAYOS FILOSÓFICO- LITERARIOS

LA TRISTEZA DEL VIVIR

Canten otros «la alegría de vivir». Quien ha visto siempre de frente la vida, quien lleva en los labios continuamente la sonrisa y el alborozo del colegial, incapaz de sostener diez minutos seguidos un sentimiento penoso, quiere cantar hoy la tristeza del vivir.

Contra las profecías infundadas de un amigo, no tengo nada de hipocondríaco; mis horas tristes pertenecen a los veinte años, cuando al caer de la tarde venían sobre mí las melancolías de la *terriña*, las dulces melancolías que me arrancaban hondas canciones. Ahora, ahora, ya entradito en años, no queda más que el disgusto de que no vengan aquellas melancolías con igual intensidad. Después, si alcanzo la vejez, volveré acaso a las murrias de mozalbete, pero no seré jamás un pesimista, ni teórica ni prácticamente. Salud, sobre todo, para ver y saber.

No me siento de ningún modo Schopenhauer y, sin embargo, pienso muchas veces como él «que no vale la pena el vivir».

¿Soy pesimista? ¿Soy optimista? ¡Horror me dan las teorías! No soy ni lo uno ni lo otro; miro simplemente de frente a la vida, entiéndase a la vida tal cual es; sueño luego la vida posible y deseable, la vida digna de ser vivida y se me atraganta la forzada tesis de la alegría de vivir.

La tristeza de vivir es lo firme para un alma que siente y un cerebro que piensa. ¿Hay más feroz tortura que la de llevar en la sangre todos los anhelos del bien, de la justicia, del amor y quemarse al contacto de todas las maldades, de todas las injusticias, de todos los odios? Se necesita vivir muy para sí mismo, o casi en los términos de lo imposible, o ser muy bestia para cantar la alegría de vivir.

Mirad a la vida privada: nada hay que no esté tocado, envenenado por la envidia, por los celos, hasta por el rencor. Las más bajas pasiones, los vicios más puercos, los sentimientos más degradantes nos empujan sigilosamente en una guerra despiadada de víboras, a dentellones con toda humana razón, con toda humana bondad. Si queréis permanecer puro y sano, os despedazan a mansalva y sin compasión. Ni aun se consiente ser bueno. Y cuando os habéis imaginado en posesión de una conciencia elevada, de una conducta severa, reparáis, a lo mejor, que muerde allá dentro cobardemente el mal, la bajeza, la basura hereditaria de universal patrimonio. Entonces os sube la amargura a los labios y exclamáis: “No vale la pena vivir”.

¡Qué terrible lucha! Forcejear continuamente contra sí mismo; atreverse a pasar desdeñoso sobre las miserias, pelear contra todo y contra todos, y verse de pronto cogido en las redes de la propia mezquindad, de la propia pequeñez, no hay optimismo que no ceda y claudique!

Sí; por la vida digna de ser vivida hay que cantar la tristeza de vivir. La

tristeza mental, la tristeza de la razón, que cae como nube funeraria sobre las carcajadas de la carne, del organismo entero que quiere expansionarse sin importarle un ardite del dolor y de la miseria ajenos.

Ampliad un poco el círculo de observación. El mundo político, el mundo de las ideas, el mundo literario y artístico, el gran mundo del trabajo. ¿Qué os parecen?

Los hombres aseméjanse a muñecos que repiten la consabida frase o la aplauden estrepitosamente. No hablemos de las mezquindades, de las farsas, de las ambiciones, de los crímenes, ostensibles de la vida pública. Es moneda corriente que no quita ni pone a la honorabilidad de los señores del margen. ¡Qué gran vergüenza haber llegado a tal extremo!

Fábricas de programas, de doctrinas, de teorías, como las de quincalla barata, están dirigidas por las eminencias más afamadas. Cada prójimo se aferra a su tesis y trepa por la escalera sin fin de la audacia de vivir, de vivir a toda costa, al precio de la indignidad, del engaño, de la explotación, hasta del robo y del asesinato. ¡Oh, la alegría de vivir!

Y no sólo los directores. La multitud imita, si no es que obra por impulso propio de la propia manera. La multitud, todos, adopta su postura, elige su *filosofía* y gravemente, seriamente, lucha a brazo partido por lo mejor de lo mejor; una patarata aprendida de carrerilla en cualquier sosaina letanía del primer tunante a quien plugo enseñar las artes especiales de su especial quiromancia.

Lo esencial es atrapar un nombre, darse una doctrina, encasillarse, ostentar una etiqueta y jugar luego a los partidos, a las escuelas, a las iglesias. ¿Convicción, creencias, fe, sinceridad? ¡Bah! La inmensa mayoría ni se cuida de encubrir el engaño. No se juega a todas esas cosas *inocentemente*. Cada uno va impulsado por ambición, por envidia, por codicia, y las más ruines pasiones son el motor verdadero de toda agitación.

Mas ahí están los artistas, los grandes artistas, para embellecer la vida. ¡Qué enorme montón de torpezas, de amasijos bárbaramente preparados! Ellos también trepan como pueden por la empinada cuesta. Cantan el asesinato colectivo postrándose a los pies del César triunfante; pintan las excelencias de la vida de rebaño; dirigen salmos al poderoso e himnos gloriosos a las sanguinarias hazañas de los aventureros de la patria; tienen sus dioses, sus sacerdotes y hasta sus eunucos. Son tan inmensamente grandes que al menor rasguño de la envidia se desnudan ante el respetable público y muestran el horrible esqueleto carcomido, agujereado, polvoriento ya. Y entonces ellos también procuran atrapar una etiqueta, y, una vez atrapada, batallan denodadamente por el realismo, por el romanticismo, por el decadentismo, y también... por el esteticismo. El *the struggle for life*, digámoslo en inglés para mayor claridad, ello es necesario para alcanzar las cumbres de la gloria. Y a la verdad, y a la justicia, y a La humanidad, ¡que las

parta un rayo!

Perdona, lector, que no concluya todavía. Estoy en vena de que me zurren los que cantan la alegría de vivir.

Espera un poco, que ahora le toca el turno a la gran colmena social, al mundo del trabajo. ¿Ves todos esos borregos que van y vienen de la fábrica a la pocilga, del sembrado a la cueva, de la buhardilla a la oficina? Pobres maniquíes que trabajan como bestias, ¡y qué cobardes son! Pues ellos también tienen su corazoncito. Ahora, en el gran vendaval socialista, siguen a los otros, a los fabricantes de programas y de doctrinas, juegan a los comités y a las elecciones. De vez en cuando corre la sangre: se dejan asesinar como mansos. Es que la alegría de vivir los arrastra a la locura. ¡Y cuántas, y cuántas bajas ambiciones, cuántas pobrezas, cuántas sordas contiendas por pasar delante en la peligrosa ascensión por la escalera del deseo! Los jefes, los directores, los que despotrican en los periódicos adoptan asimismo su postura correspondiente y, por la emancipación social de los pobres, a los pobres dividen por el eje llevándolos al fangal de la lucha miserable en que sólo se debaten las ruines ambiciones, las codicias innobles.

Si, como ha dicho no sé quién, es burgués el que piensa bajamente, ¡todo es burgués en el mundo que tenemos la alegría de vivir!

Ya sé; ya sé que no es solamente basura lo que rebosa del pozo. Hay hombres enteros, verdaderamente grandes; hombres de fe y de sinceridad, así entre los que descuellan por su genio y por su talento como entre los humildes que vegetan en el silencio, ignorados del todo; hay hombres, hombres de verdad, en cualquIer parte. Para éstos precisamente es la tristeza de vivir, la tristeza mental, de la razón. Para éstos es la tristeza de vivir porque la realidad malsana en que se mueven ahoga toda su potencia vigorosa de bondad y de justicia. ¿Cómo podrían entregarse a la alegría intelectual si todo lo que perdura en rededor es deleznable y vergonzoso? Su refugio es la lucha, la lucha por el bien, por la regeneración del hombre, por la renovación del mundo. Pero la lucha es dolor; es tristeza, es forzamiento brutal de la propia bondad, de la justicia bien sentida. Y, pues, luchar equivale a dolor, la tristeza de vivir, por fecunda que sea en el hombre de bien, es fatalmente la carcoma del corazón y del cerebro.

Repugna, cuando se posee una sensibilidad medianamente desenvuelta, el contacto con todas las porquerías de la vida privada y de la vida pública. Asquea el estómago el continuo razonamiento de la honorabilidad mentida, la justicia ficticia, el amor afectado, la amistad simulada. ¡Desdichado el que va por el mundo en la confianza de su natural bondadoso y recto! Cada desengaño será un hierro candente que le achicharrará la carne. Y los desengaños, uno tras otro, le llevarán lentamente, lentamente, a la tristeza de vivir.

¿Revolverse contra el mal? ¡Oh, sí, es necesario! Allá, en la lejanía,

asoma el sol fulgente de la nueva vida, la vida digna de ser vivida. La multitud que se refocila en las suciedades de una existencia vergonzosa, la degradada por el azuzamiento de la codicia, de la ambición, de la envidia, de los celos, del odio y del rencor, vendrá a los senderos de la justicia y del amor, porque en cada hombre palpita el anhelo de renovación sostenido por la llama del bien, medio apagada en el transcurso del tiempo infame que nos condujo a la vil y actual negación de nosotros mismos.

Esta vida que algunos quieren que nos inspire la alegría de vivir, trae a mi pluma una palabra sucia...

Perdona, lector; no osaré escribirla. Es la alegría de vivir que estuvo a punto de tornarme grosero.

(“NATURA”, núm. 5. Barcelona, 1° de diciembre 1903.)

PEQUEÑAS COSAS
DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO

Cada vez que he intentado representarme la humanidad, se me ha ofrecido como un tropel de animalucos en marcha sin saber por qué ni para qué, ni hacia donde. Al parecer, algunos de estos animalucos, mejor ataviados que los otros, cubiertos de cintajos, plumas y otros menesteres, dirigen el tropel. Realmente no dirigen ni son dirigidos: marchan también, como los otros, en la inconsciencia de la causa, de la finalidad y de la dirección.

El tropel humano se nutre y viste como las personas. Hay de todo: harapos y sedas; faisanes podridos y podridas raspas de arenques, brillante pedrería y pestilentes pústulas. A lo largo del camino van quedando los fatigados y los vencidos sin que el resto se inquiete por cosa de tan poca monta. Todos se empujan, atropellan sin miramientos. Es preciso caminar siempre para no llegar nunca. ¿Por qué, para qué, hacia dónde? ¡Qué importa!

Y el tropel, a ratos, se encrespa. Luchan unos con otros, estos bichos extraños de que no habla la fauna. Inventan cosas maravillosas, estupendas, para mejor y más pronto aniquilarse. Siempre destruyéndose y siempre renovándose, la caminata continúa invariable en el flujo de millares y millares de seres amontonados al azar cosidos los unos a los otros, pugnando siempre por zafarse del incómodo atadero.

¿No llegará un día de plenitud para la humanidad?

El hombre es todavía un animal en dos pies. Tiene la presunción de razonar. Cuando razone, el hombre se habrá hecho hombre y la humanidad

culminará en el pináculo de una finalidad, de una causa y de una dirección conscientes. Por eso algunos lo han inventado torpe y cruel como ellos mismos; fiera como la fiera de que está formado el tropel humano.

Superarse no es regresión a la animalidad, es avance a la humanización. Presuntuosos de una filosofía de bestias, han desconocido la filosofía de los hombres.

El hombre se hará hombre por su individualidad y el tropel humano habrá de superarse por la solidaridad. Dos enormes fuerzas que concurren a la plenitud de la humanidad. Separadas, no darán jamás sino frutos de barbarie, rebaño de borregos y manada de lobos.

(ACCIÓN LIBERTARIA», núm. 14. Gijón, 17 de marzo 1911.)

* * *

Huyo de la ciudad. Estoy apestado de insignificancia y bajeza.

Calzo mis burdas botas de campo, calo el chambergo de anchas alas, empuño recia vara de fresno y tomo monte arriba. Entre retamas y pedruscos me alejo hasta la cumbre coronada de altos y bien olientes pinos. Delicioso paisaje.

Me siento en dirección de la máxima pendiente, cara al valle. Las piernas en agudo ángulo los codos sobre las rodillas, la cara entre las manos, miro hacia delante, en muda contemplación del ancho espacio que se esfuma en el azul del cielo, ni cielo ni azul, que dijo el otro.

Pequeño, me siento grande; pobre, me siento rico. Es que también los pequeños y los pobres tenemos nuestro trono y nuestro cetro. La Naturaleza es nuestra, toda nuestra. A través de los rígidos troncos de pino, me contemplo a mi mismo en la lejanía como esfinge que reta mi penetración y mi cálculo. Acaso resulte un tanto desigual esta retórica egipcia. No importa.

Allá donde todas las cosas se confunden y desaparecen, traspuesto el horizonte sensible, veo otro yo, las piernas en agudo ángulo, los codos sobre las rodillas, la cara entre las manos, la mirada fija, como perdida en la inmensidad, obsesionada y obsesionante.

Todo el pasado desfila silencioso. ¿Qué es una vida? ¿Para qué sirve? ¿A dónde camina? Nada entre dos platos. Fatigas, todo se borra, se anula, se precipita. No hay locura como la locura de vivir.

Una existencia de continuo batallar por el garbanzo, de bregar sin tregua por ideales de realización lejana; el culto pertinaz a soñadas justicias; el homenaje diario a la equidad, a la verdad, al amor, al bien, todo ello se reduce a un montón de pequeñas cosas grandes, envueltas en lo infinito de las pequeñas cosas pequeñas. La vida es eso: pequeñeces.

Y entonces comprendo la inutilidad de mi existencia, de tantas y tantas existencias como la mía, perdidas en la inmensidad de la Naturaleza, indiferente a todas las alegrías y dolores, a todas las luchas, a todas las cosas grandes y a todas las cosas chicas.

Mi mente hace un esfuerzo titánico; la esfinge me desafía. Más allá, siempre más allá, empiezo a vislumbrar una cosa nueva, desconocida. Sobre el batallar por el bien, por el amor, por el pan, por la justicia, hay algo superior. Mi yo se vacía y se filtra: se desnuda y desnudo me muestra ese algo superior impulsando toda mi experiencia hacia delante. Es algo indeciso que la distancia quiere borrar. Traspuesto el horizonte sensible, todas las cosas vacilan y se esfuman. Pero me adivino allí, satisfecho de mi mismo, contento de mi éxito. He salvado el abismo. Mi vida ha servido para algo, es algo en si misma, camina hacia alguna parte. Lo más grande del hombre es su propio yo. Sus luchas, su tráfago, sus alegrías y sus penas traducen pobremente el fondo real de su existencia.

Ignoro qué dirá la esfinge al que lleva dentro de su alma el grillete de la vileza. Sólo sé que a mí me dice: Amor, justicia, nobleza, todo lo grande está en ti. Si te sientes grande es que lo eres. Y tus obras y tus palabras serán como tú de grandes y magnánimas.

La hora del crepúsculo llega. Cuando baja a la llanura, una voz armoniosa, dulce, con gorjeos de ruiseñor, una voz de mujer que debe ser hermosa removiendo las capas de aire saturadas por los aromas resinosos del pinar ya lejano; me sacude con un estremecimiento indefinible que invita a vivir, a la locura de vivir.

La Naturaleza me golpea brutalmente: allá voy a confundirme entre las cosas minúsculas de la ordinaria existencia, con sus miserias, sus bajezas y sus porquerías. Y la esfinge se desvanece. Todo es humo.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 30. Vigo, 27 septiembre 1911.)

* * *

Cae la tarde. Fatigado por la faena del día, vago por las calles.

Un bar, vulgo taberna elegante. Entro. Una mesa de junco con tablero de cristal. Un doméstico que interroga. Me sirven “vermouth” y unas aceitunillas, antes prisioneras en un frasco de cristal, que ya quisieran parecerse a las exquisitas aceitunas adobadas por los campesinos andaluces.

Bebo, como y fumo a un mismo tiempo. Mi pensamiento errante por los internos senderos que concluyen en los rincones ignorados del organismo. Medito. No soy el mismo ciudadano de la calle, del trabajo, de la vida

ordinaria. Soy el que no sale jamás a la superficie. En todo hombre existe un yo ignorado, ignorado hasta después de la muerte.

Inconscientemente voy haciendo mi propio proceso psicológico. Hay dos sujetos que al reconocerse se sienten extraños. Ahora empieza el sujeto pasional, en paños menores. ¡Cuántas locuras haría! El otro está domado por el desarrollo de la mentalidad. El conocimiento de la matemática impone silencio a la imaginación, frena las pasiones, pone vallas a la actividad creadora.

Bulle por dentro la agitación de la vida violenta, desordenada. Exaltación, delirio, ensueño, pugna por salir a la superficie. Por fuera el continente es frío, reflexivo, silogísticamente sereno. Un teorema algebraico tiene cierto poder mágico. Gobierna, dirige y aprisiona la inflexible lógica del número.

Padres: ¡No enseñéis a vuestros hijos matemáticas, porque ellos serán modestos, prudentes, cobardes, pequeños! Las grandes cosas son obra del ingenio libre, del sentimiento estético, de la pasión indómita.

Frente a mi mesa, un ciudadano entradito en años toma té y medita también. De pronto cambia de silla y de postura. ¿Qué bullirá allí dentro? Otro análisis, otro proceso, otra contradicción.

El tormento de la vida es vivir siempre por dentro, mintiendo siempre por fuera. Lo peor y lo mejor de un hombre queda eternamente desconocido Nadie es bastante osado para mostrar toda su perversidad. Nadie bastante resuelto para exteriorizar toda su bondad. Somos cobardes para ser como somos. Tenemos más de comediantes que de hombres. Domesticados por la civilización, somos sencillamente despreciables.

¿Miento, me engaño ahora también? Tal vez. En el hervidero de las ideas, en el estrépito de las pasiones, en el vaivén de la sangre que acude a la cabeza en encrespado oleaje, no es fácil discernir cada momento psicológico. El enigma que anda es tan pronto máquina que trabaja como pensamiento que crea. Aunque sea en sueños, permitid que el mísero esclavo piense un momento a la hora del reposo.

Sobra tiempo a la bestia para uncirse de nuevo a la carreta.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 3. Madrid, 6 junio 1913)

LOS COTOS CERRADOS

Rondando la verdad y por fuera de ella, las cosas no son como son, sino como se quiere que sean. Razonar es frecuente gimnasia que deslumbra; filosofar, maravilloso arte que encanta; teorizar, taumaturgia que

seduce, alucina, hipnotiza. Y razonando, filosofando y teorizando, se alzan suntuosos edificios que la más suave brisa desmorona. Tan frágiles y deleznables son sus fundamentos.

He aquí que los hombres abren surcos en la tierra, colocan en ellos recios mampuestos, levantan sobre éstos, sólidos muros. Cada uno cierra su coto. Y comienza la maravillosa obra de arte. Aquí, en caracteres fulgurantes, la palabra idealismo. Allá, en férreos signos, la palabra materialismo. Por doquier palabras y palabras. Deísmo, panteísmo; aristocracia, democracia; autoridad, libertad; creación, evolución. Hay andamiajes para todos los gustos. Los artífices llevan nombres gloriosos: Platón y Aristóteles, Descartes, Kant, Hegel y Spencer. Descubrámonos reverentes ante tal grandeza.

Ya estamos separados en sectas, escuelas y partidos. Mil bifurcaciones, mil ramas, mil matices más esculpen en la historia otros tantos nombres imperecederos. Cada uno elige su coto y allá nos encerramos con una lógica propia, con una peculiar filosofía, con una tesis que excluye, que disgrega, que separa. El pensamiento queda esclavo de su propia obra.

Sistematizar es labor de ciencia y sistematizando nos cerramos a la ciencia: dogmatizamos. He ahí la razón de todo coto cerrado.

Alegrémonos de que se derrumben los muros; de que se vengan abajo los palacios. Hay arte y belleza y ciencia en todos; ninguno es el arte ni la belleza ni la ciencia. Obra de los siglos que fueron y de los que vendrán, jamás estará conclusa.

Más allí donde se alzare un nuevo andamiaje, donde se abrieren nuevos surcos y se edificaren nuevos muros, compareced con vuestros picos demoledores y no dejéis piedra sobre piedra. El pensamiento requiere el espacio sin límites, el tiempo sin término, la libertad sin mojones. No puede haber teorías acabadas, sistemaciones completas, filosofías únicas, porque no hay una verdad absoluta, inmutable; hay verdades y verdades, adquiridas o por adquirir. Filosofar y razonar es aceptar las unas, investigar las otras. No más. Analicemos, Investiguemos, guardándonos de acotar nuestro propio entendimiento. A esta condición, gimnasia, arte y taumaturgia intelectual tienen ancho campo de acción y de expansión.

Y si hallareis en vuestro camino quien intente deteneros ante las magias del ideal o ante la realidad de la materia o ante las impulsiones de la pasión, reflexionad andando.

Ideal, sí; aspiraciones nobilísimas de humano intelecto que vuela hacia la Belleza, hacia la Justicia, hacia el Amor, saludadla con la emoción de lo divinamente humano, grande sobre todas las grandezas.

Materia, sí; realidad objetiva de todo lo que existe, que soporta todo lo pasado, todo lo presente y todo lo venidero; arcano donde la idea fragua el futuro, compendia la naturaleza y forja las leyes de la existencia universal,

abrazadla con el amor de sí mismo, de la propia carne y de los propios huesos, de la propia sustancia y de la propia fuerza, que? ella es trasunto acabado y definido de lo que no tiene principio ni fin, ni en el tiempo ni en el espacio.

Pasión, sí; flujo poderoso, magnetismo irresistible de la fuerza; motor grandioso de la acción y de la vida; impulso y atracción, amor y odio; reverenciadla como el alma inagotable de todo lo que es arte y sentimiento, razón e idealidad.

Sin pasión es el hombre bloque berroqueño en la indiferencia de la materia inerte. Sin ideal, es como el cerdo que chapotea la bazofia que le engorda. Sin materia, vísceras, órganos, arterias, miembros, sería como esas alucinaciones de los vesánicos creadores de espíritus que forjan realidades allí donde no hay más que delirios.

Soñad cuanto queráis, apasionaos como queráis, pero reflexionad andando, que sois cuerpos reales con órganos y necesidades reales; que la idea es cosa grande, magnífica; el sentimiento cosa bella, óptima; y el estómago una víscera que requiere alimentos, el cerebro un órgano que demanda oleadas de sangre rica, el cuerpo un organismo maravilloso que se nutre de cereales y de carnes y también de ideas. Un buen trozo de pan lleva en sus átomos las más geniales creaciones de los Platón, los Aristóteles, los Kant y los Spencer.

Conquistad, pues, el pan y también el ideal; todo, en suma, pan para el cuerpo, pan para el alma, pan para el cerebro. Y que los artífices de cotos cerrados Se queden en la soledad de sus vetustos palacios.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 16. Gijón, 31 marzo 1911.)

DIÁLOGO ACERCA DEL ESCEPTICISMO

-- Nada, amigo mío, que las ideas hechas son una verdadera calamidad. Están en circulación como las patatas, como los zapatos, como las letras de cambio y parecen indispensables. Ellas son los útiles de las inteligencias mecanicistas. Y claro, no resulta comprensible aquel que no se acomoda a los preconceptos usuales. Es un monedero falso que perturba la circulación.

-- Pues a mí me parece que el escéptico no distingue de valores y los acepta todos aunque no crea en su legitimidad. El hombre sin creencias, no digo sin fe, que se ciega, resulta realmente incomprensible y repugna desde

luego al buen sentido que acierta reputándolo falsario.

-- No hablemos del escéptico vulgar, del hombre degradado que tiene del escepticismo las plumas brillantes y de la corrupción la entraña. No hablemos tampoco del escepticismo de escuela. En el sentido corriente de la palabra, escéptico es el hombre culto cuyos distintivos son un fuerte espíritu de análisis y la rebeldía al encasillamiento intelectual. Las gentes ilustradas, así en las clases pudientes como entre las menesterosas, propenden cada vez más a la duda y tienen el furor de examinarlo todo continua y porfiadamente. Las creencias están en bancarrota.

-- Bien, lo que quieras; pero aun así, el escepticismo es dañoso porque mata al espíritu de iniciativa y de acción. Hombre sin idea directora es como ciego sin guía. Camina a tientas, vacila y, en fin de cuentas, no sabe nunca si avanza, retrocede o está quedo. Conoce e ignora a un mismo tiempo todas las cosas y permanece inactivo, incapaz de decidirse. El escéptico es un aborto.

-- Un tantico extremas el argumento. Observo que la distinción entre la fe y la creencia es pura sutileza. Una creencia cualquiera nos pone fuera de la realidad del resto del mundo. Todo lo que no cae dentro de la creencia se tiene por falso y por irreal. El creyente, como el hombre de fe, reputa disparatado cuanto no se ajusta a los cánones de su dogma, o de su idea directora, si lo prefieres. Él es el verdadero ciego. Cierto que tiene un guía. No ve por sus propios ojos sino por los del guía. No puede caminar ni obrar más que en la dirección que se le impone. No puede elegir, ni deliberar, aunque se imagine lo contrario. Está irremisiblemente perdido para la libertad. De aquí la razón del escepticismo. Fíjate en la enorme resistencia que las creencias oponen a toda idea nueva, a toda verdad descubierta.

-- Barrunto que te hallas en trance de no creer ni en ti mismo. ¿Cómo no te haces cargo de que de todos modos, ciegos somos y estamos necesitados de brújula que nos oriente, de algo que nos dirija? La razón, ¿cómo no?, puede darnos la certidumbre y si no nos dará por lo menos la idealidad. Y la certidumbre o en su defecto la idealidad nos conducirá en el laberinto de la vida, mientras que tu escepticismo famoso no haría sino perderse en él. Medita y verás que nuestra limitación física e intelectual implica esta misma limitación directriz. Es necesario vivir de algo y para algo.

-- ¡Ay, amigo, cuántas veces nos ha engañado la razón! No es que yo la niegue. Es tanto el instrumento obligado de toda investigación y de toda sabiduría como la única autoridad para el individuo. Fíjate: Digo que no es su único guía, aunque sea su único rey, su único dios, su único todo. La razón sola, solita, ha engendrado los innumerables errores históricos y contemporáneos. Espero que no creerás en el estupendo milagro de que un puñado de vivos fuese el inventor del embuste religioso del embuste político y del embuste económico, ni que una piña de sabios tuviese la ocurrencia feliz

de darnos gato por liebre llenando el mundo de atrocidades científicas. Todos en ello pusimos nuestras pecadoras manos. Las razones de los millones de hombres que fueron y que son, elaboran y laboran ahora mismo la enmarañada trama de las falsedades en que vivieron, y vivimos. La razón distingue muy mal las buenas de las falsas monedas. En busca de aquéllas anda siempre rica de éstas. Debo agregar que precisamente ocurre así por su empeño en darse valores fijos e inmutables y descansar tranquila de las pícaras y fatigosas investigaciones. Los valores fijos e inmutables son las creencias, las ideas hechas. Creer es más fácil que averiguar. ¡Y es tan cómodo decretar la certidumbre, creerse en posesión de lo absoluto verdadero!

-- Largo y metafísico es tu discurso. Propendes, quieras que no, a anular la razón. Si no quieres que la verdad vaya envuelta casi siempre con mil errores, inventa una razón nueva, infinita, absoluta. Ya ves también que yo *metafisiqueo*. Limitados somos, limitada es la razón. Sus esfuerzos por desenmarañar el misterio de todas las cosas, constituyen la historia entera de la humanidad. El futuro se compondrá también del desenvolvimiento triunfante de esfuerzos sucesivos. Y de aquí no hay posibilidad de salir. Poco a poco se llegará a destruir errores, descubrir verdades. Las ya descubiertas dan el presentimiento de otras nuevas que son nuestros guías. Sin esto caminaríamos a tontas y a locas.

-- No quiero, no, anular la razón. Pero no la admito como soberano absoluto. De aquí a la infalibilidad no hay más que un paso. La verdad no reside en ella sino en la Naturaleza. Y la Naturaleza no sabemos que sea un silogismo. Sabemos que allí está, para nosotros por lo menos, toda la realidad, toda la verdad, toda la ciencia. No sale la realidad de la lógica, sino la lógica de la realidad. La razón investiga, penetra trabajosamente en la Naturaleza y se da leyes, ideas. A lo mejor se figura haber creado lo que no ha hecho más que descubrir con mil fatigas y he aquí a nuestro soberano absoluto dictando reglas hasta al mismísimo Cosmos. Te digo, en verdad, que la razón nos hace muchas veces un flaco servicio. ¿No te parece más de acuerdo con tus propias ideas que la llamemos al orden reduciéndola a la experiencia y al conocimiento real de las cosas, sin perjuicio de que divague todo lo que se le antoje siempre que no nos dé gato por liebre? También puede divagar el escéptico. Acaso divaga más que el creyente. Todos los caminos se abren ante el escéptico. Todos, menos uno, se cierran ante el creyente. Pero el escéptico no se deja dirigir, imponer por ninguna creencia. Está siempre a disposición de la verdad próxima. El creyente no. Tiene que vencer antes la resistencia de las ideas adquiridas.

-- Si reduces la razón a la experiencia y a la realidad, matas al genio creador de la humanidad, aniquilas la intuición, acabas con las invenciones maravillosas, con los prodigios imaginativos trocados luego en hermosas

realidades. Deja que la razón poetice. Sus desvaríos son con frecuencia su gloria. En la razón misma has de buscar el freno al error. La realidad, harto deleznable tantas veces, es inferior a la razón forjadora de ilusiones que si no son verdades deberían serlo. Déjanos el consuelo de la ficción creadora. Hay que vivir de algo y para algo.

-- Eres incorregible idealista. La humanidad está enferma de sentimentalismo. Tú también. Acaso yo y los propios y mayores escépticos. ¡Qué empeño en vivir de quimeras y para quimeras! Puede que sea fatal la vida del ensueño mientras la realidad nos apremia y nos acorrala. La humanidad, ¿no podrá subsistir sin ídolos, sin estatuas, sin genios, sin delirios, sin héroes, sin mártires? Por lo menos que no se haga esclava de ellos y sea luego lo que quiera. He aquí por qué creo que debemos llamar al orden a la razón, demasiado ensoberbecida de su propio valer.

-- Convendrás conmigo, por lo menos, en que persiguiendo idealidades es como camina el mundo.

-- Si, convengo en ello. Pero escucha: Tú y yo militamos a favor de ideas radicales que arrancan de un mismo tronco; nos hemos dejado encasillar o nos hemos encasillado nosotros mismos, para el caso es igual. ¿Cuántas veces no has sentido el encierro de este encasillado? ¿Cuántas veces no te has visto obligado a desfigurar, a callar la verdad, tal como se presentaba a tu propia razón? Yo te aseguro, sinceramente, que he sentido muchas veces el aprieto de esos ataderos y me he declarado y me declaro rebelde aun dentro de las más grandes rebeldías. No se es mentalmente libre sino cuando no se obedece a ninguna creencia.

-- No lo niego; pero creo que es imposible el estado mental que tan fieramente preconizas.

* * *

El autor interviene y dice:

Aun el más férvido creyente tiene sus horas de vacilación y de duda. ¡Gusta tanto al pensamiento volar libremente!

Aun el mayor escéptico acaricia idealismos tal vez irrealizables. ¡Es tan grata la ilusión de lo bello!

En los extremos opuestos, el creyente más ciego debe esforzarse por abrir bien, los ojos y el escéptico más empedernido orear su alma con la brisa del ensueño. Si no lo hace, caerá el primero en el fanatismo, la forma más degradante de la esclavitud intelectual; y el segundo en la corrupción, la forma más abyecta del libertinaje.

Un cerebro libre de prejuicios, mejor, libre de todo elemento directriz, y una idealidad sana, dentro de la Naturaleza, conciliaría noblemente las distintas tendencias que, en suma, dividen a los hombres.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 27. Gijón, 14 julio 1911.)

NI PESIMISTAS NI OPTIMISTAS

El «Cándido», de Voltaire; el «Tristán», de Palacio Valdés, todas las creaciones literarias o artísticas arrancadas al optimismo y al pesimismo son, más bien que trasunto de estado de alma y de pensamiento, casos de patología, tristes o risueños ejemplares de nervios en desorden, de mecanismos descorregidos o caducos. A menudo, el escritor genial nos brinda un tipo singular de trágica misantropía o un modelo acabado de alegría desbordante y triunfadora. La ilusión es perfecta y el lector queda convencido de que aquellos pobres diablos, juguetes de su neurosis, instrumentos de su hiperestesia, con el hígado envenenado o con la sangre pujante y arrebatadora, son grandes y acabadas creaciones artísticas que reflejan, idealizada, la realidad humana partida por gala en dos grandes corrientes de alegrías insuperables y de irreducibles tristezas.

Por debajo de las cumbres creadoras, la vulgaridad hace su camino y a poco las gentes quedan clasificadas y encasilladas, mal de su grado, como se clasifican y encasillan las especies en la estantería de una tienda de ultramarinos.

La operación no sería del todo desacertada si no se pusiera en olvido que en la realidad y en la Naturaleza no existen divisiones rígidas, secas, escuetas, y que en todas las cosas la tonalidad varía insensiblemente al infinito y evoluciona en serie continua e inacabable.

No todo en la vida es patología optimista o pesimista. Frecuentemente no se da en el espíritu humano, de modo definido, cualquiera de esas dos modalidades y se dan, sin embargo, en los hechos, en las circunstancias y en las condiciones de la vida misma.

Por muy optimista que se sea, ¿cómo negar las tristezas ambientes, los dolores que atormentan a la humanidad? No hay alegría capaz de resistir el examen honrado de las pesadumbres que nos agobian.

Una mente bien equilibrada, un espíritu bien ponderado fluctuará entre la ideal alegría del vivir y la real penuria de la vida. Porque es lo cierto que en los hechos hay poco, muy poco, de qué alegrarse; mucho por qué entenebrecerse. No trazaremos el cuadro de las miserias incontables y de los dolores sin número que la humanidad soporta resignada. No somos artistas. Tráceselo cada uno según la realidad se le ofrece. ¿No sería el optimismo

burla sangrienta o carcajada imbécil?

Fuera del caso patológico, del hígado enfermo, hay el pesimismo intelectual y el pesimismo de las cosas en sí mismas. Es el pesimismo objetivo; no está en el individuo; está en el medio que al individuo circunda.

¿Pero es que todo es dolor sin esperanza, mal sin remedio? No hay pesimismo que no retroceda ante la contemplación del abismo que separa al hoy del ayer. No hay pesimismo que no se rinda a la certidumbre de un mañana más venturoso de la especie humana.

Un corazón sano, una inteligencia despejada tendrá por simultáneos el mal presente y el bien futuro, el dolor y el placer. En presencia de un continuo progreso, jaloneado por victorias cruentas, por conquistas gloriosas de la ciencia, por imperecederos éxitos del genio creador, un sano optimismo le impulsará a la esperanza.

Fuera del infantilismo, que quiere verlo todo de color de rosa, de la simplicidad lindante con la idiotez, que ríe bobamente, de la hiperestesia, que pondera y exalta y desvaría, hay un optimismo de la razón, un optimismo de las cosas en sí. Es el optimismo objetivo; no está en el sujeto; está en el medio que al sujeto rodea.

La vida real suministra todos los elementos para que el entendimiento se dé cuenta de los males que es necesario vencer y de los bienes que es preciso conquistar. Clasificarse en pesimistas y optimistas es declararse enfermos. Y si los enfermos abundan, no es menos cierto que es inaplicable al común de los mortales la arbitraria división patológica.

Mentalmente el pesimismo es fruto de la realidad pretérita y presente; el optimismo resultado razonable de la realidad, pretérita, presente y futura.

No se es ni pesimista ni optimista por idealidad, por sistema de doctrina, por inclinación filosófica. En el sentido riguroso de las palabras, se es lo uno o lo otro por defecto o por exceso de salud. Y nada más.

Indigno del hombre es entregarse a la misantropía filosófica ante las negruras de la vida. Indigno dejarse arrebatar por filosóficos delirios, por engañadoras ilusiones en presencia de sueños realizados y en expectativa de otros por realizar.

Serenamente ha de afrontarse la realidad con sus alegrías y sus dolores, con sus éxitos y sus derrotas, con sus males y sus bienes.

Ni optimistas ni pesimistas. El desenvolvimiento de la humanidad es una serie ininterrumpida de caídas y exaltaciones. A lo lejos está lo menos malo, lo mejor. Aunque lo bueno absoluto haya de huir siempre delante de nosotros, no hemos de retroceder ni detenernos. No hay razón ni para rendirse a la misantropía ni para arrebatarse por falaces imaginaciones. Hay razón para caminar siempre adelante. El que así no camina es arrollado, y la vida sin objetivo en el mañana, no vale la pena de ser vivida.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 3. Gijón, 24 agosto 1912.>

LA RAZÓN NO BASTA

No me convence el racionalismo, cualquiera que sea su significado. Me parece que tras esa palabra se esconde siempre algo de metafísica, de teología. Por el solo esfuerzo de la razón se construyen muy grandes cosas especulativas, pero casi ninguna sólida y firme. Y, sin embargo, muchos se pagan extraordinariamente de las resonantes palabras racional, razón, etc.

En general ponemos escasa atención en el examen y análisis de nuestras palabras y de nuestros argumentos; olvidamos que lo que uno reputa lógico, razonable, otro lo estima fuera de toda racionalidad, y, lo que es peor, propendemos a creer firmemente que los dictados de la razón son algo universal e indiscutible, algo que todos debemos acatar.

Nada más lejos de la realidad. Contra los dictados de la razón se ha levantado el grandioso edificio de la astronomía; contra los dictados de la razón han caído religiones y sistemas filosóficos en completo olvido; contra los dictados de la razón se ha cumplido y se cumple el progreso de la humanidad. Porque es la razón humana la que ha forjado todos los errores históricos y la que ahora mismo mantiene al mundo en los linderos de la ignorancia y de la superstición. Aun los mismos que se reputan revolucionarios y hombres del porvenir, de supersticiones e ignorancias viven, con ignorancias y supersticiones argumentan, porque encasillados en los famosos dictados de la razón, no advierten que la razón, sin la experimentación, es puramente imaginativa y egoísta; no paran mientes sino en la lógica personal y exclusivista del «yo» y se lanzan a las mayores audacias desprovistas de todo fundamento.

De hombre a hombre hay, en materia de lógica, verdaderos abismos. Y como no sabemos de ninguna razón infusa capaz de imponerse por sí misma a todos los humanos, forzoso será que hagamos un alto en nuestros entusiasmos racionalistas.

La Naturaleza, la realidad, no es un silogismo, pero menester será que el instrumento de interpretación, el entendimiento, no se equivoque, para que tal silogismo sea idéntico para todo el mundo.

La misma percepción, las mismas sensaciones, varían de hombre a hombre. ¿Cómo no ha de variar la traducción en ideas y palabras? ¿Cómo no ha de variar la lógica?

Si a un hombre, lo más inteligente posible, pero ajeno al mundo civilizado, se le dijera que un armatoste de acero se mantiene a flote sobre las aguas del mar, negaría en redondo semejante posibilidad, fundado precisamente en los dictados de su razón. Si se le dijera que otro armatoste metálico surca libre los espacios, negaríase también, en firme, a admitirlo. Su razón, todas las razones, dicen que cualquier objeto más pesado que el aire se viene al suelo.

La razón, cuando no se apoya en la experiencia, yerra o acierta por casualidad.

Mas no es necesario apelar al hombre no civilizado. Hay un hecho que da la clave de la cuestión: cuando en un tubo donde hay agua se ha hecho el vacío, el agua sube; la razón, no pudiendo explicarse el suceso, inventó el *horror al vacío*. Pero la experiencia nos permitió conocer la presión atmosférica, la ley de la gravedad y tantas otras cosas que a la razón, por sí misma, no se le habían ocurrido, y entonces la razón se dio cuenta de que el agua sube por el tubo donde se ha hecho el vacío, precisamente porque no está presente la acción o presión atmosférica. Y esta explicación, que los encasillados en el racionalismo llamarían racional, no es más que una explicación de hecho, sobre la cual la razón puede construir todavía nuevas invenciones y nuevos errores.

En realidad, la razón es tan maravillosamente apta para explicarse los motivos de lo que la Naturaleza le da explicado, como incapaz de fundar por sí misma una sola verdad o una sola realidad, si se quiere. Es verdad que la experiencia de los siglos debería hacernos tan desconfiados de la razón como de la fe. Pero es más fácil Y más cómodo imaginar e inventar que investigar pacientemente y encontrar con tanto trabajo como eficacia los hechos y las conexiones que los ligan, y de ahí que el pretendido racionalismo tenga tantos adeptos en todas las zonas y en todos los climas ideológicos.

Donde la experiencia falta, la razón quiebra casi siempre. No basta la razón. Todas las cosas tenidas por racionales suelen ser infundadas y opuestas a la realidad. A lo sumo, van conformes a las apariencias. No, la razón no basta. Es precisa la experimentación constante, el análisis terco y porfiado de los hechos, la investigación tenaz, y, por encima de todo, la verificación, necesariamente a posteriori, de las consecuencias deducidas, para que la razón pueda levantarse modestamente, sin énfasis, a formular la más elemental de las verdades. Los hechos son algo más que los silogismos y mucho más que la escolástica, de que andamos aún contaminados los que presumimos de hombres del porvenir y somos solamente unos pobres remedos del hombre de ayer.

Menos razones y más experiencias; menos racionalismos y más realidades; menos gimnasia de calenturientas imaginaciones y más bagaje

de conocimientos positivos y de hechos de naturaleza, nos harán aptos y merecedores de otras civilizaciones y de otro mundo mejor, que por el camino de las construcciones especulativas y de los disfraces de la fe andaremos siempre girando en torno de todo lo atávico y de todo lo erróneo.

Que es precisamente lo contrario de lo que, al parecer muy racionalmente anhelamos.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 10. Madrid, 25 julio 1913.)

LA VISIÓN DEL PORVENIR

Y el buen ciego, tembloroso, habló a la asamblea de este modo:

«Perdí la facultad de contemplar el mundo; perdido todo al perder este precioso órgano, sin el cual la actividad física útil, el trabajo, es punto menos que imposible.

Mi pobre ciencia, adquirida a fuerza de sacrificio, de nada me sirve; de nada me sirve mi pobre práctica aprendida en los azares de una vida estrecha y afanosa.

Vivo en la soledad de las tinieblas; orientándome entre las gentes por tacto vacilante de mis manos. Estoy solo conmigo mismo, sin luz, sin esperanza.

Pero allá en el fondo de mi ser, en las horas de mi callada soledad, brota dentro, muy dentro una claridad vivísima; brilla una estrella radiante, fulgura algo indefinido que me ilumina de modo que vosotros no podéis comprender, con una luz singular que no es la onda de éter que vibra con el ritmo del ojo o el ritmo del azul. Allá muy dentro de mi organismo, surge la visión seductora del mañana, en la que gozo y me baño a mis anchas y de la que no hubo reminiscencia alguna en los tiempos en que mis ojos veían, escudriñaban el horizonte, como ahora escudriñáis vosotros el porvenir que soñáis despiertos. Y en esta visión interna ya no veo al haraposo viejo tirando fatigosamente de la carreta que se atasca en el fango de la gran ciudad; ya no veo al mozo tísico que alarga la mano al transeúnte, que trota jadeante por la avenida en busca del diario mendrugo, ya no veo a la encorvada anciana que rueda bajo las patas del bruto que arrastra el coche del gran señor, ni como el viejo impotente tiraba del carretillo desvencijado por los tambaleos de la miseria; ya no veo a la jovenzuela semihambrienta o hambrienta del todo brindar sus carnes a la saciedad del macho degradado; ya no veo los sexos invertidos puerca y canallescamente, ya no veo las sedas en que se envuelve la liviandad ni los andrajos en que se arrebuja la inocencia; ya no veo el hartazgo de los holgazanes y la famélica desnudez de

los laboriosos; ya no veo a los hombres con disfraces de dioses o de servidores de dioses, con disfraces de muerte o de instrumento de la muerte; ya no veo el vil mercado donde se cotizan lo mismo las virtudes que los vicios, lo mismo las cosas que las personas; ya no veo el mal, la injusticia, el dolor, ese inmenso dolor que la humanidad arrastra consigo a través de los siglos, llenando el mundo de desdichas, de implacables desdichas.

Ya no veo nada de aquello que antes de mi fatal ceguera pasaba muchas veces al lado de mi indiferencia o al lado de mi ira.

Ahora todo es plácido. De las tinieblas del exterior ha brotado la luz interna, la luz de las luces. La tierra es inmenso hormiguero de hombres laboriosos; se trabaja con placer, se goza con exquisita ternura, se investiga, se estudia, se embellece el mundo con la maravillosa espontaneidad de la felicidad lograda.

¿Llanto, pesares, desgarraduras del alma? Pena del amante que pierde al ser amado; llanto que riega la tumba del padre, del hijo, de la esposa; desgarraduras del corazón lacerado por el dolor agudo de una desgracia grande, ¿quién borrará vuestras huellas? El amor común de los humanos, el cariño mimoso del amigo leal, del compañero asiduo, allí están para asistir al que llora, al que sucumbe al dolor de los dolores. ¡La soledad espantosa del lecho de muerte miserable, sucio, infecto, es horrible! ¡Horrible el cruel zarpazo de la bestia que se yergue brutalmente en el momento supremo del llanto, del dolor, de la amargura sin nombre que atosiga al enfermo, al desvalido, al desamparado!

Ya no, ya no existe nada de este inicuo espectáculo de la atrofia humana.

Ahora todo es plácido. No se rastrea la felicidad entre el lodazal de todos los rebajamientos; no se acecha la riqueza tras los matorrales de la infamia; no se afianza la seguridad propia en el goce cruel del mal ajeno; no se mata, no se roba, no se chupa la sangre del hombre para que viva el hombre. Al conjuro de la hermosa igualdad que tiene pan para todos, luz para todos, goces para todos, los hombres se ayudan, se aman. Al conjuro de una libertad sin tasa que para todos tiene ancho campo de acción, la bondad florece como en perfumado jardín. Al conjuro de la suprema justicia que proclama al hombre igual al hombre, se concierta la felicidad humana por el esfuerzo generoso y espontáneo de cada uno, y el trabajo tórnase gran fiesta de amor, de belleza, de ciencia. ¡Alborozo sin limites, regocijo inexplicable, placer de dioses! «A trabajar, hijos felices de la felicidad lograda.»

Y el buen ciego, agitando convulso los brazos en el espacio, gritó:

“Amigos míos: cerrad los ojos y que esta mi luz interna os ilumine, que esta mi luz interna sea como el faro de vuestras acciones.”

“Y si alguno dijere que el mundo siempre será la obra del mal, por el mal y para el mal, cazadlo como a una fiera o arrancadle los ojos, que tal vez

en la soledad de sus tinieblas brille también para él esta mágica y dichosa visión del porvenir.”

(”ACCION LIBERTARIA”, núm. 18. Madrid, 19 septiembre 1913.)

IDEAS ICONOCLASTAS

LA BANCARROTA DE LAS CREENCIAS (1)

La fe tuvo su tiempo; tuvo también su quiebra ruidosa. No quedan en pie a estas horas sino solitarias ruinas de sus altares.

Si preguntáis lo mismo a las gentes cultas que a las que llevan todavía taparrabo intelectual, y quieren contestaros en conciencia, os dirán que ha muerto para siempre la fe; la fe política, la fe religiosa, hasta la fe científica, que ha defraudado tantas esperanzas. .

Muerto todo el pasado, las miradas giraron anhelantes hacia el sol naciente. Las ciencias tuvieron sus himnos triunfales. Y sucedió que la multitud dióse nuevos ídolos y ahora mismo andan los conspicuos de las creencias nuevas predicando a diestro y siniestro las excelsas virtudes de la dogmática científica. La peligrosa logorrea de encomiásticos adjetivos, la charla sempiterna de los sabios de guardarropía, nos pone en trance de que con razón se proclame la bancarrota de la ciencia.

En realidad de verdad no es la ciencia la que quiebra en nuestros días. No hay una ciencia; hay ciencias. No hay cosas acabadas; hay cosas en perpetua formación. Y lo que no existe no puede quebrar. Si se pretendiera todavía que aquello que está en constante elaboración, aquello que constituye o va constituyendo el caudal de los conocimientos, hace bancarrota en nuestra época, nos demostraría únicamente quien tal dijere que buscaba en las ciencias lo que ellas no pueden darnos. No quiebra la labor humana de investigar y conocer; lo que quiebra, como antes quebró la fe, son las creencias.

La comodidad de creer sin examen o después de deliberación madura, unida a la pobreza de la cultura general, ha dado por resultado que a la fe teológica haya sucedido la fe filosófica y más tarde la fe científica. Así, a los fanáticos religiosos y a los fanáticos políticos siguen los creyentes en una multitud de *ismos* que si abonan la mayor riqueza de nuestros entendimientos no hacen sino confirmar las atávicas tendencias del humano espíritu.

¿Pero qué significa el clamoreo que a cada paso se levanta en el seno

de los partidos, de las escuelas y de las doctrinas? ¿Qué ese batallar sin tregua entre los catecúmenos de una misma Iglesia? Es sencillamente, que las creencias quiebran.

El entusiasmo del neófito, el santo y loco entusiasmo, forja nuevas doctrinas y las doctrinas nuevas creencias. Se anhela algo mejor, se persigue lo ideal, se busca noble y elevado empleo a las actividades, y apenas hecho ligero examen, si se da con la nota que repercute armónicamente en nuestro entendimiento y en nuestro corazón, se cree. La creencia arrastrándose entonces a todo, dirige y gobierna nuestra existencia entera; absorbe todas nuestras facultades. No de otro modo es como las capillas, como las iglesias, chicas o grandes, se alzan poderosas por todas partes. La creencia tiene sus altares, tiene su culto, tiene sus fieles, como los tuvo la fe.

Mas hay una hora fatal, inevitable, de interrogaciones temibles. Y esta hora luminosa es aquélla en que un pensamiento maduro se pregunta a sí mismo la razón de sus creencias y de sus amores ideológicos.

La palabra ideal, que era algo así como la nebulosa de un Dios en cuyo altar quemábamos el incienso de nuestros entusiasmos, se bambolea entonces. Muchas cosas se desmoronan dentro de nosotros mismos. Vacilamos como edificio cuyos cimientos flaquearon. Sentíamonos molestos con los compromisos de partido y de opinión, tal como si nuestras propias creencias llegaran a convertirse en atadero inaguantable. Creíamos en el hombre, y ya no creemos. Afirmábamos en redondo la virtud mágica de ciertas ideas, y ya no osamos afirmarla. Gozábamos el entusiasmo de una regeneración positiva inmediata, y ya no la gozamos. Sentimos miedo de nosotros mismos. ¡Qué prodigioso esfuerzo de voluntad para no caer en la más espantosa va cuidad de ideas y de sentimientos!

Allá va la multitud arrastrada por la verbosidad de los que no llevan nada dentro y; por la ceguera de los que se creen repletos de grandes e incontestables verdades. Allá va la multitud prestando con la inconsciencia de su acción vida aparente a un cadáver cuyo enterramiento no espera sino la voluntad fuerte de una inteligencia genial que arranque la venda de la nueva fe.

Pero el hombre que piensa, el hombre que medita sobre sus opiniones y actos en la silenciosa soledad a que le lleva la insuficiencia de las creencias, esboza el comienzo de la gran catástrofe, presiente la bancarrota de todo lo que mantiene a la humanidad en pie de guerra y se apercibe a la reedificación de su espíritu.

Las polémicas ruidosas de los partidos, las diarias batallas de personalismos, de enconos, de odios y de envidias, de vanidades y de ambiciones, de las pequeñas y grandes miserias que cogen al cuerpo social de arriba abajo, no significan otra cosa sino que las creencias hacen quiebra por doquier.

Dentro de poco, tal vez ahora mismo, si profundizáramos en las

conciencias de los creyentes, de todos los creyentes, no hallaríamos más que dudas e interrogaciones. Confesarían pronto sus incertidumbres todos los hombres de bien. Sólo quedarían afirmando la creencia cerrada aquéllos que de afirmarlo saquen algún provecho, del mismo modo que los sacerdotes de las religiones y los augures de la política continúan cantando las excelencias de la fe que aun después de muerta les da de comer.

¿Es acaso que la humanidad va a precipitarse en el abismo de la negación final, la negación de sí misma?

No pensamos como viejos creyentes que lloran ante el ídolo que se derrumba. La humanidad no hará otra cosa que romper un anillo más de la cadena que la aprisiona. El estrépito importa poco. Quien no se sienta con ánimos para asistir sereno al derrumbamiento, hará bien en retirarse. Hay siempre piedad para los inválidos.

Creímos que las ideas tenían la virtud soberana de regenerarnos, y nos hallamos ahora con que quien no lleva en sí mismo elementos de pureza, de justificación y de veracidad, no los puede tomar a préstamo de ningún ideal. Bajo el influjo pasajero de un entusiasmo virgen, parecemos renovados, mas al cabo, el medio ambiente recobra su imperio. La humanidad no se compone de héroes y genios, y así, aun los más puros se hunden, al fin, en la inmundicia de todas las pequeñas pasiones. La hora en que quiebran las creencias es también la hora en que se conoce a todos los defraudadores.

¿Estaremos en un círculo de hierro? Más allá de todas las hecatombes la vida brota de nuevo. Si las cosas no se modifican conforme a nuestras tesis particulares, sino suceden tal como pretendemos que sucedan, ello no abona la negación de la realidad de las realidades. Fuera de nuestras pretensiones de creyentes, la modificación persiste, el cambio continuo se cumple, todo evoluciona: medio, hombres y cosas. ¿En qué dirección? ¡Ay! Eso es lo que precisamente queda a merced de la inconsciencia de las multitudes; eso es lo que, en último término, decide un elemento extraño a la labor del entendimiento y de las ciencias: la fuerza.

Después de todas las propagandas, de todas las lecciones, de todos los progresos, la humanidad no tiene, no quiere tener, más credo que la violencia. ¿Acierta? ¿Se equivoca?

Y es fuerza que aceptemos las cosas como son y que, aceptándolas, no flaquee nuestro espíritu. En el momento crítico en que todo se desmorona en nosotros y alrededor de nosotros; cuando nos penetramos de que no somos ni mejores ni peores que los demás; cuando nos convencemos de que el porvenir no se encierra en ninguna de las fórmulas que aún nos son caras, de que la especie no se conformará jamás a los moldes de una comunidad determinada, llámese A o llámese B; cuando nos cercioramos, en fin, de que no hemos hecho más que forjar nuevas cadenas, doradas con nombres queridos, en ese momento decisivo es menester que rompamos todos los

cachivaches de la creencia, que cortemos todos los ataderos y resurjamos a la independencia personal más firmes que nunca.

Si se agita una individualidad vigorosa dentro de nosotros, no moriremos moralmente a manos del vacío intelectual. Hay siempre para el hombre una afirmación categórica, el devenir, el más allá que se refleja sin tregua y tras el cual es preciso correr, sin embargo. Corramos más deprisa cuando la bancarrota de las creencias es cosa hecha.

¿Qué importa la seguridad de que la meta se alejará eternamente de nosotros? Hombres que luchen, aun en esta convicción, son los que se necesitan; no aquéllos que en todo hallan elementos de medro personal; no aquéllos que hacen de los intereses de partido banderín de enganche para la satisfacción de sus ambiciones; no aquéllos que puestos a monopolizar en provecho propio, monopolizarían hasta los sentimientos y las ideas.

También entre los hombres de aspiraciones más sanas se hacen plaza el egoísmo, la vanidad, la petulancia necia y la ambición baja. También en los partidos de ideas más generosas hay levadura de la esclavitud y de la explotación. Aun en el círculo de los más nobles ideales, pululan el charlatanismo y el endiosamiento, el fanatismo, pronto a la intransigencia con el amigo, más pronto a la cobardía con el adversario; la fatuidad que se empina pavoneándose escudada en la ignorancia general. En todas partes, la mala hierba brota y crece. No vivamos de espejismos.

¿Dejaremos que nos aplaste la pesadumbre de todo lo atávico que resurge, con nombres sonoros, en nosotros y alrededor de nosotros?

Erguirse firme, más firme que nunca, poniendo la mira más allá, siempre más allá de una concepción cualquiera, revelará al verdadero luchador, al revolucionario de ayer, de hoy y de mañana. Sin arrestos de héroe, es menester pasar impávidos a través de las llamas que consumen la mole de los tiempos, arriesgarse entre los maderos que crujen, los techos que se hunden, los muros que se desploman. Y cuando no queden más que cenizas, cascote, informes escombros que habrán aplastado la mala hierba, no restará para los que vengan después más que una obra sencilla: desembarazar el suelo de obstáculos sin vida.

Si la caída de la fe ha permitido que en el campo fértil del humano crezca la creencia, y la creencia, a su vez, vacila y se inclina marchita hacia la tierra, cantemos la bancarrota de la creencia, porque ella es un nuevo paso en el camino de la libertad individual.

Si hay ideas, por avanzadas que sean, que nos han atado al cepo del doctrinarismo, hagámoslas añicos. Una idealidad suprema para la mente, una grata satisfacción para el espíritu desdeñoso de las pequeñeces humanas, una fuerza poderosa para la actividad creadora, puesto el pensamiento en el porvenir y el corazón en el bienestar común, quedará siempre en pie, aun después de la bancarrota de todas las creencias.

En estos momentos, aunque se espanten los mentecatos, aunque se soliviante todos los encasillados, bulle en muchos cerebros algo incomprensible para el mundo que muere; más allá de la anarquía hay también un sol que nace, que en la sucesión del tiempo no hay ocaso sin orto.

(“LA REVISTA BLANCA”, núm. 10. Madrid, 1º diciembre 1902.)

____

(1) Este trabajo lo refundió Ricardo Mella en 1912 para incluirlo en el tomo *«Cuestiones sociales»*. Esa refundición la hizo intercalando entre diversos párrafos del original primitivo gran parte de *«Los cotos cerrados»* y algunos fragmentos de *«Diálogo acerca del escepticismo»,* artículos que aparecen íntegramente reproducidos más arriba. Por esta razón, creemos más acertado publicar *«La bancarrota de las creencias»*, tal como apareció primeramente, lo que permitirá al lector, además, conocer mejor la evolución del pensamiento de Mella. - *(Nota de los editores.)*

¡BASTA DE IDOLATRIAS!

Me lo decían amigos queridos, y me resistía a creerlo. La evidencia ha venido a mí en forma de alegorías y postales y también en forma de noticia periodística.

Tan baja mentalidad no podía suponerla en gentes que se llaman radicales, que se llaman socialistas, que se llaman anarquistas. ¡Cómo! - me decía - si eso que se me cuenta es cierto; si tan hondo hemos caído, ¿no habrá una sola voz que se alce en son de protesta, que execre la ruin y vil idolatría, que rechace valientemente toda complicidad con labor tan nefasta?

Un día el fetichismo se manifiesta en forma de reuniones apologéticas, de artículos encomiásticos, de glorificaciones que rechaza el más débil espíritu de justicia. Otro día se revela en manifestaciones callejeras, en aclamaciones serviles, en endiosamientos que degradan, que encanallan a la multitud. Y la ola crece hasta el arrollamiento de toda consideración de decencia y de honestidad públicas.

De un lado Lerroux, de otro Ferrer. No me importan los hombres. No quiero juzgarlos ahora. Tiempo habrá de tirar resueltamente de la manta, si ello es necesario. Lo que me importa, lo que importa a todos ahora son las manifestaciones de baja idolatría, de indigno fetichismo hechas al uno y al otro.

Unos hombres que rinden las banderas al paso de Lerroux como el ejército rinde las armas al paso del Rey o al paso de Dios; unos hombres que entonan himnos al caudillo, que le reverencian y le agasajan en todas formas, que casi le adoran por su linda estampa más que por sus ideas, esos hombres no pueden alardear de ideas progresivas o radicales y miente quien diga que con tales gentes vive el espíritu de rebeldía y que tales hombres enarbolan la roja bandera de la revolución. Esos hombres no son radicales, no son progresivos; son lacayos o peor que lacayos, capaces de sustituir a los nobles brutos que arrastran el coche del señor. Y aquéllos que reciben y aceptan tales homenajes y tales servilismos sin protesta, ni quieren la elevación moral del pueblo ni hacen nada por emanciparle. Le engañan, le explotan, le envilecen.

¿Y, qué decir de los que han hecho de la antiartística alegoría, de la postal ridícula, del dije y del medallón pretenciosos, signo de rebeldía, de revolucionarismo? Ahora mismo tengo delante una tarjeta ignominiosa: un trozo de tela con el rostro de Ferrer rodeado de una corona de espinas y en lo alto un letrero que dice: “Ecce Homo”. Abajo, una burda representación de su fusilamiento por Maura y secuaces. Sólo falta la Magdalena, sin duda porque el autor se olvidó de Soledad Villafranca. ¿No es horriblemente ridículo, no es una burla sangrienta, no es una brutalidad incalificable semejante modo de endiosamiento, de cristianización del ferrerismo? ¿No es ello una revelación evidente de que hay revolucionarios de pacotilla que adoran en el hombre y por el hombre?

Quienes tales cosas hacen, quienes tal obra secundan, ni pueden ser anarquistas, ni pueden ser socialistas, ni pueden ser radicales. Son sencillamente idólatras, cristianos de Ferrer, Torquemadas rojos, almas de fraile dentro de blusas de obreros, salvajes europeos capaces de arrojarse al paso del carro de los dioses para que los aplaste y triture. No hay manera de conciliar estas manifestaciones, más que primitivas, vesánicas, de un fanatismo bestial, con cualquier idea progresiva, mucho menos con el ideal anarquista. Y si hay anarquistas capaces de laborar por este fetichismo de un modo activo o de un modo pasivo, para ellos, más que para los otros, ténganse por dichas las palabras duras y cortantes que más vivamente expresen la indignación del que escribe.

Toda complicidad con esos dos fanatismos por dos personas, así ellas valieran lo imponderable, es imposible para un hombre de ideas, de recio juicio, de pensamiento libre de rutinas y prejuicios.

Y es bien seguro que cuantos se estiman en su propia dignidad, que es como estimarse en su propia libertad, condenarán francamente esa pestilencia de los amuletos, de las estampillas y de las efigies de la religiosidad revolucionaria, diríamos mejor, pseudo-revolucionaria.

Hombres libres por encima de todo, podremos ser tolerantes, somos

tolerantes con todas las ideas; jamás nos rendiremos al fanatismo por los hombres, así sean más representativos que los mismos supuestos dioses. No ayudaremos a forjar una nueva cadena aunque sean de oro y de diamantes sus eslabones.

Un cerebro libre, un corazón entero, una conciencia recta, no puede sino abominar de todas esas bajezas idolátricas que degradan, que encanallan a las multitudes.

(“ACCION LBERTARIA”, núm. 9. Gijón, 13 enero 1911.)

PRIMERO DE MAYO

¿No te sientes, obrero, un poco poeta, un poco loco, un poco dichoso? Mira que estamos en el gran día de las flores, de la resurrección de la vida. Mira que estamos en plena renovación, en plena savia, en pleno amor. Todo canta la gloria de Mayo florido.

Tú puedes, como las jovencitas que van a cantar sus virginales anhelos al pie del altar, tú puedes rendir tu culto de entusiasmo, de vigor, de energía, al dios de las victorias. Has vencido, y los cánticos de triunfo no estarían mal en gargantas de energúmenos.

Es también tu día Primero de Mayo. Tienes tu fiesta y tu icono. Diviértete, pero ríe, ríe, bebe, baila, canta: marcha en correcta y nutrida formación hacia el mañana dichoso. Tus héroes delante; delante tus pendones; llega a las puertas de la sinagoga autoritaria, reza tu anual plegaria, y vuelve a cantar, a danzar, a beber, a reír, a perorar, a divertirte. Tienes tu fiesta y tu icono. Es también tu fiesta el Primero de Mayo.

¿Sabes cómo se llama tu ídolo? Santa Rutina Te Ilumine. ¿Sabes lo que festejas y por qué lo festejas? Que la divina imagen de la esclavitud haga en tu cerebro la claridad de todas las verdades. Marcha, marcha como rebaño, como recua, como piara, tras tus pendones y tus héroes. Al final de la jornada, con la voz ronca, los huesos magullados, turbia la mirada, vacilante el pensamiento por el cansancio, acaso encontrarás yerto el hogar, dormidos tus amores, muertas tus esperanzas, fallidas tus locuras. La mísera realidad de tus miserias acaso barra de tu mente las oleadas de demencia y de poesía del florido Mayo. Has cumplido con tu deber de buen ciudadano, de obrero disciplinado, de fervoroso creyente. Y puedes dormir tranquilo.

Por los siglos de los siglos tu culto rutinario será infecundo. Tus procesiones como tantas otras mojigangas befa de las gentes. Un

pasatiempo, una curiosidad un anacronismo, y nada más. Los unos dicen, los otros escuchan; aquéllos aplauden, éstos sonríen. Puede el jolgorio continuar. Pasados trescientos sesenta y cinco días repetirán la misma pantomima hecha con igual gravedad y aplomo. Por algo alcanzaste la cumbre de la capacidad política, de la educación cívica, del poder social. La domesticidad es el signo clarividente de la civilización.

¿No ves cómo tiemblan de pavor las adineradas gentes? ¿No ves los sobresaltos de los poderosos? En este día dichoso todo se conmueve: Estado, Propiedad, Iglesia, Milicia, Magistratura. Sólo tú eres sereno, magnífico, estamos por decir, mayestático. Eres el dueño del cotarro.

Haces bien en sentirte, en este día famoso, un poco poeta, un poco loco, un poco feliz. Mañana será tarde. Te espera el taller, la fábrica, el surco; te espera un capataz bárbaro, un burgués soez. ¡Quién sabe si darás con tus molidos huesos en la cárcel! De todos modos aprovéchate: la ilusión de la libertad bien vale una juerga.

Pero. amigo mío, si no sabes más, si no quieres más, si nada más haces y pretendes, resígnate a ser esclavo por los siglos de los siglos, que bien te lo habrás merecido. El Primero de Mayo será tu INRI.

(«ACCIÓN LIBERTARIA», núm. 20. Gijón, 28 abril 1911.)

13 DE OCTUBRE DE 19...

No somos devotos de las efemérides ni adoramos a los hombres, vivos o muertos.

Los sucesos y los hombres pasan; las ideas quedan. Mirar al pasado, vivir de recuerdos, plañir por lo perdido es detenerse en el camino y sumirse en la inacción. Mirar hacia el porvenir y correr sin tregua tras él, es de hombres de acción y de pensamiento, reñidos con el nirvana contemplativo.

Todos los días son buenos para tener presentes los asesinatos y las infamias gubernamentales, los latrocinios y las torturas del capitalismo. Cada minuto que pasa, se marca en el tiempo que corre con un hecho vandálico, con un dolor infinito de la multitud sufriente. Los mártires ignorados son a millones. Las angustias que matan, incontables son. En toda la redondez de la tierra, gime la humanidad en la esclavitud y en la miseria. Estériles parecen los sacrificios. Infructuosas las propagandas. Inútiles las luchas. Millones de hombres arrastran, fatigados, macilentos, la pesada cadena de la existencia. No hay dolor como el suyo. Todo lirismo seria pálido reflejo del sufrimiento universal. Y el corazón, que palpita acelerado, quiere romper las paredes

frágiles en que se agita.

Callemos las vibraciones fulgurantes de los más bellos sentimientos. No se nos diga pietistas vencidos a las dulzuras del llanto refrigerante. No se nos crea invadidos del sopor cristiano que anonada y humilla.

Hablemos como hombres de nuestro tiempo, más con la cabeza que con el corazón. El sentimentalismo no ha borrado en siglos el menor rastro del dolor humano. El dolor humano perdura, y acaso se acrecienta y se agiganta. La civilización es la borrachera del dolor. Romper el encanto de los convencionalismos plañideros, triturar las causas que engendran el sufrimiento, aniquilar el mal por todos los medios al alcance del hombre fuerte, requiere esgrima de inteligencia y de energía, hechos y no palabras, ansias y no recuerdos, anatemas y no gemidos. Hay que ahogar la compasión, el amor, la, piedad, hay que ser duros, que diría el filósofo poeta.

¡No hay dolor más grande que ahogar el dolor mismo!

¿Adónde nos conduce la vesania del capitalismo y del gubernamentalismo triunfantes, ensoberbecidos, sanguinarios y bárbaramente crueles?

Una fecha llega; un cobarde asesinato se consuma: la multitud de todas las naciones clama; el tiempo pasa.

¿Remember? ¡No! Cada día cae más de una víctima; caen a millares. Cada día se asesina en masa a la muchedumbre hambrienta. Cada día se encarcela, se deporta, se persigue. Los luchadores por el ideal son acorralados como fieras. ¡Basta!

Miremos hacia el porvenir. Y si atrás volvemos la vista, no olvidemos que en un rincón del mundo hay una losa de piedra, sin una flor sin un recuerdo, y bajo ella una voz de ultratumba que grita: “¡Germinal!” Es la voz a cuyo conjuro cambió la faz de España y tembló el mundo.

Todos los días 13 de octubre de 19... Todos los días soportamos pacientes el sufrimiento, la miseria, la esclavitud.

¡Seamos libres!

(“EL LIBERTARIO”, núm. 10. Gijón. 12 octubre 1912.)

MÁS ALLÁ DEL IDEAL

No pensemos como viejos creyentes
que lloran ante el ídolo que se derrumba

Creer, luchar, aferrarse al culto muerto; todos los creyentes hacen lo mismo. No importa que el ídolo sea de barro, de bronce o de carne. No importa que ande diluido en la nebulosa mental o en el torbellino de la pasión. Por el ideal, vivo primero, muerto después, se cumple la ley inhumana del sacrificio. Viene del Jehová bíblico, del Cristo evangélico. Dondequiera hay un libro santo que en cualquier lengua pregona la virtud del holocausto. Hay que prosternarse ante algo. Cae de rodillas el místico, rinde su vida el fanático; y, por inversión de términos el revolucionario divaga la locura milagrera de las maravillosas transformaciones.

No les arranquéis su ilusión, su querida ilusión. Se defenderán como leones, os desgarrarán como panteras, rugirán como hienas. No hay animal más fiero que el creyente.

¿Declararse equivocado, enmendar el rumbo, abrirse a la luz de la verdad que brota, de pronto, del arcano? ¡Imposible! Luchando consigo mismo, el hombre del ideal persistirá tercamente en el yerro, se obstinará en la aberración, luchará porfiado contra el torrente que quiere arrastrarlo. La fe, la inquebrantable fe, estará en guardia siempre. Y ya se llame religiosa, ya política, ya filosófica y social, impugnará todas las demasías del pensamiento, encerrándose en su fanático, inconmovible dogmatismo.

Cambian los hombres, las figuras, las representaciones, los cultos; cambian los artificios de lógica, las construcciones mentales: cambian el léxico y la retórica. Una cosa sola permanece inalterable: el mito.

Como viejos creyentes, lloramos ante el ídolo que se derrumba y, si no podemos reconstruirlo, creamos uno nuevo. Es preciso estar siempre de rodillas delante de alguna cosa.

He ahí por qué a través de todas las transformaciones ideológicas el ideal permanece irreductiblemente idéntico a sí mismo. Aun en las mayores alturas, el ariete demoledor no se diferencia gran cosa del cachivache que inciensa a los dioses y encumbra a los señores de la tierra. Son distintos instrumentos de diferentes cultos.

Parece como si se hubiera petrificado en el alma de los hombres el hábito de la adoración; en su cerebro, la idea de lo maravilloso; en su carne y en sus huesos, la funesta tendencia al servilismo.

En vano será que claméis por la independencia del espíritu. Los más libres se agarrarán desesperadamente al clavo ardiendo de su idea hecha.

No podrían vivir sin el amo de órganos articulados o sin el amo de trabazón ideológica. Es menester sentirse dirigido por algo y para algo. Estamos hechos para la esclavitud. El látigo es también un icono.

El batallar de los siglos nos ha traído a tiempos en que el idealismo dogmático va a estrellarse contra las rocas del espíritu libre Más allá del ideal, hay siempre verdad, hay siempre justicia, hay siempre razón. Nadie osaría demostrar que el desenvolvimiento de las ideas tiene barreras

infranqueables. El límite es absurdo, es imposible. No pongáis muros al pensamiento. El mismo pensamiento los derribará como a frágil fábrica de cascote. Abrid vuestro entendimiento a los más atrevidos análisis, rendíos a todas las verdades que vayan surgiendo; no os petrifiquéis en el quietismo de una concepción bella, por amplia y grande que os parezca. Conviene tener el espíritu dispuesto a todas las transformaciones. Más allá del ideal hay siempre ideal.

No hablamos sólo para los creyentes incurables del pasado. Hablamos más bien para los creyentes de la revolución, del porvenir dichoso, de la felicidad venidera. Hablamos para los soñadores que, creyendo demoler reconstruyen; que juzgándose revolucionarios, son la persistente dogmática, ciega, de las viejas aberraciones.

En todas partes parece que surgen gentes nuevas, nuevas legiones de bravos luchadores por cosas novísimas. Desconfiad. Traen a cuestas los fanatismos hereditarios. Tal vez avanzan iluminados por el espíritu de secta. Acaso los guía la visión lejana de una nueva edad. Encended, por si acaso, todas las luces. Y vosotros mismos, desnudos ante la multitud para que os vea limpios de idolatrías y de servilismos.

Todo el que se considere al término de su viaje es hombre perdido para la revolución. Perecerá adorando su ídolo o llorando su acabamiento. Será como todos los viejos creyentes.

Más allá del ideal, hay siempre ideal.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 22, Gijón 11 enero 1913.)

COSAS MUERTAS

Todos los cultos declinan. A pesar de la propensión humana a postrarse ante algo; a pesar de la fe transmitida de generación en generación durante siglos, se agostan las creencias, vacilan las ideas, fenecen los ritos. Los más antiguos dogmas flaquean en la conciencia humana. La fe está muerta aún para los recalcitrantes.

Si por inclinación hereditaria forjamos nuevos ídolos y nos arrodillamos ente ellos bien pronto el culto decae y, al fin perece.

La neofilia política inventó también sus mojigangas rituales. La neofilia

social, sus efemérides, sus santos queridos, su culto místico. La revolución, sus fetiches relampagueantes. Sin luminarias, colorines y trapajos no hay, para el hombre, fe posible ni entusiasmo aceptable.

Pero a la hora presente sólo queda la rutina de todos los cultos. Viven éstos vida lánguida y monótona, vida automática, fiel a la costumbre. Se va a misa de la misma manera que se acude al paseo para dar vueltas a la noria durante un par de horas. Se acude al mitin conmemorativo del mismo modo que se va al cine o al teatro. Se concurre a la ceremonia religiosa, política o social, como quien cumple una función penosa para fastidiarse y aburrirse por hábito. No hay fe, no hay entusiasmo, no hay convicción. Podrían contarse los petrificados en la adoración de las cosas muertas.

Los mismos escritores emborronan sus cuartillas en fechas determinadas por rutina. No habiendo a mano nada nuevo que decir, zurcen unas cuantas vulgaridades para salir del paso. Los oradores repiten los mismos lugares comunes sin arte ni entusiasmo. Y los lectores o los oyentes bostezan atrozmente, hastiados de la ramplonería culterana que no acierta a galvanizar el cadáver de la idolatría.

Por rutina, el 11 de febrero hay todavía mítines y banquetes. Por rutina el 18 de marzo se escriben unos pocos artículos y se pronuncian unos cuantos discursos para recordar a los heroicos comunalistas de París. Por rutina, los periódicos editan números extraordinarios para conmemorar fechas o acontecimientos. Por rutina, los rezagados de todos los ideologismos continúan adorando en sus queridos iconos y en sus gloriosas efemérides. El culto no tiene otros mantenedores que las momias en dos pies de todas las creencias.

La muchedumbre, inteligente o ignara, que camina hacia el porvenir, se aleja poco a poco de esas adoraciones. Los hombres de pensamiento y de corazón, los revolucionarios conscientes de su obra, las repudian y condenan abiertamente. Los sacerdotes de la religión teológica y de la religión filosófica; los sacerdotes del mito político y del mito social se quedan solos. Son como el cura de la novela de Zola diciendo la última misa en la última iglesia.

Inútil esforzarse en apuntalar la torre secular que se viene al suelo. Locura, ponerse delante de la ola de escepticismo general que arrolla y destruye a su paso los cachivaches de la fe. Son cosas muertas en la conciencia humana. No se cree, no se adora, no se idolatra. El pensamiento se yergue poderoso sobre todas las fragilidades de la sensiblería mística, así se escude tras las idealidades renovadoras. La revolución pudo tener, tuvo sus monigotes canonizados, sus fechas santas, su culto y su rito. El entusiasmo neófito la saturaba de misticismos y de idolatrías. La razón madura la quiere iconoclasta, irreverente, escéptica. Y así, en nuestros días, muere no sólo la fe arcaica, sino también la fe novísima de los nuevos idealismos.

Quédese para los fósiles revolucionarios el pueril entretenimiento de los banquetes y de los mítines conmemorativos. Las falanges de la revolución tienen algo mejor que hacer. No están por gastar su tiempo en vestirse de arlequín y ensayar pasos de baile. Es demasiado ruda la revolución proletaria, para distraerse con las filigranas deslumbradoras de un aristocratismo muerto, de puro corte burgués.

La revolución obrera quiere sustancias, cosas vivas; no cosas muertas.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 28. Gijón, 22 febrero 1913.)

MORAL PESANTEZ DE LA INMORALIDAD

Cogiéndome del brazo, me decía un buen amigo, ni revolucionario ni obrero, mas clarividente e ingenioso de suyo.

-- Amigo mío: La inmoralidad es una cosa muy pesada. Y viene siempre de arriba abajo; obedece a la ley de la gravedad. Si entra usted en una oficina pública y observa que cada empleado se tumba a la bartola, si llega usted a saber que cada quisque roba lo que puede, dirija usted la mirada hacia arriba, a la jefatura, que de allí vendrá todo. Cuando el jefe es negligente o dispone de material o de los intereses cuya administración y custodia le está encomendada, los subalternos, viéndose en tal espejo, arramblan también con lo que pueden y hacen lo menos posible. Si el jefe es grosero, los subalternos serán groserísimos; si el jefe es tumbón, tumbones superlativamente serán los empleados. La inmoralidad es como la piedra que cae. La velocidad se acelera uniformemente, y cuanto mayor es el espacio recorrido, más grande es la velocidad final. Hasta el centro de la tierra llegaría, si la costra terrestre no lo impidiera. Así ocurre con los hombres. El último mono, que es el que suele cargar con todas las culpas, recibe el golpetazo de la inmoralidad en su máximo desarrollo.

Me quedé mirándole un si es o no es asombrado de su clara percepción de un fenómeno social en que diariamente andamos metidos.

Lo que ocurre en la oficina pública, sucede en todas partes. La casa de comercio, el taller, la fábrica, siguen la misma ley de gravitación inmoral que mi amigo señalaba. Hasta donde la influencia deletérea de la rutina política y administrativa parece excluida, la ley se cumple. Agrupaciones sociales, sociedades artísticas o de recreo, empresas periodísticas, etc., etc., todo está sometido a la pesantez de la inmoralidad. Si arriba se distrae lo ajeno, abajo se olvida todo compromiso. El ejemplo es más poderoso que la preceptiva. Siempre los hechos son más contundentes que las predicaciones, más

eficaces que las palabras.

Es muy singular que allí donde mayores sean los alardes de honorabilidad, más grande es la desmoralización. De arriba vienen los elocuentes discursos repletos de profundas palabras; las sentencias graves fulgurantes de rigorismo ético; los reglamentos y leyes y códigos henchidos de sabias máximas, de imperiosos mandamientos a la conciencia pública. ¿Y hay nada más atrozmente inmoral que todo lo que arriba bulle? Cada respetable personaje suele ser un bribonzuelo lleno de máculas; cada sesudo moralista, un granuja redomado que no hay por donde cogerlo. Podría decirse que quien más vocea la moral es quien más la encanalla.

No es preciso aducir ejemplos. El lector conoce siempre más casos que los que pueda citar el escritor. La vida ordinaria es un arsenal de concupiscencias. No hablemos de la administración pública. No hablemos de las grandes empresas mercantiles e industriales. No hablemos de nada, que todo es de ruindad insuperable. En cada hijo de vecino no hay, no puede haber más que un tunante más o menos revestido de persona decente.

¿Y cómo no? La vida social está organizada para eso, orientada en esa dirección precisamente. Tiene algo de emboscada, algo de asalto. Caminante que se descuida, cae victima de cien bandidos que le acechan. El que quiere permanecer honrado sucumbe en la miseria. Es forzoso seguir la línea de menor resistencia, acomodándose al medio, es decir, degradándose, robando, matando, si es preciso.

¿Exageración? Nada de eso. Las formas suaves, los subterfugios, las zancadillas habituales ocultan apenas la realidad abrumadora del bandidaje legalizado. Llegamos a creer muy honorable y muy justo incurrir en las más grandes inmoralidades porque las leyes y las costumbres han sancionado todas las vilezas. Pero en el fondo, si nos detenemos un momento a examinarnos por dentro, estamos podridos de inmoralidad. Somos capaces de arrastrarnos por el lodo, de envilecernos en el pillaje, de manchar nuestras pulcras manos con la sangre del vecino. Todo para llegar, para vencer y después... para morir como cochinos.

MI amigo, ni revolucionario ni obrero, se exaltaba. Me desprendí de su brazo y le dije:

- Habla usted como un anarquista. Cuidado con la cárcel.

Y me replicó tomando mi brazo otra vez:

- Pues no me importa ir del brazo de un anarquista. El anarquista es poco.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 7. Gijón, septiembre 1912.)

MORAL DE OCASIÓN

No diremos ninguna novedad si afirmamos que nuestras nociones morales están muy lejos de responder a las exigencias de la naturaleza y de la justicia.

Con la naturaleza riñen abiertamente apenas se esboza el problema de las necesidades fisiológicas, tales como la alimentación y la reproducción. Con la justicia, tan pronto irrumpe el antagonismo de los intereses.

Por harto sabido, no es necesario repetir que se llama ladrón al que se apodera de algo que necesita y hombre honrado al que diariamente sustrae a los demás hombres que para él trabajan una parte considerable del valor de su trabajo; no repetiremos la vulgar consideración que reputa barragana a la mujer que libremente se entrega al amor de sus amores y respetable señora a la que toma en arriendo un nombre que sirva de tapadera a sus devaneos. Olvidado tiene todo el mundo que vivimos por completo a merced de una moral acomodaticia o de ocasión.

Mas profundizando un poco en la materia, se observará que los falsos valores de la moral corriente llegan a alterar hasta la condición misma de los individuos, mixtificando sus juicios y sus sentimientos. Dase frecuentemente la paradoja de que estimamos de diferente manera hechos absolutamente idénticos. Lo que tenemos por heroicidad en unos casos, lo llamamos otros crueldad, salvajismo, barbarie. Un hombre de ciertas condiciones es un monstruo o es un héroe, no según la naturaleza de sus actos, sino según las circunstancias concomitantes de los mismos. Santo o demonio es cualquier individuo excepcionalmente dotado, no según su conducta, sino según las preferencias ideológicas que le animan. En todo momento aplicamos distintos pesos y distintas medidas y, por contra, nos quedamos tan satisfechos y tan ufanos de nuestra incomparable moral.

Ni aun en los momentos de las grandes crisis sentimentales queremos rendirnos confesando la antinomia irreductible en que vivimos. No hay voluntad bastante para revisar nuestros juicios y reconocer el vicio de origen que nos conduce a falsear las más elementales nociones de equidad. A lo sumo, nos asombramos de que un hombre a quien teníamos por honrado, valeroso, buen ciudadano, etc., caiga de pronto en el abismo del crimen o en la depravación del vicio.

Y, sin embargo, casi nunca hay contradicción en el caído. La contradicción está en nosotros. La contradicción está en nosotros porque lo que en una ocasión consideramos como valor heroico, lo juzgamos en otra como ferocidad inconcebible. Bajo la influencia de las ideas metafísicas de patria, de honor, de caballerosidad, etc., etc., o de fe religiosa, de abnegación política, de civismo ciudadano, todos nuestros principios morales se

trasmutan. La medida es absolutamente distinta de la que aplicamos en la vida ordinaria.

Hay estatuas levantadas a hombres cuyo mérito principal ha consistido en ser azotes de la humanidad. Si estos mismos hombres hubieran aplicado sus instintos feroces en la vida corriente y moliente, habrían sido de seguro llevados a la picota y colgados de un palo. Esencialmente no existe diferencia entre uno y otro orden de hechos. Cada cual da de sí lo que lleva dentro según las circunstancias y el medio en que se encuentra. Aquello que está inscrito en nuestro organismo por la herencia, la tradición y la educación, no se borra por el solo hecho de nacer y vivir en una u otra esfera social. Lo que hace es acomodarse a nuestra moral de ocasión y nada más.

¿Cómo no nos damos cuenta de que ciertos hechos criminales, ciertas conductas depravadas, son en el fondo, traducción fiel, en otro medio distinto, de inclinaciones gravadas en un organismo defectuoso, cuyas heroicidades hubiéramos aplaudido y orlado de flores en diferentes circunstancias?

La educación en los falsos valores morales, desarrollando los instintos feroces, las inclinaciones guerreras, los egotismos brutales, las ambiciones y las envidias mortificantes, es la que favorece la formación de esos monstruos que de tanto en tanto anonadan a la humanidad.

No nos parecen bastante repugnantes ciertos hechos hasta que dan todos sus espantosos frutos. A cada momento y a cada instante pasamos sin inquietarnos al lado de los vicios más repulsivos, de los delitos más odiosos. Les aplicamos la moral de ocasión sin que nuestra conciencia nos acuse de la más ligera complicidad. Somos, sin embargo, amparadores y factores de vicio y de delito cuando no viciosos y delincuentes. Nuestro asombro en las grandes crisis, es nuestra acusación.

Habremos de revisar todos nuestros valores morales, todos nuestros falsos valores morales, para no quedarnos mudos de terror ante la fiera humana que nosotros mismos hemos modelado. Del fondo mismo de la vida social arranca la barbarie civilizada. De la entraña misma de nuestra organización pública nace la iniquidad, la lucha brutal, la despiadada crueldad que nos deshonra y nos envilece. Una moral sincera que hiciera hombres buenos acabaría con el monstruo humano. Pero esta moral deseada es imposible en un mundo de castas, de privilegios y de irritantes desigualdades. Esta anhelada moral será la obra de un porvenir en que sólo soñamos unos cuantos utopistas. Y el sueño se convertirá un día en realidad o la especie humana habrá desaparecido en el abismo de todas las bestialidades.

(“ACCION LIBERTARA”, núm. 4. Madrid, 13 junio 1913)

PRIMOS Y VIVOS

Un camarada del otro lado del Océano me plantea una serie de cuestiones que darían bastante de sí para escribir un volumen.

No caeré en la tentación de hacerlo, por la sencilla razón de que me falta tiempo y mimbres. Pero sí quiero complacerle, y este artículo se lo dedico por entero. De soslayo y muy someramente procuraré abordar aquí algunas de sus proposiciones.

* * *

Es lugar común, harto conocido, que en la vida social quien bien se conduce, hace, generalmente, el primo. El éxito, por el contrario, eleva a los vivos. Los vivos son los fuertes, los sabios, los buenos. El resto, pura morralla.

Esta común experiencia se da, no solamente en el próspero reino de la burguesía sino también en los míseros ranchos del proletariado. El hecho se repite, así en el seno de los partidos como en el de las escuelas sociales, así en las agrupaciones capitalistas como en las sociedades obreras.

Quienquiera que no viva de ilusiones observará que, pasados los tiempos del entusiasmo neófito, se han colado en el campo social multitud de vivos que ordeñan la ubre obrera maravillosamente. Donde ellos no sacan tajada, ni Dios la saca, valga lo vulgar de la frase. Más obreristas, más socialistas, más sindicalistas, más anarquistas que ellos, no hay nadie. Y lo peor que se dan trazas para hacerse pasar por los mejores y los más sinceros. Los borrones de su historia se esfuman por arte de magia. Hay una esponja bienhechora do todos los granujas.

Para estos exaltados revolucionarios son los aplausos, los éxitos y las pesetas. Los bonachones se quedan boquiabiertos ante la elocuencia abrumadora y la irreductible rebeldía de estos vivos que se tienen por eminencias, naturalmente a la modesta medida del proletariado militante.

Mientras tanto, los que silenciosamente laboran, los que rinden continuo tributo a la abnegación callada, los que dicen y hacen lo que buenamente pueden, éstos, más que el primo, hacen el bobo si no les ocurre algo peor, y es verse maltratados y zaheridos por los súpers, que mejor que nadie saben ser libres y rebeldes.

No es raro que los unos, los vivos, acaben en confidentes o policías; concluyan por vender su pluma o su palabra al primer gañán burgués que les brinda una prebenda. Es frecuente que los otros, los primos, terminen en el desaliento y se vayan a rumiar su descontento, o en la paz del hogar o en el letargo de la taberna.

Estos no volverán más. Aquéllos pueden volver siempre, sobre todo sI hay algo que chupar.

¡Desconfiad, amigos, de los viles falsificadores!

Un hombre de partido, aunque sea anarquista, puede tener defectos y vicios. Cualquiera, proletario o burgués, comerciante o industrial, explotador o explotado, puede ser socIalista o anarquista. Poner su conducta al compás de sus ideas, no pasará de ser un buen deseo. Para el obrero, porque la explotación le esclaviza y la autoridad le oprime. Para el burgués, porque su negación o su posición le colocan en la imposibilidad de practicar sus ideas, por altruistas que sean.

En el campo fecundo de la idealidad todo es posible. Mentalmente podemos considerarnos tan anarquistas, tan libres tan iguales como queramos. En el terreno de la realidad actual estamos constreñidos a esclavizar o a ser esclavizados.

Precisamente por eso luchamos. El salto de la realidad a la idealidad, se llama revolución.

No hablemos de virtudes y de vicios. Probablemente no hay por donde cogernos. Entren todos y salga el que pueda.

Pero lo que no ha de consentirse es que las ideas sirvan de manto que encubra lacras individuales. Y desgraciadamente de esto hay gran abundancia.

La escuela de los vivos enseña que la anarquía es orgiástica y desenfrenada. Todas las debilidades, todas las repugnancias, todas las depravaciones humanas tienen un determinismo que razona la ciencia; tienen otro determinismo que mascullan los rufianes del ideal, los granujas que viven de inconsecuencias y de alardes, de bajezas y de desplantes.

El hombre de ideas, si tiene vicios, ha de tener asImismo el valor de confesarlos sin arrojar sobre su caro ideal la mancha ideal propia. No podemos ser ángeles; no es necesario que lo seamos. Mas siendo sencillamente hombres, no confundiremos las realidades bajunas del presente con los generosos ensueños del futuro.

Aspirar a la libertad y a la justicia es digno de las almas nobles y dignifica a las pobres almas torturadas por la podredumbre atávica.

Observo que me he lanzado a moralizar en dómine. Perdonad, amigos.

Tengo también mis horas nietzscheanas.

Todas las virtudes son embusteras. Mienten bondades los cobardes, como mienten arrestos los cínicos. Hay viciosos heroicos y virtuosos canallas. La basura innominada que no es carne ni pescado, me apesta. Prefiero la sinceridad brutal del que no anda con tapujos. Los cómicos son la peor ralea de la humanidad. ¡Y son tantos los cómicos entre nosotros!

Vale la pena de estar siempre en, guardia.

Aunque esto es muy trabajoso y preferiría que siguiéramos nuestro

camino sacudiéndonos las moscas que tanto nos molestan.

Creedme: se impone una campaña de saneamiento.

Son demasiados los vivos en nuestro campo y es ya hora de que no hagamos el primo.

Bien vale el ideal este primer esfuerzo de emancipación.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 8. Madrid, 11 julio 1913.)

SINCERIDAD

Es un espectáculo triste el de nuestros días. La mentira pública y privada corroe las entrañas de la sociedad. El vicio gana a los hombres y a las mujeres, a los ancianos y a los niños. La vanidad desvanece al cerebro. Hipócritas y fatuos, embusteros y degradados, corremos tras miserables fines de pasajero goce.

Invadidos por la epidemia del escepticismo más repugnante pisoteamos la conciencia, despreciamos la personalidad. Todo es igual si cuidadosos aparentamos cualidades que ni nosotros mismos ni nadie nos reconoce.

Hemos firmado un compromiso con las apariencias rindiéndonos a la maldad. Nuestra educación, política, nuestra educación social, nuestra mentalidad, nuestra efectividad, todo, absolutamente todo, descansa en ese compromiso.

No es esto pesimismo de escuela ni pesimismo de tendencia orgánica. Es la expresión, de la realidad que se impone por doquier. Contemplamos a un hombre cualquiera, sean las que fueren sus ideas y sus sentimientos y de pronto salta la mentira, salta el fingimiento, salta la vanidad. Los escépticos declarados se confiesan o se excusan. Quien se excusa se acusa, leí no sé dónde. Los que tienen o parecen tener ideas, aspiraciones, velan lo mejor posible su propia insania. Provocadlos, y os enseñarán más mentiras que verdades, más vanidad que ciencia propia, más hipocresía. La línea recta es el egoísmo estrecho de las más diversas concupiscencias. No faltan los que cínicamente ostentan la perversidad de la moderna vida social.

Estamos en plena crisis de todo un mundo que amenaza próxima ruina. Desgraciados los resortes de la vida moral, del idealismo trascendental, de la política rancia; pero el mundo se entrega a las más bajas pasiones. La ambición se desborda; ambición mezquina, pobre, deleznable. El egoísmo cristaliza; egoísmo raquítico, anémico. Todas las cualidades nobles de la personalidad bailan una danza macabra y se prosternan en el altar de la concupiscencia. Se ponen las ideas, los sentimientos, al servicio de la pasión. Es menester «arrastrarse para subir, como hacen las orugas, a lo largo de

una estaca.» «En vano (Dumont) un hombre reflexivo y sensato querrá permanecer inmóvil en su condición, hacer consistir su lujo en su independencia y gozar descanso y reposo: no se le dejará tranquilo. El desinterés, la vida simple y con severidad independiente, son artículos pasados ya de moda y objeto de un desdén general.»

Se miente religiosidad, se miente amor al prójimo, se miente abnegación, se miente sinceridad. La cucaña tentadora, la cucaña política, la cucaña de la riqueza, la cucaña del renombre, la cucaña del aplauso: he ahí todo. Hay que trepar aunque sea arrastrándose como los insectos más repugnantes.

Trepad, pues, hombres del día. Trepad los que aspiráis a gobernar, los que queréis dirigir, los que soñáis con brillos de efímero deslumbre; trepad los ambiciosos, los glotones de la riqueza; trepad los que os creéis elegidos, predestinados a una hegemonía literaria, política, científica o social; trepad todos a porfía, que la masa estulta os ayudará placentera, creyendo o aparentando creer en vuestras promesas de gloria o de bienestar o de grandeza; en vuestros mentidos servicios; en vuestra necia superioridad.

Que mientras trepáis no faltarán voces que clamen desde acá abajo por una vida sencilla, honesta, sincera, que vendrá al derrumbarse el mundo que agoniza, que surgirá del estrépito de todas las cucañas al venirse al suelo.

La fuerza de los que cifran su orgullo en su independencia, en su sinceridad, en su sencillez es la fuerza de un mundo que se adelanta a los tiempos, que viene a todo correr para sanear la atmósfera, el ambiente social y purificar la conciencia de los individuos dotándolos del heroísmo de la verdad, del valor de ser ellos mismos, netamente ellos, sin doblez, sin fingimiento, sin hipocresía. Esta fuerza pretende que los ciudadanos no vivan del común engaño, que cada uno se confiese tal cual es, bondadoso o indiferente, egoísta o desinteresado, blanco o rojo, sabio o necio; que cada uno pueda estrechar la mano del otro sabiendo que es la mano del adversario o del amigo, la mano del héroe o la mano del sabio, la mano del necio o del egoísta. Cada hombre vale tanto más cuanto más francamente se muestra tal cual es. Necesitamos tener el valor de nuestra propia personalidad.

Mostrémonos como somos. Si abrigamos una ambición personal, no nos finjamos redentores del prójimo; si corremos tras la riqueza, no aparentemos una piedad que no se siente, una religiosidad que no pasa de los labios. Tengamos el valor de ser nosotros mismos.

Y cuando tengamos este valor habremos vuelto a la vida honesta y sencilla, a la verdad simple y neta. No hay mayor gloria que la tranquilidad de ser probo, leal, franco, y noblemente desinteresado. Volvamos, sí, a las costumbres modestas, a las costumbres de independencia, de sencillez, de honestidad.

El ambiente de mentiras, de ambiciones, de vanidades, de concupiscencias, corroe las entrañas de la sociedad y corroe nuestras propias entrañas. Estamos en plena peste de embustes, de fatuidades, soberbiamente engreídos de nuestra maldad.

Llamemos a todas las puertas, forcémoslas, si es preciso: que nuestra personalidad se ofrezca a la contemplación pública como entre cristales diáfanos.

Que de todos lados partan voces haciendo un llamamiento vigoroso a la sencillez, a la independencia y a la honestidad. Cifremos en ello nuestro orgullo. Es menester ser sinceros hasta el heroísmo.

Las pestes se vencen a fuerza de higiene. La higiene social tiene un nombre: verdad.

La verdad será el gran reactivo que nos devuelva al dominio de nosotros mismos.

Digamos, impongamos la verdad tercamente, sin arredrarnos por nada, hasta con los puños, si es necesario. Que la verdad sea el cauterio implacable de todas las llagas que nos apestan, asfixiándonos en una atmósfera de muerte.

La verdad nos emancipará.

(“ACCION LIBERTARIA”. núm. 22. Madrid, 17 octubre 1913)

TEMAS SOCIOLÓGICOS

LA HIPÉRBOLE INTELECTUALISTA

OBREROS INTELECTUALES Y OBREROS MANUALES

Es moda lamentable la de distinguir con vocablos fuera de uso y también de todo sentido real, ciertas ocupaciones o determinadas preferencias personales. Está en boga actualmente la palabra intelectual aplicada a literatos, publicistas, hombres de estudio, etc. Tan bien ha sentado a los favorecidos aquel dictado, que hasta periodistas de la más modesta condición, hombres que se precian de demócratas, de socialistas y aun de anarquistas se llaman a si mismos o se dejan llamar, con no disimulada complacencia, intelectuales. Piénsenlo o no, establecen de este modo novísima e injustificada diferencia social; crean una nueva casta, modernizando el detestable pasado; propenden a instituir nueva idolatría en estos tiempos de fermento igualitario, de costumbres democráticas, de total derrumbamiento de todos los altares.

Aparte la falta de sentido y hasta la incorrección de la palabra, ¿a titulo de qué ha de ser distinguido cualquier hombre por consagrarse a trabajos más o menos dependientes del ejercicio de las facultades mentales? ¿No es, por el contrario, el trabajo una gradación insensible de lo menos cerebral a lo más cerebral, sin que en ningún caso quede del todo excluida cualquiera de las dos formas de la actividad? La aristocracia del talento parece asomar tras ese vocablo altisonante que debieran aborrecer todos los hombres de verdadero mérito.

El individuo que no hiciera más que pensar, sentir, sumirse en la contemplación de la belleza o en los arcanos de la ciencia, sería poco menos que inútil a la sociedad en que viviera. Sería un fenómeno, un aborto, y no tendría, en verdad, de qué envanecerse. Inteligencia pura, como si dijéramos, espíritu puro; cerebro sin músculos y órganos que lo sustenten, sin nervios y sin materia que le dé plasticidad y vida: he ahí tal vez la soberbia idea que de sí mismos se forjan aquéllos a quienes place el dictado de intelectuales. Y, sin embargo, ellos saben bien que un hombre, no en esas condiciones, sino simplemente en las del ejercicio cerebral excesivo, no puede ser más que un desequilibrado, un enfermo, y que sólo por raro caso brotan los genios, los sabios, los artistas, los que llegan a las cumbres más elevadas del pensamiento y de la belleza. Saben bien que no hay trabajo exclusivamente intelectual como no lo hay exclusivamente material: que, más o menos, escritores, artistas y sabios trabajan manualmente con la pluma, con la paleta, con el buril, con el instrumento de investigación, con la herramienta de operaciones.

¿No es en realidad petulancia de mal gusto esta exageración del intelectualismo, y perdóneseme la palabra?

En el fondo de la cuestión alienta profundo desprecio por el trabajo eminentemente útil. No son ciertos pretendidos obreros intelectuales de la madera de aquéllos que entonan himnos gloriosísimos a la industria del

hombre; no son de la cepa de los que escriben «Germinal» y «Trabajo»; no son de los que desde la altura de un Fourier tienden la mano amiga al desdichado pocero para mostrarlo a la sociedad como uno de sus miembros más útiles.

Se quiere la distinción bien marcada entre la semi-holganza de una parte de las clases directoras (literatos, artistas, etc.) y la durísima labor diaria de la multitud. Y como si para labrar una piedra, echar unas medias suelas o forjar una pieza cualquiera de hierro no fuera necesario aguzar el entendimiento, pensar y discurrir y hasta sentir la parte bella de la obra, trázase fuerte divisoria entre los llamados obreros manuales y los pretendidos obreros de la inteligencia.

Si se nos observa que el llamado obrero manual apenas perfecciona sus obras y se nos habla del automatismo de sus funciones productoras, recordaremos que es la ley de la concurrencia en que vivimos la que le obliga a producir mecánicamente atendiendo más a la cantidad que a la calidad. Y recordaremos también que en las tareas del escritor y del artista no falta, sino que entra, por mucho, ese mismo automatismo que, a ser sinceros, confesarían los más de los intelectuales.

Asalariados siempre aquéllos, asalariados muchas veces éstos, tienen ambos en realidad comunes intereses; necesidades, si no iguales, análogas. Los sentimientos y las ideas los dividen, que no la naturaleza de sus ocupaciones.

Cierto que el pueblo tiene ojeriza de los *señoritos*, que el obrero del taller y el obrero del campo odian al obrero de mostrador o de escritorio, odian colectivamente a los que se llaman clases acomodadas. Mas ¿no desprecian éstos a aquéllos? ¿No hay entre dichas clases acomodadas, sean o no *intelectuales,* desdén arraigadísimo para la blusa, para el trabajo? Desde el más humilde especiero, desde el más almibarado hortera, hasta el más conspicuo burgués, todos sienten menosprecio, no disimulado, por el pobre jornalero. Los mismos que hacen la corte, desde las columnas del periódico o las páginas del libro a las clases trabajadoras, ¿no participan en su mayoría de tal desdén? Es menester hablar el lenguaje de la sinceridad. ¡Cuántos se sentirían molestos, casi deshonrados, si en la vida pública les detuviera uno de esos desharrapados a quienes dicen defender!

Entre el odio y el desprecio preferimos el odio, lo preferirá toda persona de mediano sentido. El odio es un sentimiento de igual a igual; el desprecio, un sentimiento de superior a inferior. El odio enciende el odio, la represalia; el desprecio humilla, confunde, anonada.

Todo ello tiene explicación en el antagonismo de los intereses. No somos solidarios en el convivir; menos lo somos en el trabajo y en los goces de los frutos del trabajo. Por otra parte, la mayoría de las gentes ilustradas sigue

considerando el trabajo como una maldición, como una mancha. Y no son los denominados intelectuales los que menos participan de esta detestable opinión, aun cuando no lo confiesen.

Mas, a pesar de todo, los sentimientos e ideas populares, no cabe negarlo, van francamente hacia la fusión de las clases. Prescindiendo de la influencia del socialismo y de la de sus propagandistas, el pueblo en general tiende a borrar toda distinción y aspira a la igualdad por la elevación de las condiciones y el desarrollo de la inteligencia. Lo que queda contrario a esta tendencia, ya lo hemos dicho, es fruto de la oposición de los intereses.

¿Puede decirse lo mismo de los sentimientos e ideas de los intelectuales?

Creemos que no. Lo prueba su mismo afán por nuevas distinciones. Cualquiera que sea su profesión de fe, arcaica o progresiva, no ven en el pueblo sino al inferior a quien tienen el derecho de dirigir. Teóricamente afirmarán los mayores atrevimientos, pero revelarán a seguido que no se sienten ni se piensan iguales ni aun al culto obrero que sabe algo más que el mecanismo de su arte o industria. Pocos serían capaces de la exclamación de Proudhon cuando su editor se disculpaba por haberle confundido con un deshollinador: « ¡También yo soy hombre de oficio!»

De estas consideraciones generales no se deduce, por cierto, que no haya hombres de inteligencia, artistas de valía que se sientan, iguales a los demás hombres y pongan al servicio del pueblo sus talentos. Pero no se pagan de hiperbólicos dictados ni persiguen el éxito ruidoso o sienten el aguijón de conquistar renombre y trepar a las más altas posiciones. Son más modestos, precisamente porque valen más.

Si examinamos la actitud de los intelectuales con relación a los obreros militantes del socialismo y del anarquismo, veremos que la divergencia se hace más profunda.

Pretenden aquéllos que los trabajadores que se ocupan de su emancipación se lo deben todo, y, no obstante, menosprecian o rechazan su concurso. Ni es cierto lo uno ni lo es lo otro.

Precisamente son los militantes del socialismo genéricamente hablando, los que con más ahínco propagan entre el pueblo ideas contrarias a toda diferencia entre obreros intelectuales y obreros manuales. Para los socialistas no hay más que asalariados de un lado, cualquiera que sea su profesión, y explotadores de otro. Son, por tanto, compañeros todos los asalariados, primero por la comunidad de intereses, después por la solidaridad de opiniones. Frente al proletario, los burgueses (capitalistas, gobernantes, legisladores, etc.), son, para el obrero socialista, el enemigo. Y aun si el burgués comparte las opiniones y los sentimientos del obrero, no es la lucha de clases ni la doctrina social obstáculo para que el burgués sea bien acogido.

Sobre todo los anarquistas declaran continuamente que la emancipación será obra de los hombres de buena voluntad.

Prueba de que no se rechaza el socialismo a los llamados obreros de la inteligencia es el gran número de literatos, publicistas, artistas y pensadores que militan tanto en el campo del socialismo autoritario como en el del socialismo anarquista. Hombres de posición social figuran asimismo en ambos partidos y gozan unos y otros de la estimación de los trabajadores del taller y del terruño.

No es menester citar nombres. Españoles y extranjeros, son muchos los de excepcionales condiciones conocidos como socialistas y anarquistas. Insistir, pues, en la supuesta prevención hacia los obreros intelectuales, nos parece perfectamente inútil.

Es evidente, por otra parte, que las clases populares tienen para los hombres de talento que han trabajado o trabajan por ellas, reconocimiento muy vivo. Tal vez se los reverencia demasiado. Porque, en fin de cuentas, es indigno que en cuestiones de justicia y de humanidad debidas, se aplique la teneduría de libros y se pretenda cobrar réditos. Cuando decimos que un hombre lucha y se sacrifica por el pueblo, haríamos bien en decir que lucha y se sacrifica por la equidad. Simplemente esto y nada más. Así no habría quien se proclamara acreedor perpetuo del pueblo, olvidando que el pueblo es quien hace los grandes hombres, quien los encumbra, quien los glorifica.

Y aun sin esta consideración pudiera decirse a los intelectuales que tal hablan, que no conocen ni siquiera superficialmente el movimiento obrero moderno. Podrá estar el punto de partida del socialismo en Fourier, Cabet, Marx, Bakunin. etc., pero la inmensa labor socialista que da ahora tan prodigiosos frutos débese a las masas obreras, ignorantes de filosofías trascendentales y de complicados economismos. Es el resultado de su espíritu práctico unido a sus maravillosas intuiciones de la verdad y del bien. De las obras de aquellos pensadores, uno por mil de los obreros militantes, conocerán algunas, no la totalidad de ellas. Aun los mismos periodistas y oradores del socialismo es seguro que no las conocen todas. De modo que el trabajo realizado por las innumerables asociaciones políticas y de resistencia en que se agrupan los obreros, débese, no a los intelectuales de nuestros días, no tampoco a aquellos hombres eminentes que grabaron en sus libros inmortales los principios del socialismo, sino, lo repetimos, a los propios obreros que *experimentalmente* han ido dándose una doctrina y una organización. Que el alma de los grandes pensadores del socialismo está en ellos, ¡quién lo duda!

¿Qué deben, pues, los obreros socialistas a los intelectuales, cuando son éstos los que empiezan ahora a ir a remolque de aquéllos? Las mismas *leyes protectoras* que han promulgado algunos Estados, ciertas campañas de

la prensa, ¿qué son sino la resultante de la gran presión ejercida sobre todos por las organizaciones obreras? En cambio pudieran decir los obreros que deben a los intelectuales, en Francia, las llamadas *leyes malvadas*; en España y Portugal, las leyes excepcionales contra los anarquistas; en Italia, el *domicilio coatto*. ¿No fueron la resultante de inicuas campañas en que se perdió toda noción de justicia y de humanidad?

Vivieran los intelectuales de nuestros días la vida del socialismo obrero, y no formularan opiniones que revelan a un mismo tiempo sus pretensiones y su ignorancia. Todas sus lecturas de autores antiguos y modernos no pueden darle la aproximación siquiera de la realidad socialista. A lo más tendrán noción de lo que es el socialismo como la tendría del mar quien lo contemplase en un buen cromo. Pero es menester embarcarse, asomar cuando menos a la costa para admirar el grandioso espectáculo que ignoran las gentes de tierra adentro.

Acérquense a los obreros sin aires de dómine, y el obrero los acogerá con aplauso. Lo que ocurre frecuentemente es que los señores intelectuales no toleran que se les discuta, pretenden que se les escuche y se les siga sin crítica; pero el obrero que no está para aguantar tan molestas moscas, se las sacude rudamente y prosigue su camino. Sobre las ruinas de todas las aristocracias no consentirá que se alce la aristocracia de la pluma.

Si hay hombres de fe sincera en el porvenir entre los que *se* llaman intelectuales - que sí los habrá -, que trabajen generosamente lo que crean justo sin exigir que nadie se les someta, ni tolerar ningún género de sumisión y mucho menos demandar gratitudes, no sólo discutibles, sino también inadmisibles. Esto es lo honrado.

Es absurda la distinción de obreros intelectuales y obreros manuales. Todo hombre tiene necesidad y debe trabajar de una manera útil para sí o para sus semejantes. En la realización del trabajo no hay más que iguales: productores. El que no produce es un zángano. Que saque la consecuencia quien quiera.

La hipérbole intelectualista, a más de ridícula, es indigna de hombres que se estimen. El talento no necesita heraldos ni motes. Una virtud sencilla y modesta vale más que todos los ditirambos de la sabiduría cursi. Seamos sencilla y modestamente virtuosos.

(“NATURA”, núm. 1. Barcelona, 1° octubre 1903.)

LA LUCHA DE CLASES

No se puede sostener con razón en nuestros días que la contienda social se encierre en los términos de lucha de clases.

El socialismo contemporáneo arranca, es cierto, de la afirmación rotunda de esa lucha, y en el espíritu exclusivista de clase se amparaba y se ampara. Mas en el correr del tiempo, la evolución de las ideas se ha cumplido y estamos muy lejos de las murallas chinas que partían por gala, en dos a la sociedad humana.

A la hora presente, hay más socialistas y anarquistas en la clase media modesta que en las filas del proletariado. Los obreros, en general, permanecen inconscientes de sus derechos, dormidos para las aspiraciones emancipadoras, interesados a lo más por pequeñas y discutibles ventajas de momento. Los militantes obreros del socialismo y del anarquismo son, por lo regular, gentes escogidas por su ilustración, por sus gustos, por su peculiar intelectualidad. Pero fuera de esta pequeñísima minoría, el socialismo y el anarquismo tienen el núcleo principal y más numeroso de sus adeptos en el mismo seno de la burguesía. La literatura social, el libro y el folleto de propaganda, están hoy en todas las bibliotecas modestas o suntuosas de la clase media, mientras faltan en la mayoría de las casas obreras. A cuenta de nuestros tiempos puede abonarse el éxito enorme de la literatura social en estos últimos años, y ha sido precisamente la pequeña burguesía quien ha coronado con el más brillante triunfo los esfuerzos del proselitismo.

En el terreno de los intereses, las líneas fronterizas se borran cada vez más. Es difícil señalar dónde acaba un particularismo y empieza otro. Las luchas sociales agitan y suscitan una multitud de cuestiones imprevistas: entrelazan y mezclan los más opuestos bandos, y provocan frecuentemente antagonismos inesperados, que cambian por completo la faz de las cosas. Una simple huelga que comienza interesando únicamente a un oficio cualquiera, conmueve a lo mejor a la sociedad toda, generalizándose la contienda; se dividen o se juntan las opiniones, se exasperan los egoísmos, se exaltan las pasiones, y a veces, lo que proviene de una insignificante diferencia de dinero o de tiempo, se trueca en profundo problema de ética, que galvaniza y sacude fuertemente todas las energías humanas.

Por otra parte, la misma organización capitalista ha producido un sedimento de rebeldía fuera del campo societario y socialista. No sólo las ideas de emancipación aprendidas en el libro, el periódico o en el mitin, sino también el anhelo, el vivo deseo, casi la voluntad firme de emanciparse ha surgido entre la numerosa clase situada entre la espada del obrerismo y la pared del capitalismo. Abogados, médicos, literatos, artistas, ingenieros, pequeños industriales y comerciantes, todos los que viven a la burguesa, sin el dinero que posee la verdadera burguesía, sienten el socialismo más vivamente que muchísimos obreros, y si bien no se suman al movimiento de emancipación, si

no *militan* en las filas de la revolución, hacen ellos más por la difusión de las ideas que la mayoría de los que se dejan llamar socialistas sin entender una palabra de socialismo. Acaso el atavismo de clase pese sobre ellos; pero indudablemente es también que del otro lado hay todavía parapetos y reductos que no permiten penetrar en la fortaleza a quien no conozca bien la contraseña. Acaso también sucede que la manera socialista obrera, que tiene mucho de exclusivista, mucho de mecánica y mucho de rebaño, no cuadra bien a gentes a quienes interesan más las cuestiones de idealidad que el magno problema del pan. Porque de cualquier manera que sea, y nos referimos ahora a la pequeña burguesía inteligente, estudiosa y trabajadora, estos elementos sociales habituados al individualismo ambiente, no se conforman de ningún modo con el régimen de disciplina y ordenancista del socialismo autoritario, ni tampoco con las osadías del anarquismo y riñe de frente con todo lo estatuido. Hay una solución de continuidad que imposibilita por el momento la formación de un gran núcleo social, pronto al asalto y a la batalla por el porvenir presentido.

En los mismos movimientos obreros suele ocurrir que una huelga determinada despierta grandes simpatías entre las clases medias, mientras la masa general de los obreros la ve con indiferencia, o una parte de esa misma masa traiciona a los luchadores.

Poco a poco va infiltrándose en el socialismo, cualquiera que sea su manera, la tendencia a los movimientos de interés general como la huelga de los inquilinos, la fiscalización del peso del pan y de la calidad de los alimentos, la resistencia a la fabricación de productos nocivos, etc.

Todos estos hechos y otros que pudiéramos señalar hacen patente el decaimiento del espíritu de clase y nos muestran que el campo de lucha se ensancha por momentos. Y es que a la postre, aun cuando el *materialismo histórico* sea el punto de partida, aun cuando la seguridad del pan para todos, la gran cuestión de las cuestiones, toda contienda humana acaba necesariamente en una cuestión de ética, de idealidad, por lo mismo que acaso lo de menos para la mayoría de los hombres es la satisfacción de las necesidades materiales.

Por eso nosotros, anarquistas, podemos y debemos decir: “La revolución que nosotros preconizamos va más allá del interés de tal o cual clase; quiere llegar a la liberación completa e integral de la humanidad, de todas las esclavitudes políticas, económicas y morales”.

(“TRIBUNA LIBRE”, núm. 3. Gijón, 8 mayo 1909.)

SEÑALES DE LOS TIEMPOS

Hace un momento, plantado en la acera, gritaba descaradamente un muchacho de diez o doce años:

-- « ¡A mí no me explota nadie!»

No sé a quién ni por qué lo decía. Pero un rechoncho filisteo vociferó iracundo:

-- ¡Golfo, sinvergüenza, granuja!

-- « ¡A mí no me explota nadie!» Eso, dicho por un mocoso, es toda una revelación de los tiempos que llegan.

Es posible que ciertas ideas no hayan sido bien comprendidas; tal vez la propaganda de la buena nueva no trascendió más allá de un pequeño grupo de creyentes; quizá la lucha no abarca todavía las amplitudes de la revuelta general contra los poderosos de la tierra; pero el ambiente está saturado de la idea madre hasta tal punto que un muchachuelo puede gritar: « ¡A mí no me explota nadie!» y mientras estas grandes palabras corren de boca en boca repetidas por hombres, mujeres y niños, no importa que haya desmayos en la lucha, tibiezas en la propaganda, claudicaciones en la ideología. Todo lo indeterminada que se quiera, la sustancia de las reivindicaciones sociales se hace verbo de las multitudes, y ello anuncia que los tiempos llegan en que la gran obra a cumplirse a pesar de la ignorancia popular de todos los ismos y de las divergencias doctrinales que escinden los partidos y las agrupaciones obreras.

No importa tampoco que se retuerzan las ideas, se falsifiquen los propósitos y se doblen los hombres a la ambición o a la vanidad: quedará siempre irreductible en las multitudes la firme convicción de que no han de ser explotados, la voluntad resuelta de no dejarse explotar, y esa convicción y esa voluntad harán todo el resto que no han logrado realizar los partidos y las doctrinas. Es un estado de alma producido por las propagandas y luchas sociales, es una resultante fatal e inevitable; fatal e inevitable así mismo su traducción en hechos inmediatos que renovarán el mundo más pronto de lo que muchos creen.

-- «¡A mí no me explota nadie!» He ahí hermosamente, enérgicamente resumida la situación social por encima de los pesimismos y de los impacientes y de las vanas esperanzas de los que explotan.

Esas bellas palabras son señales de los tiempos que llegan, de los tiempos en que van a ser liquidadas todas las cuentas, ¡oh, poderosos de la tierra, soberbios explotadores, fantasmones que gobernáis, necios todos que aún imagináis que vuestro reinado durará por los siglos de los siglos!

Meditad bien esas palabras y luego, si os place, gritad: - « ¡Golfo,

sinvergüenza, granuja!»

(“SOLIDARIDAD OBRERA”, núm. 28. Gijón, 29 octubre 1910,)

SOCIALISMO AGOTADO

Me pide un compañero en su nombre y en el de otros amigos, aclaración a palabras que dije en mi artículo sobre las conferencias de Maeztu y Alomar (1). Suponen que afirmé la bancarrota del sociologismo revolucionario; y aunque ello no es así, aprovecho la ocasión que me brindan para desenvolver la afirmación que entonces hice respecto a esa materia.

Literalmente dije: «No ya el filosofismo alemán, el sociologismo de los Marx, Engels, Bakunin, Kropotkin, etc., actualidad vivida ayer mismo, está pasando a la historia en estos instantes. El pueblo toma la palabra y, en pleno practicismo social, se lanza a la acción por su cuenta y riesgo. Todas las teorías actuales no tienen más valor que aquél que brota de los hechos. Con actos se propaga, se demuestra, se convence.»

En esas palabras no hay más que la afirmación de un aspecto de las contiendas de nuestros días.

Así como el filosofismo tuvo su preponderancia y su tiempo y se agotó al vaciarse en las prácticas de la vida ordinaria, así el sociologismo está agotado a estas horas después de haberse difundido entre las multitudes.

No tuvo el filosofismo una realización; no la tiene el sociologismo. La evolución es, en los dos casos, un fenómeno de expansión y de dispersión. Las ideas se fragmentan, se entremezclan, penetran las multitudes y luego se esfuman al punto de parecer perdidas.

La literatura sociológica es todavía actual, pero su pujanza enorme hizo su época. Son recientes, más totalmente pasados los tiempos en que el sociologismo dominó en absoluto la vida entera. Prensa, libros, hombres políticos, hombres de estudio, proletarios y propietarios, todo estaba influido, casi sojuzgado por las diversas teorías sociales que perentoriamente solicitaban la radical modificación del mundo. Un momento pareció inmediata la más honda transformación de la vida social.

¿Qué queda de todo eso?

Arriba nada; abajo todo. Todo diluido, pugnando por el éxito experimental, por la comprobación práctica. El proletariado otra vez solo en su fe revolucionaria, apenas lee, apenas estudia, apenas discute; su anhelo es la

acción. ¿Sabe cómo, por qué y para qué? De momento no discierne. Sus prácticas son contradictorias, ambiguas, a veces dañosas. Es ficticia la delimitación de escuelas, la oposición de doctrinas. Se opera simultáneamente de muy diferentes maneras y no es raro ver a los que presumen de revolucionarios actuando como moderados y a los moderados como revolucionarios. Si hay oposición, si se discute, si se pelea, no es por doctrinas sino por aplicaciones. El practicismo lo llena todo. Los trabajadores no se han librado de esta característica de los tiempos.

¿Es un mal? ¿Es un bien? Es un hecho. El sociologismo está agotado. «La actualidad vivida ayer mismo está pasando a la historia en estos instantes.»

Han construido los hombres de estudio, almas grandes del ideal, sus edificios suntuosos de bienestar humano y ahora son las multitudes las que afanosas buscan realizaciones parciales, traducciones vivas de la letra muerta. Y al contacto de la realidad se falsean las ideas, se corrompen los principios, se tuercen los propósitos, se descomponen los partidos, claudican los hombres. ¿Por eso hay quien habla de decadencia? Decadencia no; tampoco bancarrota. Transición; período de acomodamiento a la nueva sustancia; época de tanteos en busca de una orientación definitiva. Más cerca ahora que antes de la más honda de las transformaciones de la vida social.

De los libros hace ya tiempo que se puede entresacar un resultado, una constante finalidad. De los hechos todavía no. Ahora se actúa en este sentido. Las contiendas sociales adquirirán nuevas formas, tomarán nuevos rumbos. Acaso rebasen la lucha de clases, se salgan de los viejos moldes partidistas, superen las previsiones de los filósofos. Estamos en pleno período experimental. El pueblo trabajador ha tomado la palabra, y por su cuenta y riesgo se lanza a la acción. En final de cuentas él nos dará pronto o tarde, el hecho social, traducción o no de ésta o aquélla teoría, trasunto sí, e indudable de todo el contenido del sociologismo agotado.

En este problema de orientación hay ancho campo para todas las actividades y también para todos los ideologismos.

Laboremos incansables por el advenimiento de la realidad prevista por los Marx, Engels, Bakunin, Kropotkin, etc. En marcha hacia el porvenir, no es éste sino un momento necesario de la larga caminata.

No en otro sentido he dicho que el sociologismo está pasando a la historia en estos instantes.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 11. Gijón, 27 enero 1911.)

---

(1) Véase el artículo *«Dos conferencias Maeztu y Alomar».*

LIBERALISMO E INTERVENCIONISMO

Lloraba hace días, en tonos irónicos, un publicista de renombre la muerte del liberalismo. El ocaso de los himnos arrancábale lamentables consideraciones. Y un si es no es abusivo daba por sepultadas muy grandes cosas reservadas en lo porvenir al patriarcado de los mejores. Los mejores son los intelectuales, los únicos dignos de la ciudadanía. Todo lo demás es servilismo puro.

El poco cacumen de nuestras más preclaras inteligencias les hace decir enormes tonterías. No es de ahora la muerte del idealismo político a lo Víctor Hugo y a lo Castelar. Hace tiempo ya que la «Marsellesa» y el «Himno de Riego» han pasado a mejor vida. Del liberalismo de la escuela de Manchester sólo pueden hablar las gentes vetustas que no viven la vida actual. Y el famoso triángulo «Libertad, Igualdad, Fraternidad», fue a parar un buen día al rastro de las naciones civilizadas. Cachivaches de antaño, su sola evocación resulta arcaica en nuestros tiempos.

Bajo la influencia de las demandas de la turba grosera que, según el publicista de referencia, hace imposible la emancipación, las clases directoras han tenido que cambiar de instrumento. El liberalismo verdad era la ruina inmediata y adoptaron el intervencionismo. En rigor hacen ahora lo mismo que antes. Todo para y por el Estado. «Al Estado la única, la total, la intangible soberanía». Proudhon y Godwin eran visionarios. Spencer un mentecato. Reclus, Kropotkin y otros tantos, locos de atar. Ahora estamos en lo cierto: Asquith y Lloyd George son los ídolos del intervencionismo. No hay motivo para excluir al gran Canalejas.

El Estado ha intervenido siempre a favor de los suyos. Interviene también en nuestros días en pro de sus más caros mantenedores. ¿Cómo proceder de otro modo? Mientras no fue temible el poder de abajo, era prudente el consejo liberal, la etiqueta del dejar hacer, dejar pasar. Cuando el poder de abajo se hizo sentir, fue más prudente aún mediar en la contienda, adoptar aires protectores, programas sociales. Se transigió con el mal menor. Lo esencial era conservar el dominio de las cosas y de las personas. Y el Estado vencedor proclamó de nuevo su única, su total, su intangible soberanía. Muy capaz será de llegar hasta el socialismo antes que consentir que lo actúe la turba soez, que hace imposible la emancipación, la emancipación por la que suspira nuestro publicista.

Todas las culpas son ahora para el liberalismo. Las demasías de la prensa, los excesos del teatro y del libro, los horrores de la pornografía, las atrocidades de la explotación que se divierte torturando indios y cazándolos a tiros, todo esto y mucho más, es imputable al liberalismo histórico abstracto. ¡Protección!,

¡intervención!, grita todo el mundo.

Y hay publicistas sandios que comulgan con estas ruedas de molino. Es preciso volver a la previa censura, que el Estado ponga mano en todo, lo acapare todo, lo monopolice todo. Hay que suprimir al individuo.

Pero, ¿no es todo eso el fracaso del gubernamentalismo? ¿No es la consecuencia funesta de la explotación misma?

¡Arre allá con vuestros sofismas liberales! ¡Arre allá con vuestro señuelo intervencionista!

La corrupción, la bestialidad, el desbarajuste, la ignominia de todas las sodomías y de todas las borracheras humanas vienen de la intangible soberanía del Estado, amparo de latrocinios, de bandidajes, de asesinatos. Es la explotación organizada, el envenenamiento religioso metodizado, la prostitución tributaria, la taberna y la plaza de toros fomentadas, eso, eso es lo que representa el Estado y es eso todo lo que en el periodo máximo de descomposición, nos tiene abocados a un terrible cataclismo.

Las gentes claman en vano; en vano lagrimean los literatos cursis. El intervencionalismo ni siquiera servirá de emoliente. El Estado es el gran culpable. No se ha cuidado de elevar el nivel moral de las gentes; las ha disminuido, triturado, deprimido. No se han cuidado de ennoblecernos por la justicia; nos ha degradado a la altura de las bestias en lucha brutal por la ración diaria. No se ha cuidado de embellecernos por el amor; nos ha enseñado el odio, la guerra, la destrucción, y ha hecho de la humanidad un monstruo. No se ha cuidado de hermanarnos por la igualdad; ha hecho a unos esclavos, a otros amos; dio a unos todo, a otros nada. Y por el cercenamiento continuo de la libertad, nos ha convertido en momias vivientes carcomidas por todas las ulceraciones.

¡Castrad de una vez a la humanidad entera! Que la única, la total, la intangible soberanía del Estado se asiente sobre un mundo de cadáveres. Sólo a eso puede conducirnos el intervencionismo que clama por el aniquilamiento del individuo.

Pero mientras quede en el mundo un puñado de hombres celosos de su personalidad, mientras quede un solo grupo de rebeldes a la humillación y al servilismo, mientras quede una sola voz para gritar estentórea por la libertad, la libertad no morirá.

Sueñen los necios que presumen de sabios en arcaicos patriarcados; recaben cuanto quieran para sí los decrépitos intelectuales que debieran andar uncidos a una carreta; relinchen como les venga en gana los hartos de todas las bajezas y de todas las suciedades; la libertad no perecerá porque para defenderla y conquistarla todavía queda la turba soez que hace imposible la emancipación.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 4. Gijón, 31 agosto 1912')

DE LA JUSTICIA

En el último libro de Kropotkin, «La ciencia moderna y el anarquismo», que ha editado recientemente la casa Sampere, afirma el anarquista ruso: “*Justicia implica necesariamente el reconocimiento de la igualdad*.”

Para el autor de «La conquista del pan», sólo entre iguales es posible la justicia, ya que los hombres pueden, únicamente, obedecer la regla moral: “*No hagas a los demás lo que no quieras para ti,”* o el “*imperativo categórico*” de la conciencia, que diría Kant, en tanto cuanto se trata de seres semejantes, semejantemente considerados. Sin duda, toda estimación de inferioridad releva de ciertos deberes y, recíprocamente, toda estimación de superioridad obliga más allá de esos mismos deberes. El camarada Kropotkin formula en sus breves palabras un pensamiento fecundo pleno de lógica, que conviene y queremos desenvolver en estas líneas.

Arroja aquel pensamiento tan vivísima luz sobre el problema de la justicia, esencia indudable de las reivindicaciones revolucionarias, que una breve constatación de hechos llevará el convencimiento a los más escépticos.

El ciudadano de Roma, el hombre libre de Grecia, podrían creerse obligados para con sus iguales; nunca para con sus esclavos. El señor de siervos sentiríase ligado por deberes morales a los otros señores; jamás a los que de grado o por fuerza tengan que rendirle vasallaje. El aristócrata, respetuoso con el aristócrata, era, cuando más, condescendiente con el plebeyo. El burgués o patrono júzgase sometido a la ley civil que lo manda guardar respeto a los otros burgueses o patronos; pero de ningún modo piensa lo mismo respecto a sus jornaleros. A lo sumo, puede haber de superior a inferior dispensa de favores. Lo que se hace en beneficio o consideración al esclavo, al siervo, al jornalero, es por gracia, no por justicia.

¿Cómo no hacer por los demás lo que no se quiere para uno mismo si se trata de seres inferiores que nos están subordinados? El patrono no quiere ser explotado, pero explota.

El imperativo categórico es totalmente nulo respecto de *nuestros* criados, de *nuestros* obreros, de *nuestros* servidores. No son *nuestros* iguales; nada les debemos; la justicia no reza con ellos; la ley moral no les alcanza. Si hay un imperativo categórico es con relación a nuestros semejantes que son hombres libres; señores aristócratas, burgueses. El esclavo, el plebeyo, el

jornalero, están por debajo de nuestras obligaciones morales.

Esta locución inicua, *el amo*, está gritando a voces la imposibilidad de la Justicia sin la igualdad.

Mientras unos hombres se consideran en un plano superior a los otros, las reglas de equidad no obligarán más que a los primeros entre sí; jamás respecto de los segundos. *La Justicia implica necesariamente el reconocimiento de la igualdad*.

El burgués aunque lo desee, procurará respetar a la mujer de su prójimo, burgués también. A la mujer de su criado y de su obrero, que apenas son prójimos suyos, la tomará, si puede, sin remilgos. No se siente igualmente obligado con las dos porque no las reconoce iguales, que es entre quienes únicamente se establece la obligación moral. Hasta en las palabras, hasta en las buenas formas, habrá honda diferencia. Con la obrera charlará groseramente, maniobrará groseramente y groseramente la asaltará. Con la *señora* de su colega, de su igual, aun para conquistarla, empleará maneras dignas, dulces palabras. Tomará la fortaleza caballerescamente, con la venia señoril de la feble dama.

Y no será eso lo peor, sino que la misma obrera tolerará, acaso gustará de la grosería burguesa, cosa que de ningún modo consentiría a sus semejantes en inferioridad social. El que está por debajo, hombre o mujer, júzgase distinguido, honrado, cuando el superior se digna fijar en él su atención aunque sea para fornicarlo.

Las consecuencias son obligadas. La ley moral se da por clases. El imperativo categórico, por castas. La Justicia implica necesariamente el reconocimiento de la igualdad.

El burgués, educado en las nociones del honor arcaico, podrá impunemente conducirse con sus sirvientes como un canalla. El burgués, instruido en todos los conocimientos, se producirá con sus obreros como el más ignorante gañán. El burgués aleccionado en los más rigurosos principios de la urbanidad, podrá tratar y tratará a sus inferiores con los modales más groseros y las palabras más ruines. El burgués, inspirado aún en el caballeresco respeto a las damas, obrará con las otras, con las mujeres que no son *damas*, como un rufián y como un sinvergüenza. La ley moral no se ha hecho para los inferiores, sino para los iguales. El imperativo categórico es manjar de dioses, sólo para dioses. Y el burgués obra en consecuencia. Es lógico consigo mismo. Es lógico con la sociedad. Es lógico con la desigual estimación de los hombres. Y también es injusto.

La Justicia implica necesariamente el reconocimiento de la igualdad.

Quien quiera la Justicia, ha de querer necesariamente la igualdad.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 6. Gijón, 14 septiembre 1912.)

ERROR CENTRAL DEL PODERÍO DE LAS NACIONES

Está sobre el tapete el ponderado tema del poderío de las naciones. Escritores de fuste y periodistas de enjundia disertan a porfía, en sendos artículos, sobre la trascendencia de los valores creados por los países en auge y la depreciación de aquellos otros que corresponden a los pueblos rezagados.

Como tranquila corriente por cauces suaves, se va deslizando en la opinión lo que nosotros llamaremos error central del poderío de las naciones, aceptando y adoptando el lenguaje caro a los cultivadores de la galiparla moderna.

Mídese actualmente la grandeza de las naciones por el número y la magnitud de los acorazados, por el número y la potencia de los cañones, por el número y la disciplina de los ejércitos. Esto de una parte. De otra, se mide por la cuantía de las empresas bancarias, de los trusts, de los monopolios, de las sociedades anónimas y de los grandes feudos industriales. En la medida, se pone exageración, en el juicio, ligereza excesiva. La fuerza armada implica sacrificio de la producción, grandeza improductiva. La fuerza financiera, acaparamiento de riqueza, aumento de miseria. Ante los atónitos de la multitud se tiende un velo de relampagueante pedrería. Tras el velo, el pauperismo va arañando las entrañas de la civilización. Hambre, ignorancia y vicio; la carcoma hace su obra de destrucción y un día, próximo o remoto, coronará su empresa. Los cataclismos sociales son siempre el producto de esos dos factores, de riqueza uno, de miseria otro. El signo que los liga se llama cerebración revolucionaria.

El error central del poderío de las naciones radica en la preferencia dada a la fuerza exterior, que se traduce en ejércitos enormes, escuadras mastodónticas, absorbentes monopolios y titánicas factorías. El impulso inicial nos lanza en el torbellino de una educación funesta. Así los factores intelectuales como los morales son puestos al servicio de este error fundamental. Y los voceros del éxito, publicistas de fama, escritores de nota, periodistas de renombre, entonan entusiásticos himnos de alabanza a la deslumbrante civilización, que en Europa y América produce tan maravillosos frutos. La corriente, la suave corriente hace todo lo demás.

Ahora mismo se propala en los países rezagados la necesidad de hacer soldados para guerrear, soldados para el trabajo, soldados para la industria y

para el comercio. La educación debe tener por eje la disciplina militar. Hay que hacer especialistas obedientes, sumisos, automáticos; que, una vez puestos en el carril, cumplan su misión ciegamente, sin saber y sin querer saber más. Hasta se pretende que pasen por agrupaciones de cultura sociedades cuya finalidad está denunciada por la preponderancia que en ellas se da al elemento bruto.

Se toma como ejemplo a Inglaterra, Norteamérica y Alemania, más comúnmente a Alemania. El imperio germánico está en moda. Se quiere introducir aquí el practicismo británico, que tiene por recomendable en un hombre sabio la cualidad de ser también *atletic*.

Se trata de que imitemos - ¡pobres de nosotros! -, los estupendos, temerarios arrestos yanquis, que así labran como diluyen en un segundo de tiempo las más fantásticas cosas. Se pretende que adoptemos la rutina germánica - ¡perdón, preclaros ingenios! -, que convierte a cada ciudadano en un mecanismo capaz de repetir hasta el infinito el mismo ritmo, en vista de la misma finalidad de engrandecimiento nacional, de hegemonía europea, de conquista por el comercio y por las armas. Y de paso se declama contra el teoricismo latino, la verborrea latina, la decadencia latina. El genio de la raza se declara en quiebra.

Todo ello proviene del error central que sirve de medida común para las naciones poderosas. Por este error central, se sustituye al conocimiento profundo de las ciencias matemáticas, el de procedimientos expeditivos que permiten a las medianías comportarse como sabios. Una vida entera consagrada a la aplicación repetida y continua de unos cuantos métodos empíricos, puede dar y da realmente, óptimos frutos en todas las ramas del trabajo. Un conocimiento somero de algunas generalidades científicas y el dominio fácil de adquirir por el hábito, de los procedimientos de la grafostática y el hábito de manejo de la regla de cálculo en la resolución de arduos problemas, puede dar, y da, en realidad, rendimientos muy estimables en todos los órdenes de la producción. El análisis matemático fatiga; la investigación que filosofa cansa. Hay que buscar mecánicamente. Un hombre instruido a la moderna es como una pieza cualquiera de un artificio sin alma.

Esa y por el estilo de esa, es, en los grandes aglomerados, la educación que se da y que reciben las clases directoras. Porque el objeto principal es fabricar hombres aptos para entrar rápidamente en batalla y sostener la competencia, hombres cuya energía entera concurra a un solo fin y hacia él propenda automática, ciega y apasionadamente. El teoricismo, el idealismo latino, serían un pesado bagaje en semejante empresa.

Hagamos gracia de nuestro cacareado verbalismo, porque en eso de hablar y escribir por los codos, en todas partes cuecen habas.

Pero, señores panegiristas de las naciones poderosas, ¿no hay algo más

que hacer, moral e intelectualmente? ¿No hay algo más de qué ocuparse y preocuparse que del esplendor de los ejércitos, de las armadas, de las bancas, de los trust y de los feudos industriales? ¿No hay algo más que la lucha a mordiscos de lobo por una putrefacta tajada?

Error central de la civilización moderna es el culto y el fomento de esos factores de aparatosa grandeza que agostan en el alma de las gentes el sentimiento de lo bello, de lo bueno y de lo justo. Error central de los voceros del moderno industrialismo, también culteranos de la fuerza, de olvidar en absoluto que la vida da las naciones brota de abajo, de las capas inferiores, sobre cuya fatigosa labor descansa todo el andamiaje social que sostiene los ejércitos, los monopolios y las grandes y pequeñas factorías. Error central de nuestros tiempos es la preferencia concedida al hombre-mecanismo sobre el hombre inteligencia, como si toda la evolución humana culminara en un retorno a la bárbara, insolidaria lucha por el pan, de los hombres prehistóricos, recubierta con los oropeles de la civilización.

Este error central, que prescinde de la fuerza interior dará pronto cuenta del insostenible poderío de las grandes naciones, porque tras su apariencia deslumbrante, el pauperismo mina, y la cerebración revolucionaria, que es bien y es justicia, labora.

Unas armas vencen a otras armas, unos monopolios acaban con otros monopolios; unas grandezas sucumben a otras grandezas; pero la obra moral e intelectual, la fuerza interior de la humanidad es imperecedera.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 3. Madrid, 6 junio 1912.)

PEDAGOGÍA

EL PROBLEMA DE LA ENSEÑANZA

I

Por oposición a la enseñanza religiosa, a la que cada vez se muestran más refractarias gentes de muy diversas ideas políticas y sociales, se preconizan y actúan las enseñanzas laica, neutral y racionalista.

Al principio el laicismo satisfacía suficientemente las aspiraciones

populares. Pero cuando se fue comprendiendo que en las escuelas laicas no se hacía más que poner el civismo en lugar de la religión, el Estado en vez de Dios, surgió la idea de una enseñanza ajena a las doctrinas así religiosas como políticas. Entonces se proclamó por unos la escuela neutral, por otros la racionalista.

Las objeciones a estos nuevos métodos no faltan, y a no tardar harán también crisis las denominaciones correspondientes.

Porque, en rigor, mientras no se disciernan perfectamente enseñanza y educación, cualquier método será defectuoso. Si redujéramos la cuestión a la enseñanza, propiamente dicha, no habría problema. Lo hay porque lo que se quiere en todo caso es educar, inculcar en los niños un modo especial de conducirse, de ser y de pensar. Y contra esta tendencia, toda imposición, se levantarán siempre cuantos pongan por encima de cualquier finalidad la independencia intelectual y corporal de la juventud.

La cuestión no consiste, pues, en que la escuela se llame laica, neutral o racionalista, etc. Esto sería un simple juego de palabras trasladado de nuestras preocupaciones políticas a nuestras opiniones pedagógicas.

El racionalismo variará y varía al presente según las ideas de los que lo propagan o practican. El neutralismo por otra parte, aun en el sentido relativo que debe dársele, queda a merced de permanecer libre y por encima de sus propias ideas y sentimientos. Mientras enseñanza y educación vayan confundidas, la tendencia, ya que no el propósito, será modelar la juventud conforme a fines particulares y determinados.

Pero en el fondo la cuestión es más sencilla si se atiende al propósito real más que a las formas externas. Alienta en cuantos se pronuncian contra la enseñanza religiosa, el deseo de emancipar a la infancia y a la juventud de toda imposición y todo dogma. Vienen luego los prejuicios políticos y sociales a confundir y mezclar con la función instructiva, la misión educativa. Mas todo el mundo conocerá llanamente que tan sólo donde no se haga o pretenda hacer política, sociología o moral y filosofía tendenciosa, se dará verdadera instrucción, cualquiera sea el nombre en que se ampare.

Y precisamente porque cada método se proclama capacitado no sólo para enseñar, sino también para educar según principios preestablecidos y tremola en consecuencia una bandera doctrinaria, es necesario que hagamos ver claramente que si nos limitáramos a instruir a la juventud en las verdades adquiridas, haciéndoselas asequibles por la experiencia y por el entendimiento, el problema quedaría de plano resuelto.

Por buenos que nos reconozcamos, por mucho que estimemos nuestra propia bondad y nuestra propia justicia, no tenemos ni peor ni mejor derecho que los de la acera de enfrente para hacer los jóvenes a nuestra imagen y semejanza. Si no hay el derecho de sugerir, de imponer a los niños un dogma

religioso cualquiera, tampoco lo hay para aleccionarlos en una opinión política, en un ideal social, económico y filosófico.

Por otra parte, es evidente que para enseñar primeras letras, geometría, gramática, matemáticas, etc., tanto en su aspecto útil como en el puramente artístico o científico, ninguna falta hace ampararse en doctrinas laicistas o racionalistas que suponen determinadas tendencias, y por serlo, son contrarias a la función instructiva en sí misma. En términos claros y precisos: la escuela no debe, no puede ser ni republicana, ni masónica, ni socialista, ni anarquista, del mismo modo que no puede ni debe ser religiosa.

La escuela no puede ni debe ser más que el gimnasio adecuado al total desarrollo, al completo desenvolvimiento de los individuos. No hay, pues, que dar a la juventud ideas hechas, cualesquiera que sean, porque ello implica castración y atrofia de aquellas mismas facultades que se pretenden excitar.

Fuera de toda bandería hay que instituir la enseñanza, arrancando a la juventud del poder de los doctrinarios aunque se digan revolucionarios. Verdades conquistadas, universalmente reconocidas, bastarán a formar individuos libres intelectualmente.

Se nos dirá que la juventud necesita más amplias enseñanzas, que es preciso que conozca todo el desenvolvimiento mental e histórico, que entre en posesión de sucesos e ideales sin cuyo aprendizaje el conocimiento sería incompleto.

Sin duda ninguna. Pero estos conocimientos no corresponden ya a la escuela, y es aquí cuando la neutralidad reclama sus fueros. Poner a la vista de los jóvenes, previamente instruidos en las verdades comprobadas, el desenvolvimiento de todas las metafísicas, de todas las teologías, de todos los sistemas filosóficos, de todas las formas de organización, presentes, pasadas y futuras, de todos los hechos cumplidos y de todas las idealidades, será precisamente el complemento obligado de la escuela, el medio indispensable para suscitar en los entendimientos, no para imponer, una concepción real de la vida. Que cada uno, ante este inmenso arsenal de derechos e ideas se forme a sí mismo. El preceptor será fácilmente neutral, si está obligado a enseñar, no a dogmatizar.

Es cosa muy distinta explicar ideas religiosas a enseñar un dogma religioso; exponer ideas políticas a enseñar democracia, socialismo o anarquía. Es necesario explicarlo todo, pero no imponer cosa alguna por cierta y justa que se crea. Sólo a este precio la independencia intelectual será efectiva.

Y nosotros, que colocamos por encima de todo la libertad, toda la libertad de pensamiento y de acción, que proclamamos la real independencia del individuo, no podemos preconizar, para los jóvenes, métodos de imposición, ni aun métodos de enseñanza doctrinaria.

La escuela que queremos, sin denominación, es aquélla en que mejor y más se suscite en los jóvenes el deseo de saber por sí mismos, de formarse sus propias ideas. Donde quiera que esto se haga, allí estaremos con nuestro modesto concurso.

Todo lo demás, en mayor o menor grado, es repasar los caminos trillados, encarrilarse voluntariamente, cambiar de andadores, pero no arrojarlos.

Y lo que importa precisamente es arrojarlos de una vez.

(“ACCION LIBERTARIA”. núm. 5. Gijón. 16 diciembre 1910.)

II

Sabíamos que no faltan librepensadores, radicales y anarquistas que entienden la libertad al modo que la entienden los sectarios religiosos. Sabíamos que los tales actúan en la enseñanza, como en todas las manifestaciones de la vida, a la manera que los inquisidores actuaban y al modo que actúan hoy sus dignos herederos, los jesuitas laicos o religiosos. Y porque lo sabíamos, abordamos el problema de la enseñanza en nuestro artículo anterior.

Como no queremos ningún fanatismo, ni aun el fanatismo anarquista; como no transigimos con ninguna imposición, aunque se ampare en la ciencia, insistiremos en nuestros puntos de vista.

Se lleva tan lejos el sectarismo que se presenta en forma de dilema: o conmigo o contra mí. Libertarios se dicen los que así hablan. Les perturba la eufonía de una palabra: racionalismo. Y nosotros preguntamos: ¿Qué es el racionalismo? ¿Es la filosofía de Kant, es la ciencia pura y simple, es el ateísmo y es el anarquismo? ¡Cuántas y cuántas voces clamarían en contra de tales asertos!

Sea lo que quiera el racionalismo, es para algunos de los nuestros la imposición de una doctrina a la juventud. Su propio lenguaje lo denuncia. Se dice y se repite que la enseñanza racionalista será anarquista o no será racionalista. Se afirma enfáticamente que la misión del profesor *racionalista es hacer seres para vivir una sociedad de dicha y de libertad*. Se identifica ciencia, racionalismo, y anarquismo, y se sale del paso convirtiendo la enseñanza en una propaganda, en un proselitismo. Son más lógicos los que más lejos van y sostienen que se debe decir resueltamente enseñanza anarquista y dar de lado al resto de adjetivos sonoros que hacen la felicidad de los

papamoscas que no llevan en el cerebro un adarme de fósforo.

No reparan estos libertarios que nadie tiene la misión de hacer a los demás de éste o del otro modo, sino el deber de no estorbar que cada uno se haga a sí mismo como quiera. No observan que una cosa es instruir en las ciencias y otra enseñar una doctrina. No se detienen a considerar que lo que para los adultos es simplemente propaganda, para los niños resulta imposición. Y en último extremo, que aunque el racionalismo y el anarquismo sean todo lo idénticos que se quiera, nosotros anarquistas, debemos guardarnos bien de grabar deliberadamente en los tiernos cerebros infantiles una creencia cualquiera, impidiéndoles así o tratando de impedirles futuros desarrollos.

«Para mucha gente - decía Clementina Jacquinet, en una conferencia dada en Barcelona acerca de la sociología en la escuela - y desgraciadamente para muchos maestros, la ciencia social está contenida por entero en sus periódicos, en los problemas de emancipación que tan vivamente agitan nuestra época.

»Todo su saber consiste en inculcar a sus discípulos sus opiniones preferidas, a fin de que causen en sus cerebros una impresión imborrable, que se implanten en ellos y se extiendan ni más ni menos que a semejanza de una hierba parásita. Todo lo que han podido encontrar mejor para formar libertarios, es obrar al modo de los curas de todas las religiones.

»No se dan cuenta de que forjando las inteligencias según su modelo predilecto, hacen obra antilibertaria, puesto que arrebatan al niño desde su más tierna infancia la facultad de pensar según su propia iniciativa.»

Se insistirá, no obstante lo dicho y trascrito, en que la anarquía y el racionalismo son una misma cosa, y hasta se dirá que son la verdad indiscutible, la ciencia toda, la evidencia absoluta. Puestos en el carril de la dogmática, decretarán la infalibilidad de sus creencias.

Mas aunque así fuera, ¿qué se haría de la libre elección, de la independencia intelectual del niño? Ni aun la libertad absoluta debería ser impuesta, sino libremente buscada y aceptada, si la verdad absoluta no fuera un absurdo y un imposible en los términos fatalmente limitados de nuestro entendimiento.

No, no tenemos el derecho de imprimir en los vírgenes cerebros infantiles nuestras particulares ideas. Si ellas son verdaderas, es el niño quien debe deducirlas de los conocimientos generales que hayamos puesto a su alcance. No opiniones, sino principios bien probados para todo el mundo. Lo que propiamente se llama ciencia, debe constituir el programa de la verdadera enseñanza, llamada ayer integral, hoy laica, neutra o racionalista, que el nombre importa poco. La sustancia de las cosas: he ahí lo que interesa. Y si en esa sustancia está, como creemos, la verdad fundamental del anarquismo,

anarquistas serán, cuando hombres, los jóvenes instruidos en las verdades científicas; pero lo serán por libre elección, por propio convencimiento, no porque los hayamos modelado, siguiendo la rutina de todos los creyentes, según nuestro leal saber y entender.

La evidencia puede hacerse inmediata. ¿Qué clase de anarquismo enseñaríamos en las escuelas en el supuesto de que ciencia y anarquismo fueran una misma cosa? Un profesor comunista señalaría a los niños el simplísimo e idílico anarquismo de Kropotkin. Otro profesor individualista enseñaría el feroz egolatrismo de los Nietzsche y Stirner, o el complicado mutualismo proudhoniano. Un tercer profesor enseñaría el anarquismo a base sindicalista influido por las ideas de Malatesta u otros. ¿Cuál es aquí la verdad, la ciencia, para que quede establecido en firme ese desaponderado absurdo de lo absoluto racionalista?

Se olvida sencillamente que el anarquismo no es más que un cuerpo de doctrina y que por firme y razonable y científica que sea su base, no se sale del terreno de lo especulativo, de lo opinable y, como tal, puede y debe explicarse, como todas las demás doctrinas, pero no enseñarse, que no es igual. Se olvida asimismo que la verdad de un día es el error del día siguiente y que nada hay capaz de establecer, sólidamente que el porvenir no se reserva otras aspiraciones y otras verdades. Y se olvida, en fin, que estamos nosotros mismos prisioneros de mil prejuicios, de mil anacronismos, de mil sofismas que habríamos de transmitir necesariamente a las siguientes generaciones si hubiera de prevalecer el criterio sectario y estrecho de los doctrinarios del anarquismo.

Como nosotros hay miles de hombres que se creen en posesión de la verdad. Son probablemente, seguramente honrados, y honradamente piensan y sienten. Tienen el derecho a la neutralidad. Ni ellos han de imponer a la infancia sus ideas ni hemos de imponerles nosotros las nuestras. Enseñemos las verdades adquiridas y **que cada uno se haga a sí mismo como pueda y quiera**. Esto será más libertario que la funesta labor de dar a los niños ideas hechas que pueden ser, que serán muchas veces enormes errores.

Y guárdense los dómines del anarquismo que se consideran únicos poseedores de la verdad, la palmeta para mejor ocasión, que ya es tarde para resucitar risibles dictaduras y para expedir o denegar patentes que nadie solicita ni nadie admite.

Como anarquistas, precisamente como anarquistas, queremos la enseñanza libre de toda clase de *ismos*, para que los hombres del porvenir puedan hacerse libres y dichosos por sí y no a medio de pretendidos modeladores, que es como quien dice redentores.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 11. Gijón, 27 enero 1911.)

¿QUÉ SE ENTIENDE POR RACIONALISMO?

No vamos a examinar lo que significa el racionalismo para Juan o para Pedro, sino lo que significa en general, lo que por tal entiende el común de las gentes. Perderíamos el tiempo lastimosamente si nos detuviéramos a considerar las mil opiniones particulares que no tienen más base que los fáciles decretos de la pereza intelectual.

Racionalismo (primera definición): Doctrina filosófica cuya base es la omnipotencia e independencia de la razón humana.

Racionalismo (segunda definición): Sistema filosófico que funda sobre la razón las creencias religiosas.

Racionalismo (tercera definición): Más que un sistema filosófico o un método es el carácter general de todo pensamiento especulativo que únicamente admite la razón como criterio de verdad.

Y basta. Como se ve, en las tres definiciones se proclama la soberanía de la razón. Frente a toda fe y a toda autoridad la razón recaba sus fueros. Y al recabarlos, crea sistemas nuevos de filosofía, religiones nuevas también. Todo el gran movimiento filosófico cumplido por los filósofos alemanes, ha sido esencialmente racionalista.

Racionalista y librepensador es todo uno, puesto que ambos: "Sólo admiten para garantir la verdad de su pensamiento el pensamiento mismo y sus leyes, refutando toda otra clase de argumentos, incluso el histórico, ínterin la razón no discierne por sí misma el tanto o cuanto de verdad que encierra.»

Y no hay ni más ni menos. Frente a la fe y a la autoridad, la razón. Pero, ¿qué razón? ¿La de Juan o la de Pedro? La razón es meramente individual, y al proclamarse soberana ha engendrado errores y absurdos que la experiencia se ha encargado de desbaratar. El racionalismo ha llenado el mundo con las mil geniales divagaciones, pero divagaciones al fin, de la metafísica y de la filosofía. Como añadidura al error religioso tuvimos el error filosófico, y el error político, y el error económico. La razón ha creado tales sistemas, tales dogmas, que contra sí misma tiene que rebelarse. ¿Y cómo no, si no hay regla o ley alguna que determine en todas las razones individuales las mismas conclusiones, aun en el supuesto de que las premisas sean idénticas?

Enhorabuena que el individuo recabe el derecho de guiarse por los dictados de su razón; pero erigirla en soberana, suponerla capaz de dar a todo el mundo el criterio exacto y la certidumbre de la verdad, es tan gran desvarío, que sólo así se comprende que los cien genios del filosofismo racionalista no hayan logrado estar de acuerdo ni una sola vez. Al gran Leibnitz se le ocurrió

idear una razón impersonal (*perennis filosofía*) como base de la verdad, penetrado, sin duda, de que, para la razón individual, todo es según el color del cristal con que se mira. Pero semejante razón impersonal es pura abstracción, puro expediente filosófico para resolver de la mejor manera posible una dificultad insuperable. Así, el racionalismo como sistema, método o lo que sea de indagación de la verdad ha fracasado, aunque permanezca firme como lucha contra la revelación, contra la fe, contra la autoridad del dogma.

Por esto es cosa pasada el filosofismo y anacrónica la pretendida soberanía de la razón. La verdadera ciencia, que no se paga de soberanías, ha tomado resueltamente el camino de la experiencia, y funda sus construcciones sobre hechos y leyes comprobados y no sobre frágiles creaciones del pensamiento, tan dado a lo extraordinario y a lo maravilloso. Naturalmente que la razón es el instrumento necesario para traducir, ordenar y metodizar los datos de la experiencia, pero no va más allá, y cuando lo pretende, por una vez que da en la verdad, cien da en el error.

Y no se nos arguya que así como hay la razón de Pedro y la razón de Juan, hay también, la ciencia de Juan y la ciencia de Pedro. Cuando se habla de ciencia se traspasan sus propios limites si en ella se quiere incluir algo que no esté comprobado y verificado de tal modo que no pueda suministrar materia de discusión. Si la suministra, podrá estar el asunto en los dominios de la investigación científica, pero no estará en la ciencia constituida; por cuyo motivo, la ciencia, propiamente dicha, es una y solamente una.

Dadas estas premisas, ¿cómo admitir el adoctrinamiento de las gentes por medio del racionalismo que para cada individuo puede significar tal o cual otro método, sistema o doctrina filosófica y hasta religiosa? ¿Cómo admitirlo sobre todo, cuando se trata de los niños que aún no están en el pleno uso de sus facultades y pueden, por ello, ser inducidos a error?

Perfectamente que cada uno opine como quiera, que cada uno, como es natural, no admita autoridad alguna sobre su razón, pero esta misma razón, si no está cegada por las enseñanzas dogmáticas o por sus reminiscencias, habrá de decirle que ello no basta para determinar la verdad, que se halla toda entera en las cosas universales, y en sus leyes, en los hechos de experiencia y en las realidades de la vida toda, no en las imaginaciones de cualquier buen ciudadano cada bella mañana. Y esa misma razón que se proclama soberana, habrá de dictarle imperativamente el respeto a las otras razones, tan soberanas como la propia. Y dictándoselo, la enseñanza habrá de reducirse necesariamente a las cosas comprobadas y verificadas, que es lo que constituye la ciencia. Ni aun las ideas que más verdaderamente parezcan por militar a su favor el universal consentimiento, habrán de ser enseñadas, al menos como verdades comprobadas, puesto que los más grandes absurdos

han contado y cuentan todavía con ese universal consentimiento.

Parécenos lo dicho claro y sencillo, fuera de toda parcialidad de doctrina o de opinión, y porque nos lo parece, procuramos llevar estas ideas al sentimiento de nuestros lectores. Si hay quien por ello se disguste o se moleste, será sensible, pero no suficiente para que renunciemos a la afirmación constante de lo que creemos puesto en razón.

Y si aún se dijere que no es eso el racionalismo, replicamos por anticipado que ni antes ni ahora nos preocupamos de lo que las cosas puedan ser para fulanito o para menganito, muy señores nuestros, sino de lo que en sí mismo significan o nos parece que significan.

Por todo lo cual habremos de continuar, mientras podamos, multiplicando los golpes de martillo sin temor a que se rompa el yunque.

(“ACCION LIBERTARIA”. núm. 19. Gijón 21 abril 1911.)

CUESTIONES DE ENSEÑANZA

Explicar y enseñar no son sinónimos, aun cuando toda enseñanza suponga previa explicación. Se explican muchas cosas sin que haya propósito de enseñarlas.

Cuando se declara o da a conocer lo que uno opina, cuando se dan detalles o noticia de una doctrina, de un suceso, etc., se explica al oyente la opinión, la doctrina y el suceso para enseñarlas o para repudiarlas, según los casos.

Enseñar es algo más que explicar, puesto que es instruir o adoctrinar. El que explica una doctrina errónea a fin de hacer patente su falsedad, claro que enseña, pero no enseña la doctrina que explica, sino que la repudia.

Un ejemplo entre mil, aclarará esa diferencia. Se abre un libro cualquiera de Geografía elemental, y en la parte que trata de la astronomía se halla en primer término la explicación del sistema de Tolomeo, que supone la tierra en el centro del Universo y a todos los demás cuerpos girando alrededor de ella. Viene enseguida el sistema de Copérnico, que considera el Sol fijo y los planetas girando a su alrededor. Y se agrega: *este último sistema es el admitido en el día.*

La cosa es clara; se explica o da a conocer el primero; se explica y se enseña el segundo. No se enseña aquél porque se le tiene por erróneo. Adviértase que si el profesor es concienzudo, ni aun el sistema de Copérnico enseñará sin reservas, porque nada nos permite asegurar que en el sistema del universo no hay algo más que la teoría heliocéntrica. Por eso se dice solamente que es el admitido en el día, en lugar de darlo dogmáticamente como verdadero.

La diferencia entre explicar y enseñar es todavía mayor cuando no hay más que hipótesis para contestar las interrogaciones del entendimiento. Tal ocurre con la constitución interna de nuestro planeta. El profesor podrá y deberá explicar las diferentes teorías que tratan de descifrar el enigma, pero no deberá enseñar ninguna como verdadera y comprobada puesto que no sabemos que lo sean.

En cambio podrá enseñar con ejemplos y razones, empírica y racionalmente, entre cien cosas más, el llamado teorema de Pitágoras, a saber: en todo triángulo se verifica que el cuadrado construido sobre la hipotenusa es equivalente a la suma de los cuadrados construidos sobre los catetos.

Y como es muy extenso el campo de los conocimientos positivos, verificados y comprobados por todo el mundo, metodizados por la ciencia; y es más extenso aún el campo de las probabilidades de conocimiento pleno de hipótesis, de opiniones, de teorías, pero falto de prueba y de certidumbre, es claro que para todo hombre de libre entendimiento la enseñanza, propiamente dicha, no deberá salirse de las verdades conquistadas indiscutibles, y, por tanto, habrá de reducirse al círculo de las explicaciones o exposiciones necesarias, todo lo que es, en el momento, materia opinable.

Cualquiera, pues, que sea la base de una doctrina política, económica o social, y por grande que sea el amor que por ella sintamos, nuestro debido respeto a la libertad mental del niño, al derecho que le asiste de formarse a sí mismo, ha de impedirnos atiborrar su cerebro de todas aquellas ideas particulares nuestras que no son verdades indiscutibles y comprobadas universalmente, aunque sí lo sean para nosotros.

Porque, en último término, de proceder en la forma opuesta vendríamos a reconocer en todo el mundo que cree estar en posesión de la verdad y no piensa como nosotros, el derecho a continuar modelando criaturas a medida de sus errores y prejuicios. Y con esto precisamente es con lo que hay que acabar.

Así es como entendemos la enseñanza, ateniéndonos a la sustancia de las cosas, y no a las palabras que pretenden representarla.

II

No nos entusiasma una criatura de doce o trece años que se pone a perorar sobre materias sociales y afirma muy seria la no necesidad del dinero o cosa análoga. Nos sabe eso a recitado de catecismo, a lección metida en el cerebro a fuerza de sugestiones. Otro profesor y otro planteamiento del problema, y la criatura afirmará muy seria todo lo contrario. Recitará otro catecismo, repetirá otra lección. Hay cosas prematuras como hay cosas tardías.

Una opinión personal no es necesariamente una ciencia y sólo a este titulo

puede ser enseñada. Lo contrario equivale a secuestrar las tiernas inteligencias infantiles. Estamos por la enseñanza absolutamente libre de materia opinable.

Un ejemplo ilustrará la cuestión. Supongamos el caso de un pedagogo, resuelto adversario del dinero y de la renta. Este pedagogo proscribirá de la enseñanza de la aritmética la infame, la corruptora regla de interés. Si no recordamos mal, el caso ya se ha dado. Pues ese pedagogo hará una grañidísima majadería por no saber discernir entre el interés del dinero, con el que nada tiene que ver la aritmética en sí misma, y una regla de cálculo que, sea cual fuese su nombre, sirve para deducir, ponemos por caso, las proporciones en que una materia dada ha de entrar en una mezcla, el tanto por ciento que resulta de una estadística de vitalidad o de población, el rendimiento de un producto en condiciones dadas, o bien la proporción de fertilidad creciente o decreciente de una tierra determinada, etc.

Se nos dirá que todo esto se puede explicar y enseñar sin dar al mismo tiempo la noción de la renta o rendimiento del capital; no lo negamos. Pero es que aquí está lo grave de la cuestión. Si se explica la materia dejando en libertad al alumno para que medite y decida - y para decidir necesita el conocimiento de todas esas cosas, las verdaderas y las falsas -, nada habrá que objetar. Pero si, por el contrario, interviene el profesor con sus ideas particulares e inclina la balanza del lado de su opinión, por muy hombre libre que sea, por muy anarquista que se proclame, cometerá un atentado contra la libertad intelectual del niño, que en la indefección de su falta de desarrollo intelectual, tomará como verdades inconcusas así lo cierto como lo falso. Criaturas de tal modo instruidas, recitarán sabias lecciones... por cuenta ajena. Y a nosotros nos parece preferible que las reciten por cuenta propia aunque sean algo menos sabias.

Si se tratara de hombres la cuestión sería diferente.

El libre examen no ha de aplicarse sólo por oposición a las cosas teológicas, sino también como limitación necesaria a imposiciones posibles de partido, de escuela o de doctrina.

La enseñanza no puede ni debe ser una propaganda. El espíritu de proselitismo se extralimita cuando va más allá del hombre en el pleno uso de sus facultades mentales. Si hay alguna cosa en que la abstención, la neutralidad sea absolutamente exigible, ésa es en la instrucción de la infancia.

En este terreno podemos encontrarnos todos los hombres de ideas progresivas. Y deberemos encontrarnos para sustraer a la infancia del poder de los modeladores de momias humanas, de los hacedores de rebaños.

III

Un niño instruido conforme a los conocimientos verdaderamente científicos, no preguntará probablemente por la existencia de Dios, puesto que ni siquiera

tendrá noticia de tal idea. Pero si lo preguntara, el profesor haría bien en demostrarle que en toda la serie de conocimientos humanos nada hay que abone semejante afirmación. Dios es materia de fe o de opinión, todo menos algo probado y que como tal debe enseñarse.

El que escribe estas líneas puede ofrecer la experiencia de once hijos, que aun no habiendo sido instruidos con el rigor científico necesario, jamás tuvieron la ocurrencia de formular la pregunta antes dicha. De pequeños, porque no tenían idea alguna de ello, y de mayores porque sin duda en el ambiente del hogar, en el ejemplo de cuanto les rodeaba y en libros de que disponían -y los había de distintas tendencias- hallaban satisfactoria respuesta a las interrogaciones de su entendimiento. Su ateísmo será, pues, el fruto de su trabajo cerebral propio, no la lección, aprendida del preceptor. Sus ideas todas serán su labor propia y peculiar, no la resultante de una acción ajena ejercida deliberadamente. La diferencia es esencial y nos parece de una claridad meridiana.

Como hasta el día y tal vez por bastante tiempo perdurará el antagonismo entre la enseñanza de la calle y de la casa, lo natural será que las criaturas pregunten por muchas cosas que no tienen ni fundamento científico, y en todo caso, el profesor deberá desvanecer las dudas de sus discípulos, cuidando, no obstante, de no operar un simple cambio de opiniones. La escuela no puede ni debe ser un club.

Por algo sostenemos que, en tiempo y sazón, todo ha de ser aplicado, pero solamente enseñado aquello que tenga sanción científica, prueba universal. Una buena parte de los problemas planteados por el entendimiento humano, no tienen por solución más que hipótesis mejor o peor fundadas, y es evidente que en su exposición ha de procurarse una neutralidad absoluta, porque la solución que a uno le parece indudable y racional, a otro le parece absurda, y de aquí que el racionalismo sea insuficiente para dirigir la enseñanza. Descartada toda materia de fe, la instrucción de la juventud quedaría reducida a la enseñanza de las cosas probadas y a la explicación de los problemas cuya solución no tiene más que probabilidades de certidumbre.

Pongamos algunos ejemplos. Ante la experiencia diaria que les hace ver que cuando llueve todos nos mojamos, que nada hay que no provenga de algo o de alguien, que no hay, en fin, efecto sin causa, los pequeños hombres, si no preguntan por la existencia de Dios, seguramente preguntarán por el origen del Universo. Llegada cierta edad no hay quien no se pregunte por el principio y la causa y por la finalidad y el acabamiento de todas las cosas. Y todo esto es de una dificultad innegable. ¿Qué hará el maestro? Para unos, puesto que no hay efecto sin causa, el mundo habrá tenido un origen y un principio, tendrá una finalidad y un acabamiento. Para otros, la serie de las causas y efectos no tendrá limite anterior ni posterior y el mundo existirá de toda la eternidad en el espacio infinito. Como todo cuanto nos rodea empieza y acaba, sucede por algo y para algo, los espíritus

realistas optarán por la primera hipótesis. Los capaces de abstracción se decidirán por la segunda. No valdrá invocar la ciencia porque ella no puede actualmente, acaso no pueda nunca, darnos respuestas enteramente probatorias. Los que crean que la solución categórica está en el materialismo o el evolucionismo, hablarán en nombre de una opinión o creencia (racionalismo), pero no harán sino esquivar, diferir el problema, figurándose haberlo resuelto mediante la sustitución de palabras. Lo intelectualmente honrado será, pues, que el maestro exponga con toda claridad los datos del problema y las hipótesis diferentes que tratan de aclararlo. Hacer otra cosa será siempre una imposición de doctrina.

Tyndall, cuya ciencia nadie pondrá en duda, terminaba la explicación de la teoría del calor como modo del movimiento, preguntándose de qué manera podría concebirse un movimiento sin algo que se mueva, y contestaba, con una sencillez verdaderamente sabia, que la ciencia contemporánea no podía responder a tal pregunta, ¿Y se querrá por nuestro bonísimo, pero inútil deseo, resolver de plano estas y otras cien cuestiones ofreciendo a los niños toda una ciencia acabada, fruto de la pretendida infalibilidad del racionalismo?

Poco importa que creamos que siempre ha habido una causa anterior y que la serie de las causas y efectos no tendrá término. La palabra infinito será un subterfugio de nuestro pensamiento, pero no una respuesta concluyente, y así no podremos ofrecer más que una opinión, no una certidumbre; una probabilidad, no una prueba. ¿Qué responderemos si el pequeño hombre se obstina en hallar un principio y determinar un final? Aquí del método de la libertad o si se quiere neutralidad, no del racionalismo precisamente: dejar que el pequeño hombre forme su juicio por sí mismo poniendo a su alcance cuantos conocimientos puedan ilustrar la cuestión.

Y este método de libertad, que nosotros proclamamos, es el exigible a cuantos se digan, piensen como piensen, respetuosos de la independencia intelectual del niño. Lo proclamamos, no a título de hombres de equidad y de recíproco respeto, en cuyo punto creemos que pueden coincidir gentes de todos los extremos de las ideas progresivas, si no entienden por enseñanza el adoctrinamiento de una opinión determinada.

Por eso creemos que los que se empeñan en establecer perfecta sinonimia entre el racionalismo y el anarquismo - que de ningún modo son equivalentes - harían bien en dejarse de rodeos y proclamarse abiertamente partidarios de la enseñanza anarquista, porque esto significaría los términos de la cuestión, y si no a un acuerdo, podría, sin duda, llegarse a una delimitación completa de tendencias.

Aun a estos buenos amigos que en su entusiasmo por el ideal quisieran inculcarlo, tendríamos que objetarles que en todos los terrenos, y más en el de la enseñanza, la anarquía no debe ser materia de imposición.

Dos palabras aún para terminar esta serie de artículos.

Ptolomeo Philadelfo, rey de Egipto, pidió a su maestro, el geómetra Euclides,

que hiciese en su favor algo por allanar las dificultades de la demostración científica, en verdad bastante complicada en aquellos tiempos. Y Euclides, le respondió: «Señor, no hay en la geometría senderos especiales para los reyes.»

Compañeros: en la ciencia no hay senderos especiales para los anarquistas.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 20, 21, 22. Gijón, 26 abril y 5-12 mayo 1911.)

EL VERBALISMO DE LA ENSENANZA

Predomina, por desdicha, en todo lo que pretende ser nuevo la influencia de lo viejo. El patrimonio de nuestros antepasados, que diría Le Dantec, con su enorme pesadumbre, impide el avance rápido de las conquistas y del conocimiento de la ciencia. La experiencia actual tiene por contrapeso poderoso la experiencia atávica.

Son las palabras el vehículo obligado en la transmisión de los conocimientos. Mediante ellas, van las generaciones transmitiéndose sus errores y sus verdades, más los primeros que las segundas. Imitadores los unos de los otros, no acertamos más que a emplear en la lucha las mismas armas de nuestros contradictores. Con palabras pretendemos destruir el imperio de las palabras.

Todo lo que es anterior a la ciencia se reduce a puro verbalismo. Detrás de la teología, de la metafísica especulativa no hay más que artificios retóricos, frases bellas, figuras poéticas, pero ninguna realidad, ningún conocimiento positivo. Todo el pasado está impregnadísimo de una gran repugnancia por los hechos y por las realidades.

¿Qué hacemos los innovadores enfrente de la influencia perniciosa de ese verbalismo atávico?

Poco más o menos lo mismo que nuestros adversarios. Nos pagamos también de palabras. La magia de los nombres sonoros nos seduce. Y a unos conceptos altisonantes, oponemos otros altisonantes conceptos; a unas entidades metafísicas, contestamos con otras abstrusas entidades, a unos artificios, sustituimos otros artificios. La herencia es más poderosa que nuestra razón y que nuestra voluntad.

En el determinismo fisiológico y social hay explicación para el fenómeno, pero en la inconsciencia de la realidad y en la ignorancia del saber humano sería menester que buscáramos la causa eficiente de nuestra impotencia renovadora.

Pretendemos ser científicos, y andamos ayunos de ciencia. Queremos ser prácticos, y divagamos atrozmente. Soñamos con la vida sencilla y natural, y no hacemos más que acumular complicaciones y amontonar viejos o nuevos

cachivaches. Es que hemos adquirido las palabras y no las realidades. Es que ha sonado agradablemente en nuestros oídos la palabra saber, pero no hemos podido todavía apoderarnos del ritmo armónico de su contenido. Somos nuevos por el deseo, caducos por el conocimiento.

Y así, tan verbalistas como nuestros contrincantes, giramos constantemente en un círculo vicioso.

En ninguna de nuestras manifestaciones activas como en materia de enseñanza, se muestra más claramente esta triste realidad. En nuestras escuelas se atiborra a los niños de indigestas palabras que quieren ser algo, que algo encierran en el generoso deseo del que las profiere, pero que en realidad, de verdad no llevan al cerebro ni un solo rayo de luz. Enseñamos y aprendemos, como antes, figuras retóricas, conceptos filosóficos, abstrusas metafísicas, artificios lógicos; nada de realidades, nada de verdades experimentales. Poner la experiencia, los hechos, ante las criaturas y dejar que ellas mismas se hagan su conocimiento, su lógica, su ciencia, es cosa que no entra en nuestros cálculos. Es más sencilla y más cómoda la rutina de darles opiniones hechas, de llenarles la cabeza de discursos vehementes; de sugerirles argumentos en correcta formación. Buena voluntad no falta. Lo que faltan son medios y conocimientos, educación pedagógica y ecuanimidad doctrinal.

Habríamos de aprender primeramente que en la realidad está toda la experiencia y que en la experiencia está toda la ciencia, para que nos diéramos cuenta de que la enseñanza se reduce a lecciones de cosas y no a lecciones de palabras. Y aprendiéndolo primero, estaríamos luego en camino de adquirir los mejores métodos, para que la realidad misma, no el maestro, fuera grabando en el cerebro y en la conciencia de las criaturas aquellos ejemplos de bondad, de amor, de justicia que hubieran de constituir el futuro hombre de una sociedad de justicia, de amor y de bondad.

Sin quererlo, fabricamos hoy hombres a medida de nuestros prejuicios, de nuestras rutinas, de nuestra insuficiencia científica porque somos verbalistas y estamos nosotros mismos hechos a la medida de otros verbalismos que repudiamos. ¡Cuántos bellos discursos infructuosos! ¡Cuántos impotentes esfuerzos intelectuales de sugestión de ideas! ¡Cuántas energías malgastadas en vanas divagaciones!

La enseñanza nueva deberá ser algo más sencillo que todo eso. Sin grandes sabidurías, se pueden enseñar grandes cosas; diríamos mejor, se puede hacer que los niños aprendan muchas cosas por sí mismos. Sin discursos, sin esfuerzos de lógica que envuelven siempre algo de imposición, se pueden obtener óptimos resultados en el desenvolvimiento intelectual de las criaturas. Bastará que la infancia pueda ir desentrañando sucesivamente el mundo que la rodea, los hechos de naturaleza y los hechos sociales, para que, con pequeño esfuerzo del profesor, ella misma se forme su ciencia de la vida. Por cada cien palabras de las muchas

que se emplean en perjuicio de las criaturas, un solo hecho será suficiente para que cualquier niño se dé buena cuenta de razones que acaso los más elocuentes discursos no lograrían meter en su cerebro. Lecciones de cosas, examen de la realidad, repetición de experiencias, son la única base sólida de la razón. Sin experiencias, sin realidades, la razón fracasa comúnmente.

Nuestros esfuerzos, en materia de enseñanza, deben propender, no a un proselitismo extensivo, sino al cultivo intensivo de las inteligencias. Un puñado de niños hechos a su propia iniciativa, será una mayor conquista que si ganáramos algunos millares de ellos para determinadas ideas.

Es de tal eficacia el factor libertad, que hasta en las criaturas educadas en el abandono da sus beneficiosos frutos. No hay golfo tonto ni pilluelo que no sea inteligente.

Y si en la humanidad persiste la esclavitud moral y material, es porque precisamente se ha empleado en la enseñanza el factor imposición. El instrumento de esta imposición ha sido y es el verbalismo, el verbalismo teológico, metafísico o filosófico.

¿Queremos una enseñanza nueva? Pues nada de verbalismo ni de imposición. Experiencia, observación, análisis, completa libertad de juicio, y los hombres del porvenir no tendrán que reprocharnos la continuación de la cadena que queremos romper.

El verbalismo es la peste de la humanidad. En la enseñanza es peor que la peste: es la atrofia, cuando no la muerte, de la inteligencia.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 7. Gijón, 21 septiembre 1912.)

VIDA ESPAÑOLA

LAS DOS ESPAÑAS

No voy a hablar, naturalmente, a título de patriota; pero como pudiera parecerlo, allá va una pequeña digresión a tal propósito.

Sustituir una preocupación a otra preocupación, un prejuicio a otro prejuicio, nada resuelve ni nada corrige. La afirmación de la patria, estado de fuerza o de derecho, nada o poco tiene que ver con la afirmación de la patria, estado afectivo. Se pueden sentir hondamente las cosas de la tierra y ser tan cosmopolita como se

quiera. Para negar las patrias, expresión de antagonismos irreductibles, no es menester que demos de bruces en el exclusivismo que halla bueno, excelente, todo lo distante; y malo, más bien pésimo, todo lo próximo, por la sola razón de referirse a la patria propia. Es esta manera de ser patriota al revés, es decir, patriota de las otras patrias. Para tratar desapasionadamente cualquier asunto que con la idea o la realidad de la patria se refiera, hay que estar curado de esos dos prejuicios, igualmente dañosos.

¿Puede, en ese supuesto, hablar un anarquista de cualquier país, así haya nacido en él, y examinar, sin *parti pris*, las condiciones recomendables o censurables del mismo? Creo que la respuesta no es dudosa.

Parezca lo que parezca, así se me tache de patriotero, amparado en una razón y en un derecho, que tengo por indiscutible, vaya decir, a renglón seguido, lo que pienso de ciertos juicios y de ciertas afirmaciones referentes a España.

Anda por ahí una leyenda que nos pinta como país absolutamente ignorante, degenerado por la tauromaquia y e! flamenquismo, sometido servilmente a la más dura tiranía, atenazado por el atavismo inquisitorial. Aquí, por lo visto, llevan todavía las mujeres la navaja en la liga, perdura el derecho de pernada, subsisten los señores feudales y la sopa de convento, se mata el hambre arañando rabiosamente las cuerdas de la guitarra, y entre cañas y toros, y juergas y rezos, el pueblo español está embrutecido ogaño como antaño. Los demás países de Europa y América nos miran como a bichos raros y nosotros mismos parecemos complacidos de que se nos tenga por anacrónicos.

Dije leyenda y no rectifico. Porque España, a la hora presente, guarda sin duda reminiscencias del tiempo viejo (¿cómo negarlo?); conserva acaso demasiados restos del dominio inquisitorial y del despotismo político; anda sin pulso, en crisis innegable de transición; persiste en su idiosincrasia singular, en costumbres y hábitos que tal vez arraiguen en el carácter y en el temperamento; pero la España actual tiene también otras condiciones que la alejan, definitivamente del tiempo pasado. Desconocerlas, vale tanto como negar la evidencia y empeñarse en galvanizar un cadáver. Esto pretenden, sin duda, los que desde fuera o desde dentro gritan, pintan y exageran cosas que fueron y callan cosas que son.

Cierto que el mundo oficial, religioso y capitalista se nutre en la historia de tiranías y crueldades bárbaras, cierto que nuestro llamado progreso político es mera apariencia, máscara el constitucionalismo, farsa el parlamento; cierto que no hay respeto ni garantía para la independencia y el derecho personal, que gobierna el capricho y la nulidad, que reviven a ratos castigos infamantes, torturas y suplicios, y que, por poco más de nada, se persigue y se encarcela a todo el que disiente del cómodo pensar de los que mandan. Pero, ¿dónde, cómo y cuándo se vive fuera de los atavismos políticos y religiosos? ¿Qué país ha roto con su pasado de sangre y de negrura? ¿Dónde está el Edén en que no sea farsa el parlamento y

máscara la constitución? ¿Cuál es la tierra de promisión de las leyes inflexibles, iguales para todos, donde no gobiernan los granujas, los prevaricadores y los concupiscentes?

La República francesa tiene a su cuenta las leyes de excepción contra los anarquistas, la cuestión Dreyfus, los fusilamientos de huelguistas, los procesos escandalosos en que se pretendió englobar a escritores revolucionarios con delincuentes comunes. Las asechanzas policiacas contra nuestros amigos, no han tenido hasta ahora semejanza en parte alguna. Se los asediaba hasta arrojarlos de los talleres y de las viviendas, acorralándoles solapadamente. El Congreso socialista revolucionario convocado cuando la Exposición, se habría, seguramente, reunido en España, y no pudo reunirse en París porque lo prohibió aquel gobierno republicano. El lema Libertad, Igualdad, Fraternidad se ostenta en todas partes fanfarronamente y es allí, como en cualquier nación, burla grosera con que se insulta al pueblo.

Las leyes de represión del anarquismo son en España copia de las francesas, como los destierros actuales son una pésima traducción del *domicilio coatto* de Italia. Si aquí tenemos los tormentos de Montjuich, la muy republicana y muy federal América del Norte tiene las horcas de Chicago; su expulsión de anarquistas la muy libre Argentina.

Estos son apuntes a la ligera y muy someros. Puesto a documentar este artículo, no bastaría un volumen para las pruebas mil de que en todas partes cuecen habas. ¿Diremos una perogrullada afirmando que hay otra España que no es rufianesca, que no es despótica, que no es servil, que no es ignara; que hay, en fin, dos Españas, como hay dos Francias, dos Italias, etc.?

Pues sí; hay otra España que no se quiere conocer, de la que por acá mismo no se tienen muchas noticias. Socialmente hay una España opuesta a la chulapería y a los toros, una España que estudia y labora por un mejor estado; que desarrolla y extiende la cultura, fomenta las artes y moraliza las costumbres.

Principalmente en Cataluña, y conste que no es catalán el que habla, la clase obrera y la burguesía modesta podrían y deberían servir de modelo a otros países que nos juzgan mal porque nos desconocen. La afición a la música y al canto son generales. Las diversiones favoritas son los teatros, los conciertos, las conferencias, las excursiones al campo. La moderación en las costumbres es tal, que difícilmente se ve un borracho en las calles. Guardo grata memoria de una de esas excursiones a que fui invitado por algunos amigos. Mi sorpresa fue grande, no obstante los antecedentes que ya tenía, cuando observé que en aquella reunión de veinte o treinta hombres y sus familias, en la que se hizo música, se cantó, se bailó, comió y bebió bien, no hubo ni una sola nota discordante, ni el menor indicio de embriaguez, ni el más pequeño choque, nada que pudiese hacer torcer el gesto al más exigente.

¿Y qué decir del Norte y del Noroeste de España? Bien conocidos y

ponderados son los hábitos morigerados, la bondad de trato y de costumbres de aquellas gentes.

Se dirá que Andalucía es atrozmente ignorante y miserable y vive aún en plena Edad Media. ¡Desdichada región que por rica, es pobre; ella da la nota, a un tiempo penosa y risueña de la España clásica! Y sin embargo, el ingenio, la viva imaginación, la riqueza de sentimientos y la alegría del vivir de aquellos escuálidos y depauperados campesinos, para sí las quisieran los misántropos que los denigran. Allí se canta, se baila y se ríe porque la Naturaleza toda -aire, luz, sol- canta, ríe y baila. Cabrillea en los cerebros el fulgor de la vida plena, difundido en el ambiente espléndido, magnifico, insuperable. Cosquillea en los nervios el impulso vigoroso, el hábito fecundante y cálido de la Naturaleza que allí vibra fortísimo como en parte alguna. Y la alegría de vivir salta y brinca en el *frou frou* de las faldas mujeriles y en el aroma de las flores con que adornan su cabeza, y en los vivos colores de sus pañuelos mantones. Ello no impide ni impedirá que Andalucía progrese, que sus campesinos vayan entrando en los dominios de la cultura general. El obstáculo feroz, obstinado, es la riqueza acumulada, la explotación escandalosa que auxilian autoridades bárbaras. Pero el obstáculo será vencido porque hay una España que lo arrollará, una España sin manolas y chisperos, que estudia, rinde culto al arte y ambiciona la ciencia.

¿Somos, por todo lo dicho, mejores o peores que otros? Ni peores ni mejores; somos como somos y los otros son como son. Y los que quieran conocernos que se den una vuelta por acá y en lugar de colarse de rondón en las plazas de toros y en los degenerados cafés cantantes, donde sólo obtendrán la caricatura de España, que se tomen la molestia de estudiarnos. Y a su vez los que del lado de acá, cargados de bilis, vociferan sus pesimismos, que se den una vuelta por Europa y América, y si no se reducen a visitar museos y bibliotecas, verán que en ninguna parte se atan los perros con longaniza.

Politicamente, la España actual, la otra España, ajena al oficialismo, distinta y opuesta al Estado, contraria a la frailocracia, nuestra mayor calamidad, reñida del todo con la tradición de que la leyenda arranca, *es* quizá menos conocida que la España social. Esta otra España, es la del federalismo insurgente, del socialismo y del anarquismo activos, una España netamente de ideas progresivas, fautora, no simple recipiente de ideales y aspiraciones generosas. Esta otra España es la de centenares de escuelas neutras clausuradas ahora por la reacción, sin duda para hacernos conocer lo que ni nosotros mismos conocíamos en toda su magnitud; es la de esa gran obra de educación y cultura que revela la existencia de un pueblo capaz de todas las empresas, lleno de energía y de constancia y de firmeza. Al lado de esos centenares de escuelas que se abrirán de nuevo, los mil centros políticos, sociales, de cultura, las asociaciones progresivas, los sindicatos y las cooperativas obreras, ponen bien de manifiesto que en todas las direcciones labora una España nueva por la regeneración total del país, más aun, de todos los países.

El alzamiento de Cataluña entera, más algunas ciudades del resto de España, en julio de 1909, caso no igualado hasta el día, ¿no demuestra con hechos, que la España de la leyenda es una España falsa, amasada con convencionalismos y mentiras negras o rojas?

No obstante los reiterados acuerdos de la Internacional obrera sobre la guerra, nadie hizo, -ni el pueblo francés cuando en Casablanca-, protesta tan vigorosa como la realizada por este pueblo español que no obedece acuerdos, pero sigue valientemente impulsos propios.

Cuidado que no hago comparaciones para establecer supremacías y menos para mortificar. No hago tampoco patriotismos. Constato hechos para fijar ideas y condiciones y me defiendo y defiendo a mis camaradas de lucha, demostrando que estamos donde está todo el mundo progresivo.

Hay, pues, una España que no es la España de Torquemada, como hay una Francia que no es la de la hiena Thiers.

Los tormentos de Montjuich no se repetirán, no se repiten ahora mismo, a causa de la acción constante de esa España nueva, pues digan lo que quieran amigos o adversarios, -aquellos que no pueden vivir sin forjar novelas-, la reacción actual no osa dar la batalla de frente. Reta con las palabras, es cruel e hipócrita en los hechos, pero también cobarde con relación a sus ansias de exterminio contenidas por la amenaza de mayores males que presiente y rehuye.

Lo que ocurre, en realidad de verdad, es que los reaccionarios de acá hinchan el perro revolucionario, con los fines que son de suponer, y los revolucionarios de allá Inflan el perro reaccionario con los mismísimos fines, pero en sentido contrario. Y me dan ganas de gritar: ¡embusteros todos! De esta reacción no blanda ciertamente, ni rastro quedará dentro de unos meses. Se abrirán las escuelas clausuradas, se reanudarán las propagandas, se reorganizarán centros y sindicatos, se creará nueva prensa y acaso, acaso, ni aun presos quedarán en las cárceles. ¿De qué nos serviría, si no, esta indómita independencia y esta testarudez indómita que nos distingue de otros pueblos?

Quedan unos cuantos Torquemadas, pero son a millares los rebeldes. Yo me río cuando veo a gentes graves organizar campañas truculentas alrededor de un simple nombre cuando aquí tenemos algún millar de nombres de encarcelados a su disposición. Yo me río de las notas conminatorias que parecen declarar nuestra impotencia revolucionaria. Y me reiré locamente, por no indignarme, si se repiten las amenazas de algunos de los nuestros en otra campaña reciente, amenazas de apelación a los gobiernos extranjeros formuladas por circunspectos internacionalistas. ¿Es que la libertad, el respeto al ciudadano, las garantías del derecho, la humanidad, la equidad, se dan en los gobiernos, en la magistratura, en el capitalismo y en las iglesias del lado de allá de los Pirineos y de las costas ibéricas?

Bien está la solidaridad internacional, pero que no se nos trueque en

compasión y limosna, que no se convierta en mentira que deprime y molesta. La España nueva va donde vayan todos los pueblos renovadores y brinda su solidaridad espontánea a cuantos de ella tengan necesidad, y no sólo acepta, sino que reclama, ahora más que nunca, la solidaridad de cuantos luchan por la emancipación humana.

En las horas de combate huelgan los distingos. Combatamos sin tregua, con la verdad, que es lo que interesa por encima del fárrago de preocupaciones que anidan aún en nosotros mismos, radicales, socialistas y anarquistas de todos los tonos.

Cuanto no sea esto, es pisar los talones a nuestros enemigos, siguiendo su propia ruta de mentiras, de engaños, de iniquidades. Y, ciertamente, para tal viaje no se necesitan alforjas.

(“LA PROTESTA”, Buenos Aires, 23 octubre 1909.)

POR LA CULTURA

Periodistas, literatos y políticos no saben pasarse sin una plataforma de temporada para entretener al respetable público.

Ahora mismo han puesto de moda el tema de la cultura y no pasa día sin que le dediquen largas, latas y enfadosas parrafadas.

En verdad que el asunto es de verdadera importancia para todos. Nosotros se la concedemos sin regateo.

Somos un pueblo rezagado, casi dormido, que apenas se conmueve por nada. El desarrollo intelectual es poco más que nulo y la voluntad no suele resolverse a la acción por impulsos reflexivos, movida a veces solamente por los pasionales. El pensamiento no sirve aquí sino para formar *Châteaux en Espagne*, que dicen nuestros vecinos los franceses. Y en esto nos quedamos.

¿Quién duda de la imprescindible necesidad de cultura en que vivimos? ¿Quién duda de la eficacia de una labor intensamente cultural que sacudiera la pereza de las inteligencias?

Saltar, en tiempo y razón oportunos, del «yo quiero» contemplativo, al «yo hago» fecundo, sería inmediato resultado de aquella indicada labor.

Mas para tan grande obra, carecemos en España de elementos adecuados. Los llamados intelectuales son, en su mayor parte verbalistas y, por añadidura, abúlicos. Los que se atribuyen la misión de dirigirnos, los políticos, son profesionales de la trampa y del escamoteo, hueros de meollo, incapaces de grandeza,

raquíticos de alma y de corazón.

Así, toda la obra presente de cultura se resuelve en una enorme mentira convencional. Nadie lo ignora, pero casi todo el mundo lo calla: los centros de enseñanza privada u oficial, son templos de castración y de atrofia; los programas, tupida malla de enredijos de pretendida ciencia; los años de estudio y los métodos de enseñanza, eterno y sostenido aprendizaje de masturbación intelectual. Título académico es frecuente equivalencia de imbecilidad incurable.

Sobre *ese* carril resbaladizo, continuamos deslizándonos felices. Se han instituido enseñanzas nuevas, nuevos centros de instrucción popular con pretensiones de sano practicismo, de viable reforma, y los nuevos centros no son sino triste remedo de los antiguos.

El mismo profesorado carece, en general, de condiciones, cuando no de bastantes conocimientos para la enseñanza. ¿Y cómo no, si es el fruto maduro de la rutina, de la castración y de la atrofia?

Persisten los mismos factores, los mismos medios, los mismos procedimientos, hasta los mismos cachivaches y las mismas corruptelas del tiempo viejo.

Fuera de los pretendidos templos de la sabiduría oficial, ¡qué pobreza, qué lastimosa pobreza de acción! En lucha a brazo partido con la penuria, la enseñanza privada ha de limitarse a copiar servilmente la enseñanza oficial, cuando no la empeora y agrava. Toda la idealidad se reduce a la conquista del garbanzo. Verdad que el profesorado sería heroico, si no fuera esclavo, siervo y paria de la miseria.

Y ya no queda más que la obra de los escritores bregando un día y otro por la anhelada regeneración y la obra legislativa de los gobernantes.

Con permiso de unos y otros, diremos lisa y llanamente que lo que se necesita no son artículos, discursos y leyes, sIno hechos, hechos y hechos.

Porque hemos llegado a un punto en que el mal sólo tiene remedio revolucionariamente. Mientras se opere sobre los viejos organismos y sobre los viejos preceptos, toda labor será infecunda.

Que no se espanten los meticulosos del eufemismo, los pisaverdes de la elegancia y los circunspectos de senil seriedad de asno. Hay que decir muy alto lo que todo el mundo dice por lo bajo.

Y es a saber: que si se quiere una verdadera campaña de cultura general, es necesario que se empiece por destruir, por aniquilar todo el vetusto edificio de la enseñanza, por suprimir los aparatos repetidores que se llaman catedráticos y maestros de antonomasia; por quemar, así como suena, los malditos textos sólo atentos a los fines especulativos y no a los científicos; por arrinconar para siempre enredosos programas y encasillamientos de tiempo y facultades; y hasta, en fin, por derribar los antihigiénicos y apestantes caserones donde se fabrica la estulticia y la idiotez patentadas.

A compás de esta primera obra de saneamiento, habría que dar el golpe de gracia al privilegio que reserva a los ricos y a los semirricos el monopolio de los conocimientos, con lo que al propio tiempo se redimía materialmente la enseñanza, se la emancipaba espiritualmente. La avalancha de las multitudes ansiosas de saber, sería campo abonado para la experimentación de aquellos que supieran y quisieran emprender la obra de la enseñanza integral.

Entonces, y sólo entonces, con profesores de verdad, y de verdad libres; con absoluta independencia para la elección de libros; con métodos nuevos adoptados a la naturaleza de cada enseñanza y a la variedad de las actitudes; con edificios, patios y campos higiénicos y confortables; con todos los elementos necesarios a un indispensable practicismo y a la eficacia de precisas demostraciones para no producir loros ilustrados, podremos dar por comenzada esa gran empresa de cultura que tantos proclaman y tan pocos quieren.

Entretanto hay una labor preparatoria que tampoco se hace, aunque mucho sobre ella se declama. Y esta labor consiste en que los que saben y pueden salgan de su torre de marfil, dejándose de estériles predicaciones a la luna, y vayan derechamente a ofrecer al pueblo el tributo de sus conocimientos, no sólo con palabras y razones, sino también con hechos que las verifiquen.

Aldeas, villas y ciudades esperan ansiosas la buena nueva y allá no llegan sino necias peroratas, y mazacotes de insulsa prosa, vacías ambas de contenido científico y hasta de contenido artístico.

Y si se nos dijere que aún para esta preparatoria empresa de cultura se necesitan recursos y medios de que se carece, contestaremos sencillamente que así como los hay para mantener con boato un culto y un clero que maldita la falta que nos hace; así como los hay abundantes para sostener en pie de guerra una multitud de jóvenes que estarían mejor estudiando y trabajando, así como no se escatiman para el mantenimiento de cien instituciones de holganza; así y más que así debe haberlos para enseñar, para ilustrar, para emancipar las inteligencias del automatismo enfermo en que nos estamos agotando.

Porque a todo evento queda patente la razón, la razón poderosa de los que afirman -y nosotros con ellos- que esa obra de cultura ni aun revolucionariamente se llevará a cabo si no se hace previamente esa otra revolución que quiere ante todo llenar los estómagos, abrigar las carnes y fortalecer los cuerpos.

(“ACCION LIBERTARIA”. núm. 3. Gijón. 2 diciembre 1910.)

PARA LA BURGUESÍA ESPAÑOLA

CONSEJO DE ADVERSARIO

Unos cuantos afamados periodistas no cesan de batir el parche clamando por el resurgimiento de España. Las principales empresas periodísticas y talentudos corresponsales que cumplen su patriótica misión señalándonos el florido camino por donde los grandes pueblos van hacia la fortuna y hacia la dicha. Secundan esta maravillosa obra de cultura los dioses menores de tierra adentro que gozan en las redacciones de nuestros rotativos -y no más allá de sus paredes, tal vez mugrientas- de justo y muy merecido renombre. La envidia nos come. Con el celo de la sangre africana, que dicen que tenemos, andamos presurosos en corresponder a los nobles esfuerzos de nuestros más preclaros intelectuales. España renace.

¿Renace? Todavía los clásicos tenderos de ultramarinos andan remisos en vender algo más que ochavos de pimentón y cuartos de azúcar. Todavía los respetables «todo lo vendo» de los pequeños bazares oscuros y tétricos repletos de cachivaches y de trapos de toda especie, apenas si osan salir de la penumbra sórdida en que nacieron y en que morirán. Todavía los asombrados industriales de su gran industria yacen en admirativa contemplación de sus forjas paupérrimas de sus telares históricos, de sus risibles fábricas. Todavía la ciencia de los graves e inflados técnicos salidos de escuelas y universidades anda repleta de hojarasca, muy pagada de hueros teoricismos de cabalísticas fórmulas, de vanas pretensiones. La persistencia en lo mediocre y en lo superfluo corre pareja con la repugnancia a lo grande y necesario.

Toda nuestra burguesía, desde el más humilde mercader hasta el más poderoso banquero, desde el último aprendiz de ciencias hasta el más docto de los titulados por los centros oficiales; toda nuestra burguesía continúa impertérrita en su apego a la rutina de los jornales de hambre, del trabajo extensivo, sin cuenta ni medida de tiempo; continúa la tradición de intransigencia y de odio a las ideas, de persecución al hombre independiente; continúa adscrita a todas las ranciedades que le impiden asomarse al horizonte de las cosas modernas, buenas o malas, que de todo hay, pero precursoras de una vida nueva que se viene a todo correr de los andares revolucionarios. Toda nuestra burguesía es incapaz de rehabilitación si no sacude antes la roña medieval que la carcome.

El renacer de España podría venir tan pronto como su majestad el capital se diera a partido reconociendo que con salarios de una, dos y tres pesetas no puede haber obreros hábiles, obreros fuertes, obreros inteligentes; que con jornadas de diez, doce y más horas no puede haber producción esmerada, regular y remuneradora; que con ganancias de avaro no puede haber espléndidos compradores; que con rutinas de práctica ramplona no puede haber adelantos

industriales; que con petulancias librescas no puede haber aciertos técnicos, ni perfeccionamientos ni invenciones. El renacer de España podría iniciarse el día en que, en lugar de ochavos, se vendieran pesetas de pimentón y de azúcar; en que, en vez de sucios y oscuros baratillos, se establecieran anchurosos, ventilados y bien limpios almacenes; en que, a los pretenciosos talleres, sucedieran bien montadas y bien dotadas fábricas; en que, a la ramplonería práctica y a la cursilería teórica, se acometiese de verdad el estudio atento y el ensayo consciente de todos los problemas de la técnica industrial. El renacer de España podría comenzar el día mismo en que las clases medias dejaran de espantarse ridículamente de las agitaciones obreras; dejaran de asustarse a la sola presencia de quienquiera que se diga revolucionario, socialista, sindicalista o anarquista; dejaran de vivir en la santa ignorancia de todo lo que es ideología y pasión y amor abnegado por las cosas que afectan a todos los hombres, cualquiera que sea su raza, su color o su condición.

¡Qué inútilmente agitan algunos el problema de la cultura! ¡Qué neciamente repiten el estribillo de la europeización!

Nuestro consejo, consejo de adversario, de enemigo si se quiere, va por otros senderos. Para dejar de ser un pueblo de pordioseros y de ignorantes, -más pordioseros, al menos, y más ignorantes que otros pueblos- bastará que la burguesía abra su bolsa y sacuda su pereza mental. Que pague buenos salarios a los obreros, que remunere dignamente a sus empleados y a sus mismos directores, que no exija del que trabaja mayor esfuerzo que el que exigiría a sus máquinas. Tiempo y dinero, dinero y tiempo, y habrá cultura, alguna cultura, y menos hambre y menos fatiga. El trabajo será más inteligente, la producción más remuneradora. Las transacciones comerciales serán más amplias y de mayor importancia. También las exigencias serán mayores, y también las agitaciones más hondas y pavorosas. Habrá más revolucionarios, más socialistas, más sindicalistas, más anarquistas.

¿No queréis la rehabilitación del país? Pues no lo dudéis: no hay otro camino. Los dos términos se implican. A mayor industria, a mayor comercio, a mayor ciencia y a mayor riqueza, corresponden más tremendas inquietudes, más graves problemas, más enconadas luchas. En la elevación de todas las cosas, todas las cosas se agrandan. La escaramuza se convierte en batalla, la batalla en epopeya.

Del enemigo el consejo; seguidlo. El día en que sepáis ser ricos y poderosos, que no lo sabéis; el día en que seáis capaces de las grandes combinaciones financieras, que no lo sois; el día en que tengáis arrestos para las colosales empresas industriales, que no los tenéis; el día en que poseáis la ciencia de que carecéis; y también el día en que no os espanten la anarquía y la revolución, ese día estaréis rehabilitados y estará rehabilitada la patria de vuestros amores. Se habrán, entonces, colmado vuestros anhelos de grandeza. Seréis grandes.

En la ascensión hacia esa grandeza, tendréis que arrastrar el bagaje del

proletariado. Sin él no daréis un solo paso. Y para arrastrarlo, tendréis que desprenderos de la ganancia avara, del interés usuario, sacrificando, en su honor, dinero y tiempo. El proletariado corresponderá, no lo dudéis, a vuestra nobleza. Aprenderá a vivir, y querrá vivir más, aprenderá a gozar, y querrá gozar más; se hará más exigente, más revoltoso, más anarquista. Aquí de vuestro fuste de luchadores a lo grande. Ahora sois pobres, mezquinos, despreciables. Después podremos dispensaros el honor de consideraros alguna cosa.

Bien vale la pena de vivir algo, de ser algo, de luchar por algo. En la derrota del mundo viejo, todavía podéis, caer airosamente. Seguid del enemigo el consejo, si no queréis perecer como cochinos.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 3. Gijón, 9 noviembre 1912.)

MONOGRAFÍAS REGIONALES

Me propongo analizar en estas descripciones las circunstancias particulares de las luchas sociales en cada una de las regiones de España de las cuales tengo algún conocimiento o experiencia.

La falta de datos precisos me hará fácilmente incurrir en errores. Mas como no me propongo hacer un historial, sino llamar la atención sobre determinadas condiciones y emitir juicios, desde luego personales, me contentaré con sugerir a otros el deseo de estudiar y de hacer mejor lo que yo hago deficientemente.

De algunos años a esta parte ha variado mucho el aspecto de las luchas sociales en todas las comarcas españolas. Cataluña, Andalucía, todo el Norte y Noroeste, Valencia y Murcia han sufrido profundas modificaciones bajo la influencia de cambios, no sólo en las industrias, sIno también en el modo de sentir y de pensar del proletariado. Asimismo, el factor político ha determinado fenómenos dignos de especial atención por lo que importa al vario éxito de las reivindicaciones obreras.

Por ésta y otras razones, juzgo que serán de alguna utilidad el examen y las deducciones que me propongo hacer, sometiendo a la consideración de los camaradas la necesidad de esta clase de estudios.

No basta lamentar desaciertos y señalar deficiencias. Es necesario aplicar a los males conocidos el remedio oportuno y poner actividad donde hubo negligencia, entusiasmo donde tibieza, constancia donde abandono.

La labor de propaganda nunca está concluida. Pesa demasiado, sobre todos, la educación atávica y el medio ambiente para que con unos cuantos discursos y unas pocas lecturas se remueva el mundo. Hacer convencidos es realmente fácil; no lo es tanto hacer actuantes. Mucho, mucho menos, conseguir que el medio obrero se purgue de rutinas, prejuicios y resabios. Y que esta labor es indispensable para posibilitar la revolución consciente de los oprimidos, no habrá quien lo ponga en duda.

Comenzaré mi tarea sin orden de preferencia, pero sí ocupándome seguidamente, y una después de otra, de las dos regiones de España más significadas en el mundo social.

ANDALUCÍA

La región andaluza es quizá la que mejor conozco de todas las de España. Muchos años he vivido en ella, precisamente en la época preponderante allí del societarismo.

Desde el Congreso de la Federación Regional de los Trabajadores -reviviscencia de la públicamente disuelta Internacional- celebrado en Sevilla el año 1882, pude seguir paso a paso y muy de cerca la evolución societaria de aquella comarca.

Ya en el periodo de la revolución y de la República había dado Andalucía bravas muestras de su espíritu rebelde y de su potencia revolucionaria. Entremezclados entonces internacionalismo y federalismo, el proletariado andaluz y sus mismos inspiradores, Salvochea, Cala, Córdoba y López y tantos otros fueron siempre a la cabeza en aquel movimiento prodigioso del pueblo español, que sin la cobardía y el bizantinismo de los jefes y políticos de oficio hubiera transformado el país profundamente.

Para ahogar la revolución andaluza se hicieron las famosas deportaciones a Filipinas, a las Marianas y Fernando Póo.

Ello no obstante, el resurgimiento de aquel proletariado, apenas organizada la Federación Regional antes dicha en el Congreso de Barcelona de 1881, fue tan pujante que bien puede decirse que el proletariado en pleno de las grandes ciudades y de los principales núcleos campesinos de Andalucía entró a formar parte de aquella Federación. Sevilla, Málaga, Cádiz, Córdoba, Jerez y veinte poblaciones más, amén de casi toda la campiña jerezana y la serranía de Ronda,

cuyos nombres árabes me bullen en la cabeza, dieron tan poderosas fuerzas a la naciente organización, que bien pronto inspiró serios temores a las clases directoras.

La influencia de estas organizaciones de resistencia que formaban la Federación Regional, se dejó sentir hasta el punto de que un periódico tan reaccionario como «El Imparcial» tuvo que reconocer, refiriéndose a Málaga, que en la bella ciudad del Mediterráneo había decrecido sensiblemente la delincuencia desde que los obreros estaban organizados.

En Sevilla, con su enorme centro obrero, capaz para miles de hombres, se impuso de tal suerte la moralidad en las costumbres que se tuvo por desterrada la embriaguez. Ningún obrero hubiera osado entonces, ni se le hubiera permitido, presentarse embriagado a las puertas del gran caserón popular.

Podría multiplicar las citas hasta el cansancio.

Esta misma elevación cultural y moral del proletariado andaluz puso en gran cuidado a los gobernantes.

Sobre todo la tierra baja, la campiña jerezana, la serranía de Ronda, constituían una amenaza seria. Aquellos campesinos veíanse obligados a reunirse en pequeños grupos, sigilosamente, ya en las viñas, ya en los olivares, ya en las asperezas y recodos de las montañas. Ello daba tono de conspiración a lo que era sencillamente medio forzado para entenderse, para asociarse, para leer la prensa, porque en los campos andaluces no regían las leyes comunes a todos los pueblos de España.

Un episodio sangriento de orden privado dio pretexto a las clases directoras para inventar la famosa «Mano Negra» e iniciar una brutal persecución que se extendió a toda España y en la que no faltaron, antes abundaron, las prácticas inquisitoriales de retorcimiento de testículos y otras lindezas.

La organización casi se desbandó. En Andalucía, apenas fue posible mantener el fuego sagrado. «La Revista Social», que por aquellas fechas tiraba unos veinte mil ejemplares, murió a manos de los perseguidores de obreros.

Fue gran error suponer extinguido el espíritu revolucionario en Andalucía. Si en las ciudades no renació tan pujante como antes, en el campo fue bien pronto más vivo, más resuelto. Tras un corto período de reorganización, se produjo el alzamiento de Jerez mientras Pedro Esteve y Enrique Malatesta recorrían España en excursión de propaganda. Se puso a Malatesta cabeza de aquel movimiento, y ciertamente, corrió hacia Andalucía a la primera noticia que tuvo del suceso, pero llegó tarde. En Sevilla comentábamos juntos, una noche de aquéllas, los grandes embustes que acerca de su persona traían los periódicos de gran circulación.

¿A qué hablar de persecuciones? Las hubo entonces como siempre.

Llegando a tiempos presentes, no están lejanos otros sucesos que de vez en cuando han revelado que entre las cenizas quedaba algún fuego.

Andalucía, bajo las ideas anarquistas, como antes bajo las del federalismo y

de la Internacional, ha mantenido durante muchos años enhiesta la bandera revolucionaria.

¿Cómo ha venido a parar en la actual atonía?

Como las aves carniceras caen sobre los campos de batalla, así cayeron sobre la destrozada comarca andaluza los vividores políticos y los redentores a sueldo, tan pronto el elemento anarquista fue casi totalmente disperso por las continuas y bestiales persecuciones del poder público.

La forzosa emigración de los mejores propagandistas, la inutilización de otros en cárceles y presidios, la muerte de algunos, todo contribuyó, juntamente con el decaimiento de la propaganda libertaria, a que el proletariado andaluz cayera en la indiferencia y en la inacción.

Algunos políticos avisados lograron pasajeros éxitos, más provechosos para sus particulares fines que para la causa de los obreros; los socialistas consiguieron atraerse algunos elementos tibios o descorazonados; pero, en realidad, ni los políticos ni los socialistas han podido hacer que Andalucía renazca intensamente a la vida societaria.

Es la gente de aquella tierra de suyo impresionable e imaginativa, sentimental e idealista en extremo; tan pronto para comprender y entusiasmarse como para rendirse al desaliento. Si una poderosa corriente de ideas y sentimientos no la conmueve, se acomoda fácilmente a la rutina de la vida miserable entre fiesta y fiesta. Instintivamente es socialista y libertaria. Pero si no se da con la nota exacta que repercuta en su alma vivaz, plena de luz y de sol y de alegría, se llamará en vano a sus puertas.

A pesar de su situación, política y socialmente inferior al resto de España; a pesar de su estado económico, más propio de la Edad Media que de nuestros días, no será la nota materialística la que conmueva a esos obreros. Son de tan cortas necesidades, se satisfacen con tan frugales manjares y con tan ligeras vestimentas, que, en realidad, no les preocupa este aspecto de la cuestión, no obstante los lirismos lastimeros a que son tan aficionados. Hablan siempre con el corazón más que con el estómago.

¿Quién dará la clave para despertar a la hermosa y rica comarca que duerme a los arrullos de la atonía que mata?

¿Hay una forma ideal capaz de seducir aquellos espíritus, clarividentes aún en la mayor opresión, casi felices aun en la mayor penuria?

Cada pueblo tiene su *tic* especial, y Andalucía como ninguno.

Será en vano pretender encauzarla por ribazos agrestes, duros, escuetos. Hay que poner belleza, algo de música, algo de poesía, algo de imaginación y de arte y de amor para conquistarla.

¿La conquistaremos de nuevo?

CATALUÑA

Así como Andalucía fue el sentimiento, la pasión y el entusiasmo en el despertar de España a las ideas sociales, Cataluña fue el pensamiento y la reflexión. Lo había sido cuando la Internacional. Lo fue de 1881 en adelante.

Poco tiempo y de tránsito he estado en Cataluña. Pero por mis continuas relaciones en materia de propaganda y de lucha con aquellos compañeros, puedo imaginarme que conozco aquella comarca tan bien como la andaluza. Las iniciativas, la acción y hasta la dirección del movimiento obrero, de allí partían, y no es raro que cuantos desde otras tierras colaborábamos en la obra de emancipación, tuviéramos para la región catalana solicitudes e inclinaciones que acababan por ponernos bajo su dependencia moral e intelectual.

En el Congreso de Sevilla, en 1882, se vio bien claro que el alma de la organización era Cataluña. Andando el tiempo, se vio asimismo que la Federación Regional languidecía apenas sustraída a la dirección de los catalanes. Por fin, los catalanes mismos, llevados de un rigorismo puritano y juzgándose demasiado a la vanguardia del socialismo militante, dieron definitivamente al traste con aquella poderosa asociación. No les bastaba transformarla en organización de lucha puramente económica -sin adjetivarla y abandonarla- y la declararon disuelta. Bien pronto el socialismo iglesista, que estaba al acecho, acaparó los elementos dispersos.

¡Con cuánta admiración recuerdo a los bravos luchadores del tiempo viejo! Serios, enteros; de una moralidad a toda prueba; capaces de todos los arrestos sin ridículos desplantes; reflexivos hasta el punto de no comprometer jamás los intereses del proletariado, laborando por las ideas con un tesón firme y sin flaquezas; propugnando continuamente sin desmayos, pero también sin botaratadas; y cuando llegaban los momentos de lucha, no volvían la cara y si caían vencidos no imploraban favor ni aceptaban merced del poderoso.

Así estos hombres resultaban directores sin pretender la dirección de nadie. «La Revista Social», que publicaba en Madrid un hombre del talento y capacidad de Serrano y Oteiza, literato y escritor jurídico y pensador de mucha enjundia, no desdeñaba, antes bien, al contrario, buscaba la colaboración y el acuerdo de los más significados propagandistas catalanes. Entre Barcelona y Madrid había una corriente continua de cambio de opiniones. La acción y la propaganda se penetraban tan íntimamente como no lo hubieran logrado mejor una disciplina cerrada y una jefatura estatuida.

El poder del obrerismo era tan fuerte en Cataluña por aquellos tiempos, que irradiaba a toda España y sumaba en un solo propósito grandes masas proletarias.

Es difícil que en mucho tiempo alguna organización obrera pueda igualar a la histórica Federación de Trabajadores de la Región Española.

Seria prolijo seguir paso a paso la lenta evolución del movimiento social de entonces. Bastará que haga resaltar dos hechos que casi la resumen. Uno de ellos es el gran error de los catalanes al dispersar la Federación Regional en un congreso celebrado en Valencia, si mal no recuerdo, para constituir una especie de partido anarquista, porque si alcanzaron lo uno fácilmente, no lograron, de ningún modo lo otro. Aun supuesta la mayor capacidad societaria de Cataluña, la decisión fue precipitada y demente porque conviviendo en comunidad de aspiraciones todas las comarcas de España, nunca se debió prescindir de las condiciones en que cada una de ellas se hallaba. Fue éste el primer acto de catalanismo, si así puedo expresarme, y por tanto, el primer acto de divorcio entre las regiones españolas en el campo obrero. El segundo hecho ha estado continuamente a la vista de todo el mundo. Cataluña, a través de todas las vicisitudes, ha permanecido societaria, organicista. Apenas disuelta la Federación Regional, la resucitó bajo el nombre de Pacto de Solidaridad y Resistencia al Capital. Estos últimos años, casi nulo hasta estos mismos momentos, no ha dejado de estar organizado el proletariado catalán de uno u otro modo. La organización Solidaridad Obrera es buena prueba de lo que dejo dicho. Pero todo este movimiento ha tenido continuamente carácter particularista, como si a la corriente catalanista burguesa correspondiera otra corriente obrera. Se me dirá que últimamente Solidaridad Obrera se convirtió en la Confederación Nacional del Trabajo, pero no será sin que se reconozca que ello fue solicitado desde diversos puntos de España y que el lazo de unión y solidaridad fue más aparente que real. En esto también parecen corresponderse las tendencias obreras y burguesas. En estos últimos tiempos el catalanismo burgués ha perdido mucho terreno y son innegables las tendencias de aproximación a las demás regiones entre los hombres políticos, los escritores y los hombres de negocios de Cataluña.

No quiero decir con esto que haya estado nunca en el propósito de los obreros militantes tal espíritu de exclusivismo. Pero de los hechos resulta el apartamiento que he señalado; y como los hechos son más poderosos que nosotros, sería inútil sustraerse a la realidad.

En resumen: que a partir de la disolución de la Federación Regional, el divorcio entre el desenvolvimiento social de Cataluña y el del resto de España es innegable; que lo es asimismo que mientras en Cataluña la lucha ha continuado siempre pujante, ha languidecido evidentemente en el resto del país.

La disparidad en el grado de evolución societaria no justifica de ningún modo un apartamiento que trasciende a exclusivismo, exclusivismo tanto más funesto cuanto que implica disgregación de fuerzas e insolidaridad. Creo que más bien, y ya lo he dicho en otra parte, explicaría una dirección moral e intelectual. Quienquiera que pueda y sepa, que vaya adelante. Una fuerza directriz que no se

impone, siempre es preferible a una ruptura total. La hegemonía en tales casos no se discute. Resulta de hecho y basta.

Pero, ¿está Cataluña obrera en situación de recuperar esta fuerza directriz, esta hegemonía perdida por la pretensión, consciente o inconsciente, de bastarse a sí misma?

Trataré este punto a continuación.

Es inseparable del movimiento obrero en Cataluña, el movimiento anarquista. Los éxitos y las derrotas del uno, lo han sido del otro. Difícil será llegue la hora de divorciarse. Correrán igual suerte por mucho tiempo.

Nadie desconoce la gran fuerza que el anarquismo ha tenido y todavía tiene en Cataluña. Pero de la época en que organizaba certámenes, mítines resonantes, asambleas de innegable trascendencia, y sostenía periódicos y revistas muy notables y editaba con profusión folletos y libros, a la época presente en que languidece, mal sostenido por una prensa que difícilmente vive y no edita apenas literatura ni celebra reuniones, la distancia es enorme. El anarquismo se ha difundido, es cierto, pero también lo es que se ha debilitado.

A través del período llamado heroico y merced a campañas y propagandas que han quebrantado grandemente la moral anarquista, ha podido observarse cómo se iniciaba un periodo de disolución subsiguiente a la evolución cumplida.

Los héroes se convirtieron en miserables polizontes o en viles explotadores de los entusiasmos obreros. Los ardientes partidarios, en bizantinos discutidores de quisicosas. Los hombres enteros y resueltos, en mujercillas chismosas. Hablamos en términos generales.

La propaganda derivó por senderos de vanidad estúpida, bajo la sugestión de un espíritu soberbio y necio que se erigía en dómine y dispensador de mercedes. La acción se hizo novelesca y mentirosa, forjada a golpes de calenturientas imaginaciones, pedigüeña y rastrera, bajo la corrupción de influencias políticas y literarias. Caímos tan bajos como altos habíamos estado.

La desbandada se inició bien pronto. Y con la desbandada la desmoralización cobró vuelos.

Al fin se adueñó de los anarquistas el espíritu jacobino. No más acción reposada y seria; no más propaganda reflexiva; no más asambleas, mítines, certámenes, periódicos, revistas, folletos, libros. El motín a diario, la escaramuza a cada instante, la cháchara revolucionaria en boga, el desplante y la amenaza a todo trapo; vocear fuerte y disparatar sIn tasa, fue entonces el contenido de nuestra obra.

Quedaron por toda Cataluña desparramados unos cuantos estoicos impotentes, y dueños del campo las cabezas calientes sin pizca de sindéresis.

¿Qué otra cosa hizo el proletariado organizado? Cierto que ha tenido arrestos para alzamientos viriles, que ha mantenido enhiesta la bandera de las reivindicaciones, que ha dado tono a las luchas sociales de nuestros mismos días.

Pero así como el anarquismo ha entrado en el período de disolución, así tambIén el obrerismo decae y no se alza sino por irrupciones pasajeras de violencia momentánea. La acción perseverante y sostenida, falta. El proletariado camina cayéndose y levantándose sucesivamente, sIn esperanza de una resurrección a la vida plena.

Para que Cataluña recobre su perdida vitalidad, habrá que proponerse rehacerlo todo, barriendo sIn contemplaciones la roña jacobina; habrá que levantar el espíritu y la moral de las muchedumbres, comenzando por renovar la propaganda y moralizar los propagandistas; habrá que tapar la boca a los charlatanes, arrojar a los granujas, limpiar el campo de alimañas, cerrando el paso a la desvergüenza y a la explotación que se ampara en ideales que mancha. Aunque se tache de aburguesado mi lenguaje, diré que se impone una vigorosa selección.

En cuanto al proletariado catalán, en general, habrá de reponerse volviendo a la perseverancia de mejores tiempos, procediendo con mesura y tino, poniendo más la vista en lo remoto que en lo próximo, pagándose más la labor continua de cada día que de los fuegos artificiales de un momento de exaltación. No hablo a nombre de un espíritu de moderación meticulosa, de una tendencia posibilista, de un deseo de legalismo y de orden. Hablo a nombre del buen sentido. El revolucionarismo no es charlatanismo.

¿Qué duda cabe de que hay en Cataluña elementos capaces de esta resurrección? ¿Qué duda cabe de que puede recobrar su hegemonía societaria?

Querer es poder. Pero si no hay quien quiera, el movimiento social de Cataluña perecerá a manos de los ambiciosos políticos y de los truchimanes socialistas. Los dos elementos se dan la mano.

En estos instantes de descomposición de los partidos en Cataluña; en estos momentos en que parece agotarse el espíritu particularista de la región, sería oportuno y cuerdo poner manos a la obra y emprender la campaña de renovación que preconizo.

Piensen en ello los camaradas catalanes.

EL NORTE Y EL NOROESTE

Después de Cataluña y Andalucía, apenas se puede hablar especialmente de cualquiera de las otras regiones de España. Un tiempo fue en que Valencia daba al societarismo numerosas fuerzas. Pero lentamente la política, y lo que es peor, la política personalista, se fue apoderando de aquella comarca y actualmente puede considerársela en el terreno social a igual rasero que las demás.

Casi todas las restantes regiones de España han tenido o tienen actualmente

momentos de pujanza societaria; pero, como tales, pasajeros y sin mayor trascendencia.

Al ocuparme hoy del Norte y Noroeste de la península, comprenderá en este ligero examen Vizcaya, Asturias y Galicia.

Puede decirse que todo el movimiento obrero se reduce a La Coruña, Gijón y Vizcaya, y a pesar de las repetidas huelgas de Vizcaya minera, el societarismo es de cortos alcances, fuera de las tres ciudades mencionadas, en las tres regiones.

Por lo que se refiere a Vizcaya, monopolizada por el soclalismo autoritario, es de notar que la acción obrera es mucho más intensa que la organización. Un poco por lo movedizo de la población forastera y otro poco por lo rutinario de la táctica socialista, las asociaciones son poco numerosas y no muy fuertes. Por esto mismo, las últimas formidables huelgas tienen una gran importancia y demuestran cuán excelente campo de propaganda deberían hallar allí las ideas sociales si se les condujera y acomodara a los particularismos de la región. Luego veremos que algo análogo ocurre y deberá hacerse en Galicia y Asturias.

Al contrario de Vizcaya, es la población minera de Asturias totalmente indígena, formada en su mayor parte por aldeanos que han abandonado la azada. El minero asturiano es siempre el campesino sin anhelos, el labrador que rumia sus desgracias lo mismo que sus alegrías al compás monótono de su monótona existencia. Si sufre alguna modificación, es al contacto del obrero industrial, y así los focos principales de organización están en las proximidades de La Felguera, Mieres, etc. En general, el movimiento obrero es considerable en Asturias, habida cuenta de su pequeña extensión territorial. Los obreros industriales y ferroviarios, gran parte de los mineros viven vida societaria intensa y aun militan, en gran número, ya en las filas socialistas, ya en las libertarias. Tiene el socialismo su cabeza en Oviedo; tiene su mayor fuerza el libertarismo en Gijón. La lucha de las dos tendencias es en esta comarca más cruda que en el resto de España. Tal vez consista ello en la pérdida de tremendas batallas dadas por los obreros a los patronos. El sindicalismo asturiano, sobre todo en Gijón y La Felguera, es francamente revolucionario; el socialismo adormidera, más adormidera que en parte alguna. Además, por lo que pude observar hace ya años, es el pueblo asturiano gran reverenciador de personalidades, a pocos méritos que éstas reúnan, y naturalmente lo uno y lo otro concurre al mismo fin de neutralizar la acción obrera. Pugnan tenazmente contra estos males, libertarios y sindicalistas, y mientras las fuerzas obreras se emplean en tales menesteres no pueden ocuparse de otros. Sería preferible el franco predominio de una de las dos tendencias.

Difiere Galicia grandemente de Vizcaya y de Asturias. Ni hay minería ni gran industria. Puede considerarse el movimiento obrero reducido a La Coruña y Vigo, eventualmente en la actualidad a El Ferrol. Predominan en La Coruña los libertarios; en Vigo, casi en absoluto, los socialistas.

No cuenta, hasta ahora, la historia grandes cosas del obrerismo vigués. El de

La Coruña ha dado pujantes muestras de su vigor revolucionario y parece hallarse ahora algo amortiguado.

Por los campos gallegos se multiplican las sociedades de agricultores, mas no tienen carácter societario. Formadas por pequeños propietarios tienen por objeto más bien la redención de rentas, la lucha contra el caciquismo, etc. No pocas de esas sociedades están dirigidas por ambiciosillos, abogados sin pleitos, políticos fracasados, pretendientes a oradores. Más que en ninguna de las tres regiones falta en Galicia el proletariado agrícola y no hay ambiente para el socialismo, genéricamente hablando.

Vuelvo, pues, a lo que antes insinué. Una literatura obrera para los trabajadores industriales, una propaganda para ellos hecha, unas doctrinas circunscritas al problema proletario, entre patronos y jornaleros, que se reduce a proclamar la comunidad de la tierra, es letra muerta en comarcas donde no hay campesino que no tenga un pedacito de tierra y donde muchos de ellos hasta ignoran los estruendos mundiales del obrerismo.

Si el socialismo va ganando Asturias y Vizcaya, no es tanto por las propagandas como por la continua conversión del labrador en obrero industrial. Como en Galicia el aldeano permanece aldeano, la región entera sigue indiferente a las agitaciones de nuestros días.

No se me escapa lo difícil que es acomodar la propaganda a las condiciones peculiares de estas regiones, pero es bien cierto que sería necesario hacer algo para ganar la voluntad popular, a merced hoy, más que de ideas, de personas.

La difusión del libro, donde se abarcan todos los aspectos del problema social sería probablemente de buen efecto. El periódico, obligado a mantener la batalla, habla siempre para los obreros de los grandes centros y resulta ininteligible en las pequeñas aglomeraciones campesinas.

Y en cuanto a la organización, sería indispensable darle nuevos medios y muy concretas orientaciones, porque mientras el obrero industrial, además de los ideales, si los profesa, tiene el objetivo del mejor salario, de la reducción de horas, etc., el obrero campesino, sobre todo si no es proletariado, ha de quedarse sencillamente con lejanas aspiraciones y esto no puede satisfacerle.

Queramos que no, hay que luchar por algo actual aun cuando sea transitoriamente.

(“EL LIBERTARIO”, núms. 13, 15, 16 Y 23 noviembre y 14 diciembre 1912.)

HOMBRES REPRESENTATIVOS

LA MUERTE DE PÍ Y MARGALL

Fui su discípulo, niño aún, en el agitado periodo del 73, mi buen padre, federal *enragé*, dábame a leer todos los periódicos, revistas y libros que entonces prodigaba el triunfante federalismo. Después, puede decirse que se moldeó mi cerebro con las doctrinas de Pí y con sus traducciones de varias obras de Proudhon.

No fui federal mucho tiempo, pero siempre guardé y guardaré respetuosa admiración para el hombre y para sus ideas. Creo que ha sido en España el cerebro de la revolución, de las ideas genuinamente progresivas. A un lado sus peculiares puntos de vista, Pí tenia tan amplias concepciones, tan claras y precisas formas del pensamiento, tan cerrada y firme lógica que ningún hombre sinceramente revolucionario podía desconocer su justicia, su probidad, su noble y severa y tranquila grandeza. Quiérase que no, su influencia traspasa los linderos de partido. Era Pí y Margall un verdadero genio de la revolución. Así ha tenido y tiene el aplauso de todos los revolucionarios; y los que no lo son doblan humillados la cabeza y se hacen lenguas de las cualidades personales del hombre, ya que no pueden, por un resto de pudor, reverenciar sus ideas.

Pero, ¿a qué ponderar lo que está fuera de discusión?

Fue su muerte tan modesta como su vida. Si Bonafoux, con verdadero dolor, no halló en la prensa de París respecto de Pí lo que se prodigó a Cánovas, ¿qué importa? Con todas esas galeradas de menuda letra que duran un día, Cánovas, todos los que deben al éxito gubernamental su renombre, pasarán pronto, olvidados del mundo. Pí y Margall quedará como una luz que nunca se apaga. Son las condiciones de un Pí, su labor tranquila pero porfiada, su lucha tenaz por los ideales, sin vanidades, sin ruidos, sin aparato, las que enseñan a los pueblos y los adiestran en el dificilísimo arte de ser digno de sí mismos.

Sus ideas filosóficas, más que políticas, perdurarán en el pueblo español como verbo de la revolución venidera. Sin los compromisos de partido, Pí hubiera sido el hombre de todos los revolucionarios.

Su muerte producirá en el seno de la política española una gran descomposición. No se apaga en vano la voz del justo.

Mantenía Pí con su ejemplo, con su firmeza, con su sencillo y diáfano razonar, con su gran consecuencia y su tenaz carácter, al partido federal virgen de las concupiscencias políticas. Manteníalo a una altura digna de él, única esperanza, en lo político, de redención para el país.

Pero, y perdónenme los federales sinceros, ¿continuará el partido las tradiciones de aquel gran hombre?

A muchos de aquéllos he oído distintas veces afirmar que la muerte de Pí seria la muerte del Partido federal.

Creo que, en efecto, el federalismo no será en España lo que fue. Hay demasiadas concomitancias políticas alrededor de la idea federal y demasiada confusión en el campo de la democracia, del autonomismo, del regionalismo, para que el ideal filosófico por excelencia se conserve puro en las alturas a que lo llevara el que acaba de morir. Hay, además, pocos hombres del valor y de la fe y de la perseverancia de Pí y Margall, poco de ese gran espíritu de justicia que le animara para que el federalismo continúe ofreciéndose como el paladín de lo venidero.

Creo más, creo que la muerte de Pí y Margall influirá asimismo en los demás partidos avanzados, incluso el socialismo y el anarquismo. Se ha roto una fortísima anilla de la cadena revolucionaria. Pí tenía ideas socialistas y anarquistas. Pese a los buscadores de nimiedades, a los espíritus cortos de entendederas, a raquíticos de horizonte, Pí no hacía obra de partido, menos obra de sectario. Y si su ideal no cristalizó en una forma cerrada de las varias que sirven de comodín para ahorrarse el trabajo de estudiar y pensar por cuenta propia, tendió en cambio, sus vigorosas raíces por todo el campo del revolucionarismo. He ahí por qué era el verbo y la sustancia de las ideas nuevas aun no comulgando en ellas, con el debido encasillamiento.

¿Que era jefe de un partido y como tal procedía? En mil cuestiones no fue jefe ni hombre de partido. Sus obras mejores son obras de filosofía puramente revolucionaria, sin dogmas, sin convencionalismos, de una sinceridad verdaderamente ejemplar.

Sin que piense yo que ningún hombre es indispensable, no puedo ni quiero prescindir de la consideración de que son los hombres instrumento cuando menos, actores muchas veces, en el desenvolvimiento de la evolución humana. Producto del mundo en que viven, son, al propio tiempo, factores del mundo que viene. El dogmatismo del medio ambiente me es tan repulsivo como cualquier otro.

Y he ahí el por qué creo que la muerte de Pí y Margall alterará la situación política del país afectando a los partidos más avanzados.

La disgregación del partido federal es fatal a la corta o a la larga. De él se nutrieron las filas del socialismo y del anarquismo. De él se nutrirán ahora porque quedará de Pí su obra filosófica y perecerá su obra de partido. Los federales sinceros, los que aprendieron del jefe las ideas generosas de redención humana, se desprenderán del federalismo político como se desprende del árbol la fruta madura. Los federales *políticos*, los que llevan del federalismo no más que las formas exteriores y el pensamiento *mecánico* de su funcionalismo, van a formar tal vez nuevos grupos con sus afines los demócratas descentralizadores y los regionalistas. *Aburguesarán* el partido y tendremos un núcleo más de aspirantes a hacernos dichosos por medio de la panacea legislativa y gubernamental.

Hace tiempo que esta descomposición viene iniciada en el partido federal. Sólo la gran autoridad moral de Pí ha podido contenerla. Ahora saldrá a la

superficie sin que nada ni nadie pueda contenerla.

La consecuencia no será dañosa para las ideas revolucionarias. Las afinidades de antiguo reveladas entre ciertos elementos federalistas y los anarquistas, reforzarán ahora la tendencia más radical del socialismo. Bien venidos sean los que, inspirándose en el maestro, vengan a nosotros con sinceridad, con nobleza, perseverantes para la lucha.

De Pí Y Margall han aprendido muchos; aprenderán, deberán aprender no pocos a ser dignamente revolucionarios, espíritus sobre todo justos, sin soberbia, sin aparato, sin vanidad. Y esto en todos los partidos de la revolución, socialistas o anarquistas. Porque de estas condiciones, que apenas dan nombre, que no ocupan ni el tercio de una columna de periódico, que no ensordecen a las gentes con la alabanza sin medida y el aplauso sin tasa, que no atormentan a las generaciones con la logorrea, fastidiosa y cansina de la elocuencia de plazuela, de estas condiciones, digo, son los hombres que en verdad consagran su existencia al bienestar de sus semejantes.

(“LA REVISTA BLANCA”, núm. 84. Madrid, 15 diciembre 1901.)

COSTA

Costa ha muerto. Se impone hablar de Costa. Lo quiere así el coro general de alabanzas.

Yo confieso, apenado lector, que estoy en punto de la mayor admiración por lo que veo, leo y oigo.

Ayer mismo estaba Costa olvidado en su rincón de Graus. De pronto, periodistas, literatos, médicos, políticos, se alzan en clamoroso griterío por la salud, gravemente quebrantada, del patriota pesimista. No hay distinciones. Republicanos y monárquicos se disputan el record del elogio, de la magnanimidad, de la abnegación. Todo ofrecimiento, por grande que sea, se estima en poco. Toda alabanza, aplauso o encumbramiento, se antoja insignificante. En el colmo ditirámbico hay quien le ha llamado monstruo. Estaba agotado el diccionario de las excelsitudes.

Este lamentable, repugnante espectáculo, lo han dado precisamente aquéllos que, llamándose intelectuales, no tienen la menor idea de la probidad intelectual. Costa los azotó cruelmente en vida; y ellos, perrillos falderos, hacen lo que pueden y lo que saben lamiéndole las manos en la muerte.

Son una traílla encanallada para la que no basta el desprecio: es necesario empuñar el látigo.

* * *

Costa, quieran que no los gritadores de su talento, no ha sido popular, no ha sido estimado por el pueblo sino muy tardíamente porque su obra no fue tampoco hasta muy tarde de público interés y de público dominio. Enfrascado, demasiado enfrascado, en los mil y un enredijos de la ley, del derecho, de la jurisprudencia; prisionero en las tupidas mallas de lo legislado y de lo legislable, su labor fue obra de técnico, si se quiere y tan grande como se quiera, pero no obra de conductor de multitudes, obra de idealista que mira al lejano futuro casi olvidado de la realidad ambiente. Cuando Costa se alza tonante y ruge, como se dice que rugía el león de Graus, es la hora de la debacle nacional, cuando todo muere en nosotros. Entonces y sólo entonces habla para el pueblo y el pueblo le escucha. Le escucha y no le sigue, porque es incapaz de toda acción o va por otros derroteros. Quienes están sordos y ciegos son los directores de la cosa pública y los periodistas y los políticos. Tan ciegos y tan sordos que hasta sus propios amigos, los republicanos, le hacían, no ha mucho, el más completo vacío, respondiendo con un silencio glacial y cruel a las exaltaciones de «El País» para que nuevamente se le eligiera representante de la nación en Cortes.

¿Se quería que el pueblo le siguiera? Quienes hablan de seguirle, en primer término, eran los que a la hora de la muerte se exceden en el elogio, y ésos no le siguieron. Aún ahora no le siguen. Claman porque el país, al paso que le injurian, se alce resuelto a las más atrevidas empresas políticas, y ellos divagan, en tanto, olvidados de que la labor de Costa es propia de sugeridores, de educadores, de intelectuales, legistas y gobernantes y está llamando a grandes aldabonazos a sus propias puertas. ¿Por qué no hacen, en lugar de hablar? Si hay algo que regenerar aquí, es todo eso que ahora bulle y gesticula con motivo de la muerte de Costa. La revolución, ¿para qué? Encumbrar a las camarillas de ineptos e incapaces que peroran sin tino y disparatan sin medida, sería su único resultado. Que se revolucionen ellos, los intelectuales, los periodistas, los políticos, los conductores y administradores y directores de multitudes. Buena falta les hace.

Costa ha muerto. Olvidado en vida se lo disputan las gentes en muerte. Sin duda valen más sus carnes que su pensamiento, su plástica que su idea. Es lo último que podía ocurrirle al patriota pesimista que no juzgaba muertos.

Acaso tuviera razón porque parecemos empeñados en mostrar que perdura en nosotros la carroña de los siglos.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 13. Gijón, 10 marzo 1911.)

ANSELMO LORENZO
UN VIEJO JOVEN

Apenas había entrado yo en las luchas sociales, se hablaba siempre de él. Serrano y Oteiza, Francisco Tomás, Ruiz, muertos ya, y otros que todavía viven, me hacían el elogio de aquel propagandista de buena cepa.

Le conocí personalmente en un congreso obrero celebrado en Madrid. No volví a verlo hasta mucho tiempo después, a mi paso por Barcelona. Mi cariño y mi admiración hacia él me inducen hoy a consagrarle estas líneas.

En alguno de sus libros está reflejada su vida de propagandista en tiempos que yo no he alcanzado. En la mente de la mayoría de los obreros militantes, y, por tanto, en la mía, presente está su enorme labor como publicista, conferenciante, etc., contemporáneo. Tiene ya muchos años, es viejo y está enfermo. Trabaja, no obstante como vigoroso joven. Es un mozo cuya sobre actividad no tiene ejemplar. El dolor no le rinde, los años no le agotan. Tiene una cabeza firme, saturada de lógica, y una pluma viril puesta al servicio de la verdad.

Se dijo de Pí y Margall que era un viejo joven, el más joven de los jóvenes. Caso singular: otro tanto puede decirse del que no ha dejado pasar momento, circunstancia propicia sin poner al descubierto, con severa critica, las contradicciones políticas del gran pensador. Se parecen en su vida y en sus luchas por los ideales de justicia como una gota de agua a otra gota de agua. El obrero no tiene gran cosa que envidiar al que fue gobernante; gloria nacional, filósofo profundo, hombre honrado hasta la exageración.

Ahora, en las postrimerías de su existencia, se produce con mayor claridad, con mayor energía, si cabe, que en los tiempos de mocedad. La precisión de su estilo y de sus razonamientos es aplastante. Su actividad, insuperable. Sus trabajos originales, sus traducciones, sus conferencias se suceden casi sin solución de continuidad. No se sabe de dónde saca el tiempo para tanto este hombre singular.

Cualesquiera que sean sus puntos de vista y, naturalmente, no comparto todas sus opiniones, tienen un mérito particular; es a saber: que están, siempre expuestos sin palabras gruesas de mal gusto. Su obra se dirige invariablemente a la razón. No quiere herir, sino convencer.

Si como escritor, si como periodista vale mucho, como hombre vale tanto. Es imposible que no inspire simpatía a quien llegue a tratarle o a conocerle. Su vida es en una sola pieza, vida de puritano.

Que se me excuse si hago públicamente el elogio de un compañero. Quebranto algo que es habitual entre anarquistas; algo que es parte esencial de mis propias ideas. No importa, se trata de un viejo joven, joven, entre los jóvenes, cuya obra bien vale la justicia que le hago. Este viejo joven, amigo apenas tratado, con quien no hablé arriba de dos veces, se llama -y la sola enunciación de su nombre explicará mi conducta- se llama, digo, Anselmo Lorenzo.

Que él me perdone el mal rato que le doy.

(Almanaque de “LA REVISTA BLANCA” para 1904. Madrid.)

UNA VIDA EJEMPLAR

En el apacible silencio de su modesto hogar, nido y laboratorio a un mismo tiempo, dejó de existir un hombre cuyas virtudes y talentos aleccionaron a legiones de luchadores por la emancipación humana.

No se vio en vida clamorosamente aplaudido por las multitudes; no le siguieron a la tumba honores *y* flores. Anselmo Lorenzo tuvo algo mejor que las banales y tornadizas manifestaciones de las muchedumbres idolátricas, tuvo la nitidez de una existencia consagrada toda entera a la verdad y a la justicia; tuvo su propio mérito y su propio aplauso en la placidez de su carácter, en la sencillez de su modestia, en su gran tranquilidad de luchador, compendio y resumen de una conciencia inflexible y de un cerebro todo equilibrio y lucidez.

No haremos el elogio del hombre. Propagandista incansable con la palabra y con la pluma desde los primeros tiempos de la Internacional; escritor correctísimo, de fácil y castizo estilo a la manera del inolvidable Pí y Margall; enamorado de un gran ideal de liberación; rendido así de viejo como de joven al imperativo de la conciencia, podríamos escribir en su homenaje todos los adjetivos encomiásticos seguros de no excedernos ponderando al hombre que, sin abandonar su condición de obrero, supo por sí mismo elevarse a las esferas del conocimiento, destacándose virilmente de entre la multitud mediocre que trasciende a rebaño y como rebaño vive.

Mas no es eso lo que importa. Lo que importa es el sentido representativo de esta vida sencilla, honesta y callada. Encarnaba Anselmo Lorenzo ideas y sentimientos que a la hora presente están fuera de la circulación impregnada de bajo filisteísmo. Representaba el tipo de hombre excepcional, apenas comprendido por más de un puñado de ideólogos contumaces. Entereza de ánimo, fortaleza de espíritu, inflexibilidad de conducta, fervor ideal, concordancia de pensamiento y acción; todo en fin, lo que cae fuera de la pequeñez humana, todo ello vivió y perduró en Anselmo Lorenzo hasta el último instante de su existencia idílica y trágica a un mismo tiempo.

En la bancarrota actual de todas las idealidades, los hombres como Anselmo Lorenzo son hombres cumbres. Ellos quedan como promesa de futuras restauraciones del sentido filosófico de la vida frente a frente de las bajezas, de las miserables rastrerías que hacen dudar de la humanidad y de la justicia, de todo lo

grande y de todo lo noble que se había predicado al hombre de la civilización y prometido al del porvenir. Estas existencias más allá del común sentir y pensar, destacándose como brillantes luminarias en el fatigoso ajetreo del mundo social, tienen el poder soberano de orientar el progreso en el sentido de indefinidos mejoramientos morales y materiales por encima de todas las falacias metafísicas, de todas las mentiras políticas y religiosas y de todos los fríos rigorismos científicos.

Anselmo Lorenzo, modesto obrero de la imprenta, conductor de muchedumbres proletarias, anarquista irreductible de la buena cepa de los Reclus y Kropotkin, casi ignorado de la intelectualidad y de la burguesía durante mucho tiempo, en absoluto desconocido para los profesionales de la política, ha muerto como hombre: vive y vivirá como representación vigorosa de un alto sentido de la existencia que, resurgiendo continuamente de las profundidades del conglomerado social, pondrá fin un día a todo lo que de tortuoso, de mezquino y de innoble tiene la vida actual.

(“EL MOTIN”, 7 enero 1915.)

TRABAJOS POLÉMICOS

UNA OPINIÓN Y OTRA OPINIÓN

A propósito del problema austrohúngaro y en vista del proceso incoado contra los nacionalistas servios, abrió en sus columnas “Le Courrier Européen” una información de la que «La Publicidad», de Barcelona, reprodujo las siguientes palabras escritas por Kropotkin:

«Todas mis simpatías están con las nacionalidades que luchan por su independencia. No existe nacionalidad, por pequeña que sea -numéricamente hablando- que no encarne algunos rasgos de carácter humano mejor desarrollados y con más facilidades de desarrollarse en sí mismo que no en convivencia con otras nacionalidades.

»Y el desarrollo completo, libre, de sus rasgos característicos, de las instituciones, de las tradiciones de una nacionalidad, lo mismo que el desarrollo completo de su poesía, de su literatura, de su música, de su manera de exteriorizar las impresiones de la naturaleza, etc., ofrece siempre nuevos elementos que

contribuyen a la variedad y a la plenitud del pensamiento y de la acción humanos, elementos necesarios para la humanidad.

»He aquí por qué, a mi entender, el progreso no estriba ciertamente en la absorción de las pequeñas nacionalidades por las grandes -y contribuir a ello es un crimen de lesa humanidad- sino en el libre y completo desenvolvimiento del carácter de las instituciones, de la lengua de cada nacionalidad grande o pequeña, sobre todo si es pequeña y se halla en peligro de ser absorbida. Y sólo cuando esta plena libertad de desenvolvimiento sea conquistada, podremos llegar al verdadero progreso internacional por la federación de las unidades nacionales libres, en estas unidades y de los individuos en estas células primarias de la verdadera colmena humana.»

Nos cuesta trabajo creer que así, sin reserva alguna, se pronuncie nuestro compañero en favor de una tendencia que, en general, no reviste aquellos caracteres de universalidad que son la raíz de nuestros ideales, sino que, por el contrario, es la expresión de un particularismo retrógrado o de un sentimiento atávico tan poco simpático como la absorbente centralización a que se opone.

Desde luego estamos resueltamente -ocioso es decirlo-, Por todas las autonomías. Simpatizamos con cuantos luchan por su independencia y más aún si lo hacen también por la ajena. Pensamos que el progreso no estriba en la absorción de las pequeñas por las grandes nacionalidades, aun cuando no puede negarse que la formación de éstas ha traído aparejado cierto avance de la generalización de los conocimientos y de las condiciones de la lucha por la emancipación humana. Y no vacilamos en afirmar y reafirmar que el verdadero progreso internacional se obtendrá por la libre federación de los individuos, de los municipios y de las nacionalidades o agrupaciones cualesquiera que se formen, invirtiendo y empleando, de intento, los términos en que Kropotkin se expresa a este propósito. Todo ello no es más que el resumen somero de la filosofia anarquista.

¿Hay algo más en las palabras de Kropotkin, para que los catalanistas se ufanen de opinión tan valiosa? Sin duda alguna. Y ese algo es precisamente lo que motiva este artículo.

También tenemos nosotros un poquito de lógica para razonar por cuenta propia y poner sobre aviso a los que no se percatan de que el rigor dialéctico de ciertos principios les llevaría bastante más lejos de lo que quisieran, aun cuando fuesen en la bonísima compañía de Kropotkin.

La autonomía, o si se quiere, la independencia de Hungría, de Serbia, de Irlanda, de Cataluña, de cualquier nación, región, comarca o lo que parezca mejor llamarle, ¿realizaría algo más que un cambio de poder central, de gobernantes y funcionarios? Cuando se nos conteste afirmativamente y se nos diga el cuándo y el cómo, hablaremos. Por ahora, ateniéndonos a los términos indiscutidos de la cuestión, se trata simplemente de constituir naciones independientes o autónomas y, por tanto, más o menos, con gobiernos, funcionarios, etc., propios. La autonomía municipal, la de los individuos, quedan a merced, en lo futuro, de los nuevos amos.

La magna cuestión de la propiedad, la emancipación de los jornaleros, ni siquiera se las toca de soslayo. Se trata, pues, de un problema puramente patriótico, cuya solución haría efectiva la autonomía o la independencia para una sola clase, la de los capitalistas; nula, para el resto del país. ¿Qué puede mover a simpatía, en este caso, los sentimientos y el pensamiento de un Kropotkin? Lejos de nosotros el supuesto de que un revolucionario de buena cepa se imagine que por semejante camino arribaremos a la emancipación, de la humanidad, verdadera meta de sus aspiraciones.

El reconocimiento de la personalidad o nacionalidad de Cataluña, Irlanda, etc., es una cuestión de tradiciones y de historia en cuyo análisis particular no tenemos por qué detenernos. Mucho más que pueda importar el establecimiento definido de esas personalidades históricas, -cuyo origen está, juntamente con el de las grandes nacionalidades, en la misma raíz del privilegio- importa la libertad de formar personalidades plenamente libres para cualesquiera fines, de producción y cambio y consumo, o simplemente artísticas y científicas o de pura simpatía o afinidad. Y como a esta libertad y este reconocimiento de las colectividades formadas o a formar no puede llegarse sino por medio de la libertad individual -*alma mater* de todas las libertades-, y como la autonomía individual es imposible sin la previa igualdad de condiciones económicas, políticas y sociales, resulta inmediatamente que, pese a nuestras simpatías por las pequeñas nacionalidades rebeldes, ellas no laboran por otra cosa que por un simple cambio de amos, gobernantes y propietarios en una sola pieza.

Por otra parte, bajo el punto de vista político y social, la autonomía o independencia de esas pequeñas nacionalidades históricas supone casi siempre reviviscencia de tradiciones y atavismos que nada tienen de común con el progreso. Y si de otro lado el centralismo ha tratado y trata de borrar con su enorme esponja cuanto había y hay de característico en esas nacionalidades, y contra la violencia y la injusticia y el atropellamiento de un privilegio moribundo, ¿qué pueden hacer los hombres de ideas progresivas? ¿Optar por uno de los dos males? Nuestra actitud está siempre definida: es de resuelta rebeldía frente a todos los despotismos.

No es por la historia, por la tradición, por las cualidades y condiciones privativas de cada personalidad como se ha de establecer el derecho a la autonomía o a la independencia. Colocarse en este terreno es pasarse al enemigo, caer de bruces en el campo del adversario, de los hombres de la tradición, defensores de los privilegios pasados, presentes y futuros en lo político, en lo económico y en lo social.

La autonomía, la libertad de gobernarse, mejor, de arreglar sus asuntos por sí mismos, ya se trate de individuos, ya de colectividades, es un derecho natural, primitivo, anterior y superior a toda ley, de tal modo, que cualquier restricción lo anula en absoluto. Reducirlo a la existencia de las pequeñas nacionalidades es suprimir de un plumazo todo el progreso y olvidar por completo el problema universal de la emancipación humana.

¿No es de suyo ya un mal grave este resurgimiento de particularismos que traen divididos a los hombres de ideas radicales mientras los elementos reaccionarios se apiñan alrededor de la bandera de la tradición patriótica? ¿No está diciendo a voces ello mismo que frente a la tendencia cosmopolita triunfa el patriotismo de campanario?

No somos de los que declaman contra el sentimiento de patria en cuanto es la expresión del cariño a los lugares y cosas en que hemos convivido. Nos confunde profundamente el eco lejano de la canturria de la niñez, la lengua en que balbuceamos nuestras primeras palabras, la música y la poesía en que nuestro espíritu se educó. También repercute allá, muy hondo, el rumor de otras músicas, de otras lenguas, de otros cantares de tierras en que, ya hombres, hemos vivido y gozado y... sufrido. ¿Por qué bañarse apasionado en el estrecho recipiente de piedra teniendo a nuestro lado el lago, el río el anchuroso mar donde van todas las lenguas, todas las músicas, todas las poesías, todos los armoniosos rumores de la Naturaleza y de la vida y también todas sus turbulencias?

Y aun después, ¿queremos levantar un estado de derecho sobre movedizos estados de afectos y pasiones, de recuerdos y añoranzas?

Bien está la rebeldía a todas las opresiones, pero mientras el mundo político y el mundo de los intereses luchan por la patria chica y por la patria grande, nosotros queremos luchar por la patria de todos y para todos, por la patria para los millones de esclavos que pueblan todas las patrias dirigidas y explotadas, las grandes y las chicas, por los detentadores y acaparadores de la riqueza; queremos luchar al lado y por la emancipación de esos millones de hombres que carecen de patria porque carecen de pan y de libertad.

Y mientras esas multitudes desposeídas no tengan pan, ni abrigo, ni libertad, será irrisorio hablarles de patrias, de poesía, de literatura, de música y de instituciones y cantares que no pueden sentir, entender ni gozar, y que si las sintieran, entendieran y gozaran sería para que entre los hermanos en servidumbre se levantaran nuevas e infranqueables barreras.

Por esto, frente a una opinión todo lo respetable que se quiera, nosotros ratificamos una vez más el amplio sentido de la filosofía anarquista que si no riñe con las particularidades características de las personalidades individuales y colectivas, ni se opone a la libre expansión de todos los modos de comunidad espiritual, sea por la palabra, sea por el pincel, sea por el sonido, ni siquiera niega la posibilidad de todos los métodos imaginables de vida práctica y material, afirma siempre y siempre proclama la universalidad de sus aspiraciones por la emancipación humana y el cosmopolitismo necesario, indispensable a la buena armonía y a la paz entre todos los hombres.

Por oposición al capitalismo, somos anarquistas; lo somos asimismo frente al gubernamentalismo, expresión de aquél; y también contra el espíritu estrechamente patriótico, la afirmación anarquista se levanta poderosa y triunfante. Ninguna simpatía será bastante fuerte para torcernos u obligarnos a transigir.

("ACCION LIBERTARIA", núm. 4. Gijón, 9 diciembre 1910.)

DOS CONFERENCIAS: MAEZTU y ALOMAR

Recio y duro habló Maeztu en el Ateneo de Madrid. Su conferencia «La Revolución y los intelectuales» es un acontecimiento político digno de toda atención.

Alomar, en el Circulo Barcelonés, ha desenvuelto el tema de su conferencia «Negaciones y afirmaciones del catalanismo», con aquella emotividad especial que le distingue, al decir de sus devotos y admiradores. También un suceso político que merece fijar la pública atención.

Los dos conferenciantes han arremetido resueltamente contra los intelectuales. Los dos conferenciantes quieren llevarnos por distintos caminos, al parecer, por uno sólo en realidad, al concierto de los países civilizados de Europa; quieren europeizarnos, en suma, según pretendió hace ya tiempo Costa.

Maeztu intenta la formación de una aristocracia intelectual disciplinada que nos dirija y nos gobierne. Alomar enarbola la bandera de un nuevo partido socialista y catalanista a un mismo tiempo. Ambos claman por la curación rápida de los males del país. Ambos hurgan furiosamente en el gran problema de la cultura.

Pero ellos dos, que, como algunos otros, quieren ser modernos, quieren traducir al castellano o al catalán cosas inglesas y cosas alemanas, caen en la vulgaridad, diremos claro y duro, en la ignorancia de establecer una fuerte línea divisoria entre las clases intelectuales, políticas y burguesas de un lado, y la clase proletaria de otro. Toda la obra social es obra de políticos e intelectuales. España o Cataluña son España o Cataluña por sus capitalistas, por sus legisladores, por sus publicistas. El pueblo es masa, es servidumbre, es esclavitud que se trae y se lleva, se rechaza o solicita, según conviene. La nación no la forma esa multitud que carece del derecho de ciudadanía. Los que quieren ser modernos permanecen aún en el concepto rancio del Derecho romano. No lo dicen claro, pero está visible en todas sus palabras, en todos sus razonamientos. Si quisieran hablar con entera y noble franqueza, saldría de sus labios una afirmación rotunda de castas.

La critica que hacen del intelectualismo y de la política, es acerba, es merecida. ¿Pero no hay más factores en la vida de un pueblo? ¿No hay una acción social directa con su evolución propia al paso u opuesta a la evolución de la cosa pública? ¡Increíble parece que se escape a la perspicacia de esos cerebros superiores, superiormente dotados, tan sencilla evidencia!

Evoca Maeztu la obra de Fichte con sus «Discursos a la nación alemana» y empequeñece la acción universal del filosofismo puesto en boga por los Goethe, Hegel, Kant, Schiller, etc. Quiere sin duda, una labor semejante para España y

parece creer que existe ya una juventud intelectual capaz de disciplinarse, de hacer *kantismo*, de rebasar la pequeñez, la mezquindad de los horizontes actuales. Duélese de que el pueblo se les haya escapado moralmente y ve con claridad que, paralelo al supuesto movimiento de reforma encomendado *exclusivamente* a los intelectuales, se opera un movimiento de revolución en el pueblo inasequible, misterioso y anónimo. Teme aún que la revolución alcance a la reforma y el pueblo caiga violentamente sobre todos ellos, los intelectuales.

Y como Maeztu, también Alomar ve que el pueblo se les ha escapado e intenta llevar a cabo en Cataluña -el uno en la patria grande; en la patria chica, el otro- una obra meritísima, según expresión de «La Publicidad», que consiste en arrancar a las clases obreras de las garras de los vividores políticos, de los ídolos que la inconsciencia del pueblo ha elevado; en educar a las masas proletarias, organizarlas para la lucha legal por el derecho, sustraerlas a la anarquía y a la explotación indirecta de su ignorancia por lo que él ha calificado de fomentismo... Y como Maeztu quiere una casta intelectual directora, que haga *kantismo*, quiere Alomar una izquierda socialista catalanista que haga *futurismo* y *pampolitismo*, consistente el primero en acomodar el alma a los tiempos futuros que a no tardar vendrán y el segundo en ver desde Cataluña la vida de todas las ciudades del mundo, lanzando el espíritu más allá de las fronteras en una avidez insaciable de civilización; viniendo a ser el pampolitismo en cuanto al espacio, lo que es el futurismo en cuanto al tiempo.

En verdad digo al uno que Lázaro no saldrá de su sepulcro. Y digo al otro que no está el horno para bollos filosóficos. Perdón, ante todo, por este salto mortal desde aquellas alturas ideológicas a estas ramplonerías de mi plebeyo intelecto.

¡Hacer kantismo! ¿Pero de dónde sale Maeztu que ignora ha pasado eso hace tiempo, que es absolutamente inactual? No ya el filosofismo alemán, el sociologismo de los Marx, Bakunin, Kropotkin, etc., actualidad vívida ayer mismo, está pasando a la historia en estos instantes. El pueblo toma la palabra, y en pleno practicismo social, se lanza a la acción por su cuenta y riesgo. Todas las teorías actuales no tienen más valor que aquél que brota de los hechos. Con actos se propaga, se demuestra, se convence. Son vuestras propias lecciones. ¿Qué hemos de hacerle si el verbalismo quiebra escandalosamente? ¡Y qué retardado el radicalismo que cree inventar cosas nuevas con su futuro y su pampolitismo catalanista y socialista al mismo tiempo!

Si estos hombres que tienen privilegiada inteligencia no pensaran ante los problemas que inquietan a la nación española, como si hubieran caído de la luna anoche mismo, sobre tierras de Castilla o sobre tierras de Cataluña, podrían darse cuenta de que el proletariado se ha hecho mayor de edad, ha arrojado los andadores y, por su cuenta y riesgo, empieza a dirigir la vida del país; podrían darse cuenta de que la acción directa rebasa la acción política, y así, en lugar de sus intentos de creaciones aristocráticas y directivas, se propondrían sencillamente integrar esta evolución real sumándose a la acción del pueblo como un factor más, ciertamente indispensable. Obrando de otra suerte se arriesgan a que el pueblo, no

vea en ellos sino ambiciones y anhelos inconfesables y proceda en consecuencia.

Bien, muy bien que desde el punto de vista burgués se intente elevar el nivel intelectual y moral del elemento director, pero que no se niegue o se calle la realidad que a la hora presente muestra por encima de la carcoma política la superioridad moral e intelectual -así, como suena- del proletariado militante. Bien, muy bien que, atentos a los intereses de la burguesía, se quiera europeizar la patria catalana y la patria española; pero, ¡por los clavos de Cristo!, que no se olvide que el proletariado catalán se ha europeizado antes, si no es que supera, por su poder de iniciativa y de acción, a los otros proletarios que en todas partes luchan por cosas de más enjundia que las que nos ofrecen esos dos innovadores de cosas rancias que se llaman Maeztu y Alomar.

Y no se tema, no, que la revolución violenta se adelante a la reforma si no es porque para la reforma no hay arrestos, ni ideas, en lo intelectual y en lo político. El pueblo inasequible, misterioso y anónimo, que dice el otro, tiene algo mejor en qué pensar y ocuparse que en episodios sangrientos de matanza. Ya lo está demostrando con los hechos, no porque se mueva sin organización y por agencias anónimas, por hombres más o menos desconocidos, perfectamente sustituibles los unos a los otros, según afirmó Maeztu, sino porque actúa conscientemente y por sí mismo sin tutorías, generalatos políticos o intelectuales; y esta lección es la que deberían aprenderse bien antes de pretender reformas e innovaciones olvidadas de puro sabidas todos los Maeztu y Alomares habidos y por haber.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 6. Gijón, 23 diciembre 1910.)

HAMBRE Y LASCIVIA

La vida del hombre se desenvuelve bajo el imperio de los mismos instintos que gobiernan la vida animal: el hambre y la lascivia. Así sentencia Ramiro de Maeztu en un artículo enderezado a establecer la condición conservadora de Anatole France.

Si el tal artículo no fuera pura logomaquia, sería un hermoso y acabado trabajo. Pero el exceso de literatura es manantial abundante de dislates, y así Maeztu confunde lastimosamente la necesidad de nutrición y la necesidad de procreación.

El hambre y la lascivia no gobiernan ni la vida del hombre ni la de los demás animales. Implican más bien la destrucción de las especies.

Es en absoluto inconsistente, en absoluto falsa la tesis de que el hambre es impulsora, agente o factor de grandes hechos. El hambre momentánea en el

satisfecho, animal solamente, puede ser, es aguijón que empuja a conquistar la ración necesaria y aun la superflua inmediatamente y como quiera que sea. El hambre dosificada, metodizada en el habitual hambriento, es paralizante, aniquiladora. Especie animal que no halla los alimentos necesarios de alimentación perece fatalmente. No hay manera de exceptuar al hombre. Es por el hambre permanente como faltan las fuerzas para reaccionar y se afirma el imperio de los satisfechos. ¿Qué puede esperarse de las multitudes escuálidas, de piernas temblorosas? Donde falta el vigor físico, es imposible el vigor intelectual y pasional. No hay hombre ni bestia que, cuando desfallece, tenga el necesario arranque para apoderarse de lo que necesita ni sienta los impulsos de la generación, mucho menos de la lascivia, para lanzarse a consumir un resto de vida en un últlmo éxtasis de placer.

El animal tendrá una mirada lánguida de infinito y no traducido dolor; el hombre implorará con la mano tendida en un espasmo de humillación.

Son los hombres vigorosos o semi vigorosos del pueblo, del proletariado; son los que se nutren bien y quieren nutrirse mejor, los que han comenzado a gustar la vida satisfecha y quieren conquistarla del todo; ésos son los aptos, los capaces de los grandes hechos, de las rebeldías redentoras, de las revoluciones que transforman el mundo.

No, no es el hambre y la lascivia el imperio de la vida, Con menos literatura se hubiera dicho una verdad común y científica. La necesidad de nutrirse y de procrear es el gran motor de la existencia. Sin nutrición y procreación no hay individuo, no hay especie. Todo lo demás, amor, arte, conocimiento, viene por añadidura. Y todo es preciso y todo indispensable.

Y a la conquista de todo vamos, para que, sobre las temblorosas piernas de los famélicos, no se alcen los ahítos y los lascivos.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 4. Gijón, 31 agosto 1912.)

FICCIONES Y REALIDADES

Tales cosas leo y veo que a ratos me pregunto si, en efecto, estaremos fuera del mundo de lo real tal y como se lo imaginan las gentes.

Leo y veo cosas que me traen a la memoria los buenos tiempos en que los Corominas, los Unamuno, los Martlnez Ruiz, los Dorado colaboraban en aquella famosa y no igualada revista de Barcelona que se llamó “Ciencia Social”. ¡Qué profundo abismo abierto por el vario tiempo entre aquel espíritu de independencia personal y de anhelante investigación y este mezquino espíritu de acomodamiento a las vulgaridades catalogadas en los programas de partido! En mis breves

meditaciones desfilan hombres sonoros, fulgentes estrellas intelectuales que a la hora presente guían o quieren guiar a las muchedumbres; pero no veo alzarse, sobre el rasero común de los mortales, la testa recia y firme y el corazón, grande y magnánimo capaz de conducirlas a las cumbres de la dignidad y de la justicia.

Saturado el ambiente de verbalismos poéticos, de hueros literatismos, de vaguedades filosóficas que trascienden a inconfesables ignorancias, los pretendidos directores espirituales muévense en un plano no más elevado que aquél en que la mediocridad se debate impotente. Que los que se tienen en olor de superioridad perdonen la rebelde osadia de este insignificante comentario.

Sugiéremelo la lectura de un artículo que Gabriel Alomar ha publicado acerca del último Congreso socialista español.

Poeta más que pensador, literato más que filósofo, retórico antes que preciso y justo en la expresión de ideas, inquieto en el encasillado político, regionalista a ratos, republicano un momento, socialista otro, aunque encajonado siempre en el izquierdismo que pretende mirar al porvenir y peca de conservador de rutinas mandadas retirar de la circulación como las falsas monedas, tiene el casi oráculo catalán, sin ser él mismo catalán, la feliz aptitud de escribir cosas bellas y la desdichada suerte de divagar en buena lógica. Dijérase que juega con las ideas forzado por la necesidad del consonante. El consonante, es en esta ocasión, la obligada muletilla del politicismo, triunfante ahora del economismo.

Entona Alomar cánticos de gloria a la decidida inclinación, diríamos mejor, al decidido ingreso del socialismo español en el redil político. A él, idealista y soñador de dulces vaguedades, no le interesa, personalmente, gran cosa el socialismo económico comparado con el político, y así grita a los proletarios su primera recomendación: «Sed políticos sobre todo!»

Los pocos o muchos millares de socialistas que hay en España podrían responderle que si son lo segundo es porque son principalmente lo primero. La raíz de todo socialismo es un economismo más o menos determinado. La acción política puede ciertamente ser estimada como instrumento necesario, pero en condición secundaria, que tan pronto se coloca en primer término deja de ser socialismo. Hay entre los dos términos la relación misma que existe entre lo real y lo ficticio, lo esencial y lo accesorio. Sólo la venalidad o la desviación ideal pueden trastocar estos términos. El socialismo o mira a la emancipación integral de los hombres o deja de ser socialismo. El economismo de la tripa es su primera condición, mas no en el sentido, que acaso le atribuye Alomar, de simple reducción de horario y mejora de jornal, a que ningún socialista se acomoda.

Pero advierto que yo no soy el llamado a hacer la defensa del socialismo. Allá se las entiendan con el poeta los sesudos hombres del materialismo histórico.

De mi parte quisiera solamente que la fluida prosa de Alomar se pusiera a tono con la razón escueta, sin nebuloso literatismo, y mostrara cómo la idealidad humana se encierra entre los frágiles muros del politicismo, cómo el andamiaje es superior al edificio mismo que, la experiencia y la realidad nos enseñan, está formado esencialmente de relaciones económicas, de creaciones sociales, de

concepciones artísticas y de maravillas científicas.

Es necesaria la pobrísima mentalidad del político profesional, y Alomar no anda exhausto de mayor riqueza intelectual; para olvidar y desconocer, bajo el imperio de una ficción fascinadora, que la vida real es algo más, mucho más que artificio político.

El propio mecanismo mercantil, la misma estructura industrial del mundo civilizado, la organización de la propiedad y su correlativo el régimen del trabajo, son creaciones prodigiosas del genio humano y de la actividad social, no obstante su raíz de injusticia y de privilegio. Y lo son precisamente fuera y hasta en oposición al artificio político y prueban, de paso, la posibilidad y la practicabilidad de todos los idealismos orgánicos imaginables.

¿Hay, en cambio, nada menos artístico, menos ingenioso, menos ideal que el rebaño de votantes, que los torneos parlamentarios, que la rutina gubernamental? ¿Hay nada más insignificante que la burocracia, que la técnica, que el arte y la ciencia oficiales?

El elogio de la función augusta del ciudadano que vota, o que legisla, o que manda, ¡qué paradoja!

Ni espontaneidad creadora, ni concurrencia ideal, sino monotonía y forzamiento constantemente repetido, es la médula del organismo político. Imperialismo y dictadura, aun con la etiqueta de Alomar, significan subordinación de lo real a lo ficticio. Son además corolario de servidumbre. ¿Por dónde, ¡oh manes del socialismo!, vendrá la dignificación y la justicia de los peleles que la poesía exalta y la realidad sojuzga?

Radicalmente las luchas humanas no han sido, no son, no serán por motivos políticos. Alomar se engaña. El economismo lo invade todo; y cuando se cree triunfante al politicismo es que mica. Las grandes corrientes del pensamiento, la exaltación de las pasiones nobles, las supremas aspiraciones, y los heroicos hechos de la humanidad andan siempre por más amplios horizontes. Arrancan de motivos profundos, de la entraña misma de la vida, que no es de ralea vil política; que es fisiología, economía, dinámica social y cristaliza en aspiraciones éticas y en generosas idealidades de grandeza infinita. ¿Cómo de otra manera? Pese a todas las febriles imaginaciones de los místicos de la izquierda, somos ante todo estómagos e intestinos, al punto de que las más elevadas genialidades del intelecto y las más sutiles sugestiones anímicas tienen por prosaico pedestal la ingestión y la evacuación de alimentos. ¡Detestable premisa para los rimadores de estrofas a la belleza espiritual!

Y porque somos antes que todo animales con necesidades de nutrición y de reproducción, ¿cuál otra metafísica podría superar a la imperiosa cuestión económica de donde arrancan y por la cual perduran las luchas humanas?

Por mucho que la mente se aleje en la visión de la belleza jamás podrá prescindir de esta nuestra carne, de estos nuestros huesos, de esta nuestra sangre y nuestros órganos, todo empobrecido, macerado y vilipendiado por los adoradores de la mística, atenazados por la neurastenia, y por los serviles, rastreros servidores

de los poderosos de la tierra. ¡Política! Eso es ficción para bobos, trampa para inocentes, deporte para holgazanes; eso es la ergástula que los bribones imponen a los hombres honrados.

La vida real es trabajo, es cambio, es consumo; es arte, goce, ciencia; es economía liberadora en cuya órbita gravitan los infinitos mundos que la pueblan.

Eso es realidad, poeta Alomar, y lo demás es artificio y
música y armas al hombro.

«EL LIBERTARIO». núm. 12. Gijón, 26 octubre 1912.)

EL PELIGRO ANARQUISTA

Don Emilio Sánchez Pastor, en “La Vanguardia” de Barcelona, fecha 27 de febrero, se permite desbarrar un poco acerca del peligro anarquista con motivo del «famoso proceso de la sociedad de bandidos» de que era jefe Bonnot.

Que el señor desbarrase a su antojo nada nos importa. Pero se trata de fraguar una triste leyenda sobre el anarquismo, sembrando errores, falsedades y embustes; y para que semejante leyenda no prospere, aun repugnándonos entrar en un terreno que puede hacerse de justificación del todo innecesaria, tomamos la pluma para precisar, una vez más, nuestra actitud frente a todas las funestas violencias que deshonran y aniquilan a la humanidad.

A la turbamulta que vocifera en un momento de exaltación, puede permitírsele la injuria y el insulto. El perdón cristiano no es una virtud extraordinaria en las almas grandes para estos desvaríos de las almas chicas.

Mas no puede consentirse a personas que se reputan cultas, que acaso se piensan inspiradoras de muchedumbres, la falsedad consciente, pasada de contrabando como arma de buena ley. Para estas osadías de la suficiencia literaria y periodística, el látigo seria un artefacto demasiado suave; el desprecio, demasiado olímpico en gentes modestas como nosotros. Nos cargaremos de razón y de paciencia y procuraremos herir en la entraña misma de la maldad dorada que cobija crímenes y ampara inconfesables desmanes. De acusados, nos convertimos en acusadores.

Y caiga el que caiga.

* * *

Sostiene el señor Sánchez Pastor que los autores de robos y asesinatos se llaman a sí mismos anarquistas: que el asesinato y el robo se elevan a dogma de una escuela política o social; que el crimen aparece, por primera vez, como obligación de una secta, como parte de una doctrina. «Lo que hayan dicho los

delincuentes -agrega- sobre este punto, tiene escasa importancia; pero tiene mucha el que los periódicos anarquistas del país los hayan acogido en su seno, aceptándolos como distinguidos correligionarios y dando sus procedimientos por buenos y santos dentro de su escuela.»

Ignoramos si ha habido algún periódico anarquista que haya dicho y hecho lo que el señor Pastor afirma sin pruebas. De lo que sí estamos seguros es de que los periódicos anarquistas del país, así, en seco, no lo han hecho ni lo han dicho. De lo que también estamos ciertos es de que nadie ha pretendido, desde nuestro campo, que el asesinato y el robo sean parte de la doctrina anarquista ni obligación del anarquismo. Esas cosas son infundios de periodistas adocenados para epatar al simple burgués que suelta la mosca. O latiguillos mauristas que permiten al señor Pastor preparar una estropajosa ensalada de anarquismo, conjuncionismo y hasta monarquismo, «como en el caso del proceso Ferrer», para ofrecérsela al taimado conde de Romanones, actual y preeminente guardador del orden social.

No hay derecho a tales extremos. Los ladrones y asesinos no son más que eso: asesinos y ladrones, tanto aquí como en la China. Con todos los respetos debidos para la irresponsabilidad y para la teoría de las causas sociales del delito, de que nosotros mismos somos mantenedores, la violencia, dentro o fuera de la ley, es la ley, es la violencia, y por tanto, es injusta, inhumana y bárbara. La repudiamos, la repudian todos los anarquistas. Robar a mano armada no es menos malo que robar con astucia, Matar, cualquiera que sea la finalidad, es siempre matar. No hay bandera que pueda cobijar tales iniquidades. Porque, en último caso, explicar ciertos hechos no es precisamente justificarlos.

Es posible que haya asesinos y ladrones que se digan y hasta que sean realmente anarquistas. Pero es absolutamente seguro que hay ladrones y asesinos que se dicen y que son monárquicos fervientes, republicanos entusiastas, católicos a machamartillo, sobre todo.

No hay bandido célebre que no lleve escapularios sobre el pecho. No hay desalmado que no muera contrito, abrazado a la fe del Cristo entre dos ladrones. Casi todos los forajidos son creyentes, respetuosos de las jerarquías, reverenciadores de todo lo alto, humano o divino.

Sin ir tan lejos, entre los millones de hombres de orden, fastuosos hacendados dueños de pingües latifundios, de barriadas de viviendas, de enormes manufacturas, de ricas minas; ¿cuántos hombres honrados, verdaderamente honrados, podría contar el señor Pastor? A buen seguro que este meticuloso ciudadano se sentará todos los días, dondequiera que vaya, muy tranquilamente entre una docenita de respetables y respetuosos ladrones, de estimables asesinos que jamás osaron desafiar la ley y las costumbres.

Pues los Bonnot y compañeros de fechorías trágicas, que dicen los rotativos, son harina de este mismo costal, sólo que invertido, y en eso estriba su principal delito. Nicolás Estévanez ha dicho de ellos que «no siendo más que unos personajes dignos de esta sociedad de asesinos y ladrones, se los llama injustamente anarquistas.»

¿Que hay quien los ampare, quien los acoge, quien los justifica? Los otros están amparados, justificados, hasta glorificados por la sociedad entera. No hay, por otra parte, horror, infamia, vileza que no pueda imputarse a todos los partidos y que no esté sancionada por la historia. Los horrores anarquistas, aun cargando con todo lo que quieran cargarnos los Sánchez de la ahíta burguesía, son tortas y pan pringado comparados con las gloriosas páginas de la Iglesia, todas las Iglesias, y del Estado, todos los Estados. La historia es un interminable cortejo de sangrientas, macabras hecatombes.

Parecerá al señor Pastor este lenguaje asaz duro, brusco, grosero. No entra en los delicados moldes del eufemismo literario, del cretinismo mental de nuestros escritores, de nuestros despreciables periodistas a la violeta, llamar a las cosas por su nombre: ¡Ladrón, don Fulano! ¡Asesino, don Mengano! ¡Qué procacidad!

Es preciso otro ambiente. Estévanez dice las grandes verdades desde París. Desde la misma capital de Francia, el genial Bonafoux pone en justo parangón la banda desarrapada que se juega la vida fuera de la legalidad, con la banda pulcra y digna que se la gana, al amparo de la ley, en combinaciones financieras que arruinan a millares de modestos ciudadanos que tienen el feo vicio de ahorrar. Desde París también, Gómez Carrillo escribe para «El Liberal» su hermosa crónica "Cuatro condenados a muerte", que es una formidable requisitoria para un jurado que condena por indicios y condena a probados inocentes. «Salvar a un culpable -dice-, en la mayor parte de los casos, es ser justos». «Nada basta para contestar, cuando un hombre proclama su inocencia: Es culpable.» Estas cosas no las escribe ningún Sánchez.

En fin de cuentas, es mucho más peligroso para la sociedad convertir el robo y el asesinato en una práctica consuetudinaria que infundirlos en una filosofía para uso y abuso de los que son bastante desdichados para necesitar justificarse ante sí mismos. Los ladrones y asesinos que no están en presidio nI *trabajan* en trágico, se pasan bien sin filosofías y sin justificaciones. Y triunfan.

Tan claro y evidente es todo esto, que el mismo señor Pastor lo confiesa inconscientemente. Se trata, según él, de poner un nombre nuevo a cosas viejas, a delitos que han existido desde que hay humanidad organizada -¿qué es eso, señor Pastor?- y que tiene su sanción en todos los códigos. Se quiere sustituir la palabra anarquista por las de ladrón y asesino. Hay confusión entre la doctrina social y el delito común. Siempre, siempre, señor Sánchez Pastor.

Pero ¿por qué, entonces, se dice al mismo tiempo que a la propaganda por el hecho de algunos anarquistas -casi explicable para el señor Pastor- sucede la que tiene por objeto apoderarse del dinero ajeno por medio del asesinato y que en España se hizo, hace tiempo, un triste ensayo de esta doctrina con la "Mano Negra" de Jerez? ¿Qué leyenda es ésa de propagandas que no existen y de ensayos archiprobados que no han existido? ¿En qué charco moja su pluma el señor Pastor?

A la memoria nos trae el desbarrar sin tino de este buen hombre, la pícara casualidad que hace que la policía, en cuanto ocurre algún atentado político, no

tropiece más que con estafadores, monederos falsos, ladronzuelos, etc., anarquistas. Y pasada la razzia, se acaban los delincuentes anarquistas y hasta se esfuman por arte de encantamiento los ladrones, los monederos falsos y los estafadores sin adjetivo político.

* * *

No se arrepentirían, señor Sánchez, los que usted llama fundadores del anarquismo teórico, si pudieran resucitar y ver los discípulos que han sacado, porque el anarquismo tiene tanto que ver con la banda Bonnot como con las otras bandas cuyos jefes ocupan puestos preeminentes en la sociedad; el anarquismo sabe bien que todas esas y otras violencias que vendrán son el fruto obligado de una organización social de expoliación y de muerte, de bandidaje metodizado.

Si tenemos una condenación resuelta para todas las violencias, ¿por qué la habíamos de tener más dura para los vencidos de la vida, para los acorralados en la desesperación? La vindicta pública es inexorable para los miserables; demasiado clemente para los poderosos. No así nosotros, que no tenemos dos pesos y dos medidas. Y si hay, entre los que sufren, movimientos de simpatía para la delincuencia rebelde de los de abajo, ¿no será como un reflejo de aquellos otros que desde arriba amparan todas las infamias? ¡La rabia del vencido no es menos explicable que la del vencedor!

De todas suertes, ladrones y asesinos, díganse del color que quieran, ladrones y asesinos quedan, porque no se trata de que los bienes de la tierra vayan a éstas o a las otras manos, sino de que todos puedan gozarlos. Por eso nos decimos socialistas (anarquismo es socialismo); por eso vamos contra todas las expoliaciones, contra todos los privilegios, contra todas las injusticias. Anarquismo es libertad y es solidaridad y es justicia. Ni es más ni es menos.

¿Qué vamos a hacerle si la realización de este supremo ideal ha de venir fatalmente pasando sobre horrores y violencias provocadas y excitadas por resistencias inhumanas? ¿Qué vamos a hacerle si los términos de la lucha se exacerban hasta el punto de que los instintos bestiales oscurecen la razón y borran el sentimiento de solidaridad humana?

* * *

Contra todas las violencias imputables al anarquismo, no pueden alzar la voz con justicia cuantos viven de expoliar y tiranizar al pueblo, cuantos le lleven a guerras feroces, cuantos a diario le aleccionan en la barbarie de la matanza y del latrocinio. Ahora mismo las naciones civilizadas están dando sangrientos, salvajes, horribles espectáculos. No hay palabras bastante enérgicas ni para calificarlos ni para condenarlos.

¿De dónde, pues, viene el ejemplo?

Que respondan los voceros asalariados de la burguesía triunfante.

Nuestra respuesta ya está dada; viene de los ladrones y asesinos que no son un peligro porque roban y matan a mansalva y con premio; no viene del anarquismo, que es la condenación terminante de todos los latrocinios y de todas las matanzas.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 31. Gijón, 15 marzo 1913.)

EL CEREBRO Y EL BRAZO

“¿Con que la función de pocero no es menos importante que la del sabio que investiga?

Me parece que confundes lo importante con lo necesario. Lo importante es la función inteligente; lo necesario es el mecanismo que ejecuta.”

Dije, con motivo de las idolatrías populares, en uno de los números de «El Libertario», poco más o menos lo siguiente:

«Soy de los primeros en reverenciar las cualidades sobresalientes de los hombres; soy de los primeros en rechazar toda preponderancia aunque venga revestida de los mejores métodos. Nadie sobre nadie. Si hubiera primeros y últimos entre los hombres, el último de los productores sería tanto como el primero de los genios. El saneamiento de una alcantarilla no es menos importante que la más genial de las creaciones artísticas. Y si descendemos un poco, vale mucho más el pocero que limpia las atarjeas que cuantos, desde las alturas del poder y de la gloria, embaucan a la humanidad con sus bellas mentiras.

»Natura no distingue de sabios e ignorantes, de refinados y zafios. Todos, igualmente, animales que comen y defecan. El desarrollo intelectual y afectivo puede constituir una ventaja personal y derivar en provecho común, nunca fundar un privilegio sobre los demás.»

Tales palabras dije sin sospechar que un camarada anarquista se creyera en el caso, de redargüirlas. Me parecieron entonces puestas en razón; estoy ahora orgulloso de haberlas escrito.

Este buen amigo, que me escribe un buen fajo de cuartillas para señalar errores míos, piensa tal vez que la vida llegará a ser un efluvio mental purgado de las groserías de la carne, y en esta hipótesis, nada científica, pese a la mucha ciencia de que hace gala, no encuentra cosa que le parezca importante si no es la misma inteligencia. El pocero, el zapatero, el sastre, el albañil, etc., son, a lo sumo, mecanismos necesarios para que los otros -los sabios y los artistas- coman y se regodeen.

Antójaseme todo ello un resabio de educación, un prejuicio extraño en un

anarquista y, todavía más, un exceso de reverencia para los productos del cerebro humano. Andamos tan saturados de idolatrismo, que no podemos asomamos a las puertas del saber y del arte sin quedarnos estáticos, humillarnos ante el genio y aun reconocernos nosotros mismos seres superiores apenas hemos logrado comprender cuatro quirománticas palabras explicativas de determinados fenómenos de la Naturaleza. Allí donde leemos la palabra ciencia, nuestra fe se prosterna ante el nuevo ídolo.

Mas si logramos transponer los umbrales del templo, si en nuestro anhelo de sabiduría conseguimos penetrar analíticamente la entraña de los más firmes conocimientos, ¡cómo se derrumban entonces nuestros ensueños, nuestros castillos de naipes! La fe flaqueará ante el artificio patente, ante la hipocresía falsa, ante la solución provisional que no soluciona nada. Hay en la ciencia más convenios y más acomodamientos que verdades conquistadas. Acaso brota de mi pluma modestísima una herejía. ¡Perdón, entonces, oh manes que nada ignoráis!

Pero es lo cierto que la vida no se compone de sabidurías sino de necesidades y de satisfacción de necesidades. El trabajo es necesario y es importante, tan importante, que sin él pereceríamos. Sin sabios, no. La apreciación de los mecanismos necesarios es una vulgaridad de filisteo que no debe manchar los labios de los anarquistas. La distinción de brazo y cerebro es un comodín de la burguesía para mantener disimuladamente en servidumbre perpetua al que trabaja. No hay, de mi parte, confusión entre lo importante y lo necesario. Hay, si acaso, insuficiencia de expresión, porque la obra del pocero, del sastre, del mecánico, etc., es necesaria e importante al mismo tiempo. De la ruda labor del brazo vivimos todos, los ignorantes y los sabios. De la cómoda labor de éstos, vive el que puede. No llegan los frutos de su ciencia a la multitud ineducada y zafia; no llegan sus espléndidas luces al fondo del pozo minero, al antro industrial, a la covacha miserable del asalariado. Lo necesario y lo importante es producir y es consumir, esto es, vivir. Natura no distingue de sabios e ignorantes. Ante ella no hay más que animales que comen y defecan. ¡Qué burdo, qué antiartístico, qué falto de elevada ciencia metafísica es todo esto! ¿Verdad, *mio caro*?

No se crea que por ello desdeño el arte y la ciencia, que menosprecio el genio, que reniego de la inteligencia. Brazo y cerebro, no acierto a verlos escindidos. Donde se trabaja, se piensa. Diremos con Proudhon: el que trabaja filosofa. No hay funciones separadas, contradictorias, sino una sola función que se traduce en pensamiento y en hechos. La rutina quiere que veamos en algunos hombres seres privilegiados y hemos inventado el sabio como hemos inventado el hechicero, el augur y el sacerdote. El desdichado pocero es aun para este camarada anarquista nada más que el mecanismo necesario.

El sabio, si es sabio, y precisamente por serlo, no se piensa él mismo más importante que el pocero. ¡Somos nosotros los que nos empeñamos en ponerlo sobre un pedestal! Cuanto más nos adentramos en el laberinto de los conocimientos, más y mejor nos damos cuenta de nuestra insuficiencia. Se necesita del idolatrismo atávico. A veces el solo título de un libro nos sojuzga y no tardamos en

rendir fervoroso culto a su autor. Idolátricos, idolátricos y nada más que idolátricos. Miramos a través de este prisma todas las cosas. ¿Cómo habríamos de considerar más importante la obra de millones de hombres que limpian atarjeas, deshollinan chimeneas, hacen zapatos, labran las piedras, perforan las montañas, que la de un núcleo de afortunados que a cambio de unas cuantas verdades nos han regalado todas las grandes mentiras que han labrado, labran y aún seguirán labrando por algún tiempo todos los infortunios humanos?

El hombre es su propia función y su propio mecanismo. ¿A título de qué habrán de ser unos brazo y otros cerebro?

Brazo y cerebro son partes de un todo armónico que llamamos hombre. En el reino de la Naturaleza todos los hombres son equivalentes, cualesquiera que sean las diferencias orgánicas que los distingan. De la desigualdad nace precisamente el principio de la igualdad social: que cada uno pueda, según sus aptitudes de desenvolvimiento, desenvolverse sin trabas ni cortapisas. Conceder mayor importancia al cerebro que al brazo es reconocer un privilegio como otro cualquiera. La anarquía los repudia todos.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 8. Madrid, 11 julio 1913.)

INCONVENIENTES DE LA FILOSOFÍA BARATA

Si Cristóbal de Castro, que cultiva en «Heraldo de Madrid» la filosofía barata, fuese algo más que un zurcidor fácil de cosas ligeras, seguramente no hubiera escrito unas cuantas tonterías acerca de la irresponsabilidad, como lo ha hecho en el número correspondiente al día 14 de los corrientes.

Se necesita algo más que la literatura ramplona y vulgar del periodista de oficio y también que la simple lectura, por curiosidad, de un par de libros, para filosofar sobre materia de suyo ardua. A centenares podría haber consultado libros el cultivador de la barata filosofía, aunque tal vez hubiese sido ello de la misma negativa eficacia, porque no hay poder bastante que contrarreste los efectos de una educación mental rutinaria, adocenada y torpe.

Se concibe la sorpresa de estos rumiadores de cosas caducas ante el veto de la ciencia a la confabulación de leyes, magistrados, testigos, pruebas y contrapruebas. Se concibe precisamente por incultura manifiesta y además por servil acatamiento a todo lo estatuido de cuantos están en el mundo por el placer de hacer la pascua al prójimo; si este prójimo no es de los consagrados por los prejuicios de casta, de doctrina y de conducta.

La ciencia no condena ni absuelve; Cristóbal de Castro dice una majadería cuando afirma lo segundo y supone que la declaración de irresponsabilidad pone al delincuente en la calle y en libertad de seguir dañando a sus conciudadanos. La dice mayor cuando establece la indefensión de la sociedad.

El determinismo está de tal modo establecido y comprobado, no sólo en la ciencia de hoy, sino también en la ciencia de ayer, que ponerlo en duda equivale a declararse incapaz de ciencia y conocimiento. Ante la Naturaleza, ante las leyes físicas, no hay, no puede haber más que acciones resultantes de una ecuación entre los factores medio social y medio individual, entre todo lo que constituye el mecanismo universo. Cada cosa sucede por motivos que están en el sujeto y alrededor del sujeto. No hay fatalismo, sino concurrencia de causas, determinismo, variable hasta el infinito de motivos. Cada cosa está sucediendo en cada momento. Hablar de castigos y de penas es un anacronismo muy del agrado de leguleyos y de filisteos.

Pero, ¿de dónde saca la filosofía barata que en virtud del determinismo ha de absolverse al que roba y al que mata, quedando indefensa la sociedad?

Socialmente, todo hombre obra como si fuera dueño de sus actos; de ello es responsable ante sus semejantes. Por lo menos, tienen las sociedades el derecho de guardarse y defenderse de todo cuanto les dañe. Y cuando la ciencia enseña que la libertad de nuestros actos es una ilusión, la sociedad viene obligada a preservarse del talión atávico, de la aplicación de penas y castigos que suponen la maldad voluntaria, aun cuando, naturalmente, continúe defendiéndose de todo género de actos antisociales. El cómo y cuándo de esta defensa no es aquí lo esencial.

Mientras la sociedad es una convención contraria a la Naturaleza, según reconoce el mismo Cristóbal de Castro, la ciencia es una convención, o más bien se funda en convenciones, de acuerdo con la Naturaleza. El determinismo, es, pues, de orden natural; está en todas las cosas; en las grandes y en las pequeñas. ¿Se pretenderá que el Derecho con sus categorías desconocidas en la Naturaleza, sea algo más que un forzamiento, que una imposición, que una violencia al orden natural de todas las cosas? Por vivir fuera de él, la convención social es abusiva y el Derecho una disciplina arbitraria que los poderosos imponen a los desheredados.

En fin de cuentas, todavía hay de parte del determinismo una moral social que escapa a la penetración de los togados. La moral de los códigos y de las leyes es una moral de malvados. Supone, reconoce las mayores monstruosidades voluntarias. El libre albedrío, en que se funda, nos hace pensarnos capaces de los más grandes horrores. Cada hombre piensa de otro que es una fiera. Cada uno está pronto a serlo. Herencia, educación, medio social, todo concurre a este fin. Tenemos una moral de bandoleros.

El determinismo implica el mal involuntario. Cada monstruosidad social corresponde a una monstruosidad física o psíquica. Cada hombre puede pensar a su semejante, contrahecho, enfermo, loco, lo que fuere, menos malvado. Cada

hombre aprende a estimar así a los otros hombres, sus iguales; a compadecerlos si le son inferiores por deformaciones físicas o psíquicas. Cada uno está propicio al bien, a los sentimientos nobles. La herencia, la educación, el medio social deberían y podrían concurrir a este fin. Tendríamos una moral de hombres.
Pero, ¿cómo meter estas cosas en las duras molleras atiborradas de códigos, de leyes, de reglamentos, a las que basta citar a Lombroso por rutina y leer un par de libros por curiosidad? Sería una contradicción con el determinismo que detestan y del cual son esclavas sin redención posible. De nacimiento están condenadas a rumiar cosas caducas y a musitar canciones bárbaras. Y a odiar todo lo que sea ciencia, humanidad, amor, porque son por dentro la bestia de los siglos con el barniz exterior del hombre civilizado.

Entre los inconvenientes de la filosofía barata, no es el menor el de desbarrar sin tino. Parapetada en todos los prejuicios de casta, en todas las ñoñeces universitarias, ni en hipótesis admite la posibilidad de redención para la humanidad. Las voces de la ciencia, son voces en desierto. Las apelaciones humanitarias, ennoblecedoras, generosas, delirios utópicos. El hombre fiera es la obsesión de la bestia legalista y patibularia; es el prejuicio escolástico; es la herencia histórica; es la maldición que persigue a la especie y la degrada y la deshonra.

Más allá de esas ranciedades, quiera que no la filosofía -cara o barata- hay razón, hay sentimiento, hay lógica, hay ciencia. Y todo eso dice una cosa muy sencilla: que no hay efecto sin causa.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 10. Madrid, 25 julio 1913.)

LECTURAS

DOS LIBROS

Llegaron hasta mi retiro forzado, un arisco rincón de Asturias, por la bondad de sus autores, Sánchez Díaz y Cigues Aparicio.

«Odios» rueda ya hace bastante tiempo por los escaparates de las librerías. «Del cautiverio» empieza ahora la peregrinación en busca de lectores. ¡Lectores! Eso es una de las muchísimas cosas que faltan en España, aunque para libros como los dos que cito no será en la proporción lamentable que es uso y costumbre en esta desdichada tierra de toreros y frailes. Ni por lo uno ni por lo otro pretendo

descubrir el Mediterráneo.

No voy a hablar de esas dos obras en son de crítica. Cosa fácil para los que poseen cierta dosis de erudición a la violeta y unas buenas tijeras para cortar sayos al prójimo; es empresa morrocotuda para los que ni aún eso tienen, como yo. Declaro además, de antemano, que en literatura estoy completamente pez y renuncio, por tanto, en un arranque de generosidad bien meditada, a la mano de la Dulcinea.

* * *

Por tardío que sea mi recuerdo para el libro de Sánchez Díaz, ha dejado ta profunda huella en mi ánimo que ni el tiempo ni la distancia han de aminorar intensidad.

Sánchez Díaz es un artista de médula, que siente y piensa hondo, que sabe penetrar e las escabrosidades de la vida. Es además un alma bien templada, apta para l vibraciones de la bondad, dispuesta siempre a la justicia.

Lif, el noble *Lif*, que se inquieta, que aúlla porque en medio de la noctur tempestad, un perrito ladra a la puerta que no se abre, mientras el amo de *Lif*, pintor poeta rodeado de flores y de riqueza, exclama: - «¡Vamos *Lif*, ya te abrirán!...», era, con dice Sánchez Díaz, toda una conciencia, toda una conciencia de que carecen much hombres, indignos de que vivan y de hacerlos vivir.

«Entre lobos» es un episodio dramático, fuertemente sentido, hermosamente descrito. Allí vibra todo nuestro tiempo de luchas sociales. La huelga que surge espontánea provocada, más que por la crudeza del invierno, por la bárbara crueldad del administrador de la fábrica, que agarra por el brazo a la débil obrera y la arroja del taller a empujones; el hijo amante que, encolerizado, enarbola sobre la cabeza del jefe el ígneo hierro; las mismas mujeres que le detienen; aquella voz terrible que domina a la multitud gritando: - «¡Dejadle; tiene razón!», levantan en el pecho oleadas de huracán, enardecen la sangre y suscitan anhelos vehementes de reparación y de justicia. Y después la leyenda infame, el galeote que se ceba en la mujer y en el hijo que los persigue, los acorrala, los anonada; la reacción de la miseria que muerde en la carne hambrienta de dos seres sin ventura; la obra espantosa de las mismas gentes de bien, sumándose a la canalla enriquecida, de los mismos que *viven del horror de su trabajo inmenso y de la injusticia de la miseria*, el golpe final de los propios huelguistas que maldicen a la víctima, escarnecen al hijo heroico porque el hambre les hurga en el estómago, es un cuadro de abrumadora realidad que clama a grandes voces odio, destrucción aniquilamiento... La pobre madre toca los linderos de la desesperación trágica; «Todos, todos son unos cochinos...» Pero a la mañana siguiente suena la sirena de la fábrica y allá van los hambrientos a rendirse en bandadas de esclavos; la pobre mujer también, alborozada porque cree alcanzar el término de su martirio. Pero falta el último suplicio, la crucifixión inicua. Ella, ella sola, no puede pasar; no hay trabajo para ella ni para su hijo sin implorar previa-

mente el perdón de don Antonio. ¿Perdón? Fuego que consuma en llamas horrorosas de justicia social la iniquidad triunfante.

Como Lif, como “Entre lobos”, descuellan vigorosamente «El héroe» que va de cabeza a la miseria porque no quiere, porque no puede votar; «Rodríguez», el empleado infeliz, borracho, loco por la estupidez oficinesca, que mata en la explosión del odio terrible almacenado; «El rencor», página hermosa y valiente en que se narra la esclavitud aplastante del campesino sometido al cura, que ni aún la libertad de condenarse, de ir al infierno, le deja; todo el libro, en fin, se lee y se relee de un tirón porque el autor puso en él vida, alma, fuego, gritos formidables de justicia, de tremenda justicia.

No estoy fuerte en lances de amor. Mi vida se ha deslizado lejos de la irrupción de las pasiones atropelladas y por eso al recordar el libro «Odios» no hice especial mención de las páginas que Sánchez Díaz les dedica. Creo, no obstante, que hay en «El juez», «Los ojos», «Mal agüero» y no digo más para no citar todas las partes del libro, fina penetración psicológica, mucho arte en el sentir y en el decir, y que, sobre todo, campea en estos trabajos, como en los otros, vigorosa realidad interpretada por un alma de artista y una cabeza de pensador.

«Odios» tiene mi pobrísimo aplauso, como lo tiene cuando me hace sentir, amar el bien y aborrecer el mal. Soy todo pueblo en materia de arte, como en otras muchas cosas. Y hasta creo que sobran casi siempre las quintas esencias del saber y del hacer, enemigas del pensar bien y obrar mejor.

* * *

Y vamos ahora al otro libro. «Del cautiverio» nos dice muchas cosas que sabemos mejor dicho, que adivinamos. ¡Tarea difícil de hablar de lo que conoce todo el mundo! Lo horrores de la cárcel, del presidio y de otros antros, que circulan por ahí como leyenda adquieren en este libro el rigor de la verdad dicha sin rodeos, de la verdad espantosa e medio de la cual se ha vivido atormentado, torturado, próximo a la anulación moral y a l muerte física.

El que dude de Montjuich y de «La Mano Negra», de todos los horrores de nuestr triste historia y de nuestra triste actualidad correccional, de iniquidades de la justici organizada, de venganzas de la política; el que dude de las abominaciones de la cárce de las prevenciones, de nuestra dominación gubernamental en la Isla de Cuba, etc., qu lea este libro que chorrea sangre y pus sobre toda la inicua organización social en qu vivimos.

«Del cautiverio» es la relación palpitante de dos años largos vividos en medio de horrores y crueldades. No hay novela, no hay leyenda, no hay fantasía; hay realidad y verdad que brota de los escuetos párrafos formidable, aterradora. No abuso del adjetivo. Fáltanle a veces al autor palabras adecuadas

a las tremendas abominaciones que presenció. Ocúrrele que deja al lector adivinación de cosas que se resisten a toda figuración escrita. ¿Y cómo no, si los hechos rebasan toda concebible crudeza de la pluma?

No se crea, por lo dicho, que hay en el libro de Cigues Aparicio eufemismos, medias tintas, nebulosidades cobardes. Por el contrario, hay claridad, precisión. Es una obra rectilínea que presta un gran servicio a la causa de la justicia con la evidencia descarnada del mal. La leyenda anarquista o carcelaria pasa, por virtud de este libro, a ser historia.

Quisiera dar al lector una idea, un resumen brevísimo de lo que contiene el libro de Aparicio. Imposible. Imaginaos el pozo negro, rebosante de inmundicia, que revienta, que explota como bomba cargada de cieno; considerad todas las bestialidades de la carne, todas las dislocaciones mentales y afectivas; agregad todavía algo apocalíptico, más allá de lo absurdo imaginable, y no tendréis aún idea aproximada de este libro titular.

No sé si habrá quien pueda leerlo con calma: tan fuerte y tan dolorosa y tan irritante es la sensación del mal que produce su lectura. «Del cautiverio» es, por esto mismo, una obra revolucionaria que debe leerse y que recomiendo a las almas cándidas que viven en el limbo de las bienandanzas políticas, jurídicas y gubernamentales. ¡Ah! Y también lo recomiendo a los egregios genios de la hilaza de aquel que se salvó en el naufragio de la fe de Cigues Aparicio, a aquéllos que viven perpetuamente en la puerilidad del distingo académico o en la inocencia engatusante de pasmar al respetable público con sus cabriolas literarias y filosóficas.

Conste, si fuera necesario, que no lo es, que no conozco ni al señor Sánchez Díaz ni al señor Cigues Aparicio, que jamás he cruzado con ellos una sola palabra hablada o escrita. Si acaso se me tachará de exagerado en el aplauso. Sépase que si aquello hubiera ocurrido, tal vez mi pluma no discurriese ahora sobre los dos libros. La amistad o el mismo conocimiento me tornan parco, cuando no mudo, para la simple aprobación.

Y dicho esto porque tenía necesidad de decirlo, hago punto final.

(“NATURA”, núm. 3. Barcelona, 1° noviembre 1903.)

“CÉSAR O NADA”, NOVELA DE PIO BAROJA

Hay un prólogo. En este prólogo el autor discurre acerca del carácter de su héro Es un atrevimiento que me place.

Veamos si el héroe responde al prólogo o el prólogo traduce al héroe.

Pío Baroja piensa que «lo individual es la única realidad en la Naturaleza y en la vida.» resto se compone de artificios, de abstracciones, de síntesis útiles, pero no absolutamen exactas. La relatividad de la ética, de la lógica, de la justicia, del bien y del mal que

establecida en firme. No demuestra, afirma. Esto basta a sus fines.

Sin duda, por eso mismo se deja en el tintero que la vida de relación, que es de dond brotan bien y mal, ética, justicia y lógica, es tan realidad como el individuo mismo; tanto, que si aquélla ni aun cuenta nos daríamos de la existencia de éste.

No paremos mientes en este pequeño lunar y sigamos a Baroja: «Desde un punto de vist humano -dice- lo perfecto en una sociedad sería que supiese defender los intereses generales al mismo tiempo comprender lo individual; que diera al individuo las ventajas del trabajo e común y la libertad más absoluta; que multiplicara su labor y le permitiera el aislamiento. Est sería lo equitativo y lo bueno.» Y a renglón seguido establece que la igualitaria democraci actual hace todo lo contrario y que el espíritu de los tiempos es de nivelación en lo vulgar, en l general, en lo rutinario.

Baroja habla como un anarquista, sabiéndolo o sin saberlo, primero con vistas Nietzsche, Stirner y cuantos se han dedicado a inflar el perro individualista; y después... co vistas al sentido común.

Pues ya sabemos lo que será César: una individualidad fuerte con una idealida revolucionaria, porque si así no fuera, ¿a qué este prólogo que parece una declaración d principios?

Vayamos, no obstante, con cuidado, porque «todo lo individual se presenta siempre mixto, con absurdos de perspectiva y contradicciones pintorescas», y estos diablillos de novelistas son capaces de dárselas con queso al más pintado.

Con estos antecedentes pasemos a la acción. La acción es precisamente la muletilla de César.

César es un muchacho imperativo, absoluto, fuertemente preocupado por el problema de la vida, y bastante enclenque. Lo que él dice o piensa no admite oposición; lo que él hace... no, lo que él no hace es completamente indiscutible. Estudiante aún, se nos ofrece como promesa de una sobresaliente personalidad. Se da planes, traza proyectos, inventa filosofías, sueña éxitos.

No sabemos por qué ni para qué el autor nos lleva de la Ceca a la Meca en un incansable desfile de gentes vulgares y aristocráticas. Viajamos sin tregua y pescamos tal indigestión de Roma, del Vaticano y del turismo, que no hay purgante que nos libre del atasco. ¡Si por lo menos se nos diera una impresión de lo que son Roma y la recua humana que fluye constantemente a la ciudad de los Césares y de los Papas! Pero ni eso.

Lo que sí nos hace muy bien ver Baroja es que su héroe nos engaña villanamente. César se pasa la mitad de la novela, que es como la mitad de su vida, tumbado a la larga en el tren, en el hotel, leyendo y releyendo el «Manual del bolsista», de Proudhon, y entonando infecundos himnos a la acción, siempre inactivo, siempre falto de resolución y de plan y hasta de salud y de fuerza. A las primeras de cambio, el héroe ya no es héroe; es un pobre neurasténico que aparece con cara de difunto al otro día de haberse estado refocilando con una linda condesa y que de puro bárbaro no encuentra mejor elogio de su bella hermana que la

justificación del incesto.

Verdad que nuestro hombre dice muy grandes cosas; verdad también que son más las gansadas que de sus labios salen. Aquéllas las piensa Baroja; éstas las piensa su héroe. Cuyo héroe, después de andar de fraile en cura y de convento en iglesia a la caza de cooperadores para sus propósitos financieros, olvidado de su gran tío el cardenal, que podía abrirle todas las puertas, se entrega al azar y acaba enganchándose a un pobre diablo, poderoso cacique de un poblacho de la provincia de Zamora, que le hace diputado conservador y nos libra, ¡oh, suerte!, de la lata romanesca y vaticanista.

César, el héroe, es a lo sumo un vulgar ambicioso a quien equivocadamente Baroja hace hablar alguna que otra vez como a los hombres de cuerpo entero. César no sueña más que con las timbas oficiales, con las jugadas de Bolsa, y cuando fracasa con los traficantes del catolicismo, se lanza a la política y bucea, hasta que encuentra la ocasión de estafar en gordo al amparo de una de esas vulgares tretas políticas que enriquecen a unos pocos y a muchísimos empobrecen. César es rico.

Entonces, precisamente, se propone realizar su gran obra, pero la grandeza aparece por parte alguna. Se dice liberal, se mete en tratos y contratos con un raro Cent Obrero de su distrito, mezcla imposible de republicanos, socialistas y anarquistas, naturalmente empieza a restarse elementos y procurarse enemigos. Él se vanagloria haber matado al caciquismo, pero no repara que se ha erigido él mismo en gran caciqu Sus pretensiones son nada menos que el resurgimiento del país por medio de una mínin empresa de industrialismo local, y agita estérilmente a la multitud sin ideas y por po más de nada.

¿Qué había de suceder? César es derrotado en unas nuevas elecciones; el Cent Obrero, la escuela por César fundada y unas cuantas cosas más se las lleva la trampa forma de guardias y policías.

Pero de todo ello ya no tiene culpa el héroe. La tiene Baroja, que le fuerza representar un papel que no está ni en los moldes de su prólogo ni en los del prop carácter de César.

Baroja es un buen novelador, un novelista de enjundia, como ahora se dice, pero es t mal político como pésimo literato, y así, su pintura de Castro-Duro, ¡pero qué lejos está novelista de una mediana descripción de ese conflicto! Sin duda Baroja no ha vivido est luchas, estas contiendas de la cosa pública.

Final de todo: que el héroe, casado con una mujer singular y tan bella como su bella y singular hermana, se queda prisionero de estos dos seres, mucho más lógicos que él, que viven más que él, con muchísimas menos filosofías, y termina abandonando la política, transigiendo con el enervamiento artístico, contra el que tanto despotricara, y departiendo amigablemente con su fiero adversario, el padre Martín, prior de un convento de Franciscanos.

Y concluye así la novela:

«-Y usted, don César, ¿no piensa volver a la política?

– No, no; ¿para qué? Yo no soy nada, nada.

- Eso es: nada; pero nada antes y nada después.»

Pido, por tanto, a Baroja, autor del prólogo, que me devuelva los cuartos que me costó el prólogo.

Porque el héroe ni es héroe ni responde al prólogo; y el prólogo no traduce al héroe porque no puede traducir lo que no existe.

Gran pecado del novelador, que nos promete una fuerte individualidad de carne y hueso y nos da un monigote relleno de paja.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 11. Gijón, 27 enero 1911.)

“EL PORVENIR DE LA AMERICA LATINA", POR M. UGARTE

Es este libro, un llamamiento hecho por un argentino a todas las Repúblicas suramericanas para que se aperciban contra la política imperialista e invasora de Norteamérica, cuya superioridad industrial, política y de cultura es indiscutible.

El autor estudia el asunto con una mentalidad de política que destruye esencialmente su fe socialista. Cuestiones de raza, de integridad territorial y moral, de organización pública son para ser tratadas por un socialista de muy distinto modo que lo hace Ugarte.

Todo el mundo tiene derecho a la existencia: anglosajón, latino o lo que fuere; todo el mundo hará bien en defenderse de cualquier ataque o amenaza a dicha su existencia. Pero ¿hay un problema de razas? Será conveniente oponerse al predominio de las condiciones de una determinada sólo porque son opuestas a las de tal otra? ¿Provocaremos luchas interminables por el prurito de que prevalezca ésta o aquella manera de ser de las gentes? Nosotros sólo conocemos un camino seguro para no errar: que cada cual, individuo, grupo o nación, trate de superar por el conocimiento, por el trabajo, por la cultura y por el arte las condiciones actuales de la vida. Y en este desenvolvimiento, aquellas condiciones que deban perecer, perecerán necesariamente, con o contra el imperialismo angloamericano hoy, latinoamericano quizá mañana.

Si Ugarte hubiera hecho un libro de verdadero estudio, metódico, escueto, sin pretensiones de literatura que no logra, acaso hubiese llegado a conclusiones menos vulgares y más científicas y humanas. Pero hay en su libro demasiadas palabras y demasiadas cosas para que el lector pueda seguirle en sus disertaciones con interés.

El peligro norteamericano no hará ciertamente que la América del Sur cristalice formas y esencias de que carece antes que se plantee definitivamente el litigio entre los d mundos. Aunque la América latina realizara todo el difuso programa federalista de Ugarte, se alejaría por ello el peligro. Antes que un problema de organización política hay pa Suramérica un problema de biología social, un problema de ética, Un problema naturaleza. Primero de todo es necesario ser.

Del mismo libro de Ugarte se desprende que el porvenir de la América latina es menos dado a predicciones y el más fácil a todo género de influencias extrañas. constante formación, intervenida por aluviones de gentes de los cuatro puntos cardinales, se ve sino muy distante la constitución definitiva de la población suramericana. Y ello s tomar cuenta de atavismos y macas de raza que, en verdad, no inducen al optimismo.

La mentalidad fuertemente mercantilista y vacua de aquellas latitudes es como u muralla chinesca en la que se estrella toda idealidad superior; y es en vano que los Ugarte esfuercen por dar a sus compatriotas manjares demasiado fuertes para estómagos débiles.

Las esperanzas que el autor de «El porvenir de la América Latina» cifra en la juvent que ahora despunta, bien maltrechas quedan con el espectáculo lamentable que a la ho presente están dando la Argentina y el Uruguay con sus bárbaras leyes de excepción; caza al emigrante sospechoso, sus deportaciones, y unas cuantas Repúblicas de men cuantía que no cesan en sus pugilatos de caudillaje, estamos por decir de bandidaje polític

Con instituciones, usos y costumbres de tal jaez, si tuviéramos que decidirnos en problema de razas, votaríamos sin vacilar por los que cuando menos tienen de la existenc

un concepto superior al fulanismo ridículo del Sur.

Por lo demás, latinos o anglosajones, lo que necesitan, así en América como en Europa, es barrer con mano vigorosa toda la carcoma autoritaria y parasitaria que tiene en dura servidumbre a la multitud trabajadora y desheredada.

(“ACCION LIBERTARIA”, núm. 16. Gijón, 31 marzo 1911.)

OBRAS DE AUGUSTO DIDE

“Juan Jacobo Rousseau (El protestantismo y la Revolución Francesa)”

Hace por ahora dos siglos que nació el gran figurante de la demagogia. Fue elocuente, fue escritor prolífico, fue genial; también fue malvado. Dio su nombre al espíritu dictatorial de las multitudes, estrechamente sectario y avasallador. La guillotina no se sació de sangre hasta que en ella cayeron los mismos jacobinos con Robespierre a la cabeza, el hombre más vacuo y más soberbio de la Revolución, leguleyo endiosado y todopoderoso en el momento más trágico de aquella gran revuelta.

Francia acaba de rendir a Juan Jacobo sus fervorosos homenajes. El propio presidente de la República ha ido a inaugurar en el Panteón la tumba en mármoles artísticos del célebre ginebrino. Los escritores han hecho también sus ofrendas al genio. Las damas le han llorado porque supo amar, amar mucho, amar tiernamente, olvidadas de que, el buen Juan Jacobo arrojó sucesivamente a la inclusa los cinco hijos tenidos con su ama de llaves, la infiel Teresa.

El libro de Augusto Dide es de toda oportunidad. Allí está Juan Jacobo de cuerpo entero. Alternativamente católico y protestante, amigo y enemigo de los enciclopedistas, demócrata de nacimiento y aristócrata de vocación, vano y charlatán, literato sin seso, en perpetuo concubinato, neurasténico y finalmente loco, es la vida de este hombre una epopeya y una tragedia, genialidad y demencia, tal y como lo fue también aquel período terriblemente sanguinario de la gran Revolución, saturado de espíritu calvinista, sectario, inquisitorial y malvado. .

Juan Jacobo Rousseau no ha muerto. La democracia y hasta el socialismo son jacobinos. Las ideas radicales todas, de nuestros días, están impregnadas de jacobinismo. Los dioses tienen todavía sed. Acaso no está muy lejos otra tragedia. Anatole France, con su mágica descripción del drama acabado, nos inicia en el drama que tal vez empieza. Los dioses tienen sed, y se encarcela, y se espía, y se ahorca, y se fusila, y la

democracia también amenaza con la prisión, con el destierro y con la muerte a los futuros rebeldes, todo por la salud del pueblo, por la salud de las naciones, por el bien de la humanidad. Juan Jacobo preside nuestros destinos.

Leed, demócratas, radicales, socialistas, libertarios, leed este buen libro de Dide, que es de una acabada enseñanza, y veréis cómo de la genial, de la incomparable Revolución francesa sólo queda la peste jacobina, la peste inquisitorial traducida al lenguaje revolucionario. Leed, y que de vuestro espíritu se borren hasta los últimos vestigios de esta herencia nefasta en que el genio y la maldad se han juntado para tormento de la especie humana.

Juan Jacobo Rousseau ha sido no más la expresión adecuada de todas las corrupciones, de todas las villanías, de todos los engaños dorados con que la humanidad ha sellado su herencia de servidumbre y de miseria.

(“EL LIBERTARIO”, núm. 1. Gijón, 10 agosto 1912.)

“LA LEYENDA CRISTIANA”

Me parecen las cosas religiosas tan fuera de tiempo, tan lejanas en la historia del mundo que me cuesta trabajo no pequeño leer un libro sobre esa materia aun cuando su objeto sea repudiarla.

La leyenda cristiana, todas las leyendas religiosas las sitúo a enorme distancia de mi estado mental y apenas me explico cómo unos cuantos millones de hombres que se dicen civilizados continúan reverenciando ídolos, tragando mitologías, fomentando devotamente ridículos cultos.

La realidad me dice, no obstante, que el hombre debe ser una gran bestia teológica cuando tan estúpidamente se somete en nuestros días a los mayores absurdos y a las más chocarreras mojigangas. La verdad es que las leyendas triunfan y que la leyenda cristiana prosigue siendo la inspiradora y la reguladora de la vida del mundo llamado civilizado. Pensando así, abrí el libro de Dide, superfluo para unos pocos, necesario indispensable para muchos, sobre todo en un país como España, que hace gala y tiene a orgullo comulgar con sendas piedras de molino.

El libro «La leyenda cristiana» está escrito en lenguaje liso y llano, claro y preciso. Sin apasionamiento ni exageraciones, se demuestra en él cómo la religión imperante, a semejanza de todos sus congéneres, es un tejido intrincado de novelas, de contradicciones, de embustes. Se ha levantado en el curso de los siglos, el artificio de la leyenda cristiana sobre las más estupendas divagaciones. Apenas se puede saber si hubo Cristo, si hubo

apóstoles. Los libros que encierran la doctrina son contradictorios, de ignorado origen. Probablemente se reducen a una superposición de leyendas exigidas por las necesidades teológicas de los tiempos.

En fin de cuentas, lo único real es la concreción de una doctrina deprimente y de un poder aplastante gravitando sobre la humanidad dolorida. Y para esta doctrina y para este poder, fluye ya del libro de Dide la serena razón mostrando paso a paso su absurdo y su nefasta influencia. Papista o protestante, el cristianismo Se ha abierto paso en el mundo derramando sangre humana a torrentes, torturando cruelmente, exterminando iracundo hombres y mujeres a millares. La pretendida religión de amor ha sido en todo tiempo el azote de la humanidad.

Para los espíritus libres de la preocupación religiosa, el libro de Dide es un buen arsenal de datos, de motivos, de razones que prueban concluyentemente que el cristianismo es una leyenda. Para los creyentes y los vacilantes será, por lo menos, el juicio imparcial de un hombre que rinde fervoroso culto a la razón.

No habla en él el partidario; habla el crítico, el hombre de estudio. Diríamos mejor si dijéramos que son los hechos mismos los que hablan con incontrastable elocuencia.

Nuestro amigo Prat ha prestado un buen servicio al libre pensamiento traduciendo «La leyenda cristiana».

(“EL LIBERTARIO”. núm. 19. Gijón 14 diciembre 1912.)

Esperanzas

Todo en la vida material ha cambiado prodigiosamente. En la vida social, el obrero esclavo del salario, existe todavía para alimentar, recrear y conservar a una casta de hombres que tiene de su parte la supremacía del dinero.

Para el resto de los humanos que no pertenecen a esa casta, la civilización es abstracta, ideal, no traducida en hechos; el progreso una engañosa ilusión con cuya conquista se pavonean los servidores privilegiados del tercer estado enriquecido.

El pueblo carece de todo; carece primeramente de pan. Civilización, progreso, ciencia, arte, e industria, no son para él más que terribles mentiras, torturas inventadas por la novísima inquisición de los satisfechos.

¿Qué efecto pueden producir los museos atestados de maravillas artísticas, los gabinetes científicos con sus gigantescas oraciones, las fábricas con sus obreros colosos, los almacenes reventando con el hartazgo de mercancías que no se venden y los lindos escaparates con todos los

refinamientos, del gusto y del lujo?

Hablad de todo esto a los millares de desarrapados que se llevan penosamente las manos hacia la región del estómago vacío, que arrastran sus pies desnudos por el fango de las calles, que mal cubren con harapos los pellejos que sirven de único revestimiento a un manojo de huesos, que crujen a cada paso como queriéndose romper, y sólo obtendréis un gesto doloroso, expresión del organismo aniquilado, indiferente, al borde de la tumba, esperando impasible la muerte, antes que buscando la prolongación de la vida.

¿Quién osará sostener que esta permanente perturbación, este inmenso desequilibrio es natural y eterno?

(“LA LIBERTAD”. Pontevedra, 30 abril 1906.)